3 1761 09373102 4

ADMINISTRACIÓN MILITAR DE JUSTICIA ALBA NAURTO ALBA DE CGLOR. 2

DISCURSOS ACADÉMICOS

V162

JUAN VALERA

DISCURSOS ACADÉMICOS

II

98942
14/10/09

OBRAS COMPLETAS

TOMO II

Es propiedad.

Derechos reservados.

IMPRENTA ALEMANA.-ESPÍRITU SANTO, 18.-MADRID

DEL MISTICISMO EN LA POESÍA ESPAÑOLA (1)

Fácil era de prever, señores académicos, y bien había yo previsto, la grande satisfacción que íbamos á tener en este día, al quedar completamente confirmado, por el bello discurso que acabamos de oir, el acierto con que procedimos en la elección del Sr. Menéndez Pelayo para ocupar un puesto en esta Real Academia.

No era menester, ni para vosotros, ni para cierto círculo, grande ya en España por fortuna, de personas aficionadas á los estudios serios, que el joven que hoy se sienta entre nosotros diese de nuevo tan brillante prueba de su aptitud. La prueba convenía, no obstante, para que la convicción que nos ha movido á elegirle á pesar de sus pocos

(1) Contestación al discurso de recepción del Excelentísimo Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo en la Real Academia Española, el día 6 de Marzo de 1881.

años, penetrase en otro círculo más extenso, donde se discurre, se vota y se sentencia sobre méritos literarios, donde la discreción y el recto juicio abundan sin duda, pero donde las ardientes contiendas de la política y el perpétuo afán de la industria y de los intereses materiales no dejan vagar ni reposo para examinar con detención el valer de las obras de ingenio, sobre todo si éstas requieren, por su índole, examen más profundo que somero.

La gente que pertenece á dicho círculo forma á veces equivocados juicios, porque falla algo á ciegas, salvo quizás sobre una clase de escritos, cuya lectura se hace con rapidez y sin esfuerzo de atención, ó sobre otra clase de escritos que no es necesario leer, porque se oyen y sirven de espectáculo: la novela y el drama.

Proviene de aquí que todo el que no es autor dramático ó novelista tarde más en llegar con su nombre y con su gloria á ese círculo más extenso. Cuando lo consigue, suele ser en virtud de los continuados encomios y razones de aquellos sujetos de buen gusto, que viven en el círculo más pequeño, y que, apartados de la política y de otros negocios útiles, pero que distraen de estudios y lecturas, se paran á considerar y á pesar las excelencias de los trabajos de quien por primera vez sale á la palestra literaria.

Algo de esto ha ocurrido con el Sr. Menéndez

Pelayo, el cual goza ya de bastante popularidad, habiendo sido, al menos en parte, reconocido su mérito; pero no pocas personas tiran á rebajarle, fundándose en vulgarísimos errores, que será bueno desvanecer.

Con dificultad se concede el entendimiento. El entendimiento se escatima. ¿Quién no es avaro para darle? Se diría que lo que da cada uno es como si á sí mismo se lo quitara. La memoria, en cambio, se prodiga sin pena, como si no hiciese falta, ó como si no importase alta superioridad el poseerla. Hasta los mayores enemigos otorgan buena memoria á quien desean denigrar con sátira encubierta ó implícita en la alabanza. Presumen que la cantidad de memoria que conceden, la sustraen del entendimiento del alabado, cuyos triunfos se explican de manera menos honrosa, negándole originalidad y fantasía.

En lo expuesto me fundo para no admitir, sin reparos y restricciones, los desmedidos elogios que oigo hacer por ahí de la portentosa memoria de nuestro nuevo compañero.

Imposible es que alguien sea erudito, literato ó sabio sin buena memoria. Calidad es ésta que se requiere para cualquiera de dichos oficios ó profesiones; pero también se requiere buena voz para ser orador, y no sabemos que Estentor perorase más gallardamente que Ulises. Sin duda que el se-

ñor Menéndez Pelayo tiene buena memoria; pero con su buena memoria se hubiera quedado si no poseyese otras facultades más altas, por cuya virtud su buena memoria le vale. El pintor necesita buena vista, y el músico buen oído; pero hay hombres que tienen vista de lince, y no pintan, ó pintan mal, lo que es peor; y otros que tienen oídos de tísico, y no cantan ni componen óperas ni sinfonías; y de la propia suerte he conocido y conozco gran número de personas que tienen muchísima más memoria que el Sr. Menéndez Pelayo, y que ni llaman la atención, ni escriben hermosos libros y mejores discursos. La memoria de éstos es como la urraca, que roba de aquí y de acullá multitud de cosas inútiles, y las amontona en desorden, y para nada le sirven; y la memoria del Sr. Menéndez Pelayo es como la abeja, que también toma, pero toma con discernimiento y buen tino, la más pura substancia del cáliz de las flores; y ordenando luego lo que ha tomado, y prestándole no poco de su generosa y natural condición, lo convierte en miel, con la cual endulza y deleita el paladar de los hombres, y en cera, con cuyo resplandor los ilumina, y hace patente la misteriosa belleza del santuario y los altares.

Entendida así la memoria, ¿cómo negar que es nobilísima y utilísima facultad del alma? Tal memoria no es dable sin la energía de carácter, sin la

constancia, sin la laboriosidad y sin otras virtudes. Y aún así, no bastaría todo ello para explicar cómo el Sr. Menéndez ha aprendido, ha escrito y ha enseñado tanto, siendo tan mozo, si no le concediésemos igualmente singular rapidez para comprender las cosas, y claro y ágil entendimiento para clasificarlas y ordenarlas, pues sólo lo bien comprendido, clasificado y ordenado se conserva allí, no se borra ni se confunde, y acude con prontitud cuando se necesita.

A fin de ser excelente escritor, se requiere además, sobre la memoria que conserva, y el entendimiento que ordena, otra facultad que crea la expresión y la imágen de que el pensamiento se reviste, y que concierta y enlaza las palabras, por arte no aprendido, para que tejan el discurso con nitidez, elegancia y fuerza.

Este don de la facundia le posee en grado eminente el Sr. Menéndez Pelayo. Todos sus escritos dan de ello irrecusable testimonio. Casi me atrevo á decir que pecan por lo fáciles. Tal vez, si el Sr. Menéndez Pelayo fuese premioso, sería más sobrio, más enérgico, más original en su estilo.

Los escritores que tienen estilo propio no suelen ser los más disertos. En lo que se hace con extremada facilidad no se pone tanta parte del alma, no va tanto de lo hondo y esencial de nuestro ser,

como en lo que cuesta trabajo y en lo que tenemos que emplear todo nuestro empuje y ahinco.

Por su facilidad, así como el grave cúmulo de sus conocimientos, el Sr. Menéndez ha puesto hasta hoy menos de lo que debiera de su ser en las obras que ha escrito. Yo tengo por seguro que, si bien las más son de erudición y de crítica, habría en ellas otra novedad de pensamiento, miras más singulares y teorías más propias, si el Sr. Menéndez no escribiese tan sin esfuerzo. Las ideas salen á buscarle en tropel, y la palabra adecuada para expresarlas acude ligera y solícita á su labio ó á su pluma. Esto le impide buscar ó hallar en su alma, ó el manantial de donde brotan ideas nuevas, ó el tesoro donde las más peregrinas y sublimes yacen escondidas y olvidadas.

Sin embargo, el Sr. Menéndez, á pesar de este abandono ó descuido que de su misma facilidad dimana, da ya muestras de ser lo que llaman ahora un *pensador*. A través del conjunto de sus escritos, se distingue y señala su persona en la república de las letras, con fisonomía propia y hasta con misión determinada, por donde acaso en la historia de nuestro desenvolvimiento intelectual, llegue á marcar período.

En España, así como en Italia y en Francia, al nacer las respectivas lenguas-romances, surgió una literatura propia y castiza, á mi ver, ni con mucho

tan original como la de aquellos pueblos cuya cultura fué primordial y no derivada. La civilización de Lacio no se extinguió jamás por completo, ni aun en el más apartado rincón del que fué Imperio de Occidente, dando origen á completa barbarie. Los siglos más tenebrosos de la Edad Media más parecen crepúsculos que noche. De aquí que toda literatura de los pueblos neo-latinos, hasta en su más inicial desarrollo, semeje renuevo, brote y reverdecimiento en el antiguo tronco, y no planta nacida de raíz, merced al expontáneo vigor de la tierra: sea un reaparecer, un retoñar de la cultura antigua nunca muerta del todo. Los más viejos cantares, los más populares romances y las más locales leyendas, distan mucho de tener la nativa sencillez, el virginal hechizo y la vernal frescura de los himnos del Rig-Veda ó de las rapsodias de la guerra troyana. Lo que se designa con el nombre de *Renacimiento* no es, pues, sino la prolongación de la antigua cultura, restaurada desde que empezó á escribirse algo en las lenguas vulgares neo-latinas. Nuestras literaturas, lo mismo que nuestros idiomas, son vástagos de la literatura é idioma del Lacio.

Con el pleno Renacimiento se estudió, se comprendió y se imitó mejor lo antiguo. De aquí la distinción, más aparente que real, entre la poesía popular y la erudita; pero poco á poco pasó á lo popular todo lo bueno y hermoso que en lo eru-

dito se había introducido, floreciendo allí y dando fruto cual bien logrado ingerto. Hay quien sostiene que esta imitación de lo clásico, del siglo XVI en adelante, quitó originalidad al ingenio de los españoles. Yo entiendo lo contrario, y la historia literaria viene en mi apoyo. Nuestro teatro, nuestros mejores romances, nuestra más elevada poesía lírica y nuestra más bella prosa son posteriores al pleno Renacimiento. Posteriores son también ambos Luises, Cervantes, Tirso, Calderón y Lope. La imitación no les quitó las fuerzas y el ser propio. Es más: la imitación ya existía. Lo que puso en ella el pleno Renacimiento fué la habilidad que antes no se empleaba. La imitación no fué mayor, sino más juiciosa y feliz, por ser ya los modelos mejor estudiados. Este estudio, por último, y esta afición á lo antiguo, sirvieron de incentivo y aguijonearon la inspiración moderna.

De todos modos, nuestra literatura, aunque rica de elementos propios, está fundada y arraigada en el clasicismo latino. Tiene además de común con la de muchas naciones otro elemento esencial, venido de fuera: la religión cristiana. El genio peculiar de cada pueblo ha prestado después rasgos diversos á estos elementos importados, y ha creado cosas distintas; pero lo fundamental de la importación es idéntico siempre, sobre todo en los pueblos neo-latinos. El mayor ó menor valer de la cultura

de cada uno dependerá, en primer lugar, del mayor ó menor valer de su genio nacional, que algo añade de su condición y naturaleza, combina los elementos y organiza el conjunto. De esta cuestión de primacía no me incumbe disertar aquí. Supongamos que los genios de los tres pueblos son igualmente activos y creadores. En tal hipótesis no se me negará que la mayor abundancia de elementos extraños que han concurrido á formar el habla, la literatura y la civilización en general de cualquiera de los tres pueblos, ha de haber hecho esta civilización, y sobre todo, esta habla y esta literatura más ricas.

Miradas así las cosas, y comparando nuestra cultura con la de Italia y la de Francia, salta en seguida á los ojos una gran ventaja en la nuestra. En el habla y en la literatura de España entra un elemento que falta casi en los demás países del Occidente de Europa: el elemento oriental-semítico, traído por los judíos y por los árabes, y tal vez por los fenicios y cartagineses en más remotas edades. Pero este elemento, si en la parte léxica es algo apreciable, pues acaso cuente sobre mil ó mil y quinientos vocablos, en la sintáxis y en el organismo gramatical apenas lo es, dígase lo que se quiera. Nuestro idioma es ario, es latino, y propende á arrojar, y arroja de sí, no sólo formas, giros y frases, sino palabras semíticas. La mayor parte de las que tie-

nen esta procedencia van cayendo en desuso ó anticuándose, y los que la miramos como primor, elegancia y riqueza del idioma, á quien prestan á la vez algo de peregrino y distinto de los otros romances, pugnamos en balde, ó por traerlas á frecuente empleo, ó por conservarlas en el habla del día. La ciencia rabínica ó mahometana no pudo ejercer en la nuestra influjo superior sino en los siglos medios, durante los cuales nos hizo representar importante papel. Y en cuanto al influjo arábigo y judaico en nuestra bella literatura, bien puede afirmarse que, hasta por confesión de los más entusiastas arabistas y hebraístas de ahora, fué y es menor de lo que en otro tiempo se ha imaginado. No obstante, y aunque le quitemos importancia, es innegable que el elemento semítico, á más de que ha de formar parte de la sangre que corre por nuestras venas, ha entrado en nuestra lengua y en nuestra poesía por mucho más que en las de Italia y que en las de Francia. En cambio, Francia é Italia cuentan con un elemento más rico, más fecundo y más afín, con el cual apenas hasta hoy contamos nosotros. Este elemento es asimismo más esencial y fundamental.

La lengua latina, de donde la francesa, la italiana y la española proceden, es tan antigua en su raíz ó más que la helénica. El origen inmediato de nuestros idiomas está en el latín, y no hay para

qué ir hasta el griego. Yendo hasta el griego, pasaríamos de una rama á otra, en vez de acercarnos al tronco. Pero lo que acontece con el idioma, no acontece con la literatura. En lo profano, en todo aquello que antes se designaba y comprendía bajo el título de *humanidades*, esto es, en todo saber, arte y disciplina, que no tienen algo de revelado y sobrenatural, Grecia es fecunda y casi única madre de la civilización europea. El mismo Lacio agreste recibió de ella todo saber, vencido y cautivo por las letras cuando la venció y cautivó por las armas. Salvo pocos gérmenes informes de indígena cultura, y salvo algo propio que pudo añadir el genio de los antiguos pueblos de Italia, griegos de origen muchos de ellos, todo fué allí imitación elegante y erudita, pero imitación, al cabo, del saber helénico: epopeya, teatro, lírica, filosofía, historia y hasta leyes.

Los helenistas españoles, sobre ser pocos, ó no tuvieron disposición para ello, ó no nacieron en ocasión propicia. Lo cierto es que su influjo y su gloria, como tales helenistas, se han encerrado dentro de límites harto mezquinos. Los más célebres lo son por otras aptitudes y trabajos. Así Arias Montano, el Brocense, Gonzalo Pérez, el Padre Scio de San Miguel, Castillo y Ayensa y Conde. El espíritu de Grecia jamás ha sido estudiado y comprendido bien en España, sino á través de sus

imitadores latinos. Las huellas del helenismo son, en toda edad, más hondas en Italia y en Francia que en España. Nuestro clasicismo español rara vez ha pasado del latín. Con frecuencia se ha contentado con estudiar á los italianos y á los franceses. Esto nos ha perjudicado mucho. No bebe agua limpia quien la toma de la derivada corriente, á la que se han mezclado el caudal de otros arroyos, y tal vez la tierra removida de los bordes, sino aquel que aplica los labios al mismo manantial de donde brota la abundante vena con pureza no turbada. Por esto, acaso, si bien nuestras letras brillan por la pompa, la lozanía y la gala de color y de adorno, carecen á menudo de aquella corrección y sobriedad, y de aquella mesura llena de buen gusto y de armonía, que en raras ocasiones obtiene el propio instinto como gratuito don del cielo, y que suelen adquirir y poner en sus obras los que estudian, contemplan y comprenden, con amor y entendimiento de hermosura, los inmortales y casi acabados modelos de la Grecia antigua.

Este estudio, lejos de destruir la originalidad ó de menoscabarla, la ha aumentado y corroborado en Francia y en Italia, sobre todo desde principios de este siglo ó fines del pasado, dando extraordinario impulso á la lírica, gracias á la inspiración de Andrés Chénier, de Hugo Fóscolo y de Leopardi.

Lo mismo anhela hacer en España Menéndez Pelayo. Para ello no basta, ni él posee sólo, la erudición. Nuestro nuevo compañero posee igualmente el sentido profundo de la belleza, la capacidad instintiva de percibirla y hacerla suya, y el amor que infunde. Para ser amado de las Musas es menester amarlas con amor entrañable, y él las ama. Para que ellas inicien en sus santos y dulces misterios, y muestren los recónditos tesoros que ocultan al profano vulgo, es menester vencerlas con el afecto y con la devoción. Es menester que las musas juzguen al mortal digno de su favor y confianza, y capaz de trasplantar al suelo patrio, con esmero y sin ajarlas, las delicadas y mágicas flores que ellas cultivan.

Lo único que para esto tal vez falta al Sr. Menéndez Pelayo, no es falta, sino sobra. Su prontitud de comprensión y de producción le perjudica. Comprende y expresa pronto, y de aquí algún desaliño. No hay en él aún aquella escrupulosidad respetuosa, aquel detenido afán que debiera. Su Pegaso pide, más que espuela, freno.

A pesar de estos lunares, los versos del Sr. Menéndez tienen notorio valor: hay en ellos carácter propio, y, sin dejar de ser españoles y castizos, traen á nuestra poesía nacional extrañas y primorosas joyas, con que nunca ó rara vez antes se engalanaba.

Si como poeta no es popular aún el Sr. Menéndez, me atrevo á pronosticar que lo será con el tiempo. ¿Fueron, por dicha, populares desde el principio Boscan y Garcilaso? Así Menéndez, que viene á aportar un nuevo elemento á nuestra patria, tiene que ser al principio tan poco popular como ellos. Andrés Chénier goza hoy de más fama que en vida y que poco después de su muerte, á pesar de que su intervención en la política, su oda contra Marat, y su fin trágico, debieron realzar su mérito literario y acrecentar su brillo.

Y no se diga que quien en cierto modo reproduce lo antiguo, ni piensa ni siente como en el día, y que su poesía es anacrónica. La belleza de la forma es inmortal; no pasa de moda nunca, y por ella las antiguas imágenes, fábulas y alegorías renacen y cobran juvenil frescura, y adquieren significación más alta, cuando una fantasía valiente se hunde en el seno de las edades remotas, y de allí las trae á la vida actual y á la luz del sol que hoy nos alumbra. No de otra suerte robó Fausto del seno de las Madres á la hija de Leda, la cual apareció tan hermosa y deseable como en el momento en que, desde los muros de Ilion, enamoraba á cuantos la veían, al ir á presenciar la lucha por su amor entre Paris y Menelao. El que tiene mente y corazón, y mira el espectáculo del mundo, de la historia en su largo proceso, y de la vida humana con sus sentimientos

y pasiones, se pone en medio del raudal de los siglos y del movimiento incesante de las inteligencias, y cuanto dice es tan nuevo como puede y debe ser, aunque se revista de forma antigua, si hemos de llamar forma antigua á la forma bella.

Para mí, pues, más que por erudito, más que por gramático, más que por humanista, aunque estas condiciones le hacían idóneo para ser Académico, lo cual, no sólo es premio y distinción honorífica, sino función ó empleo, el Sr. Menéndez está aquí por poeta. Mientras que el vulgo le reconoce y proclama como tal, en lo que si tarda, es por lo insólito ó inaudito de su canto, justo es que le reconozca y proclame, no la Academia Española, que no debe imponer su autoridad ni comprometerla, sino un individuo de su seno, que espera no ser desmentido, ni por el juicio de la posteridad, ni por la opinión pública ilustrada de la edad presente. Yo no le califico, declarándole superior á este ó al otro compatricio y contemporáneo suyo. Digo sólo que, si escribe con más cuidado, será más, influirá más y valdrá más en España, que en Francia Chénier y que Fóscolo en Italia. Por lo pronto, de lo que menos carece es de inspiración. Su virtud poética, que no desmerece de la de aquellos dos ilustres extranjeros que he citado, campea y da clara razón de sí en traducciones, y también en obras propias, como la *Epístola á Horacio,* la

Epístola á sus amigos de Santander, la *Galerna*, y, sobre todo, los versos amorosos á Lidia. Si esta dama no es fantástica, y no creo que lo sea, porque no hay dama fantástica que infunda tan verdadera pasión, bien puede andar orgullosa de haber sido cantada con ternura, elegancia, sencillez y primor que rara vez se emplean.

Del género de estudios y gustos del Sr. Menéndez Pelayo han salido ciertas opiniones que forman sistema, algo como embrión de una filosofía de la historia. Para cifrar este sistema en una palabra, me atrevo á inventarla, aunque sea larguísima y le llamo el *pan-greco-latinismo*. La soberbia de ingleses, franceses y alemanes, el desdén con que miran en el día á los pueblos del Sur de Europa considerándolos irremisiblemente decaídos, cuando no radicalmente inferiores, y conformidad ruin con este desdén de muchos sujetos descastados, que desprecian la tierra y la casta de que son, por seguir la corriente y mostrarse como rarísima excepción de la regla, han contribuído también, por espíritu de protesta, á que el Sr. Menéndez se haga *pan-greco-latino*. El abatimiento, el desprecio de nosotros mismos ha cundido de un modo pasmoso; y aunque en los individuos, y en algunas materias, es laudable virtud cristiana que predispone á resignarse y á someterse á la voluntad de Dios, en la colectividad es vicio que postra, incapaci-

ta y anula cada vez más al pueblo que le adquiere.

Por reacción contra este vicio ha nacido en el alma del Sr. Menéndez cierto injusto y airado desdén hacia los pueblos del Norte, y sobre todo, hacia los alemanes, cuyos sabios, dicho sea de paso, son los que mejor nos tratan, los que más nos estiman y hasta los que más á fondo conocen ya al Sr. Menéndez, y le celebran, y llegan á reirle como gracia paradoxal é ingeniosa, y como sátira aguda, la crueldad con que suele tratarlos. Ha nacido también en el Sr. Menéndez la creencia de que los pueblos del Mediodía de Europa son los hierofantes de la humanidad, la raza civilizadora por excelencia; siendo extraño que coincida hasta cierto punto en tal creencia con un alemán y con un impío. Haeckel supone que las gentes *alalas*, *antropiscas* y negras como la tizne, que salieron en manadas de la Lemuria y del centro de Africa, no se hicieron parlantes, discretas y progresivas hasta que pisaron las orillas de este sagrado mar Mediterráneo, cuyo litoral y cuyas islas han creado las nobles castas que han traido la cultura, la libertad y el progreso; las cuales castas antes de poner la hermosura en el mármol inerte y frío, la han puesto en sus mismos individuos, blanqueándoles la piel, afilándoles la nariz, y haciéndolos *euplocamos*, esto es, quitándoles las pasas ó los cabellos lacios, y rizándoles na-

tural y lindamente el pelo. Lo cierto es, que las regiones de Europa que el Mediterráneo baña con sus ondas, y particularmente las tres penínsulas que avanzan en su seno, la tierra de Pelops y ambas Hesperias, son para el Sr. Menéndez la patria de la inteligencia, el foco de donde toda la civilización sana, fecunda y alta ha irradiado y se ha difundido por el mundo.

Todo otro foco de civilización, ó vive de reflejo y de empréstito del legítimo foco, ó si tiene y vierte la luz propia, es bastarda y deletérea.

Nace de aquí el amor, nace de aquí la devoción fervorosa que consagra el Sr. Menéndez al gentilismo helénico, y nace también de aquí su intolerante catolicismo desde que empieza la edad moderna. Desde entonces el Sr. Menéndez pone sobre todo el ser católico. Nada bueno hay que no informe y funde esta religión. La reforma luterana es un retroceso: algo, en lo espiritual, como lo que la invasión de los bárbaros y la caída del Imperio romano fueron en lo temporal siglos antes. El predominio de la filosofía alemana, en época más reciente, fué otra invasión no menos funesta contra el imperio filosófico de los pueblos latinos.

Con la independencia de su sistema, y por cima de él, quizá estará en el alma del Sr. Menéndez la fe religiosa. No me incumbe tratar aquí de ella, ni examinar sus quilates. Baste la afirmación para mi

propósito de bosquejar un retrato literario, de que el ardiente catolicismo del Sr. Menéndez cuadra y se ajusta con su sistema.

Asimismo se ajusta con él la constante preocupación del Sr. Menéndez de incluir en libros y discursos, como parte de España, todo lo que á Portugal pertenece. Para el Sr. Menéndez el genio de Portugal es el mismo que el de España. La ciencia y la literatura españolas no se comprenden por completo sin contar con la de Portugal. Por esto, en el libro del Sr. Menéndez sobre la ciencia en nuestro país, en su *Historia de los heterodoxos,* y en la obra titulada *Horacio en España,* que, bajo tan modesto epígrafe, es una excelente historia crítica de nuestra poesía lírica, entran sabios, heterodoxos y poetas portugueses.

En el concepto de Historia universal de nuestro joven compañero, Grecia se adelanta y funda el saber de Europa, en cuanto tiene de humano. Italia une luego á las naciones, les da lenguaje y leyes, las prepara para recibir el Cristianismo, y después, en nombre del Cristianismo, sigue civilizándolas y gobernándolas durante los siglos medios. El papel de España, esto es, de Aragón, Castilla y Portugal, no es, por último, menos brillante.

Hecha ya por Grecia é Italia la educación de Europa, españoles y portugueses, como si la Providencia hallase estrechos los límites de nuestro

continente para encerrar tan gran civilización, y á fin de ensancharlos ó borrarlos los suscitase, abren caminos á distantes, inmensos é ignorados países; descubren otro mundo en que difundirla y la acreditan á la vez, poniendo la base de toda ciencia ulterior en el concepto del planeta que habitamos, magnificado y completo por el arrojo é inteligencia de nuestros gloriosos navegantes. Estos, al descubrir la América, nos dan asimismo idea experimental de las sociedades primitivas; y al visitar el Asia, nos ponen en contacto con las antiquísimas civilizaciones y sociedades del extremo Oriente, preparando la mente humana para que, así como ha agrandado en el espacio el mundo conocido, haga retroceder el término de lo no explorado en el tiempo. Nuestros misioneros, además, son los primeros importadores de idiomas, poesía y saber de los pueblos asiáticos y americanos, y, sobre todo, los chinos, japoneses y arios de la India oriental, por donde ensanchan el horizonte de los conocimientos europeos, siembran la semilla de no pocas ciencias nuevas, como la etnografía y la lingüística, y enriquecen con exóticos elementos nuestra imaginación y nuestras artes.

La parte de España en empresa tan noble casi es superior á la de Grecia y á la de Italia, si sólo se atiende al primer impulso; pero el predominio de España es efímero. Su poder y su virtud pasan

á otros pueblos. Lo que España empieza, Francia, Inglaterra y Alemania lo prosiguen y lo llevan hasta el punto que alcanza hoy. Ellas realizan la ciencia experimental que nosotros inauguramos; del conocimiento de este planeta pasan ellas al más completo conocimiento del sistema solar y el universo todo; y ellas esclarecen y divulgan, con método, precisión y copia de datos, el habla, las artes, la religión y la filosofía de los iranios, brahmanes y demás pueblos del Asia que nosotros visitamos antes. El imperio material pasa á sus manos también. La raza inglesa prevalece en América sobre la española, y se enseñorea de la India. Por el centro del Asia se abren paso y llevan la civilización los rusos.

Nuestra primacía fué corta. En todo nos sucedieron, de casi todo nos despojaron los pueblos del Norte.

Si fuésemos á investigar aquí las causas de esta rápida decadencia, el Sr. Menéndez y yo estaríamos muy discordes. Para mí, la causa fué el fanatismo unánime (la unidad de fanatismo) que en hora mala se apoderó de nosotros. Los otros pueblos no eran quizás menos fanáticos; pero como el fanatismo tomó entre ellos diversas y opuestas direcciones, los hombres de distintas sectas se combatieron unos á otros, y, no pudiendo destruirse, se allanaron á vivir en paz: primero á tolerarse, y

después á tener la libertad, fuente y condición de todo progreso. En España, en los siglos XVI y XVII, merced á lo casi unánime de las creencias, no hubo guerras civiles religiosas, ni tanta sangre derramada; pero hubo una compresión larga y continua, que acabó por marchitarlo y matarlo todo. Si personificásemos á las naciones, yo me fingiría á Francia y Alemania, en medio de sus furores religiosos, como á tres matronas que caen enfermas con fiebre agudísima, acompañada de violento delirio y de todo linaje de perversas erupciones, pero que al fin sanan, convalecen, desechan el mal humor, y se ponen más robustas que nunca; y á España me la representaría como á otra matrona que no tiene más que una calenturilla lenta y suave (no puede hacerse más benigna apología del régimen inquisitorial), pero esta calenturilla persiste tan tenaz y tan sin tregua, que estraga la salud de la matrona, y la enflaquece y desmedra, hasta que acaba por parecer un esqueleto. Así España al terminar la vida y el reinado de Carlos II. Verdad es que florecieron, en medio de aquel fanatismo, las letras y las artes; pero á la manera del tronco de un árbol, si se cubre de enredaderas, hiedra y otras plantas parásitas, parece más verde, lozano y vistoso, hasta que, oprimido por aquello mismo que tanto le adorna, se seca y se consume.

En aquella virtud que nos animaba y engrande-

cía iba el germen corruptor que había de perdernos. El Sr. Menéndez Pelayo, con todo su ingenio y erudición, no nos demostrará que, en medio del resplandor de nuestras artes y amena literatura, no acabásemos por ser inertes para toda alta cooperación científica, y ciegos y sordos para ver y oir el movimiento de las ideas y el extraordinario progreso de aquellos siglos.

Si de esto se tratara, nuestros discursos serían una controversia. El mío sería, ó procuraría ser, la más completa refutación del de nuestro joven compañero.

Por fortuna, el Sr. Menéndez ha elegido asunto dentro del cual estamos en perfecto acuerdo. No me toca más que ampliar y comentar ligeramente lo que él dice, corroborando sus afirmaciones.

En medio de aquella tiranía mental de los siglos XVI y XVII, cuando la razón de Estado y el fanatismo unánime, fiero sufragio universal, se aunaron para obligar á todos los españoles, á las vencidas minorías, á que creyesen, pensasen y sintiesen lo mismo, haciendo embusteros ó hipócritas, ó matando toda iniciativa de pensamiento, algo que está por cima de toda ley se eximió de la tiranía, y allí fué el hombre plenamente libre y dueño de sí: *sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas, su voluntad.* En la práctica, este templo, este asilo donde custodiaba el hombre lo que ahora llamaríamos sus de-

rechos individuales é ilegislables, era la honra. El Rey era señor de vidas y haciendas. Podía matar y podía confiscar. En lo temporal la Majestad humana era omnipotente, como en lo eterno la Majestad divina; pero la honra se sustraía á su pleno poder. Como dice el poeta español, espejo de su siglo, el poeta español por excelencia entonces, la honra

Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios.

De la misma suerte, en lo especulativo, en la esfera del pensamiento, por cima del discurso, del raciocinio y de otras facultades, hay una potencia sublime, intuitiva, la inteligencia simple, que, movida por el entusiasmo y alzándose en alas del amor, busca en el alma misma, donde hay campos sin término en que explayarse, lugar sacratísimo en que ser libre y soberana. Allí, en el centro del alma, adecuado y único trono de esa elevadísima potencia suya, asiste Dios, y allí el alma le halla, y, por inefable misterio, se transforma en Dios, sin dejar de ser el alma individual humana. Los espíritus libres de los españoles de aquella edad, huyendo de la compresión, tal vez sin darse cuenta, buscaban este refugio. Tal vez la misma compresión en que gemían les prestaba más fuerza, más alcance y más certera dirección para penetrar y ahondar en los abismos de la mente, como la bala

que, mientras más forzada está dentro del tubo de hierro que la oprime, sale más rectamente disparada, y va más lejos, no bien la pólvora se inflama, dilata el aire y la empuja. Por esto, la primera calidad que distingue al misticismo español es la de ser más intenso y penetrante que los otros. Vuela y ahonda más, y se extravía menos. Se diría que toda la serena claridad del espíritu se guarda para él. Como hábiles acróbatas que fuesen por cuerda sutil, extendida sobre precipicios espantosos, así van nuestros místicos, llenos de confianza y denuedo, á buscar á Dios, á unirse con él, á poseerle y á ponerle en todo lo creado, sin caer en el panteismo *egoteista* ó sujetivo, y sin quitar á Dios la personalidad, endiosando la Naturaleza. La realidad del universo, la responsabilidad de nuestros actos, nuestro ser individual, nuestro libre albedrío, todo queda á salvo, hasta en los momentos de más íntima unión del Criador y de la criatura. Nuestros grandes místicos jamás tienen el egoísmo negativo é inerte de los de otros países, en quienes el alma se aniquila, se pierde en la infinita esencia, y, absorbida en el Ser, en el Ser se reposa y aquieta como en la Nada. En nuestros grandes místicos, sólo en un instante inapreciable puede haber aparente aniquilamiento, completa efusión de lo finito en lo infinito. El metal en la fragua parece fuego, y no metal; pero sale de allí mejor templado y con

propiedades de instrumento idóneo para mil operaciones útiles. Así también el alma de nuestros místicos sale de su unión con Dios más hábil é idónea para la vida activa. Y no se enfría como la herramienta cuando sale de la fragua, sino que guarda en sí aquel fuego de amor divino, y en todo le pone. Dios no la abandona. El alma sigue llena toda de Dios, después que una vez le ha poseído, y le lleva y le siente en su centro, y le siente además en todos los seres, así semejantes suyos como no semejantes, animados é inanimados. Y este fuego, que saca el alma y que no pierde, es fuego de caridad, es el amor por amor de Dios, que vence en violencia y en útil actividad á todo otro amor de fundamento profano. Sin creer el alma que todo es Dios, cree que todo está en Dios, y que Dios está en todo, y lo respeta y lo ama todo, y aun en cierta manera lo adora como divino. Nada hay feo, ni deforme, ni inmundo. El sentimiento de la presencia divina hermosea la fealdad y limpia la material impureza, prestándoles aquella expresión que Murillo y Zurbarán sabían dar á sus frailes más rotos, sucios y demacrados.

En lo práctico de la vida se refleja este misticismo generoso, y produce maravillosas obras. Así nuestros misioneros y fundadores, entre los que descuellan Juan de Dios, Antonio de Padua, José de Calasanz, Iñigo de Loyola y Francisco Javier,

apostol de Oriente. Estos hombres, que la Iglesia pone en el número de los santos, y la más descreída filosofía no puede menos de contar entre los más ilustres bienhechores del humano linaje, no van sólo á difundir por el mundo la fe cristiana y á enseñar la religión á las gentes, sino á enseñarles también todas las artes, toda la superior civilización de los pueblos de Europa. Y en tan gigantesco propósito, que tanto ha influído en el progreso de la humanidad, divulgando nuestro saber entre los pueblos bárbaros y salvajes, y trayendo de ellos á Europa cumplida noticia de sus lenguas, ideas, costumbres, usos y leyes, nadie se ha señalado más que la Compañía de Jesús, creación del genio español, y una de sus mayores glorias. Los que yo juzgo extravíos de la Compañía, su guerra declarada al espíritu del siglo, y su lastimosa alianza con los hombres del régimen absoluto, que tan tiránico y feroz fué contra ella en el siglo pasado, no han de impedirnos que en su empezar la ensalcemos. Para ponderar sus pacíficas y civilizadoras conquistas, que, aun en vida de su fundador, llegan á los últimos términos de la tierra, no hay en la historia real encarecimiento que satisfaga, y tenemos que apelar, á fin de hallarle, á la fábula vetustísima de la expedición triunfante y benéfica de Osíris.

Fundamento de todo ello fué el misticismo es-

pañol, tan penetrante y tan hondo, y del cual sale el alma muy inflamada de caridad, y muy apta y alerta para las luchas de la vida. Y no se entienda que, sólo al llegar el alma á la perfección que anhela, pasa de la contemplación á la actividad y es útil al prójimo. Antes al contrario, durante toda su peregrinación, la actividad exterior es necesaria, y en esto se distingue la mística ortodoxa de otros misticismos que requieren ó recomiendan la inercia. Es cierto que entre la vida activa y la contemplativa, Cristo prefirió la contemplativa, diciendo que *María escogió la mejor parte;* pero al decir *la mejor parte,* dió á entender que la vida consta de pensamiento y de acción, y así la vida mixta, que abraza lo más perfecto que hay en la acción y en la contemplación, es la que nuestros autores ponen por cima de las otras, sosteniendo que la contemplación no llegará nunca á ser perfecta si el amor de Dios que en ella se emplea y ejercita no se difunde también en utilidad de nuestros semejantes. De aquí que, para distinguir la contemplación de buen espíritu de la falsa ó de espíritu malo, haya una regla general infalible, dada por el divino Maestro: *Por los frutos se conocen los árboles donde nacen.* La piedra de toque, pues, que sirve de contraste y aquilata la bondad de la vida contemplativa, está en las obras. Y no ya en la mera contemplación, pero ni en los grados más altos de este

ascenso del alma hacia el Ser divino, la actividad y las obras se perdonan; antes, mientras más señalados son los dones del cielo, hasta cuando se descorre el velo de la fe y viene á haber como un rompimiento de los muros de esta cárcel en que vivimos, y el alma ve cara á cara al bien infinito y se une á él con abrazo indisoluble, no es para que se aquiete y descanse en tanto regalo, sino para que tome fuerzas y prodigue en bien del prójimo todas las virtudes, sin lo cual el alma, á pesar de los favores recibidos, quedaría desmedrada y con corto merecimiento, y por lo mismo que ya ha recibido favores, sería, con justicia, tildada de ingrata.

Por otra parte, la contemplación, la visión intelectual infusa, el punto más sublime á que puede llegar el alma durante nuestra vida mortal por esta senda mística, no puede durar más que un pequeño momento, como si de repente se abriera la secretísima puerta del abismo del alma y su luz la inundase é iluminase, y viese ella las cosas todas con tal claridad como si en la propia esencia divina las viera. Y esta visión, aunque pasa, queda esculpida en la memoria y deja tan ilustrada al alma, y con tales deseos de merecer nuevos favores, que la guía y la induce á hacer obras, para merecerlos de nuevo y agradecer los ya recibidos.

Otra excelencia avalora también nuestro misti-

cismo. El esfuerzo poderoso de la voluntad para buscar á Dios en lo más íntimo, en el ápice de la mente, lleva al alma á observar y penetrar sus ocultos senos, como los psicólogos más pacientes y sutiles tal vez no lo hacen: por donde se halla con frecuencia, por propedéutica de la mística, una aguda psicología, un estudio claro del *yo,* con todos sus afectos, facultades y propensiones.

El misticismo, sin embargo, tiene siempre inconvenientes y peligros gravísimos, y en España los tuvo mayores, porque fué mayor que en otros países, viniendo á degenerar y á corromperse pronto, como toda nuestra cultura. Los medios de llegar por él á la perfección son la voluntad y la inteligencia; pero la inteligencia no va lentamente analizando, deduciendo y raciocinando, sino que, arrebatada por el amor, se remonta á la intuición de un vuelo, y alcanza, ó cree alcanzar, la verdad en el éxtasis y en el rapto. De aquí que cualquiera persona, por simple é ignorante que fuere, podrá aspirar á la unión con Dios, guiada sólo por el afecto fervoroso.

De aquí el abandono de la observación paciente de los fenómenos, la inacción del natural discurso en la tarea de averiguar las causas, la calificación del pensar de *funesta manía,* y el abuso y la perversión de aquella sentencia, tan hermosa si se interpreta y se aplica bien, de que los que no son

simples por naturaleza, deben serlo por gracia.

Otros grandes escollos del misticismo hicieron zozobrar también la nave del ingenio español.

El alma que busca á Dios en su centro debe apartarse y aislarse de los sentidos, borrar las impresiones que por ellos recibe, desnudar la memoria, y hasta despojar de imágenes la interior fantasía, para que la inteligencia pura, en toda su admirable simplicidad, vea á Dios y como que se compenetre y confunda con Él. Larga y fatigosa es la vía que tiene que hacer el alma para llegar á este término, si término puede llamarse lo que en realidad no le tiene. Para nuestros místicos ortodoxos, que jamás caen en el panteismo, no es posible que el alma se transmute en la divina Naturaleza, aunque participe de ella, por donde á los que tan alto grado suben los llaman deiformes ó transformados en Dios. Y en esto, por la intensidad, por la duración, y por la mayor ó menor plenitud de la gracia, de la caridad y demás dones con que la participación se hace, hay grados y excelencias hasta lo infinito, que los místicos, en su sutilísima y profunda ciencia, declaran y clasifican como pueden. De todos modos, aun para llegar al más ínfimo de estos grados, aun para llegar, valiéndonos de las exprexiones figuradas de que los místicos se valen, á besar, como la Magdalena, los pies de su Redentor divino, el alma tiene que ha-

cer muy larga peregrinación, durante la cual el amor la conduce; pero el amor puede extraviarla, y, aun antes de extraviarla, causarle una enfermedad ó dolencia, si muy sublime, muy peligrosa también, porque el alma, atacada de mal de amores, se ve como pendiente entre la tierra y el cielo; desdeña ya las cosas terrenales, que le dan fastidio, y no logra todavía comprender ni gozar las divinas. Tal situación es de mucho peligro, porque en ella el alma puede fijarse en algún ser creado, y consagrarle toda la adoración que para Dios lleva consigo. Tal vez así se explique el amor refinado y metafísico por la mujer, la idolatría del caballero por su dama y la del poeta por la beldad que inspira sus cantares; lo cual, aunque nos hechice y aunque lisonjee á las mujeres, no es sino aberración y herejía del misticismo legítimo y ortodoxo. Es más; como entre los pueblos antiguos, aunque en todos hubo misticismo, apenas se halla rastro de este amor idólatra á las mujeres, ni tampoco se halla en los primeros siglos de la era cristiana, yo me inclino á pensar que en la creación de este misticismo galante entró por mucho la veneración supersticiosa de celtas y de germanos hacia las mujeres, influida y hermoseada luego por doctrinas católicas. Tal vez el elemento céltico tenga más parte que el germánico en la creación de esta bella y singular herejía, donde la mujer amada es como

diosa para el caballero ó poeta que la sirve, á quien se encomienda de todo corazón, por quien hace penitencia, á quien debe, ó cree deber, la valentía de su ánimo, el esfuerzo de su brazo y las altas inspiraciones de su ingenio; á quien consagra su vida y rinde culto; por quien tiene devoción y verdadera religión, y de quien dice, no por encarecimiento poético, sino con todas veras y con toda la transcendencia de la frase, lo que Calixto de Melibea cuando le pregunta Sempronio si es cristiano: —"Yo melíbico soy, é á Melibea adoro, en Melibea creo, y á Melibea amo." —Esta mística adoración de la mujer tiene por un lado extraordinarias bellezas, no sólo poéticas, sino morales. Ella inspiró, sin duda,

> Al dulce vate de Caliope labio,
> El que al amor desnudo en Grecia y Roma,
> De un velo candidísimo adornando,
> Volvió al regazo de la Urania Venus;

pero, por otra parte, no está bien que de la exaltación apasionada por un ser finito y perecedero se haga fundamento de toda hazaña y de toda obra buena. Así la mujer amada viene á ser como símbolo, alegoría ó personificación visible de la misma Divinidad ó de algunos de sus atributos. La mujer amada es la fuente de la gracia, la dispensadora de la bienaventuranza, la creadora de toda

virtud. "Sus ojos, dice Dante de Beatriz, llueven llamitas de fuego, animadas de un espíritu tan gentil, que crea todo buen pensamiento.„ Naturalmente, de esta elevación de la pasión humana amorosa, hasta una potencia y un valor divinos, nacen mil ricas ideas; pero también suelen nacer otras altamente perturbadoras é inmorales. La relación entre dos que de tal suerte se aman está por cima, ora lo disimulen unos, ora otros lo dejen entrever, ora otros lo declaren con franqueza, de todo lazo social y religioso. Se diría que un sacramento más alto invalida ó anula el vínculo que la ley civil ha formado y que la religión positiva ha santificado. El amor místico á la mujer no respeta nada. Los prototipos de este amor en la Edad Media, celebrados por todos los trovadores y cantados en todas las lenguas de Europa, fueron Lanzarote y Ginebra, y Tristan é Iseo, llegando, en la última historia amorosa, á ponerse el cielo en contra del marido agraviado y en favor de los malogrados amantes, sobre cuyos unidos sepulcros nace un maravilloso rosal, siempre cubierto de blancas rosas. Y no se diga que en la mayor parte de los casos este amor es tan sin malicia y tan del espíritu, que no ofende ni mancha. Ciertamente el conde Baltasar Castiglione, en su *Cortesano*, describe este amor con suma elocuencia y filosofía, llamándole amor virtuoso, para distinguirle del amor vicioso; pero,

en gracia de la misma virtud del amor, da anchuras á sus límites, en mi sentir extremadas, llegando á consentir cosas al virtuoso que al vicioso en manera alguna concede, pues afirma que la dama, "por contentar á su servidor en este amor bueno, no solamente puede y debe estar con él muy familiar, riendo y burlando, y tratar con el seso cosas substanciales, diciéndole sus secretos y sus entrañas, y siendo con él tan conversable, que le tome la mano y se la tenga, más aun puede llegar, sin caer en culpa, por este camino de la razón, hasta besalle." Y, para cohonestar tan grato y amplio permiso, trae una singular teoría del beso, suponiéndole de todo punto espiritual en los que andan divinamente enamorados. El razonamiento de Castiglione no me convence, á pesar de aquel testimonio de Platón con que le ilustra y trata de probar que el beso es unión de almas, ya que á Platón se le vino la suya á los dientes una vez que besó á su amiga; pero, aun cuando el razonamiento me convenciera, todavía la adoración galante y sacrílega entre dos seres humanos, aunque tenga más brillante poesía, no la tendrá tan sólida y sana como el afecto natural de la esposa á su esposo, el santo cariño del hombre á la madre de sus hijos, y el respeto que inspira la honrada y virtuosa matrona. Por otra parte, esta idolatría alambicada de la mujer casi siempre se opone á la conveniente y

recta estimación que es justo que de ella se tenga. Donde el misticismo la endiosa en sus fugaces arrobos, las almas, que no todas suelen arrobarse, ó que no están arrobadas de contínuo, la menosprecian y denigran. No hay el justo término medio, ni el puesto digno que debe ocupar la noble compañera de nuestra vida, quien no es divinidad, pero no es vil esclava; quien no es *breve cielo*, pero tampoco es *lodo inmundo*. Cornelia, Octavia y Porcia jamás fueron amadas místicamente por sus maridos. El Cid y García del Castañar tampoco aman místicamente á sus mujeres. Por eso son ellas más respetables y simpáticas que la mayor parte de las damas de Calderón, en las que se advierte que el amor que inspiran, cuando no es feroz y salvaje, como en *No hay cosa como callar*, es tan pasado por alambique, que se evapora la verdadera pasión, y sólo quedan en el fondo de la retorta ergotismo escolástico, discreteos y sutilezas.

Otras varias corrupciones ha habido también en el misticismo de España. Tal místico no ha sabido libertarse de la baja sensualidad, y la ha puesto en sus altos amores; tal otro, á fin de tener libre el alma de esta sensualidad, la ha satisfecho como quien se aligera de un peso incómodo para su peregrinación en busca del bien infinito; y tal otro, en vez de amarlo todo por amor de Dios, lo ha aborrecido todo: de donde el menosprecio de

cuanto hace grata la vida, apacible y amena la sociedad, y más hermosa, ó si se quiere menos fea, nuestra forma temporal en este globo que habitamos. Fuerza es confesarlo: el desaliño, la zafia rustiqueza y el más asqueroso desaseo han sido á menudo prendas de los místicos. Esto ha trascendido al desenvolvimiento total de España, la cual ha descuidado sus intereses, su industria y las artes de lujo y deleite, y ha caído ó ha vivido siempre en pobreza con relación á la material prosperidad de otras naciones.

En el amor de Dios no hay el exclusivismo de donde nace la rivalidad. El místico ama á Dios mientras más señales ve en las criaturas de que por Dios son amadas. Léjos de tener celos, lo que desea es que todas las criaturas le amen y le adoren y alcancen su gracia; pero á veces, de estas finezas del amor á objeto tan soberano proviene en los místicos, y singularmente en los españoles, una pasión deplorable: los celos, en nombre de Dios y por Dios, de toda infidelidad que sus adoradores puedan hacerle; el afán de vengar esta ofensa y de castigar este adulterio que el alma humana extraviada é infiel hace á su Esposo y Redentor divino. De esta suerte, y por espantosa contradicción, en las puras llamas de la caridad suele encenderse el furor de la más cruel intolerancia, y aun llegar á prenderse fuego en las hogueras, en que, renovan-

do el culto de Moloch, hemos quemado vivos á nuestros hermanos.

Por esta levadura de corrupción vino en España á degenerar, en la práctica, el misticismo, hasta parar, á fines del siglo pasado, en el lascivo desenfreno de la beata Dolores, y en el siglo presente en los ridículos y falsos milagros de alguna monja vulgar y trapacera.

El influjo del misticismo en nuestra poesía ha sido grande, si bien no ha dado el misticismo exclusivo asunto á otro género que no sea el lírico. El Sr. Menéndez ha deslindado la diferencia que hay entre la poesía devota, religiosa y ascética, que es abundante en nuestro país, y la puramente mística, que es poca.

Esta ha florecido, en los siglos medios, entre los judíos de España, sin librarse casi nunca de la nota de panteísmo, pero elevándose á la mayor sublimidad, como en Ibn Gebirol, por ejemplo.

Extraño es que entre los mahometanos españoles no se hayan encontrado aún ni rasgos de misticismo en verso, siendo, como son, tan místicos Ibn Tofail y algunos otros filósofos y prosistas.

En cuanto á nuestra poesía mística cristiana, ya el Sr. Menéndez ha hecho de ella interesante historia en su bello discurso. ¿Qué podré yo añadir?

Casi todos nuestros poetas, y muy especialmente en los siglos XVI y XVII, edad de oro de nuestra li-

teratura, han escrito rimas sacras, romances á lo divino, canciones, glosas, letrillas, villancicos y otras clases de versos devotos. Los cancioneros y romanceros espirituales contienen preciosas joyas; pero en ellas no hay, por lo general, misticismo. Sin embargo, el influjo del misticismo se revela allí con frecuencia en cierta santa familiaridad y en cierta intimidad entrañable con las cosas divinas, como de personas que las aman, que de continuo las tratan y que las llevan muy arraigadas en el corazón. De aquí que á veces, no en los versos pulidos y artificiosos, no en los escritos por el estilo más elevado, sino en las letrillas más villanescas y en los romancillos pastoriles, entre el candor y la sencillez de la frase, y á través de la rústica y casi infantil naturalidad de imágenes y pensamientos se note dulce sabor como de bienaventuranza, crea respirar el alma y hasta inundarse en ambiente del cielo, y columbre súbitas iluminaciones de algo á modo de ciencia infusa, con arranques maravillosos que la transportan á lo más encumbrado del pensar y á lo más hondo del sentir. Tales efectos no pueden menos de producirse hasta en la mente de sujetos descreídos, si estos sujetos entienden y saben penetrar la poesía, al leer el romancillo de Lope, que empieza:

Estábase el alma
Al pie de la sierra

Del humano engaño
Perdida y contenta;

la canción que tiene por estribillo

Cantad, ruiseñores,
A la alborada,
porque viene el Esposo
de ver al alma;

y muchas composiciones más que pudiéramos citar de Damián de Vegas, de Fr. Ambrosio Montesino, de Valdivielso, de Gregorio Silvestre, de Luis de Ribera y de otros.

Tampoco Fr. Luis de León, aunque siempre religioso, es poeta místico sino por momentos. Su inteligencia se extendía sobre todos los seres, y su lira tenía todos los tonos. El sentimiento de la naturaleza era en él muy vivo. Su hermosura le enamoraba, y en ella buscaba á Dios como si ella fuera el espejo en que Dios se mira y el inmenso hieroglífico donde se revelan los misterios de su bondad y de su poder para el que sabe leer. Así es que Fr. Luis busca á Dios por efusión del alma en lo creado; rara vez le busca por introversión, hundiéndose en su centro. La más propia inspiración de Fr. Luis se cifra en el título de una de sus odas, que dice: *En loor y honra de Dios, Nuestro Señor, tomando ocasión de las criaturas.*

¡Ay orbes celestiales,
Cuán bien me da á entender vuestra figura

Los rayos divinales,
La gloria y hermosura
Que tiene el gran pintor de esta pintura!

En Fr. Luis hay mucho de objetivo, para ser místico; más bien es teósofo. Es asimismo un vate asceta y penitente; pero en su penitencia, en su mortificación halla una paz santa y sublime, una tranquilidad digna sólo del sabio, y un noble y fecundo reposo, que hacen el principal hechizo de sus versos:

No busca los favores,
Que al ambicioso traen desvelado
En casa de señores,
Mas ántes retirado
Goza su suerte y su feliz estado.

—

No tiene desconsuelo,
Ni puede entristecerle cosa alguna,
Porque es Dios su consuelo;
Ni la vária fortuna
Con su mudable rueda le importuna.

—

La casa y celda estrecha
Alcázar le parece torreado,
La túnica deshecha
Vestido recamado,
Y el duro suelo lecho delicado.

—

El cilicio, tejido
De punzadoras cerdas de animales,

Que al cuerpo trae ceñido,
Aparta de él los males
Que causa el ciego amor á los mortales.

La disciplina dura
De retorcido alambre le da gusto,
Pues cura la locura
Del estragado gusto,
Que huye á rienda suelta de lo justo.

Por lo demás, mezclada siempre con el ascetismo cristiano y con el vivo sentimiento amoroso por la Naturaleza, reluce en Fr. Luis la plácida serenidad del sabio antiguo, algo de la soberbia independencia del estoicismo gentílico, si bien templado por la mansedumbre cristiana:

Dichoso el que jamás ni ley, ni fuero,
Ni el alto tribunal, ni las ciudades,
Ni conoció del mundo el trato fiero;
Que por las inocentes soledades
Recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
Y el ánimo enriquece con verdades.
Cuando la luz el aire y tierras baña,
Levanta al puro sol las manos puras,
Sin que se las aplomen odio y saña.
Sus noches son sabrosas y seguras;
La mesa le bastece alegremente
El campo, que no rompe rejas duras.
Lo justo le acompaña y la luciente
Verdad, la sencillez en pechos de oro,
La fe no colorada falsamente.

De ricas esperanzas almo coro
Y paz con su descuido le rodean,
Y el gozo cuyos ojos huye el lloro.

En muchas ocasiones tal vez se trasluce algo del misticismo; pero, ya mezclado con la moderación en los deseos propios del sabio antiguo, ya con el orgullo noble del filósofo; por manera que no se acierta á distinguir bien cuáles han sido las verdaderas fuentes de su inspiración, ó si todas ellas han mezclado sus raudales y han entrado con ímpetu y de consuno en el corazón del poeta para dar ser á sus mejores estrofas. Así, por ejemplo, cuando dice al tirano que le amenaza con hierro y fuego, tal vez á la Inquisición, que le perseguía:

¿Qué estás? ¿No ves el pecho
Desnudo, flaco, abierto? No te cabe
En puño tan estrecho
El corazón que sabe
Cerrar cielos y tierra con su llave.

Y como ejemplo de moderación:

Quien de dos claros ojos
Y de un cabello de oro se enamora,
Compra con mil enojos
Una menguada hora,
Un gozo breve, que sin fin se llora.

—

Dichoso el que se mide,
Felipe, y de la vida el gozo bueno

A sí solo se pide,
Y mira como ajeno
Aquello que no está dentro en su seno.

Sin embargo, si hemos de creer al P. Fr. Juan Bautista Lisaca, una composición en redondillas, titulada *Estímulo del Divino Amor*, es obra de Fray Luis, y, en este caso, Fr. Luis ha escrito algo completamente místico. El crítico que en 1782 publicó la segunda edición de los *Grados del amor de Dios*, del citado Lisaca, donde el *Estímulo* va incluído, halla en esta composición algunas puerilidades, y, aunque sólida doctrina, un modo de verterla zonzo, frío y cansado; pero, á mi ver, se deja arrastrar de las preocupaciones literarias de su época al formar tan duro juicio. El *Estímulo* tiene mérito, sea ó no de Fr. Luis, y quizá en los defectos que el crítico nota estriben sus mayores bellezas, porque lo natural y espontáneo del estilo hacen resaltar la grandeza del asunto. No puede negarse, por eso, que el prosaísmo y la sequedad deslucen hartos aciertos y primores, y afean en parte el *Estímulo*, así como afean los muchísimos versos con que el P. Lisaca adorna sus *Grados del amor de Dios*, lo cual consiste, en mi sentir, en que aquellos poetas iban ceñidos á la ciencia por el miedo de extraviarse, definiendo y explicando con rigor dialéctico, encadenada y medrosa la imaginación, abatido el vuelo del entusiasmo, y sus alas oprimi-

midas por la pesadumbre de doctrinas minuciosamente determinadas ya, y de que no era lícito apartarse. ¿Qué atrevimientos dichosos no hubieran tenido, á qué esferas no se hubieran elevado nuestros místicos, exentos de este temor? Aun así, no pocos, sobre todo en el siglo XVI, tuvieron dichosos atrevimientos, y alcanzaron peregrina originalidad en verso y prosa. Entre todos, y concretándonos al verso, descuella el amigo de la admirable Doctora Santa Teresa, su predilecto hijo espiritual, San Juan de la Cruz, dechado de perfección en este género. Toda la mística teológica está cifrada en los versos de este divino poeta; y aunque el Sr. Menéndez haya dicho bastante de él, puede añadirse muchísimo más, y algo añadiré yo, seguro de que asunto tan extenso, tan grave y tan alto, no se agota, ni puede cansar, como no sea por la impericia pecadora del que en esta ocasión le trata y expone.

Si hubiéramos de juzgar sólo los versos de San Juan de la Cruz por su sentido literal y por la belleza de la forma, pronto estaría acabada nuestra tarea. Los versos son bellísimos hasta por su sencillez, y los mejores, á modo de idilio ó égloga, donde el Esposo y la Esposa, enamorados ambos, entienden y hablan dulcemente de sus amores; pero bajo la corteza de esta linda alegoría, donde pone el poeta todas las galas de la poesía oriental,

y hermosos cuadros y pinturas de la vida campestre, hay un profundísimo sentido, que el santo desentraña y explica con elocuencia inimitable en los tres divinos comentarios, que llevan por título: *Noche oscura del alma, Declaración del cántico espiritual* y *Llama de amor viva.*

A fin de entenderlo bien, es menester haberlo sentido y experimentado, porque es psicología experimental, si bien tan alta, que se eleva y transciende á la metafísica ó ciencia primera más sublime y tenebrosa, porque ciega y crea tinieblas la opulencia de su luz, cuyas verdades, aunque logre el alma percibirlas, no hay lengua humana, por elocuente que sea, que atine á expresarlas con la debida claridad.

Toda la ciencia y todo el arte de la mística se resumen y contienen, como dice el doctor seráfico San Buenaventura, en estos tres puntos: ¿Quién soy yo? ¿Quién es Dios? ¿Cómo Dios y yo seremos una misma cosa? Implica lo primero el conocimiento de sí mismo. Lo segundo, un estudio teológico del Ser Supremo, á quien no conocemos bien por la razón y debemos verle en la obscuridad de la fe. Y lo tercero se logra sólo después de la contemplación sobreesencial, alzándose el alma, abstraida de toda imágen y de toda idea que no sea de Dios mismo, por cima de su propia esencia creada, y subiendo hasta el ser increado del alma,

que es su centro. *El centro del alma Dios es*, dice el santo. Sólo la mente introversa, la inteligencia desnuda y reconcentrada en lo más hondo, en el abismo, en las entrañas del espíritu, puede llegar hasta Dios y sentir allí como su respiración. Siente el alma la respiración de Dios, y por eso dice la canción *en tu aspirar sabroso:* punto en el cual el santo abandona ya el comento, exclamando con el bello candor de su estilo: *Veo claro que no lo tengo de saber decir, y parecería menos si lo dijese.*

Antes de subir á esta contemplación extática, hay, según hemos indicado varias veces, una prolija y penosa peregrinación que hacer, cuyo itinerario y trámites traza el santo en su precioso libro, titulado *Subida del monte Carmelo;* lo cual es llegar á un término en que la voluntad esté entera con Dios, y prescinda hasta de la devoción sensible, y se halle en recogimiento interior y en desnudez espiritual completa. Se da entonces una abismal nesciencia, que llama el poeta *noche oscura*. En ella quedan vacías del todo

Las profundas cavernas del sentido;

esto es, del sentido íntimo del espíritu, lo cual significa que en el entendimiento no queda ciencia, sino fe; ni en la memoria, recuerdo, sino esperanza; ni en la voluntad, afecto alguno humano, sino caridad pura. De aquí un vacío inmenso, unas ca-

vernas profundas, que *no se llenan menos que con lo infinito.* De este modo, en esta *noche oscura,*

Estando ya la casa sosegada,

ó sea domada la sensualidad y las pasiones y apetitos mortificados, sale el alma en busca de su amor; esto es, se alza por cima de su propia esencia para buscar la fuente de que procede. De esta fuente ha hecho el poeta una canción especial, que comienza:

¡Qué bien se yo la fuente que mana y corre,
Aunque es de noche!

Esta fuente es la esencia divina, de donde emana el Verbo increado por generación eterna; Verbo en quien resplandece y se manifiesta cuanto hay oculto en el Padre, y en quien el Padre se complace eternamente, y donde están, como arquetipos perfectos, y eternamente también, y por el arte ideal, los seres todos y el alma.

Bien se ve que cada frase de las canciones de San Juan de la Cruz encierra misterios difíciles de explicar, y que él explica en sus elocuentes comentarios.

El alma está en Dios, y Dios está en el centro del alma, porque *el centro del alma Dios es.* Ahora bien; ¿cómo no es fácil llegar á Dios, cuando le tenemos en el centro del alma? ¿Cómo no encontrarla allí si le buscamos? Porque hay impedimentos

que el alma ha ido allanando ya, si bien aun queda algo que se interpone entre Dios y el alma. Por esto dice la canción:

Rompe la tela de este dulce encuentro;

y la llama *tela*, porque está ya muy espiritualizada, ilustrada y adelgazada, y la Divinidad se trasluce por ella cuando á tanta altura sube el alma. El alma, no obstante, aunque la trasluzca, la ve y la comprende de un modo confuso, por donde aspira, al menos, á verla y comprenderla por fe, y de aquí lo que dice la canción, figurando la fe bajo la apariencia de otra fuente distinta:

¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!

Rota por último la tela y llegada la unión, apenas hay palabra que baste á expresar sus inefables misterios. Porque el alma "es Dios por participación, y aunque no tan perfecta como en la otra vida, es, como dijimos, como en sombra Dios. Y á este talle siendo ella por medio de esta transformación sombra de Dios, hace ella en Dios por Dios lo que él hace en ella por sí mismo; porque la voluntad de los dos es una".

Apenas va aquí un átomo de la sabiduría mística que las *Canciones* de San Juan de la Cruz y sus *Comentarios* enseñan. Juzgar las doctrinas de este santo, el más sublime, original y sutil de nuestros místicos, no cabe en breve discurso, sino requiere extenso libro; no es materia para tratada de repente, sino después de larga meditación y prolijo estudio. Algo, no obstante, teníamos que decir del místico, al considerarle como poeta. ¿Habíamos de parar mientes solo en la forma? ¿Quién mira la fábrica exterior de cofrecillo primoroso de oro y esmalte, y guarnecido de cándidas y relucientes perlas, sin que procure al menos, internar por un instante la mirada en los arcanos é inestimables tesoros que custodia? ¿Quién tiene el pomo en la mano y no aspira el aroma embriagador que guarda, y que el fuego del amor divino ha destilado de lozanas flores del cielo?

El asunto de la mística es tan delgado asunto, que es casi inefable, explicado en sentido recto. Así los prosistas que de la mística tratan, usan términos y frases de la escuela, y acuden además, á símiles y figuras. Los poetas, á quienes la terminología, cuando la emplean, les hace caer en el prosaísmo, se valen de lo alegórico, y para ello toman con predilección por modelo *El cantar de los cantares*. Este libro tiene tres significaciones: una directa, de amores entre el rey Salomón y la Sulami-

ta; otra profética y religiosa, que es el lazo entre Cristo y su Iglesia, y otra mística y hondamente psicológica, que es la unión de Dios y del alma. Como *El cantar de los cantares* es bellísimo, de cualquier modo que se le considere, ha sido parafraseado ó imitado no pocas veces en nuestro idioma; pero no siempre dándole todo su valer, sino concretándose á lo profético y religioso, ó no traspasando en ocasiones los límites de lo literal, como ha hecho Ventura de la Vega, en su por otra parte preciosa imitación, que es joya de nítida elegancia.

Las imitaciones de San Juan de la Cruz encierran también, sino miramos más que á la letra, la gala y la vehemencia de una égloga amatoria; pero, en el conjunto, y á través de cada frase, se percibe el fondo lleno de prodigios, cuya contemplación hace olvidar todo afecto terreno, todo deleite caduco y toda pasión de esta existencia mortal. No parece sino que piñas de flores, ventalles de cedro, escuderos de oro, alcázares y pompas orientales, ínsulas extrañas, ríos sonorosos, valles floridos, lechos de púrpura y cuantas magnificencias posee el rey Salomón, sólo sirven para velar el centro del alma, donde en realidad pasan las escenas que el santo describe. Allí no puede llegar ni agitación del mundo, ni rumor ni movimiento de seres corporales, ni sugestión del demonio, ni voz de ángeles, los

cuales no atinan ya á dar ni á explicar al alma lo que desea:

Que no saben decirme lo que quiero.

Allí obscuro silencio y sosiego maravilloso. Aquel punto, si punto puede llamarse lo que está fuera del espacio y del tiempo, es, según Ruysbrochio y Suso, citados por el iluminado y extático Fr. Miguel de la Fuente, más alto que el último cielo, más profundo que el mar, más ancho que el universo todo, y no hay criatura de las espirituales y celestiales que pueda llenar su capacidad, según es inmensa, sino sólo Dios, que es la esencia de su esencia y la vida de su vida. Lo cual viene confirmado por Blosio al añadir que este centro del alma va á parar á cierto abismo, que se llama cielo del espíritu, donde está el reino de Dios, que es el mismo Dios con todas sus riquezas, dones y gracias. De suerte que este centro desnudo está levantado sobre las potencias racionales, y en eternidad inmóvil, y unido con su principio, que es Dios, por vínculo de unión perpétuo.

En conceptos tan atrevidos tocan ya nuestros místicos ortodoxos al borde de la sima del panteísmo; pero, por dicha, allí se detienen sin caer. Los salva, á más de su humilde sumisión á la Iglesia, el vivo sentimiento del ser individual; el

psicologismo empírico, que no consiente que el *yo* ni por un instante se diluya en lo infinito como gota de agua en el Océano, y el amor á la acción, con la que tienen siempre despierta la conciencia de la personalidad humana. Bastan estas condiciones para dar al misticismo español carácter propio. Por lo demás, como el Sr. Menéndez, en su *Historia de los heterodoxos,* lo prueba, contra lo que afirma Rousselot, la influencia de los grandes místicos alemanes fué importantísima en la mística española.

El Maestro Eckart, jefe de la secta, no influyó por cierto directamente. Sólo en corto número sus sermones están impresos desde principios del siglo XVI. Sus demás obras, si se conservan, aun deben de estar inéditas; pero sus discípulos Tauler, Suso y otros, que florecieron en el siglo XIV, fueron muy conocidos en España por traducciones latinas, y algunos por traducciones castellanas, tal vez desde el siglo XV. Los místicos de los Estados de Flandes, Ruysbroeck y Blosio, que son con evidencia de la misma escuela, están igualmente traducidos en español, y citados siempre por nuestros autores con los elogios más extraordinarios. Las obras de Blosio, sobre todo, fueron la lectura devota favorita de tres reyes españoles sucesivos: del Emperador Carlos V, de Felipe II y de Felipe III. No es, pues, de extrañar

que los místicos alemanes fuesen imitados por los nuestros. Se parecen hasta en el propósito de escribir cosas tan altas y difíciles en la lengua vulgar, y no en la lengua latina, con lo cual pulieron y perfeccionaron sus respectivos idiomas, haciéndolos flexibles y aptos para expresar los más hondos y sutiles pensamientos, si bien en ocasiones con obscuridad y frase enrevesada, de lo que se burlarían los profanos de aquella edad, en nuestro país, aunque no tanto, ni con tanto motivo y frecuencia, como ahora se burlan de los traductores ó imitadores de Krause. También los místicos alemanes se parecen á los nuestros en ser poetas. Tauler componía canciones, como San Juan de la Cruz.

Este fué y es el misticismo puro, que puede ponerse fuera ó independiente de toda religión positiva, con tal de que acepte un Dios personal, pero no al modo que le entienden algunos fríos y superficiales deístas, creando el mundo, dándole leyes y apartándose de él, sino presente en todo, y vivificándolo y compenetrándolo siempre. Si Dios está en todas las cosas creadas, de donde la teosofía, que le busca en ellas, Dios está en el alma humana, hecha á su imagen, por manera eminente, por lo que dice el evangelista San Lucas que el reino de Dios está dentro de nosotros mismos, y de aquí la mística.

La mística, no obstante, si bien, según hemos expuesto al hablar de San Juan de la Cruz, busca á Dios en el centro del alma, esto es, en el hombre espiritual é íntimo, todavía entiende que el hombre racional y hasta el hombre corporal pueden tener visiones, revelaciones y enlaces con los seres sobrenaturales, lo cual en cierto modo es parte de la mística, aunque viene á fundirse con lo ascético y lo devoto, por donde apenas hemos dicho nada de ello. Esto ha sido, si no más rica, más abundante fuente de inspiración poética, en todas las literaturas cristianas, no concretándose sólo á lo lírico, sino extendiéndose por lo dramático y por lo épico ó narrativo. En nuestra poesía empieza semejante misticismo casi al empezar la poesía. La imitación del *Cantar de los Cantares* tiene otro sentido en ella: no es ya la unión del alma, en su centro desnudo, con la pura divinidad, sino su unión con el Verbo humanado, la aparición á los ojos del cuerpo, y los favores y regalos de la humanidad de Cristo á las almas devotas y penitentes que le imitan y aman en esta vida mortal. De aquí los desposorios místicos de algunas santas con Jesús, ya por medio de anillo, ya por flecha de amor, ya por signos ó estigmas. En este linaje de misticismo, que ha durado hasta nuestros días, están inspirados los versos de varias monja devotas y de noble talento, como Sor María del

Cielo y Sor Gregoria de Santa Teresa. Nada en estos versos que pueda llevar el panteísmo. La individualidad humana de Cristo determina al Dios que estas santas mujeres adoran, al amante celestial á quien sus suspiros se dirigen:

Jesús amoroso,
Amante divino,
Objeto del alma;
No desprecies, Señor, mis suspiros.
Pastor soberano,
Mi dueño, rey mío,
Esposo suave;
No desprecies, Señor, mis suspiros.
Vuélveme tu rostro,
Lleno de cariño,
Que vivo muriendo;
No desprecies, Señor, mis suspiros.

Y este misticismo es tan propio de las almas soñadoras de las mujeres y de sus tiernos corazones, que, á pesar de la incredulidad de nuestro siglo, se ha perpetuado y ha dado muestras de sí en las mejores poetisas contemporáneas: en *El Amor de los amores,* de Carolina Coronado, y en bastantes composiciones, de los últimos años, de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Análogo al afecto devoto de las mujeres por Cristo es el de no pocos monjes, sacerdotes, penitentes y hasta seglares piadosos, por la Virgen Ma-

ría, la cual ha sido manantial fecundo de inspiración cristiana en todas las lenguas y naciones de Europa. La poesía lírica y épica en loor de la Virgen, en España sólo, es tan rica y notable, que el hablar de ella crítica é históricamente pudiera dar asunto á un libro interesante y voluminoso. Los dos idiomas literarios y nacionales de nuestra Península, el castellano y el portugués, se puede decir que nacen á la poesía celebrando los milagros de la Virgen, sus apariciones y los favores que hace á sus devotos, en Gonzalo de Berceo y en el Rey Sabio, que se llamaba su trovador.

Volviendo ahora nosotros al misticismo del hombre íntimo, diremos que casi la única bella muestra poética que de él puede darse en España, en el siglo pasado, está en los versos que el señor Menéndez cita de D. Gabriel Alvarez de Toledo, uno de los fundadores de esta Academia.

Varias causas externas concurrieron á acabar por entonces con el misticismo íntimo, á más de la corrupción y extravíos en que había llegado á caer. Fué la primera causa, en el orden cronológico, el sensualismo divulgado y puesto en moda por Condillac. Cuando se negaba hasta el *yo*, ¿cómo había de buscarse lo absoluto puesto en el *yo?* Fervorosos católicos se hicieron sensualistas, y de aquí el tradicionalismo, del todo contrario al misticismo íntimo. ¿Cómo para Bonald ó para Donoso

Cortés, que niegan que hay en el alma verdad alguna que no venga de revelación material y penetre allí por los sentidos, ha de estar en el alma Dios mismo, origen de todas las verdades?

Otra causa destructora del misticismo íntimo, aun dentro del corazón de los más sinceros creyentes, es el carácter social y político que ha tomado, en el siglo presente, la cuestión religiosa. El pensador cristiano de nuestros días no medita tanto en la verdad metafísica, ni en la relación ó unificación del alma con su principio, como en la vida total del humano linaje, en sus destinos y en su fin colectivo. La teología se aplica, más que á la metafísica pura, á las ciencias políticas y sociales; más que á la psicología, á la historia; y busca á Dios, más que en el apartamiento solitario de la mente, en el tumulto y marcha ordenada de la humanidad á través de las edades. De aquí que los escritores religiosos de ahora, ya son liberales, ya no son liberales, pero todos son políticos; la política y las ciencias que con ella están en relación los preocupan sobre todo. Así Bonald, De Maistre, Buchez, Bordas Demoulin, Gratry, el P. Ventura, Balmes y el Marqués de Valdegamas.

La poesía religiosa toma también este carácter social y político, y produce obras bellas, como, por ejemplo, los coros é himnos de Manzoni y *La Campana,* de Schiller. La musa religiosa española

se ha hecho política de la misma suerte, y bien se pudieran dar aquí por estimables muestras de sus creaciones.

Entre tanto, el misticismo íntimo hubo de refugiarse en Alemania, donde desde la Edad Media con tanto fruto se había cultivado. Allí aparece de nuevo, en medio del sensualismo del siglo XVIII, en un maravilloso poeta, en Novalis; y sin duda, apartándose de las vías cristianas, influye no poco en la creación de una filosofía panteísta, pero profunda, la cual, partiendo de la desapiadada y severa crítica de Kant, identifica el ser y el conocer, el objeto y el sujeto, y Dios y el alma.

Algo de este misticismo heterodoxo ha penetrado en España con las doctrinas de Schelling, Hegel y Krause, y fácil nos sería hacer patentes sus huellas en nuestros poetas contemporáneos, si no temiésemos, ó bien ofender su modestia, ó bien enojarlos, porque creyesen que los acusamos de heterodoxia, cuando tal vez alguno de ellos esté presente.

Por otra parte, estos apuntes, que no me atrevo á calificar de discurso, y que apenas pueden tocar de ligero tan vasto y difícil asunto, son ya harto extensos, y deben terminar, y terminan aquí, á fin de que la fatigada atención del benévolo auditorio vuelva con placer á deleitarse en el recuerdo de la brillantísima disertación de nuestro nuevo compañero.

SOBRE EL DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1)

SEÑORES:

Mi buena voluntad me inspira á menudo infundada confianza en las propias fuerzas, por donde yo, de puro bondadoso (y perdonad que en algo me alabe), suelo no cumplir, ó cumplo tarde y mal, compromisos libremente contraídos.

Digo esto para atenuar, ya que no disculpe, la falta en que he incurrido tardando en contestar al discurso que acabáis de oir, tardanza que detuvo hasta hoy el Sr. Commelerán á las puertas de esta Academia, la cual espera mucho de sus conocimientos filológicos para el mejor éxito de las tareas á que se consagra.

---

(1) Contestación al discurso de recepción del Sr. D. Francisco Commelerán en la Real Academia Española, el día 25 de Mayo de 1890.

Al aceptar yo el encargo de contestar al nuevo académico, me movió cierta consideración que hace mi trabajo más difícil, porque necesito exponerla y carezco de la rara habilidad que para ello, en mi sentir, se requiere.

De ordinario, en el seno de esta corporación reina la más perfecta armonía, á pesar de lo dividido que está nuestro país en parcialidades, y á pesar de que apenas las hay sin representante entre nosotros; pero cuantas opiniones políticas fuera de aquí nos separan, desaparecen ó pierden su dañino vigor dentro de este recinto.

Sólo en la elección del Sr. Commelerán hubo, según dicen, de aparecer entre nosotros la discordia; pero fué tan de paso y con tal disimulo, que los más no hubiéramos advertido nada, sin las hablillas, comentarios y exageraciones, que nacieron y cundieron fuera de aquí.

Saludable aviso fué éste que nos estimuló á buscar, é hizo que encontrásemos modo de que nunca se renovase el pretexto que para que nos supusiesen divididos tal vez habíamos dado. Y como yo fuí uno de los que más se opusieron á la elección del Sr. Commelerán, me complací en que nuestro digno Director me designase para saludar en nombre de la Academia al que ésta había elegido, imaginando yo que así ponía el sello en el público testimonio de nuestra fraternal avenencia.

Conste, pues, que nadie entre nosotros se opuso á la elección del nuevo académico, sino por el empeño de que entrase antes de él otro candidato, también ya electo, y contra el cual jamás hubo tampoco oposición, sino momentánea.

La Academia, mirando por su crédito, suele elegir, para ocupar las sillas vacantes, á aquellos hombres que de mayor nombradía gozan entre el pueblo por su valer como escritores; pero, suponiendo que la Academia se decidiese en favor de alguien que no fuese popular y conocido, la Academia estaría en su derecho, y nadie tendría menos autoridad que yo para censurarla. Mi pobre reputación de escritor, después de mi elección ha sido adquirida. Lo declaro sin falsa modestia: en mi elección hubo favor, y muy señalado. No me incumbe decidir si en algún otro caso excepcional también le hubo; pero sí repito que la Academia llama generalmente á su seno á los que vienen á aumentar su lustre con los propios merecimientos, ya reconocidos y patentes.

En prueba de esta verdad, basta que recuerde yo aquí con dolor al par que con orgullo, los nombres de algunos de los que fueron compañeros míos, y que han muerto desde que yo tengo la honra de sentarme entre vosotros. Hombres de Estado, de los que más han influído en el desenvolvimiento político y en la radical transformación de

la moderna España, dirigiendo sus destinos, y cautivando con su elocuencia á las muchedumbres, como Olózaga, Galiano, Aparisi, Nocedal, Martínez de la Rosa, Benavides, Pacheco, Pastor Díaz, González Bravo, Ríos Rosas, Molins y Patricio de la Escosura. Autores dramáticos que deleitaron al pueblo, y recogieron en el teatro cien coronas de inmarcesible hiedra, como el duque de Rívas, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Ventura de la Vega, Ayala y Bretón de los Herreros. Poetas errantes y peregrinos famosos, que, á semejanza de los antiguos sabios y filósofos de Grecia, llevaron, como Mora, las letras, la cultura y el pensamiento de España á las más remotas regiones del otro lado del Atlántico y de los Andes, y dieron leyes y constitución á nuevas repúblicas, hoy engrandecidas y florecientes. Médicos insignes, como Seoane, el cual concurre en Londres á la fundación de la nueva Universidad y á la creación de importante revista, *The Atheneum*, que aún subsiste con gloria. Críticos como Durán, á quien tanto deben nuestro clásico teatro y nuestro incomparable romancero; á quien Wolf proclama rey de los críticos españoles; y en quien el amor y la antigua musa épica popular y su íntimo trato con ella, despiertan la inspiración de los pasados siglos, y dan ser á las candorosas leyendas de la *Infantina* y de *Don Flores*. Pensadores egregios como Núñez

Arenas y Canalejas, que levantaron y reavivaron entre nosotros la casi apagada lámpara filosófica para iluminar con su esplendor los juicios literarios y las obras de arte. Ingenios desenfadados é infatigables polígrafos, que han regocijado ó ilustrado á la juventud, como Oliván, Monlau, Ochoa, Selgas, Segovia y Mesonero Romanos. Y, por último, pues no quiero ni debo olvidarlos, ya que suscito estos recuerdos, el discutidor brioso y profundo político, historiador elocuente de las alteraciones de Aragón en tiempo de Felipe II, á quien debemos además la divulgación por medio de la estampa del más antiguo de nuestros Cancioneros, ilustrado por él con erudición copiosa, la cual pone de realce la cultura de Castilla antes del Renacimiento (1); el laborioso y diligente escritor que nos legó las historias de D. Pedro el Cruel, de las comunidades y del benéfico Carlos III (2), y el modesto y discretísimo encomiador de Alarcón y de Moreto, cuyas vidas narra con tanta amenidad y abundancia de datos, y cuyas obras juzga y aprecia con tan exquisito buen gusto y elevado criterio (3).

Desde que yo pertenezco á la Academia, ha perdido ésta todos los claros individuos que acabo

(1) D. Pedro Pidal, primer Marqués de Pidal.
(2) D. Antonio Ferrer del Río.
(3) D. Luis Fernández-Guerra.

de indicar. Cuando entré en la Academia, aun era reciente la pérdida de aquellos dos grandes líricos, Quintana y Gallego, Tirteos de la guerra de la Independencia; del vate elegantísimo y fecundo maestro D. Alberto Lista; del extraño, entusiasta, fascinador y paradoxal poeta en prosa, que se llamó Donoso Cortés; y del más notable metafísico que hemos tenido en el siglo presente: de Balmes, cuya fama salvó el Pirineo, cantando y pregonando por toda Europa sus alabanzas.

La brillantez y la elevación de los nombres que cito subsanan, á mi ver, ampliamente, el error ó la flaqueza de la Academia en elegirme á mí, y acaso á algún otro como yo, si es que le hay, que carezca de suficiente altura.

No tenemos en España, sino por importación francesa, la costumbre de llamar á los académicos enfáticamente inmortales; pero, si la tuviéramos, justificada estaría por los personajes recordados. Inmortales son todos ellos, y algunos, no con inmortalidad recóndita, que sólo ven los eruditos y bibliófilos, sino clara, paladina y evidentísima á los ojos del vulgo, así entre los propios como entre los extraños.

Por lo demás, me parece que debemos combatir como equivocada, aunque difundidísima, la creencia de que esta Academia ha de ser á modo de Panteón ó Elíseo literario, donde sólo sea lícito

entrar á los eminentes y donde la entrada tenga traza de triunfo ó de gentílica apoteosis.

La Academia es meramente una modesta reunión de hombres de letras, bastante autonómica para que sea ella misma quien elija los individuos que la componen y para que no se someta á caprichos instables de la multitud ni á decretos de otros poderes. No es su propósito conceder títulos de gloria, ni repartir diplomas de inmortalidad, que no están en su mano, sino que el tiempo autoriza y custodia, después que los doctos los conceden, en virtud de reiteradas sentencias, que el pueblo sanciona y revalida con su asentimiento. El propósito de la Academia es cultivar la lengua y la literatura patrias, y para esto busca á los que considera más aptos, aunque no alcancen extraordinaria celebridad. Cuando, por dicha, la celebridad y la aptitud coinciden en el mismo sujeto, la Academia está de enhorabuena.

La obra más importante, en que se emplea de continuo, es sin duda el Diccionario. En él han trabajado todos los oradores, poetas y prosistas cuyos nombres ya cité, lo cual es una garantía de que no debe de ser muy malo el Diccionario. Si Olózaga, Durán y Quintana ignoraban el valor y significado de las palabras con que pronunciaba el uno sus conmovedoras arengas, con que reproducía maravillosamente el otro la poesía narrativa

de los siglos medios, y con que celebraba el tercero el progreso humano y la libertad y excitaba á la guerra, entusiasmado por el heróico levantamiento del pueblo contra toda tiranía, es cosa de desesperar de que nadie sepa nada, y es cosa de convenir en que hablamos y escribimos por casualidad y por instinto, sin conciencia y sin arte.

Acaso, me digo yo, no se puede conocer á fondo el idioma propio si no se conocen otros idiomas, con los cuales se le compara para aquilatar su mayor pulcritud y pureza, ó en los cuales se investiga el origen y se desentraña la raíz de sus vocablos; pero al punto veo que este requisito está cumplido, cuando recuerdo, por ejemplo, que Galiano escribía y hablaba tan bien en francés como en español, y que tuvo cátedra y explicó en inglés en Londres; que Severo Catalina fué maestro de hebreo; que Hermosilla, Ranz Romanillos y Castillo y Ayensa, se cuentan entre los mejores helenistas de que podemos jactarnos; que D. Manuel Valbuena sabía bastante latín, y ocupó aquí un asiento; y que en lo tocante á lengua arábiga, hemos tenido á Conde, y aún tenemos entre nuestros premiados y laureados á Simonet, y entre nuestros correspondientes y colaboradores á D. Leopoldo Eguílaz.

Y si para entender y estimar en lo justo la lengua de Castilla se exigiese saber las otras dos principales lenguas literarias de la península ibérica, la

Academia habría satisfecho igualmente esta exigencia, eligiendo para la lengua portuguesa correspondientes como Oliveira Martins y Latino Coelho, y para la lengua catalana correspondientes como Rubió y Ors, Vidal y Valenciano, Quadrado y Teodoro Llorente.

Harto se entiende que yo no menciono sino á los que están ausentes y á los que ya murieron. Su mención sola autoriza á la Academia, después de haberlos elegido, á usar de benignidad indulgente, eligiendo á alguien que no llegue á la marca, si es que hay marca para esto como para las quintas. Y además, yo entiendo que se dan casos en que la contraposición es útil y grata, porque presta realce y claroscuro al todo. Dígalo sino aquel pasaje del profeta Ezequiel, que acude ahora á mi memoria, donde describe el ejército de Tiro, cuyos guerreros eran punto menos que gigantes, y, sin embargo, también había en él pigmeos para complemento y colmo de hermosura.

No es menester en el día de hoy, en justificación de la Academia, apelar á lo expuesto y echar mano del elogio que hizo Ezequiel de los pigmeos de Tiro. Si éstos eran hábiles en el manejo del arco y de las flechas, con las cuales herían á los asirios que asediaban la ciudad y pugnaban por destruirla, no es menos certero y hábil el nuevo académico, y ha mostrado también su talento de escritor y

su notable conocimiento de la lengua y de la literatura española, defendiendo nuestro Diccionario de muy rudos ataques.

El libro que, coleccionando los artículos escritos con este propósito, ha formado el Sr. Commelerán, es muy instructivo y ameno, y él solo bastaría para hacerle merecedor de colaborar, en adelante, en la obra que tan bien defiende y de sentarse entre nosotros; pero el libro en defensa del Diccionario dista mucho de ser su único ó principal merecimiento.

Por otra parte, aunque el Sr. Commelerán, sea acreedor por su intento á nuestra gratitud, su citada obra vale y sirve para ilustración general más que para apología de la Academia.

Si el Diccionario es malo, será por lo difícil que es hacerle bueno, ó será porque la casta ó raza española, salvo algún singularísimo individuo, es torpe para esta clase de trabajos.

Es verdad que la Academia ha hecho el Diccionario, y puede suponerse que, al hacerle, hizo una abominación; pero esto equivaldría á decir que los autores de ella fueron todos los ya mencionados personajes, y bastantes otros que antes de que viniese á descubrirse su incapacidad, eran célebres por su conocimiento de nuestro idioma, como Luzán, Vargas Ponce, Arriaza, García de la Huerta, Burgos y Gil y Zárate.

Es de notar asímismo, que desde hace algunos años, gracias al desarrollo del comercio y de la industria, á la facilidad de comunicaciones, á los descubrimientos científicos y á su frecuente aplicación á oficios y menesteres de la vida de todos, y gracias á la difusión del saber y á la ascensión del pueblo á regiones y esferas, donde quizá antes no ascendía, el lenguaje vulgar se ha enriquecido en extremo.

En él ha habido, en muchos países, y sobre todo en los más adelantados, una tumultuosa irrupción de voces técnicas ó científicas. Indispensable ha sido, por consiguiente, como se ha hecho en Inglaterra, Francia y Alemania, incluir en nuestro Diccionario multitud de voces, que antes sólo en las Enciclopedias se consignaban y definían. Y ha sido indispensable también definir con mayor exactitud y precisión no pocas de las voces ya incluídas, ajustándose á nomenclaturas y clasificaciones que la ciencia ha inventado (1). Y todo ello procurando evitar lo demasiado técnico ó científico, á fin de

(1) Es de advertir que tales nomenclaturas y clasificaciones sirven para lo material, que está ya clasificado por la ciencia; pero no sucede lo mismo con las facultades y operaciones del alma, y con los conceptos metafísicos, que son harto difíciles de definir. En los vocablos de esta clase suelen los más hábiles autores de Diccionarios, v. gr., Littré y Webster, eludir la dificultad no definiendo y apelando á la sinonimia. Este es defecto grave, porque los sinónimos son rara vez perfectos ó equivalentes, sien-

que el Diccionario no traspase los límites, harto confusos, de lo que debe ser un Diccionario del lenguaje vulgar, y se convierta en enciclopédico, en resumen.

En esto, que es lo más nuevo y arduo, y lo que más caracteriza la última edición del Diccionario, si la empresa ha salido mal, esta Academia no resulta sola culpada del delito, sino también otras corporaciones que se tenían por sabias, y no pocos sujetos, acreditadísimos en nuestro país por su pericia en diversas facultades, astrónomos, matemáticos, naturalistas, doctores en derecho, marinos,

---

do por otro lado, más útiles que convincentes las distinciones que hacen á menudo entre vocablos sinónimos los más discretos autores que sobre esto han escrito.

Pongamos por caso ver ó saber lo futuro y revelarlo á otras personas. Entre el verbo que implica la acción de comunicar lo que se sabe y el verbo que no la implica, es clara la diferencia; pero no es llano deslindarla entre multitud de verbos, cuando se pueden tomar en casi la misma acepción. Así, por ejemplo, en inglés, *predict*, *prognosticate*, *prophesy*, *vaticinate*, *soothsay*, *forebode*, *foretell*, *presage*, *augur*, *augurate*, *announce*, *advise*, *ominate*, *forecast*, *foresee*, *forewarn* y *divine*.

En la lengua inglesa, con escasísima dosis de gramática y con una pronunciación muy propia y característica, que lo *anglifica* todo, hay gran libertad para adoptar palabras de otros idiomas. Se diría que, para formar la lengua inglesa, sobre un montón de palabras germánicas y célticas se ha volcado todo el Diccionario latino. De aquí que el lexicógrafo no atine acaso á distinguir bien unas palabras de otras; cuándo se debe usar la latina y cuándo la germánica; qué diverso matiz de la idea capital quiere el uso ó la etimología que exprese cada una, ó si son del todo equivalentes,

filósofos y militares, los cuales fueron consultados y respondieron á la consulta con grande abundancia de papeletas.

Si todas estas papeletas son tontas ó disparatadas, resignémonos y digamos: Sea todo por Dios. ¿Qué otro recurso nos queda, y más si observamos que nuestro delito acusa todavía mayor número de cómplices?

El gran pueblo español no tiene semejanza, por su noble destino, sino con el griego y el romano en las edades gentílicas, y en la edad moderna, sólo con el inglés, hasta hoy. Designio providencial hubo de confiarle la misión de difundir por toda la tierra la cultura de Europa, descubrien-

---

ya siempre, ya en ocasiones, y el emplearlas queda al arbitrio del consumidor ó sólo depende del buen gusto y de la eufonía. Así los verbos *wish, desire; hope, expect; trust, confide; show, exhibit; strengthen, fortify; mean, signify, guess, conjecture; wonder, admire; worship, adore; threat, menace;* y así los nombres *liveliness, vivacity; loveliness, amability; holiness, sanctity; depth, profundity.*

No es menor dificultad que esta de la abundancia ó sea la de que haya varias palabras para una idea, la de que á veces una misma palabra signifique las dos cosas ó calidades más opuestas. Sirva de ejemplo, en castellano, el adjetivo *civil.* Dice el Diccionario que *civil,* es *sociable, urbano* y *atento* y además *ruin, mezquino, vil* y *grosero.* Parece disparate, y con todo, el Diccionario tiene razón. Solo no la tiene en poner á *civil,* en la segunda acepción, la nota de anticuado. No es anticuado lo que está en Calderón, Tirso y demás dramáticos del siglo XVII, y aun en documentos oficiales del siglo XVIII.

do y ocupando islas y continentes antes ignorados, adonde llevar su sangre, su espíritu y su palabra.

En las Repúblicas independientes que del tronco español han brotado en América, hay algo que las enlaza entre sí y con la metrópoli, que nadie debe ni quiere romper, y por cuya virtud persiste indeleble el testimonio de nuestra fraternidad é idéntica estirpe. Este vínculo ó lazo es el habla, ó por el habla se manifiesta.

La corriente de la emigración llevará á aquellas Repúblicas numerosos enjambres de trabajadores activos de otras lenguas y castas, á fin de que coadyuven á convertir la ingente soledad de la pampa en apiñado conjunto de alquerías, viñedos y ricos sembrados; á recamar la extensión uniforme de los yermos con variados jardines y plantíos fructíferos; á edificar y poblar industriosas ciudades, y á coronar y hermosear las márgenes del Amazonas, del Paraná, del Orinoco y del Magdalena, con quintas, alcázares y monumentos más gloriosos que los que el Rhin, el Elba, el Mosa y el Danubio reflejan en sus ondas. Pero es de esperar que la savia poderosa transmitida por los primitivos colonos á sus descendientes, conserve toda la energía plástica que se necesita para que las masas que entren en fusión caigan en el molde del españolismo y se adapten de suerte á él, que las Repúblicas no se

desnaturalicen y sigan siendo como son, sin perder el ser que tienen.

A impulso de tan alto interés de casta ó de raza y por el amor á la común procedencia, se han cultivado, en estos últimos tiempos, por toda la América española, el arte y la ciencia de nuestro lenguaje. Frutos sazonados de este cultivo han sido las obras gramaticales y léxicas, dignas las más de grandísimo encomio, de D. Andrés Bello, Irisarri, Amunátegui, Baralt, Juan de Arona, Rivodoó, Zorobabel Rodríguez, Daniel Granada y, por último, Rufino José Cuervo, uno de los más sabios filólogos que han tratado de nuestro idioma, y cuyas obras son un verdadero prodigio de crítica y de atinada diligencia. Y no se ha hecho esto aisladamente, sino que los doctos del otro lado del Atlántico han querido confederarse y aunar sus esfuerzos para el cultivo y la conservación del idioma común y para la mayor prosperidad de las letras ampliamente españolas, y se han formado Academias correspondientes de esta Academia, en Colombia, en el Perú, en México, en Chile, en el Ecuador, en Venezuela y en otras Repúblicas, siendo de esperar que pronto las haya en todas. Muchos de los individuos de estas Academias, colaboradores nuestros, tienen, á pesar de la distancia que de ellos nos separa, envidiable fama entre nosotros. Así, por ejemplo, Miguel Antonio Caro,

Rafael Pombo, Icazbalceta, Roa Bárcena, Juan León Mera, Ricardo Palma, Batres y otros más, pues sólo nombro á los que acuden pronto y atropelladamente á mi memoria.

Yo confieso, no obstante, que á pesar, ó más bien á causa de esta colaboración difusa de tantas personas en nuestro Diccionario, éste no puede menos de resentirse de faltas en el plan y en la armonía del conjunto. Acaso un autor único, ora por sí solo, si tuviese brío y perseverancia para tamaña empresa, ora con el auxilio de otros hombres capaces, obedientes á su mandado y sujetos en todo á su dirección, lograría hacer un Diccionario menos imperfecto que el de la Academia. Littré pudo jactarse en Francia de esta victoria. Entre nosotros, si Cuervo terminase su trabajo, y si éste abarcase más y no se limitase casi á los verbos con relación al régimen, Cuervo podría gloriarse de lo mismo: pero aun así, ningún Diccionario de un singular autor, por bueno que fuese, alcanzaría la autoridad que tiene el de la Academia, justamente por eso que le daña: porque es la obra colectiva de gran número de escritores en prosa, oradores, poetas y filólogos que, durante cerca de dos siglos, y en ambos hemisferios, han cultivado el habla de Cervantes.

La defensa, pues, del Diccionario, hecha por el Sr. Commelerán, no era indispensable, aunque ha

sido agradecida (1). Y en lo tocante á su utilidad, yo la hallo en aquello en que está la de la impugnación y de la censura, por descompuestas é insultantes que sean. Tales asuntos vienen á interesar, merced á las ruidosas polémicas periodísticas, á un círculo extensísimo de gentes, que tal vez ignoraban antes que hubiese filólogos y lexicógrafos, y que sólo tenían idea vaga é incompleta de lo que un Diccionario pudiera ser. Y no es esto injuriar á nadie. Un periódico de gran circulación, que vende 70.000 ejemplares, llegará á tener 300.000 lectores, si se calcula, y no es demasiado, que cada ejemplar es leído por cuatro ó cinco personas.

Concedamos que de las 300.000, hay 100.000 que saben, cuál más cuál menos, de lingüística, gramática y lexicología. Siempre habrá que conceder, en el estado actual de nuestra general ilustración, que para las otras 200.000, todo ó casi todo aquello es inaudito. Una serie de artículos sobre el Diccionario debe de abrirles extraños horizontes y debe de propinarles pasto espiritual, sobrado suculento y difícil de digerir, si no va condimentado con mucha sal y pimienta y hasta con guindillas.

---

(1) Además del Sr. Commelerán, han escrito, defendiendo el Diccionario de la Academia, D. Manuel Silvela, con el pseudónimo de Juan Fernández, en *El Imparcial*; D. Agustín de la Paz Bueso, firmándose *El Anti-crítico*, seis artículos en *El Globo*, y D. Rafael Alvarez Sereix, en *El Día*.

De aquí, en el caso presente, que, si bien disgusta el ser injuriado, haya de estimarse la injuria como artificio ingenioso para que la multitud se entere sin aburrimiento de que hay Diccionarios y de que pudiera haberlos mejores. Los Diccionarios, aunque sean malos, han ganado mucho con esta vulgarización de las cuestiones filológicas. Tal vez, gracias á ellas, el Diccionario de la Academia se vende ahora más que nunca. En estos últimos cinco años se han vendido cerca de 15.000 ejemplares.

Pero dejo de hablar de nuestro Diccionario y de la defensa que hizo de él el nuevo académico. Este era ya conocido y estimado de nosotros por otras obras. Entre ellas figura un atinado y entusiasta estudio biográfico-crítico sobre D. Pedro Calderón, y algunos libros para enseñanza de la juventud, muy recomendables todos por el excelente método y por la concisa claridad didáctica.

Censuran algunos que el Sr. Commelerán, en la *Crestomatía latina* que ha dispuesto y anotado, inserte mucho de los autores cristianos, y dé menos cabida que otros á los clásicos gentiles. Yo, no obstante, me inclino á creer que el Sr. Commelerán no va tan descaminado. Sin pensar en refutar aquí sus asertos, diré que no me conformo con que los poetas latinos cristianos sean iguales, ya que no superiores en la forma, á los poetas genti-

les, y que por el fondo valgan mucho más; pero me parece que para conocer bien una lengua, no basta leer los autores de la edad ó siglo llamado de oro, desdeñando lo demás con notoria injusticia. Conviene seguir la marcha de los cambios y transformaciones hasta en la decadencia, y más cuando en esta decadencia brillan aún tan admirables autores como los poetas Juvenco y Aurelio Prudencio Clemente, ambos gloria de España, su patria. Por otra parte, y sin recrudecer aquí la disputa á que *El gusano roedor* del abate Gaume dió tanto pábulo, yo confieso que Horacio, Catulo, Suetonio y hasta el dulce y pulcro Virgilio en algún momento de extravío, no siempre están de acuerdo con la moralidad y con la decencia, que Lucrecio no es un dechado de fe religiosa, y que no es razonable pasar por cuanto dicen, y hasta aplaudirlo, *propter elegantiam sermonis*, sobretodo en libros destinados á la educación de niños ó de jovencitos incautos. Tiempo queda para leer tales obras en la edad granada, cuando no hay recelo de pervertirse, ó porque nos hemos afirmado en la virtud, ó porque ya nos hemos pervertido, ó porque hemos leído producciones de esto que se titula *naturalismo*, en cuya comparación los más desvengonzados desafueros de Lucio de Patras y de Petronio son conceptos pudorosos y angelicales.

Voy á hablar, por último, de otros escritos del

Sr. Commelerán que tienen, hasta donde yo soy apto para juzgarlo, muy notable mérito, y le hacen digno de toda la fama que, dada la índole de dichos escritos, es posible adquirir. Porque, á la verdad, no ya en España, sino en cualquiera otra nación donde se lea más y se estudien mejor las humanidades y las lenguas sabias, sería pretensión absurda, v. gr., en Francia, que Emilio Egger, Alfredo Maury, Eugenio Burnouf y Adolfo Regnier, fuesen tan populares y generalmente conocidos, como Alejandro Dumas, Octavio Feuillet, Alfonso Daudet y Emilio Zola.

En España, hace algunos años, eran pasmosos nuestro desdén y nuestra ignorancia de todo lo que no era política militante y amena literatura. Recuerdo que en 1857, hallándome yo en Moscou, tuve allí un amigo, poeta y erudito ruso, llamado Sergio Sobolefski. Me preguntó por D. Manuel Milá y Fontanals, á quien quería y estimaba sobremanera, y tuve que contestar que jamás había oído yo ni su nombre. Sobolefski me dió á leer los libros del ilustre profesor de la Universidad de Barcelona, y me puso en correspondencia con él. Cuando volví á Madrid y hablé del que había conocido en tan distante región oriental de Europa, ví que eran rarísimos los sujetos, aun en los círculos literarios, que aquí entonces le conocían. Ya ha cundido la afición al estudio. Ahora no se ignora tanto; pero

todavía se suele cohonestar la negligencia ó la flojera con el desprecio.

Dos obras importantísimas está escribiendo el Sr. Commelerán, y las tiene ya publicadas en parte. Es la primera una *Gramática comparada de las lenguas castellana y latina.* Ha salido á luz la *Analogía.*

Mis escasos conocimientos y el corto espacio de que debo disponer, si no he de cansaros, me impiden hacer aquí detenido examen de esta *Gramática* para afirmar lo que hay en ella de nuevo y para deslindar lo que es original y propio del autor de lo que está tomado de otros autores, ó sin arreglo ni adaptación, ó adaptándolo á nuestro idioma, lo cual, lo último, valdría ya mucho é implicaría bastante ciencia y trabajo.

Es evidente que sin los escritos de ambos Schlegel, de Jacobo Grimm, de Federico Diez, de muchos otros, y sobre todo de Francisco Bopp, la *Gramática* del Sr. Commelerán no sería, ó sería un portento; pero, aun suponiendo que en dicha *Gramática* sólo se transmitiesen ó sólo se aplicasen al idioma castellano los adelantos científicos hechos por otros autores, merecería á mi ver grande alabanza el Sr. Commelerán, que los sabe, que los expone y que los aplica con claridad, orden y método. Ambas lenguas, latina y castellana, están allí hábilmente estudiadas y comprendidas, y el lector

piensa que asiste á la formación de la primera y á su transformación en la segunda, y que ve nacer de las raíces las palabras, y trocarse éstas en otras por virtud de ineludibles leyes fonéticas, ó bien, tomar, aun dentro de cada lengua, varias formas cada palabra para expresar accidentes ó ideas secundarias, conservando siempre la idea fundamental en la raíz, la cual persiste á pesar de flexiones, reduplicaciones, sufijos simples y compuestos, que en edades remotas tuvieron aisladamente un significado, y prefijos que, ya son partículas inseparables, ya preposiciones, con significado propio, en la lengua madre cuando no en la derivada.

La otra obra del Sr. Commelerán es mucho más importante; es un Diccionario latino-español etimológico, incomparablemente mejor y más rico que el de D. Raimundo de Miguel y el marqués de Morante.

Van ya impresas y entregadas al público cerca de ochocientas páginas de compacta impresión, gran tamaño y letra menuda, por las cuales bien puede estimar hasta el menos versado en la materia que el trabajo es de mucho valer, aunque para facilitarle hayan contribuído, como es natural, los de Forcellini, Freund y De Vit, á quien nuestro autor confiesa lo que debe. No busca y halla un hombre solo adecuadas y diversas autoridades para cada vocablo y para cada acepción, en más de

quinientos escritores, desde Enio á Justiniano, ni descubre y extrae la raíz de cada palabra, ya del griego, ya del hebreo, ya del sanscrito, ya de las lenguas célticas, ya de otras. Se aprovecha, y debe aprovecharse, de las investigaciones y estudios de anteriores lexicógrafos, y no por eso desmerece, si lo hace con discernimiento y propia doctrina.

Como quiera que sea, no puede negarse que el Diccionario del Sr. Commelerán será hermoso y útil monumento, levantado á los estudios clásicos en la patria de Vives, de Nebrija, de Ginés Sepúlveda y de Mariana. Asimismo, si se atiende al abandono en que tales estudios están hoy entre nosotros, y al corto premio, en reputación ó en dinero, que por ellos se alcanza, y si no se paran mientes en el invencible amor que lleva á la ciencia y en el subido deleite que la ciencia infunde en el alma, ¿quién no se inclina á poner más alto que el momentáneo acto heroico de los Decios, cuando se votaron á los dioses infernales, la asidua devoción y la heroicidad vitalicia de quien se vota á la ímproba é ingrata tarea de levantar el monumento susodicho?

La breve noticia que he dado de las obras del nuevo académico, demuestra su valer y su completa idoneidad para los fines de nuestro instituto; pero, aunque dichas obras no existieran, bastaría

el discurso de hoy para acreditar al Sr. Commelerán de notable filólogo.

Así como en la *Gramática comparada* nos explica de qué suerte, en el latín y en el castellano, no penetrando en la raíz é ingertándose en ella, como en los idiomas semíticos, sino anteponiéndose y posponiéndose á la raíz, que permanece casi invariable, hay partículas que determinan los casos, los modos, los tiempos, los números y los géneros, de nombres y verbos, en su discurso de hoy nos hace patente el procedimiento evolutivo por donde las palabras latinas han venido á convertirse en castellanas, no caprichosamente, sino con sujeción á reglas de eufonía, que prescritas por la naturaleza y peculiares á cada pueblo, han hecho nacer del latín el provenzal, el francés, el italiano, el rumano, el catalán, el portugués, el habla de Castilla y otros varios idiomas, los cuales se denominan neo-latinos (1). Del mismo modo el latín, el griego, el

(1) Es de suponer que en España y en otros países donde se hablan hoy idiomas neo-latinos, las lenguas primitivas fueran más semejantes al latín que á ninguna otra lengua, al menos en aquella parte de la población más numerosa y civilizable. No de otra suerte se explica que en poco tiempo España se *latinizara*, y que más tarde, ni los pueblos de origen teutónico, ni los árabes, ni los africanos, que la invadieron y la dominaron más largo tiempo, pudiesen naturalizar entre nosotros sus lenguas respectivas. El habla de los españoles persistió casi toda latina en lexicología, morfología y sintaxis, salvo corta cantidad de vocablos que van quedando anticuados ó caen en desuso, como si la lengua quisiese expeler los de su organismo por extraños á él.

sanscrito y los antiguos idiomas célticos, eslavos, teutónicos é iranios, nacieron del habla primogénita de un pueblo apellidado *ario*, noble, cuando, en edades prehistóricas, desde el centro del Asia, donde habitaba, se difundió en sucesivas emigraciones, enseñoreándose de la tierra, por el Sur hasta Ceylán, y por el Norte y el Occidente hasta Noruega é Islandia.

Si la fertilidad de las raíces dentro de un mismo idioma se comprende en la *Gramática comparada,* al ver que una sola raíz verbal basta á producir, como en griego, cerca de trescientas formas, en la conjugación, por el discurso del señor Commelerán, se explica de qué manera, gracias á los cambios fonéticos, nacen en la familia ariana, de un lenguaje primitivo, cuyas raíces acaso puedan reducirse á seiscientas, centenares de lenguas y de dialectos, en algunos de los cuales se expresan con facilidad y variedad los más sutiles pensamientos, los más distintos matices de las ideas y cuanto comprende la inteligencia humana, para lo cual los diccionarios vulgares llegan á contener más de sesenta mil palabras, sin incluir no pocas de fácil formación y las variaciones que tienen las que se declinan ó conjugan.

En fin, y para no fatigar por más tiempo vuestra atención benévola, voy á concluir declarando que, después de la muestra brillante que ha dado el se-

ñor Commelerán de su suficiencia, todos debemos felicitarnos de tenerle por compañero. Su ya reconocida maestría en la ciencia de Max Müller hace muy á propósito su auxilio para conservar y fijar el habla en que se atesora una de las más fecundas y hermosas literaturas del mundo, habla que sirve de medio para comunicar sus sentimientos é ideas á un pueblo compuesto de varias naciones hermanas de gran porvenir y glorioso pasado, que viven en esta península y extienden su imperio desde el Atlántico al Pacífico, desde California á la Tierra del Fuego, y en varias islas grandes y fértiles del mar que surcó Magallanes por vez primera.

Y si prescindimos de la utilidad con que el saber del Sr. Commelerán habrá de prestarse al cultivo de la lengua española, todavía me parece justo y conveniente recompensar y honrar hasta donde esté á nuestro alcance, y popularizar y fomentar el estudio de la filología comparativa ó lingüística, tan desatendido hasta hoy en la patria de San Isidoro, de Arias Montano y de Hervás y Panduro.

EL PERIODISMO EN LA LITERATURA (1)

Con verdadera satisfacción acepté yo el encargo, que cumplo hoy, de contestar al discurso que mi querido amigo D. Isidoro Fernández Flórez había de leer en su entrada en esta Real Academia. Como asiduo y hábil cultivador de las letras españolas, fué elegido por nosotros. Sus cuentos, sus estudios críticos y otra multitud de composiciones breves, donde como refinada quinta esencia aparece el ingenio, bastan á explicar su elección, acreditándola de acertada. Pero todavía la justifica más el éxito dichoso y extraordinario que han tenido los trabajos de nuestro nuevo compañero. Lograr, sin el apoyo y sin la protección de los Gobiernos ó de los jefes de los partidos que se suceden en el poder, el favor decidido y constante de un público nu-

(1) Contestación al discurso de recepción del Sr. D. Isidoro Fernández Florez en la Real Academia Española, el día 13 de Noviembre de 1898.

meroso, y lograrle en dos sucesivas publicaciones periódicas, sin apelar en ninguna de ellas á violencias de lenguaje, á apasionadas y vehementes censuras y á otros medios conducentes á atraer la atención y á ganar la voluntad del vulgo por medio del escándalo, es prueba clarísima del mérito indiscutible de la persona que consigue tal triunfo. Y no puede negarse que el Sr. D. Isidoro Fernández Flórez, si no le consiguió por sí solo, fué principalísima parte en conseguirlo, primero en *El Imparcial* y en *El Liberal* después. Sin duda para fundar y sostener un periódico que agrade ó interese á la gente y que adquiera gran número de lectores y suscriptores, es menester habilidad, hasta cierto punto extraña á toda literatura, habilidad que esta Real Academia no toma en cuenta; pero por muy habilidoso que sea quien dirija la publicación de un periódico en las artes de administrarle, de confeccionarle materialmente para que agrade y de facilitar por donde quiera su difusión y su adquisición, todavía nada de lo dicho vale á la larga para el crédito del periódico y para conservar y acrecentar la estimación y la autoridad que se le conceden, si esta autoridad y esta estimación no se conceden primero á las personas que en dicho periódico escriben. Y esto es más innegable cuando el periódico es independiente, ó sea cuando no se escribe y se publica para defender y

aupar á determinado personaje político ó á una bandería organizada y regimentada que se vale del periódico como de ariete para derribar al Gobierno que existe, y como de escala ó andamio para encaramarse hasta aquella codiciada altura.

Un periódico de la mencionada clase podrá ser considerado como empresa industrial, pero siempre lo más substancioso que para llevarla á buen término se fabrique ó se produzca tendrá que ser literario, y la realidad de su mérito se acrisolará mejor cuanda el aplauso y el favor del público no se expliquen por el interés extraño á las letras de conseguir inmediatamente la victoria para una bandería.

En el caso de que hablamos, un periódico ya es eco de la opinión, ya es fuerza que la empuja y ya es faro que la dirige, y en cualquiera de estos tres casos tiene mucho valor literario, así porque expresa sentimientos y aspiraciones de una gran colectividad, como por el tino y buena traza con que acierta á expresarlos, á fin de que dicha colectividad los siga, los adopte ó los reconozca por suyos.

Conforme con los antecedentes precitados y con la índole y natural condición de su talento, es el discurso que el Sr. Fernández Flórez acaba de leer, oído con atención y gusto por cuantos están aquí presentes y aplaudido también por todos. No

impide la sobriedad del estilo la rica profusión de imágenes con que el discurso se engalana; la variedad de los puntos que toca no es causa de incoherencia, porque dichos puntos, diestramente enlazados, se encaminan todos al mismo fin; y no hay en el discurso digresiones caprichosas, porque todas concurren á dilucidar mejor la materia de que se trata. Cuanto el Sr. Fernández Flórez ha dicho lo celebro yo por ameno y por ingenioso: no poco de lo que ha dicho lo acepto y afirmo sin la menor discrepancia, como si yo mismo lo hubiera pensado y afirmado; y no faltan tampoco en su discurso sentencias y conceptos más recomendables, en mi sentir, por lo agudos y sutiles que porque se ajusten con la verdad exacta.

Como el asunto es extenso y se presta mucho á discurrir sobre él, ya corroborando unas afirmaciones, ya invalidando ó debilitando el vigor ó limitando la amplitud y transcendencia de otras, no ha de parecer mal que yo conteste de esta manera al Sr. Fernández Flórez, aunque sólo sea para que, al tratar de lo mismo, no coincida con él de tal suerte que repita lo dicho por él como si yo fuese su eco.

Ser periodista es, sin duda, profesión ú oficio, como ser ingeniero, abogado ó médico. Es evidente, asímismo, que el periodista debe ser literato: un literato de cierta y determinada clase. Pero ¿se in-

fiere de aquí que haya un género de literatura, distinto de los otros, que pueda y deba llamarse género periodístico? Sobre esto es sobre lo que yo no estoy muy seguro, aunque, si me inclino á algo, es á negar que haya tal género. Lo que distingue al periodista de otro cualquier escritor, poco ó nada tiene que ver con la literatura. La distinción que le da carácter propio es independiente de ella. Se llama periodista el literato que escribe con frecuencia ó de diario ó casi de diario en un pliego ó grande hoja volante, que se estampa periódicamente y se difunde entre el público, á veces por centenares de miles de ejemplares. Cuando se logra que estos centenares de miles de ejemplares sean comprados y leídos, el periodista que dispone de ellos y escribe, dicta ó inspira su contenido, no puede negarse que posee un instrumento poderosísimo para influir en la opinión; para modificarla ó dirigirla, ya en buen sentido, ya en malo. Nunca el autor de un libro, por extraordinario y dichoso éxito que el libro tenga, influirá inmediatamente en el ánimo de los hombres con la rapidez, extensión y eficacia que el que en un periódico escribe. Tal vez en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos, que son á mi ver, los países en que más libros se leen y se compran, llegará algún libro de autor eminente ó muy afortunado, á contar por centenares de miles los ejemplares vendidos. Lo que es en

España, bien se puede afirmar que, salvo en casos rarísimos y muy excepcionales, nunca pasan de seis mil ó de ocho mil ejemplares de un libro los que llegan á venderse y esto no de súbito, sino á la larga y después de haber sido el libro anunciado, ensalzado y glorificado por la crítica del periodismo. En cambio, un artículo de periódico se lee, se comenta, se aplaude; y puede influir en los sucesos políticos y sociales de una nación con prontitud pasmosa. La vida del artículo podrá ser efímera, su autor no alcanzará gloria ni nombradía; acaso no la pretenda ni la busque y conserve el ánimo, pero es innegable el poder avasallador de que es capaz un artículo de periódico, y no cabe comparación entre las conquistas que lentamente puede ir haciendo un libro y las que puede hacer un artículo de periódico en las veinticuatro horas que persiste y circula el número que ha salido estampado.

Esta y otras muy importantes diferencias se dan entre el libro y el periódico diario, mas no por eso tienen las diferencias nada que ver con la literatura: son extrañas á ella. El libro es un medio de publicidad y el periódico es otro. De ambos medios se vale ó puede valerse el escritor, pero no hay en realidad diferencia literaria entre ambos medios. De una serie de artículos se forma á menudo un libro, y de fragmentos ó pedazos de un

libro se hacen á menudo también no pocos artículos de periódicos.

Tan cierto es lo dicho, que no hay arte de escribir y de hablar, donde, entre los diversos géneros de discursos escritos ó hablados, se califique el periódico como género aparte. Hay poesía y prosa. La poesía es y puede ser lírica, épica y dramática, con no pocas sudivisiones ó especies híbridas, como elegías, sátiras, epístolas y fábulas. La prosa puede ser didáctica ó no didáctica, dirigirse á enseñar, á deleitar ó á la vez á ambos fines; puede ser narración verdadera ó fingida y llarmarse historia, novela ó cuento. En suma, y para no fatigar á nadie, ¿quién desconoce ó ignora los diferentes géneros en que pueden dividirse los escritos, ya por los asuntos de que se tratan, ya por la manera con que son tratados los asuntos? ¿Hay entre estos géneros modo de calificar, distinguir y separar de los otros y determinar un género especial que llamemos periódico? Yo creo que no le hay. Al contrario, cuantos son los tonos, géneros y manera de escribir caben en el periodismo. Y nada hay que no pueda insertarse con éxito en los periódicos, cuando la inserción es oportuna y atinada. La cuestión está en que venga á cuento ó á pelo lo que se inserta, presuponiendo que no es malo ó tonto, sino que es ameno é instructivo.

Y no se me arguya con que la brevedad, el la-

conismo, el arte de decir mucho en pocas palabras es especial condición del estilo periodístico. Obras maestras, dechado de estilo conciso son, por ejemplo, no pocos diálogos y otras obrillas de Leopardi, y yo no sé que al escribirlas pensase él que iba á insertarlas en un periódico. En tiempo de Luciano no consta que los hubiese, y Luciano, no obstante, compuso multitud de obrillas tan cortas y ligeras, que muchas no llenan más de una página.

La condición de mi espíritu, tan contraria á la clasificación y distinción de géneros, no creo yo que perjudique ni que amengüe el concepto que del periodismo y de los periodistas tengo formado; antes bien, los coloca en un razonable justo medio, no menos distante de la pomposa exageración con que alguien los ensalza, que del feroz aborrecimiento y del fingido menosprecio con que alguien los deprime. La hipérbole encomiástica me ha repugnado siempre, y cuando algo del encomio me ha podido tocar por contarme en la colectividad encomiada, he solido rechazarle con pudorosa modestia. Durante más de cinco años he sido yo periodista, ó sea redactor constante de un periódico diario, que gozó de alguna celebridad en su tiempo. Mas á pesar de esto, jamás he empleado yo, ni he aprobado en otros, el empleo de frases como las siguientes: *el cuarto poder, el magisterio ó el sacerdocio de la prensa, su martirologio y su*

apostolado. En cambio, siempre me ha sorprendido como absurda extravagancia, y he oído ó leído, ya con enojo, ya con risa burlona, los dicterios y anatemas que contra la prensa fulminan no pocos sujetos, sobre todo si presumen de aristócratas, de conservadores ó de morigerados y juiciosos. Me atreveré á recordar aquí, á este propósito, que la vez primera que tuve la honra de representar al Gobierno español en los países extranjeros, fué en Francfort, cerca de la Dieta germánica. Era Presidente de la Dieta un nobilísimo conde austriaco, fino, amable, inteligente y dechado, en suma, del buen diplomático chapado á la antigua. Según costumbre, el conde me obsequió con un banquete para celebrar mi venida. Y entre las muchas cosas de que allí se habló, el conde con verdadero entusiasmo, tuvo á bien poner por las nubes á uno de los que me habían precedido como ministro acreditado cerca de él. Y no fué sólo el conde, sino su mujer también, linda y elegante señora, perteneciente á una antigua é histórica familia francesa, y casi todos los demás convidados, los que le acompañaron é hicieron coro, preconizando al mencionado predecesor mío como raro modelo de discreción, elegancia, afabilidad, cortesía, don de gentes, tino para los negocios, conocimiento de los hombres y de las cosas y buena maña para ganarse la voluntad y el afecto de cuantos le trataban. Lo ma-

ravilloso, lo estupendo, lo inaudito para el conde, y así lo exprexó después de hacer tantas alabanzas, y casi todos los allí presentes convinieron con él, era que mi tan encomiado predecesor había sido periodista: había saltado, salto casi inconcebible para aquellos señores, desde la prensa á la diplomacia. Ya se comprende que yo, no sólo por compatriota, sino por amigo que era entonces de mi predecesor encomiado, aprobé y aplaudí los elogios, que además me parecían justísimos y merecidos. En lo tocante á la inverosímil anomalía de que el elogiado hubiera sido periodista, no sé si hice mal ó hice bien, pero consideré lo más oportuno no salir allí á la defensa del periodismo, convirtiendo en aula académica de controversias la sala del banquete.

A través del odio reconcentrado y del desprecio más ó menos aparente que en cierta sociedad escogida de esto que se llama la *high life* suele manifestarse contra el periodismo, tal vez por moda, tal vez por manía, se entrevé casi siempre la involuntaria estimación que inspira el talento del buen periodista á los mismos que tan acerbamente le censuran. Así recuerdo yo que allá en mi primera mocedad, en cierta reunión de sujetos muy distinguidos, se pronunciaron contra periódicos y periodistas los más apasionados discursos, tratándolos como á casta de gente abominable y dañina, cuya

es la culpa de cuantos males sobrevienen: de las mudanzas, trastornos y revoluciones, y de la perversión moral y política que aflige á los Estados. Uno de los asistentes á la reunión, reconocido por algo simple, con severidad ó con injusticia, á lo que yo entiendo, se creyó en el deber de defender á los periodistas y hasta se dió por ofendido y por injuriado, asegurando que él había sido periodista también. Entonces todos cuantos habían hablado contra los periodistas se deshicieron en excusas y satisfacciones al que con tanto calor los defendía, rogándole que no se enojase, que se aquietase y que no se diese por aludido, porque él nunca había sido periodista en realidad, sino que sólo lo había soñado. De esta suerte, con delicada é involuntaria socarronería, vinieron á declarar implícitamente los detractores del periodismo que para ejercerle se requieren prendas y facultades de entendimiento y de voluntad, que no son muy comunes, y sin las cuales se tiene por increible que alguien escriba en los periódicos, por más que pueda hacer en las tertulias papel no muy desairado.

No hay efecto sin causa. El odio que inspira el periodismo en algunas clases ó agrupaciones de gente, no hemos de negar que tiene algún fundamento, que tal vez nace de ciertos deplorables abusos. El insulto procaz, la calumnia, la injuria, la difamación de la vida privada, penetrando á veces

en el seno de las familias para sacar á relucir ante el público con escándalo y vergüenza debilidades, torpezas y pecados, ya imaginarios, ya reales, parecen suficiente motivo para que sea odiosa la prensa periódica. Pero de nada de esto tiene la prensa la culpa; la culpa es de la sociedad que aprueba ó aplaude tales desafueros y que excita y solevanta al periodista para que los cometa. Solo tal vez el calumniado ó el injuriado y sus más íntimos y leales amigos hallan mal la diatriba ó la serie de improperios que contra alguien se dirige. El público los celebra con risa, si aparecen en forma de chistes, ó los mira como censura movilizadora y elocuente, si aparecen en estilo elevado y serio. Si el público no provocase al escritor para cometer tales faltas y si reprobase su conducta cuando las comete, en vez de aplaudirla, la prensa periódica sería más moderada y circunspecta. De todos modos, no creo yo que convenga celebrar al periodista como algo á modo de Catón Censorino, que vela en pró de la virtud y de las buenas costumbres y que delata y fustiga los vicios, ni que convenga tampoco abominar de él como de maldiciente difamador que arroja cieno é inmundicia hasta sobre los rostros más limpios y venerables. Antes de que hubiera periódicos, ora estas delaciones y censuras se miren como útiles, ora se miren como escandalosas y perjudiciales, bien podemos

afirmar que se ejercía con no menos eficacia y vehemencia que en nuestros tiempos. No han sido menester periódicos para que queden en la memoria de los hombres, ya sean verdades severas, ya sean mentiras calumniosas, los robos, las tiranías, las dilapidaciones, las torpezas lascivas, el asesinato por medio del puñal ó del veneno, la doblez y el engaño infame, la refinada y espantosa crueldad, y otros crímenes que pudieran cometerse con el mayor sigilo, y que con verdad exacta ó con exajeración fueron delatados, ó bien con falsedad fueron atribuídos á príncipes, á reinas, á grandes señores y hasta á emperadores y pontífices.

El concepto exagerado ó falso que suele formarse de lo que debiera ser la prensa periódica, motiva multitud de acusaciones, cuando la realidad no responde, como humanamente es natural que no responda, al concepto previo que se ha formado. De aquí que cuando no exigimos de la prensa periódica sino lo que razonablemente puede exigirse, el fundamento de las acusaciones desaparece. Pongamos algunos casos. Los que se figuran que el periódico ha venido á reemplazar el libro, apoyados en esta base, claman contra el periódico de mil maneras, todas, en mi sentir, injustas. No es cierto, como afirman, que el periódico satisface la curiosidad y el deseo de saber de no pocas personas y consume todo el tiempo que dedican á la lectura,

resultando de aquí que quite al libro lectores y compradores. Lo contrario es lo que sucede. El que no lee más que periódicos, si no hubiera periódicos, no leería nada. Y tal vez no pocos sujetos, al leer los periódicos se sienten estimulados y deseosos de conocer mejor los asuntos que ligeramente se tocan en ellos. En la mente de estos lectores se despierta ó se aviva el apetito de leer, y por haber leído periódicos, acaban por buscar libros y por leerlos. Para estas personas, los periódicos vienen á ser, y permítaseme la comparación gastronómica, algo semejante á lo que llaman *sakuska* en los banquetes rusos. En antesala ó sala que precede al comedor, hay en una mesa multitud de entremeses picantes, como anchoas, caviar, salchichón y encurtidos, y hay además varios excelentes licores, entre los que descuella el famoso *kümmel de Riga*. Los convidados, permaneciendo de pie, comen de aquellos manjares y beben una, dos y hasta tres copas, con lo cual, en vez de satisfacer ó matar el apetito, le espolean y le aguzan. Así apercibidos y predispuestos, entran en el comedor, se sientan á la mesa, y ya con las fuerzas digestivas en plena actividad, y con la calma y el reposo convenientes, toman la sopa y los exquisitos, sólidos y suculentos manjares que allí les sirven. Pues bien, *mutatis mutandis*, el que tiene salud y bríos mentales, lee excelentes libros y digiere bien su contenido, ya que

los periódicos han sido para su espíritu algo á modo de *sakuska*.

Acusación no menos infundada que la anterior es la de quien lamenta la enorme cantidad de ideas erróneas que los lectores adquieren sobre muchos puntos, en los periódicos superficial ó ligeramente tratados. Se parecen estas acusaciones á las de aquellos que condenan, por ejemplo, las novelas de Dumas porque infunden en muchos cerebros una historia de Francia, un tanto cuanto fantástica y tal vez algo disparatada, ó condenan las novelas de Julio Verne, porque los incautos aprenden en ellas atrevida geología y poco exacta cosmografía. Pero ni Dumas ni Verne tienen la menor culpa de esto. La culpa es sólo de quien se empeña en aprender en las novelas cosmografía, geología é historia. Y aun así, me atrevo yo á sostener que hasta quien no sabe más historia, ni más cosmogrofía, ni más geología que las que enseñan los libros de entretenimiento, en vez de perder, sale ganando, y se pule y se ilustra. ¿Qué daño, ni qué mal recibe ó causa el que averigua, pongo por caso, un poco de las cosas ocurridas en Babilonia, al oir las óperas de *Semíramis* y de *Nabuco*, ó de las de Egipto al oir *Aida*, ó de las guerras civiles de Francia al oir los *Hugonotes?* ¿Quién sabe? Quizás la audición de las mencionadas óperas le inspire el deseo de leer á Lenormant, á Ebers, á

Duncker, á Rowlison, á Mápero, á Layard, á Varillas y á Enrico Caterino Davila.

No falta quien imagine y crea que esto de escribir con estilo conciso y ligero es invención novísima, y que los antiguos, como gozaban de más vagar y reposo y no tenían en su vivir la agitación de la época presente, pecaban de difusos y hasta de pesados. Yo, sin embargo, no veo á las claras cuándo empezó á caer en desuso el escribir largo y tendido y á ponerse de moda la decantada ligereza de hoy, ligereza de que se nos presenta como cumplido dechado el estilo francés. Confieso que sobre todos estos puntos estoy muy dudoso, pero propendo á afirmar que en el día de hoy nos extendemos más al escribir que en cualquiera de las edades pasadas. Aun suponiendo que hoy es la vida más activa que antes ó que se vive sin reposo y de priesa, lejos de probar esto que los escritos son más breves, esto probaría, en mi sentir, que los escritos no pueden menos de ser más largos, porque quien escribe á escape, á no ser en raro momento de inspiración feliz, peca siempre de verboso, ya que para encerrar con claridad y orden muchos conceptos en pocas frases se requieren mayor tiempo y trabajo que para escribir difusamente. No lo recuerdo bien, pero creo que es de Talleyrand de quien se cuenta que compuso un despacho muy largo, y como alguien le advirtiese y le censurase

de que lo era, Talleyrand dió por excusa que no había tenido tiempo para componerle más corto.

Se dirá que en el día es menester profundizarlo todo, que nada se quede por decir y que todo se sepa. No discuto sólo la causa. Sólo sostengo que el efecto es la extensión ó difusión grandísima de los escritos modernos en comparación de los antiguos. La historia de seis duques de Borgoña, escrita por Barante, tiene más lectura acaso que el conjunto de cuantos historiadores griegos y latinos se conservan aún, por quienes sabemos casi todo lo que se sabe de Grecia, de Roma, de Egipto, de Fenicia y de los demás imperios y naciones de Europa y del centro y occidente del Asia, durante dos mil ó tres mil años. Mayor extensión proporcionalmente tiene la historia de Inglaterra, de Macaulay. Si prescindimos de la introducción, dicha historia es sólo de diez ó doce años, por donde es lícito conjeturar que, si al historiador no le hubiera sorprendido la muerte, su historia hubiera sido tan extensa que, para leerla sin saltar páginas, hubiera sido menester que un hombre se consagrase á dicha lectura no pocos años de su vida. Y si las historias verdaderas son hoy tan difusas, no se quedan muy á la zaga las historias fingidas. Indiscutible es el mérito de Walter Scott; pero, ¿quién se atreverá á afirmar que Walter Scott brilla por lo breve y rápido de sus narraciones? ¿Pues qué di-

remos de Zola, de quien hoy el público europeo anda tan prendado? Cualquiera de sus más célebres novelas tiene tanta lectura como las ciento del Decameron de Bocaccio.

La verdad es que no es tan nuevo, ni tan propio de los periódicos, ni tan laudable por su brevedad lo que en los periódicos se escribe. Sea ó no sea un escrito para los periódicos, siempre es difícil, cuando no imposible, expresar muchas ideas en breves frases, á no escribir en aquel idioma sintético en que habló el fingido Príncipe turco al señor Jourdain de Molière, diciéndole: *Belmen,* que, según la traducción, significa: "Vaya usted de prisa á prepararse para la ceremonia, á fin de ver en seguida á la hija de usted y concertar el casamiento.„

Acusación muy frecuente también es la de aquellos que, para rechazar la censura del periodista, le recusan por su ignorancia. Lo mismo en periódicos, que en cualquier otro papel impreso, pueden escribir y censurar los ignorantes y los instruídos. La censura ó la desaprobación en los periódicos es, además, de dos modos, ambos legítimos, á lo que yo entiendo: uno técnico ó científico, donde el censor debe ser persona perita y muy versada en la ciencia, arte ó facultad á que pertenece el negocio, acto ó cosa que censura. Pero hay también otro modo de censurar, que apenas se exige saber, que más que disertación es desahogo, la-

mento ó queja de la vulgar opinión, cuya legitimidad no se bastardea, aunque poco ó nada se razone. Tremendos y tiránicos serían la prohibición de quejarse de no pocos males y daños, y el deber de callar y sufrirlo todo en silencio, á no ser omniscios los que se quejan. En virtud de semejante dialéctica, no sabiendo nada de zapatería, nada podríamos decir contra el zapatero que nos estropea los pies con un mal calzado; sin haber estudiado bien á Carême y á Gouffé, no podríamos tronar contra la cocinera malvada que nos envenena y nos sisa; sin saber de coro á Vitrubio, no podríamos negarnos con razones á alquilar ó á comprar una casa; y hasta tendríamos que ponernos sin chistar un frac ó una levita que nos hiciese jorobados y deformes, si teóricamente al menos no supiésemos de sastrería.

Perfecto derecho tienen, pues, los periodistas, como le tienen los que no son periodistas, y los periodistas tienen además el deber, de quejarse de los malos servicios públicos. Si de ellos se quejan con razonada competencia, la queja será más eficaz pero, aunque la razonada competencia les falte, todavía podrá ser la queja útil, justa y conveniente, con tal de que no traspase los límites del comedimiento y la mesura, y con tal de que no se transforme en insulto procaz ó en desvergüenza descarada. Y este derecho de queja, que en el periodista, órgano de la opinión general, es un deber, se

hace tanto más imperioso cuanto el oficio, institución ó función sobre que recae, importa más por lo que cuesta y por los males y los bienes que puede acarrear á la república. De aquí que yo, sin poder sustraerme á la dialéctica que tal convicción me impone, crea más sujeto á la censura lo que en el día clama más contra ella y la rechaza, y menos que nada sujeto á la censura lo que más en el día la aguanta y la sufre por acerba y sin fundamento que sea. No es menester haber cursado balística, táctica y estrategia, para que nos atrevamos á hablar de aquello que cuesta á la nación enormes sacrificios pecuniarios, de aquello que puede ser causa de la salvación ó de la pérdida de millares de hombres en su juventud más briosa y florida, y de aquello en que debe fundarse en lo interior, el orden y el sosiego, y en lo exterior la grandeza de los Estados. No por esto gusto yo de la severidad y de la dureza. Severos y duros fueron en Cartago, y al fin fueron vencidos, mientras que el Senado de Roma, triunfante al fin, daba después de Cannas las gracias á Varron por no haber desesperado de la salud de la patria.

En suma, sobreponiéndome yo á todo interés ó espíritu de clase, hallo laudable ó inevitable que todo ciudadano, periodista ó no, diserte sobre cosas de guerra, aunque sea apasionadamente. En cambio considero, ya ridículo, ya odioso, el furor

con que suele ejercerse la crítica literaria, salvo contra las publicaciones que el Estado subvenciona ó costea, ó contra los libros. de texto que compra por fuerza el pobre estudiante. ¿Pero qué daño hace á nadie el autor de un libro tonto si no tiene más Mecenas que el público? Con no comprarle ó con no leerle, está todo remediado. Y ni el autor mismo se perjudica, sino que tal vez se mejora, ó porque á fuerza de escribir mal, acaba por escribir bien, ó porque si no logra esto, logra dar á su tiempo un empleo inofensivo, en vez de entregarse á deportes pecaminosos.

El mismo periodista, ora sea bueno, ora sea malo, entra en este predicamento de la generalidad de los escritores, por donde me parece que deben ser benévolos é indulgentes con él sus conciudadanos, porque sus candorosas simplezas no hacen daño, y harto castigo tienen con el desdén de quien las lee, y porque sus insolencias, sus audacias y los errores en que incurre y que después propala, más que propios de él, pertenecen á la colectividad de quien es órgano ó instrumento en la prensa. De todos modos, como el escritor, periodista ó no periodista, puede hacer mucho mal ó mucho bien, extraviando á la muchedumbre ó señalándole el buen camino, no es de extrañar, aunque no le sintamos, el ardor con que le defienden unos y le atacan otros.

En cuanto á esta Real Academia, apartada de las luchas políticas y capaz de imparcial rectitud por colocarse en la región serena del arte puro, entiendo yo que recibe con agrado en su seno al buen escritor, sea ó no periodista, considerando el periódico como medio de publicación de toda obra literaria y no como género especial de literatura. Lo que examina y juzga la Academia es el valer del escrito, prescindiendo de su extensión y de la manera con que está publicado, ya en hojas sueltas, ya desde luego en un libro, ya primero en las hojas sueltas y en el libro más tarde. En el caso presente, reconoce la Real Academia en un periodista lo que en otras ocasiones ha reconocido en el poeta lírico, en el autor dramático, en el orador político, en el novelista ó en alguien dedicado al estudio de ésta ó de aquélla ciencia: el esmero, el tino, el buen gusto, la inspiración y el arte con que se maneja nuestro hermoso idioma, en la conservación de cuya pureza castiza se emplea esta Real Academia, sin oponerse, sino legitimando el aumento del antiguo heredado caudal con cuanto de lo recientemente adquirido no le afea ni le vicia.

EL RENACIMIENTO

DE LA POESÍA LÍRICA ESPAÑOLA (1)

Su Majestad el Rey honra y visita hoy esta casa, y en la aurora de la vida presta á nuestra junta pública el esplendor que la alegra y en cuyos destellos tempranos se columbra ya, para bien de la nación, el pronto cumplimiento de consoladoras esperanzas. Su augusta madre, la Reina Regente, viene acompañándole. Ambas Majestades van á realzar, por su intervención, la concertada y conmovedora ceremonia de premiar la virtud modesta con solemne reconocimiento, duradero testimonio y galardón merecido.

Mucho me lisonjea la confianza con que se me distingue encomendándome la redacción de un

(1) Discurso leído ante SS. MM. y AA. RR. en Junta pública, celebrada por la Real Academia Española el día 13 de Mayo de 1900, con motivo de la traslación de las cenizas de Goya, Meléndez Valdés, Fernández de Moratín y Marqués de Valdegamas.

discurso para tan solemne ocasión, pero temo mostrarme harto inhábil, ya que sobre mi corta aptitud, vienen á ponerse, con grave pesadumbre, mi ancianidad y mis dolencias. De todos modos, al pedir la venia para usar de la palabra, y al impetrarla de las augustas personas aquí presentes, les pido también la indulgencia de que sin duda habrán menester mis faltas; indulgencia que espero alcanzar en el ánimo de la egregia Señora que nos preside, porque su amor inteligente á nuestra literatura la induce y mueve á mitigar la severidad de su juicio. Y sin duda, en S. M. la Reina vive este amor y se consagra con singular preferencia á las letras españolas, no ya sólo en el día, en que nuestra patria es la suya, sino desde antes que abandonase su tierra natal y el seno de su familia, cuyos ascendientes reinaron en España durante dos siglos de elevada fecundidad de pensamiento. Ya en aquella Corte, que dejó para reinar en la nuestra, aprendió S. M. á estimar nuestra poesía, tan admirada é imitada por Francisco Grillparzer, popular poeta; por Fernando Wolf, sabio y entusiasta historiador de sus glorias, y por Adolfo Mussafia, tan profundo conocedor de los orígenes y del ser del rico y sonoro idioma en que dicha poesía está escrita. Con la protección y amparo de aquella Corte descolló el compositor excelente á quien inspiró sus más dulces y melodiosos cantos y sus

más aterradoras armonías el héroe tradicional ó fantástico levantado por vez primera en la escena por el ingenio de aquel dramaturgo español, que vencería á todos si el que apellidamos Fenix no hubiera existido. Y en los teatros imperiales y regios de aquella Corte, nuestra Reina hubo de ver representadas con mayor frecuencia, con aplauso vivo y con más pompa y aparato escénico que en España, las obras inmortales de Lope, de Calderón y de Moreto.

Disipado un poco mi temor por las razones y motivos expuestos, y alentado mi espíritu por la benevolencia soberana, me atrevo á emprender y á llevar á cabo mi tarea.

Con ocasión de la venida á España y á esta villa de Madrid de los restos mortales de cuatro españoles famosos en artes y letras, y que han de reposar ahora en sepulcral monumento que la nación les dedica, nos hemos reunido para honrar la memoria de dichos claros varones y para recordar con gratitud y amor el valor de sus obras, apreciándolas, no obstante, sin hipérbole y con justicia.

Sobre uno de los cuatro personajes sería para mí más difícil disertar que sobre los otros tres, si tuviera que atenerme á mi propio juicio, porque carezco de los conocimientos técnicos que pudieran servirme de guía, y en todo fallo dado por mí faltaría la autoridad conveniente.

Por fortuna, el mérito del personaje á que aludo ha sido ya tan acrisolado por la crítica y tan reconocido y ensalzado en toda Europa, y se halla tan por cima de controversias y de dudas, que me bastará afirmar sin aducir pruebas, conformándome con la general opinión para cumplir mi encargo, otorgándole justa alabanza, y para que todos cuantos me escuchan convengan con mis asertos.

Acerca de los grados de elevación de los tres personajes que se distinguieron por sus letras, entiendo yo que puede discutirse no poco; pero en vista del universal y concorde asentimiento, es indiscutible el alto valer del personaje que floreció como artista; medida está con exactitud su grandeza y están pesados los quilates de su gloria.

De D. Francisco Goya y Łucientes puede afirmarse, sin recelo de que nadie lo contradiga, que fué un gran pintor; pero de D. Juan Meléndez Valdés y de D. Leandro Fernández de Moratín, no nos atrevemos, sin previa y detenida demostración, á decir, por mucho que los estimemos, que fueron dos grandes poetas.

No es menester aducir pruebas y razones, que nadie desconoce ni impugna, para colocar á Goya al nivel de los más egregios pintores que florecieron en España en la dichosa edad de nuestra preponderancia política y de nuestra expansión civili-

zadora por el mundo. Al lado de Velázquez, Murillo y Rivera, se levanta el pintor aragonés, y venido en época de postración grandísima, cuando parecía que el genio de las artes nos había abandonado, prueba que el genio de las artes vive aún entre nosotros, despierta de largo y profundo sueño, y abre nuevos caminos por donde él y los que siguen sus huellas han de ir á alcanzar lauros inmarcesibles y vencedoras palmas.

Estuvo Goya dotado de originalidad tan castiza como la de los otros tres grandes pintores. No pudo eclipsarla ningún extraño influjo, ora procedente de la clásica antigüedad y de la admiración que infunde, ora importado de Italia, de Francia ó de otros países. Y esta originalidad, por otra parte, no hace de él un mero continuador ó renovador de antiguas escuelas, porque el exclusivo y propio sello de la originalidad del individuo, le separa y distingue de Velázquez, de Murillo y de Rivera, y le da el aspecto y el carácter de la diferente edad en que vivía, con otras ideas y sentimientos, y con nueva manera de ver, de comprender y de representar las cosas.

Goya, pues, aparece en la historia del arte español como espléndido faro que alumbra su renacimiento y proyecta luz inextinguible sobre la senda que van siguiendo y siguen cuantos dan testimonio de que el arte no ha muerto en España, y mantie-

nen viva la esperanza de que ha de florecer todadía con inagotable y nativa riqueza.

Por lo demás, no ya mi desautorizada palabra, sino la más elocuente disertación sería inadecuada y tendría poca fuerza persuasiva, ahora que están reunidos y expuestos al público cuantos cuadros de Goya hay en Madrid, para justificar el elogio que aquí les damos.

Con mayor detenimiento me importa tratar de los dos poetas ya mencionados, que vivieron en la misma época de pintor tan célebre, y á quienes con la franqueza que me es propia y que temo que alguien califique de inoportuna y desabrida, no me he atrevido á llamar grandes; pero yo diré en mi abono, que toda alabanza que no esté previamente justificada, perjudica tanto como la más acerba censura á las personas sobre quien recae.

Debe entenderse asimismo, que para tasar en su valer los merecimientos de escritores y de poetas, se requiere el estudio de la edad en que florecieron; porque los escritores y los poetas, aun sin llegar á ser grandes, sin ser preconizados como *genios,* vocablo de moda que hoy tanto se usa, y del que hoy tanto se abusa, pueden bien ser ensalzados como felices sustentadores de la cultura patria, cuya antorcha avivan con resplandor nuevo, al transmitirla á otras generaciones.

Sin investigar por mí mismo las causas, y sin

aceptar tampoco el resultado de ajenas investigaciones, muchas y muy opuestas y que nada me satisfacen, es lo cierto que la original cultura de España, tan predominante y estimada en el mundo, á par de nuestra política y de nuestras armas, durante un período casi de dos siglos, se había torcido y viciado y había caído en postración al terminar el siglo XVII de nuestra era.

No nos incumbe aquí hablar de los fundamentos de aquella civilización tan floreciente primero y después con tanta rapidez decaída. Tal vez las doctrinas de los filósofos, teólogos y jurisconsultos que la informaron con su espíritu y los actos de los políticos que la sostuvieron en España, en las extensas regiones sujetas á su imperio y en el resto del mundo, no estén aún debidamente juzgados. De nuestra literatura, con todo, aunque tengamos que prescindir de sus fundamentos, puede afirmarse no poco tan ajustado á la verdad que no haya recelo de promover contradicciones.

La sencilla y espontánea poesía épica de nuestros romances y la pasmosa fecundidad de nuestro teatro, el más rico del mundo, tienen el ser, la vida y la marca indeleble del carácter propio de la nación en quien y para quien fueron creados.

Aunque ignoramos las causas, el efecto es innegable. El espíritu español se había pervertido y abatido; pero no había muerto. Su vida es inmor-

tal y debía reaparecer y reapareció con nuevos modos de pensar y de sentir, de acuerdo con los tiempos nuevos y con las mudadas condiciones del mundo. Mas no por eso se puso en desacuerdo con el ser substancial que tuvo y tiene, ni tomó tan extraordinario aspecto que dejase de mostrar su íntima conexión y su fraternidad con lo antiguo.

Yo creo que al volver á su patria los restos mortales de D. Juan Menéndez Valdés y de D. Leandro Fernández de Moratín, la primera satisfacción que debemos dar á sus almas, á fin de honrarlas honrándonos, es que fueron tan españolas como quieren serlo nuestras almas. Sin enmudecer y sin ser anacrónicas, conservaron su condición castiza, y no fué menester que adoptasen ideas y sentimientos de otros países, reproduciéndolos servilmente en sus obras.

Nadie niega la hegemonía intelectual de Francia ni el magisterio que durante el siglo XVIII ejerció en toda Europa; pero el sentir y el pensar que dió ser á las doctrinas que ese magisterio divulgaba, no fueron exclusivos de Francia. Malos ó buenos procedían de toda la civilización europea y habían nacido y llegado á completa madurez en el momento prescrito, como el fruto sazonado aparece en el árbol. Pero si bien á Francia tocó en suerte cosechar mejor este fruto, repartirle y darle á gustar, y si bien Francia formuló con mayor brillantez

el pensamiento de aquella época, todavía su influjo distó mucho de ser tan grande como se ha supuesto. Ni en Inglaterra, ni en Italia, ni en España, desnaturalizó el espíritu nacional, ni produjo solución de continuidad en su histórico desenvolvimiento.

En España, donde tal vez nuestro engreimiento nos había aislado y nos había cegado para no ver ni aceptar ciertos progresos, y donde el ímpetu y la abundancia de la inspiración propia habían roto todo freno y traspasado toda medida, fué un bien que aceptásemos los preceptos y las reglas de una crítica venida de fuera, no para reprimir un torrente que ya se había secado, sino para abrir á la inspiración nuevo cauce.

En nada mejor que en la poesía lírica se advierte que el renacimiento brotó de las propias raíces de nuestra cultura, salvo el esmero con que se podó la planta limpiándola de su agreste y vicioso ramaje.

Nuestros líricos del siglo XVIII no imitaron ni tomaron por modelo la poesía francesa de entonces, tan diferente siempre de la nuestra y que aún no había subido á la altura que hoy tiene, ya que el primero en encumbrarla fué Andrés Chenier, apenas conocido por sus obras hasta muchos años después de su temprana y trágica muerte.

Nuestros líricos del siglo XVIII siguen las hue-

llas de nuestros líricos del siglo XVI, y si algún influjo extranjero se nota en ellos es el influjo de Italia, que en el siglo XVI fué mayor todavía.

¿Qué hubo en el amable y dulcísimo Fr. Diego González que no naciese de su propio ingenio encendido en el entusiasmo que le inspiraban Fray Luis de León, su maestro, Garcilaso y otros egregios poetas de nuestro siglo de oro? ¿A quién imitó el alegre y risueño Iglesias que no fuese español? ¿El heroico y bondadoso Cadalso, aunque criado y educado en París, no se parece más que á cualquier vate exótico á D. Esteban de Villegas? ¿En qué autor francés pudo inspirarse ó se inspiró Jovellanos al componer sus enérgicas y hermosas sátiras, donde, si por el asunto coincide con Parini, es tan otro por el estilo, primoroso y afiligranado en el vate de Italia, y nerviosamente conciso en el de España?

Tales fueron los amigos, maestros y protectores de D. Juan Meléndez Valdés, personificación completa de la renacida poesía española y maestro dichoso de otros líricos, entre los cuales hay alguno que se le adelanta con más firme y atrevido vuelo.

Para disipar los prejuicios y erróneos conceptos con que se ha juzgado hasta hoy la literatura española del siglo XVIII, conviene notar que no nació ni creció como planta cultivada en invernáculo merced al cuidado de príncipe poderoso que trajo

su semilla de suelo distante y la sembró y la cuidó con esmero en artificiales jardines para su regalo y adorno. Carlos III fué por cierto el más paternal y bien intencionado de aquellos monarcas de entonces que se preciaban de filántropos, que amaban el progreso y que se afanaban por lograr la mayor cultura y por realizar reformas y adelantos en los Estados que gobernaban.

Sin duda el buen intento del Rey importó mucho en el florecimiento que hubo en su reinado, pero de poco hubiera valido si la nación no hubiera estado dispuesta y hasta ansiosa de despertar á nueva vida.

Más bien que en la capital y no bajo el amparo áulico y cortesano, sino en ciudades distantes, en los campos y en las aldeas, empezó á florecer de nuevo nuestra cultura, demostrando así que era espontánea y no importada ni debida á regio ni oficial auxilio.

En el antiguo foco de las ciencias y de las letras españolas, decaído ya y hasta menospreciado, en Salamanca, puede decirse que amaneció el nuevo día. En la soledad del claustro y no en los palacios de Madrid, y en el mismo apartado huerto donde tuvo ó imaginó tener sus admirables diálogos el autor de *Los nombres de Cristo,* se inspiró Delio, celebró la hermosura de los campos y cantó sus inocentes amores.

Favorecido y animado por Delio, por Jovino y por Dalmiro, porque entonces tomaban los vates nombres pastoriles fingiendo una Arcadia ideal, templó y pulsó Meléndez su lira y entonó sus bellas canciones, que no enamoraron sólo á las ninfas del Tormes y del Zurguén, sino que, difundiéndose en ráfagas sonoras, llegaron á las orillas del Betis y despertaron á las musas de Andalucía, moviéndolas y alentándolas con amor y con emulación fecunda y dichosa.

No fué, con todo, de esta única suerte el renacimiento. No apareció sólo en un punto, sino en varios, conservando su índole tradicional y castiza, aunque pugnase siempre por corregir extravíos y errores pasados.

Este fué el propósito que al mal llamado pseudo-clasicismo le tocó realizar. En este sentido don Leandro Fernández de Moratín representa el primer papel y descuella entre los escritores y poetas de su época, si se prescinde de Quintana, de Nicasio Gallego y de algún otro, los cuales, aunque fueron contemporáneos de Moratín, en el orden dialéctico pueden considerarse y estimarse por sucesores suyos.

Dentro de la apacible y sosegada evolución del ingenio español, y hasta para poner mesura y concierto en los impetuosos arranques que las conmociones políticas trajeron más tarde, valieron de

mucho el reposado y sereno juicio, las reglas y los preceptos y el buen gusto de que fué Moratín hábil defensor y adalid valeroso.

Y no es esto decir que antes de Meléndez y de la escuela sevillana, se hubiesen perdido del todo ó enturbiado las abundosas fuentes de que nuestra literatura había brotado en los dos anteriores siglos. Nadie da tan claro testimonio de la persistencia de esas fuentes y de que su caudal copioso manaba aún con limpieza y frescura, como el ilustre padre del ingenioso escritor y poeta que ahora celebramos. Con resplandor evidente lo demuestran sus populares quintillas de la fiesta de toros en Madrid, sus romances moriscos, como el de *Abdelcadir* y *Galiana,* en nada inferiores á lo más inspirado de nuestro antiguo romancero; el magnífico romance histórico de la empresa de Micer Jaques Borgoñón; el canto épico de las naves de Cortés, y hasta la elegante y graciosa oda pindárica *A Pedro Romero, torero insigne.*

Otra fué la misión, permítaseme el empleo de tan enfático vocablo, que tuvo que cumplir don Leandro Fernández de Moratín, y que dejó discretamente cumplida. Acérrimo impugnador del olvido de las reglas, se diría que barrió el camino que siguieron luego nuestros buenos escritores, apartando de él las malezas que estorbaban el paso para llegar á la meta y alcanzar el triunfo.

Las varias aptitudes de Moratín le hicieron digno de no corto aprecio. Fué erudito investigador de nuestra historia literaria en sus *Orígenes del teatro;* crítico y ameno prosista en la *Derrota de los pedantes,* cuyo estilo y cuyo lenguaje son un modelo de corrección y de gracia; agudo observador, fiel y atinado en la pintura de caracteres y pasiones, sobrio cuando no profundo y rico en chistes urbanos en *El café* y en *El sí de las niñas;* y fué poeta satírico de nada comunes alientos y sal ática en su *Lección poética* y en sus versos *El filosofastro.*

Cierta delicada sensibilidad que en sus comedias se nota, todavía da más pura muestra de sí en algunas de sus poesías líricas, como en la *Elegía á las Musas,* y más aún, porque no se combina con la menor sospecha de egoísmo ni de orgullo, en aquella breve composición en endecasílabos libres que escribió á modo de epitafio, en alabanza del modesto y candoroso D. Francisco Gregorio de Salas.

Todas las obras de Moratín están animadas de generosos afectos que las hacen simpáticas hasta para aquellos que no aceptan las doctrinas que dichas obras sostienen.

A mi ver, el vicio de escribir es el menos perjudicial de todos los vicios. Cuando no se emplea en denigrar por envidia ó venganza, ó en infundir susto para alcanzar posición ó dinero, no hay vicio más falto de picardía. Poco mal hace quien es-

cribe mal en verso ó en prosa. Con no leerle queda de sobra castigado. De aquí que á primera visca acaso desaprobemos en *El café* la cruel intolerancia de D. Pedro, sólo mitigada porque Moratín con la riqueza de su imaginación y sin real sacrificio pecuniario, nos representa á D. Pedro muy rico y muy dadivoso. Aun así, no tienen bastante disculpa la profunda humillación y el duro desengaño del infeliz D. Eleuterio. Lo único que no sólo disculpa sino que realza á Moratín, es su amor grandísimo al arte, la fe que tiene en su importancia y su deseo de que viva independiente.

Inspirado por sentimientos análogos, compuso Alfieri su libro *Del príncipe y de las letras,* amonestando á los escritores para que no fiasen su bienestar y sustento á la protección y á los favores de un encumbrado magnate, y para que tomasen oficio, si era menester humilde y mecánico, á fin de ganarse la vida, quedando así en plena libertad de emitir sus ideas, sin adular á un Mecenas y sin ocultar por interesados respetos lo mejor y lo más alto de lo que pensaban y sentían. Nada más incómodo y triste que tener que adular y que depender de alguien.

Bien lo declara el altísimo poeta cuando dice:

Come sa di sale
Lopane altrui e come è duro calle
Lo scendere e il salir per l'altrui scale.

Pero á pesar de esto, y atreviéndome yo á contradecir el parecer del aristocrático y severo dramaturgo italiano, tengo por cierto que jamás hubo poeta ni filósofo de alguna cuenta que, por consideración al tirano, al rey ó al prócer que le albergaba y mantenía, se dejase en el tintero y no comunicase á los hombres las verdades provechosas por él descubiertas ó las bellezas y primores por él imaginados. Más expuesto se halla á pecar de esta suerte el poeta ó el filósofo que tira á ganar popularidad lisonjeando los instintos y pasiones del vulgo y acomodándose al gusto predominante aunque sea perverso.

Fuerte es contra esto la repulsión de Moratín, que aspira á una noble y elevada libertad en quien escribe. Por lo demás, la verdadera garantía de esa noble y elevada libertad no estriba en que el escritor dependa ó no del favor de los magnates ó del favor del pueblo, sino en la independencia y rectitud de su carácter.

Lo que sí no puede menos de concederse, es que el escritor, y singularmente el poeta que toma el escribir como medio de ganarse la vida, está más expuesto que el que tiene otro oficio á forzar la máquina de su ingenio y á escribir á destajo y con fecundidad artificiosa y violenta.

En todos los géneros esto es muy de temer, pero más que en nada en la poesía lírica. Quintana, pon-

go por caso, debe su inmortalidad y su mayor gloria á media docena de composiciones, en las cuales, por mucho que las puliese y corrigiese, no pudo gastar más de ochenta días, por donde holgó y prescindió de la profesión de poeta durante más de ochenta años que duró su vida. Lo propio puede afirmarse de no pocos otros grandes poetas líricos que ha habido en el mundo.

Este elevado concepto de la poesía y de su dignidad y nobleza preside á la crítica de Moratín, y justifica la severidad de sus fallos.

En los grandes dramáticos que florecieron en España bajo la dinastía de Austria, así como en el inglés Shakespeare, reconoce Moratín y aplaude casi todos los aciertos y bellezas. Apenas hay una que le encubran sus preocupaciones de escuela. Lo que en ellos condena es la precipitación irreflexiva, la forzada abundancia y el escribir sólo por la necesidad ó conveniencia de escribir, á despecho del numen y en ausencia y sin auxilio de las musas.

Lícito es, cuando no se prescinde de la justa proporción, comparar personas y cosas cuya distinta grandeza no impide la semejanza. Así como Cervantes, censurando los libros de caballerías y reprobando sus delirios, nos revela, á cada paso, que admira sus bellezas, que se siente penetrado del espíritu poético que en ellos vive, y que al parodiarlos los imita con amor, especialmente el *Amadís* y

el *Orlando,* así Moratín, al censurar en la *Lección poética* el drama y la epopeya de los dos anteriores siglos, pinta con tal vivacidad, aunque en cifra, los lances y aventuras del héroe de un imaginado poema épico, que el lector presume que la pintura es bosquejo y no parodia. Tan bella es en todo la *Lección poética,* que tal vez produce hoy un efecto contrario al que su autor se proponía. Yo al menos, lamento á menudo que Moratín no hubiera aceptado alguna vez por guía lo que irónicamente enseña en dicha *Lección.* Entonces tengo por cierto que con su talento, con su arte exquisito y con su acendrado buen gusto, hubiera sacado, del plan que pone en cifra para ridiculizarle, un poema muy entretenido y ameno. De la misma manera, encerrando los preceptos con cien llaves, hubiera podido componer divertidas comedias de magia y dramas de enredos, bizarrías y lances de amor con más corrección, cuando no con vena tan rica como nuestros antiguos autores.

Fué de otro modo. Moratín permaneció fiel á sus preceptos, los siguió en la práctica y con el ejemplo los sostuvo. No hizo así ningún mal, sino mucho bien á la literatura española. No encadenó el ingenio de los que verdaderamente le tenían; antes bien despejó de nieblas la senda que habían de seguir para lograr el premio que buscaban. No estorbó su *Lección poética* la fecundidad de D. Ra-

món de la Cruz, ni hizo enmudecer su fama póstuma ni cesar el alto aplauso por él merecido y obtenido, y que en estos días la posteridad confirma, solemniza y sanciona. No impidió tampoco que floreciese más tarde, con original vigor, la inspiración cómica de Bretón de los Herreros, y que, por último, en virtud de una revolución literaria, cuyo primer impulso vino de fuera, si bien tuvo no poco de restauración de lo antiguo, nuestro teatro se levantase de nuevo con el Duque de Rivas, García Gutiérrez y Hartzenbusch, hasta la elevación que tuvo en su edad de oro.

El florecimiento de la cultura española en el reinado de Carlos III no se debió, pues, á impulso venido de fuera ni al favor regio, aunque fué poderoso y benéfico. España renació entonces con fuerzas nuevas; su cultura fué como planta, cuyas raíces vivas y firmemente asidas al suelo retoñan y florecen. Un acto despótico del Gobierno, sacando del mal el bien, hizo patente en Italia que en España no había muerto la vida del espíritu, la cual dió brillante razón de sí en las obras de los expulsados Jesuítas, que en letras humanas, y bien se puede sostener que creando nuevas ciencias, recordaron, hasta cierto punto, la ida á Italia, siglos antes, de los sabios fugitivos de Constantinopla.

Más mesurado que vigoroso fué el numen poético de España al principio de aquel período; pero

no mucho después, las conmociones políticas, las ideas de libertad y de progreso y el sentimiento de nacionalidad sobrexcitado por la lucha contra la invasión napoleónica, prestaron á nuestra poesía lírica una elevación, una majestad y un brío superiores á todo lo antiguo, salvo lo inspirado por la fervorosa devoción cristiana y por el misticismo.

En verdad, y no como figura retórica, el cantor de la libertad y de la patria desenterró la lira de Tirteo, y, á la radiante luz del sol, más alto que Simónides en el collado de Antela, la hizo resonar en la cumbre

Del riscoso y pinífero Fuenfría,

con resonancia inaudita desde la edad clásica de Atenas y Lacedemonia.

Absueltos quedan ya los que en aquellos días de lucha se sometieron mansamente á los invasores ó siguieron con gusto la fortuna del César francés, creyéndolo más ventajoso para su patria. El desdén y la crueldad con que los poderes internos y externos, vencedores del Imperio, pagaron á los patriotas liberales, si no justifica, absuelve á los afrancesados.

Aunque el desarrollo en toda Europa y en las colonias y vastísimas regiones del mundo dominadas ó habitadas por europeos, se hizo sentir y produjo patentes progresos y mejoras en España y en

sus dominios coloniales, y aunque es innegable que España, al mediar el siglo que está ahora próximo á su fin, había aumentado su riqueza, su bienestar material y el número de sus habitantes, fuerza es convenir también en que estos aumentos y mejoras fueron harto pequeños en comparación de los que se hacían en otras más felices regiones, por donde nuestro desnivel con ellas se hizo evidente.

La discordia perpetua entre los partidarios de un antiguo régimen, que tal vez no tuvo nunca existencia real, y de los partidarios de doctrinas nuevas, políticas y económicas, tildadas de subversivas de todo orden, anticristianas é impías, fué rémora de todo progreso é hizo recelar con frecuencia mayores infortunios para la patria. Entonces perdimos nuestro inmenso imperio colonial en América, desde Tejas y California hasta el Estrecho de Magallanes. Hubo guerras civiles que duraron años, que consumieron nuestra actividad y nos empobrecieron: mudanzas frecuentes, conmociones sin fruto, y un pronunciamiento cada año, y motines militares ó civiles cada semana. Rara vitalidad mostró España con no caer más hondo, agitada en opuestos sentidos por tan inútiles convulsiones.

El ingenio español no se debilitó, sin embargo. Su cultivo perdió tal vez en solidez y en método,

pero algo ganó en extensión. Se estudió á escape y someramente, pero fué más variado y completo el objeto del estudio. Se descuidó no poco la firme base de una educación clásica, pero crecieron la curiosidad general, el anhelo de investigación y el deseo de alcanzar en su marcha progresiva á otros pueblos más adelantados. La prensa periódica abrió ancha palestra en que la juventud luciese sus facultades mentales. Y, por último, un arte, si no ignorado, poco reconocido y aplaudido antes, la oratoria de la tribuna, apareció entre nosotros con brillantez extraordinaria. La rara facundia de los españoles se ejercitó expresando ideas y pasiones en el más sonoro y majestuoso idioma de la edad moderna.

Contra el torrente invasor de la cultura extraña, contra la admiración, á menudo sobrado humilde y sin crítica, que solía inspirarnos, y contra el afán de remedarla servilmente, se manifestó una reacción provechosa. Se popularizaron en nuevas ediciones las antiguas joyas del ingenio español que estaban arrumbadas y como olvidadas, por donde era su conocimiento algo á modo de ciencia oculta y de tesoro escondido, del que hombres como Gallardo, Gayangos y Serafín Calderón fueron al principio codiciosos acaparadores, luego custodios celosos, é iniciadores y divulgadores al cabo.

Tal era el estado de España cuando apareció y

resplandeció entre nosotros el último, cronológicamente, de los cuatro varones ilustres cuya repatriación y honrosa inhumación en nuestro suelo celebramos hoy.

Las comparaciones son tan difíciles como odiosas, y yo he de esquivar el hacerlas. Valor subidísimo tiene el poeta de las tradiciones, el épico popular D. José Zorrilla. No vale menos el egregio Espronceda, en quien los espíritus de Byron y de Goethe, que á veces penetran en el suyo, no invalidan la propia fuerza y natural virtud que le ponen con frecuencia por cima de sus modelos.

Con nadie, en aquel período, que fué fecundísimo en España de hombres de ingenio, período en que hasta la olvidada ó descuidada filosofía revivió, con no escaso valer, en D. Jaime Balmes, quiero yo comparar ni comparo al Marqués de Valdegamas. Sólo digo que el Marqués de Valdegamas personifica mejor que nadie la agitación de los espíritus y el estado mental y algo febril de España á mediados del presente siglo.

El lirismo en prosa, la exuberancia de flores en el estilo y la propensión á encerrar sintéticamente en las cláusulas ó períodos de un discurso todo lo humano y todo lo divino, componiendo así estupendos y refulgentes cuadros sinópticos, que embelesaban, hechizaban y tal vez deslumbraban á los oyentes ó á los lectores, se había puesto muy

de moda en París, y, como todas las modas, había pasado á España. Chateaubriand, Lamartine, Lerminier, Edgardo Quinet, Lamennais, Eugenio Pelletan y otros escritores no menos floridos y pomposos, excitaron nuestra admiración y emulación y nos sirvieron de modelo. A la verdad que, con tal método, ó más bien con la falta de método que este modo de escribir implica, era punto menos que imposible llevar dialécticamente la convicción al espíritu de nadie; pero el fervor y la grandilocuencia de quien hablaba ó escribía, transfiguraban al orador ó al escritor en algo á modo de profeta. Así, sus palabras podían hacer más prosélitos y convencidos que lo expuesto con dialéctica, pausa y reposo.

En España se presentaba además un singular fenómeno. El bajo nivel en que nos veíamos con respecto á naciones más adelantadas, las tristezas de lo presente y la corta esperanza en el porvenir encendían en nuestras almas cólera y odio contra lo que estaba vigente, y amor vehementísimo, y á menudo poco razonable, á lo que ya había pasado, aunque no hubiera sido nunca como imaginábamos nosotros. De aquí que muchos autores, hasta cuando eran en la vida práctica y diaria revolucionarios, librepensadores y progresistas, no bien se encumbraban sobre el trípode y se sentían inspirados, peroraban, escribían ó cantaban como si

fuesen pecadores arrepentidos y penitentes, y se convertían en reaccionarios. Haciendo pública confesión de sus extravíos, los achacaban á castigo del cielo, porque habían caído en la *funesta manía de pensar* y habían investigado con soberbia confianza en sus fuerzas, los inescrutables arcanos de la Metafísica, pugnando por averiguar algo de las cosas divinas. Entonces se desataban en diatribas y en insultos ditirámbicos contra la Filosofía y contra la ciencia: se mostraban atormentados por la duda, como Prometeo por el buitre que devoraba sus entrañas. Y, por último, al notar con dolor el lastimoso desquiciamiento de nuestro país, no desenterraban ya la lira de Tirteo, como había hecho el gran Quintana, sino el arpa del cantor de los trenos, y exclamaban de esta suerte:

¡Ay! Solitario, entre cenizas frías,
Mudas ruinas, aras profanadas
Y antiguos derruídos monumentos,
Me sentaré, cual nuevo Jeremías,
Mis mejillas en lágrimas bañadas,
Y romperé en estériles lamentos.

Arrastrados los espíritus por esta pendiente, nadie se dejó llevar por ella con mayor ímpetu que D. Juan Donoso Cortés. Hubo un temeroso, aunque breve periodo histórico, en que las revoluciones y trastornos fueron violentísimos, sangrien-

tos y generales, no ya en España, donde por rara contraposición se mantuvo todo en sosiego, refrenado por la mano durísima de un caudillo algo despótico, sino en el centro y en el Occidente de Europa: en Italia, en Austria, en Hungría, en Alemania y en Francia. Sobre las contiendas de razas y de pueblos que reivindicaban su autonomía, y sobre el desbordamiento y el triunfo de la democracia política, apareció la ínfima plebe ansiosa de revelarlo todo, empeñada en que fuese para ella el provecho de la victoria y amedrantando á la entronizada burguesía, no pocos de cuyos adalides, conductores y maestros, creyeron llegados los tiempos apocalípticos.

El eco más resonante que tuvo este sentir y este pensar, y el monumento á mi ver más duradero y dentro de su condición magnífico y hermoso, fué el libro capital del varón ilustre que recordamos y celebramos ahora: el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo.*

No hallar *nada más vil y despreciable que el género humano fuera de las vías católicas*, se aviene mal con aquella exclamación de San Agustín, cuando, sin distinguir cristianos de gentiles, dice: *Gran cosa es el hombre, hecho á imagen y semejanza de Dios.* La corrupción y la caída de nuestra naturaleza fueron grandes, sin duda, después de pecar nuestros primeros padres, pero tal vez las exagera

Donoso cuando declara imbécil la razón humana y asegura que son invencibles su afinidad con el error y su repugnancia á toda verdad aunque sea evidente. Si nos hundimos en tan negra sima, ¿qué significa ni qué vale *la luz que,* según el Evangelista, *ilumina á todo hombre que viene á este mundo?* ¿Para qué el raciocinio sino para extraviarnos y matarnos, si la *discusión es la muerte que viaja de incógnito?* ¿Cómo suponer que el hombre está tan decaído y degradado, cuando su divino Maestro le aconseja y le alienta para que sea perfecto como su Padre que está en el cielo?

Las reminiscencias del conde José de Maistre perjudican también algo la ortodoxia de Donoso. Es duro creer en la virtud purificante de la sangre derramada; terrible, aunque se tome como mera figura retórica, es la frase de que *el mundo suda sangre bajo la presión divina;* y muy cruel y muy en desacuerdo con el concepto que de la Divinidad deben tener los pueblos cultos, es la afirmación de la conveniencia ó de la necesidad providencial de las guerras y la apología de la pena de muerte y del oficio de verdugo.

No se declara Donoso francamente tradicionalista, pero á veces se nota en lo que afirma el influjo de Bonald y del ya citado José de Maistre. Si el alma humana, ó por naturaleza ó á consecuencia del pecado, es ó resulta incapaz de percibir y

de aceptar la verdad trascendente, el grosero sensualismo de Condillac sirve de base á la creencia. Menester es entonces que por medio de la palabra material, que agita el aire y suena en nuestros oídos, ó del signo escrito que hiere nuestros ojos, sepamos del bien y del mal, lo que nos pierde y lo que nos salva, y entremos en comunicación con quien nos ha creado. ¿Cuánto no repugna esto á los admiradores arrobos de nuestros místicos, en cuya alma penetra quien lo llena y lo penetra todo, y penetra con mayor intimidad que en los demás seres, y penetra inmediatamente, sin pasar por los sentidos, sino abstrayéndose de ellos, el alma CON MUERTE *que se trueca en vida* y con encuentro *y toque que á la vida eterna sabe* y que el amor divino alcanza aún durante nuestra vida mortal, si nos recogemos y nos hundimos en los abismos de nuestra propia mente?

Cuanto aquí va dicho no obsta para que admiremos y celebremos el sin igual talento de Donoso Cortés. Aunque su libro enseñe menos que el más compendioso manual de Teología, es á modo de un auto sacramental en prosa, escrito por estilo novísimo; algo como novela, donde los personajes en vez de ser hombres y mujeres, damas y caballeros particulares, permítasenos tan familiar llaneza en la expresión, son la ciencia, la fe, la gracia, el libre albedrío, la humanidad, los ángeles y Dios

mismo. Todo ello está aplicado á la política y vale para confundir y anatematizar á los socialistas y para buscarle con aceradas y punzantes burlas del Sr. Guizot y de los doctrinarios. Contra estos emplea Donoso un tesoro de agudezas y arroja un torrente, un mar de sublimes invectivas. Son una secta que nunca afirma ni niega, que siempre dice *distingo,* y que aburre y hace perder la paciencia al pueblo, á quien, por lo visto, no le sobra. Así es que, *apremiado por todos sus instintos, llega un día en que se derrama por las plazas y las calles pidiendo á Barrabás ó pidiendo á Jesús resueltamente y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas.*

Después del triunfo del pueblo, después que ha logrado que le suelten á Barrabás los conservadores, que hacen el papel de Pilatos, Donoso describe la abominación de la desolación y vaticina el castigo severísimo é inminente de las muchedumbres entregadas al sangriento retozo de sus detestables orgías. En veinte ó treinta renglones, merced á la capacidad sintética y á la concisión de su estilo, traza Donoso un epítome de Historia universal para que veamos de qué suerte castiga Dios al pueblo, engreído cada vez que se subleva, incurriendo en paganismo ó idolatría. Primero le hace caer y ser pisoteado por los tiranos babilónicos; luego, engañado por los sofistas; después, sujeto á Calígula y á

otros varios y sucesivos tiranos, todos, por supuesto, menos infames y malvados que el pueblo mismo. Y Donoso anuncia, por último, que el paganismo novísimo se despeña en más hondo y obscuro precipicio, y que *tal vez se remueve ya en el cieno de las cloacas sociales el que ha de ajustar á su cerviz el yugo de sus impúdicas y feroces insolencias.*

Claro está que á mí, que no soy definidor ni censor eclesiástico, y sé poco ó nada de teología, no me incumbe decir aquí, ni está bien que diga, si cuanto dice Donoso está ó no está en desacuerdo con la doctrina ortodoxa. Yo quiero suponer que lo está, y que si á veces parece no estarlo, es por cierta intrepidez arrogante de las sentencias y por la pomposa, vehemente y enfática exageración de las cláusulas y períodos. Por lo demás, en esta Academia, que no es de ciencias, sino de literatura y de lenguaje, debemos limitarnos á estudiar y apreciar el mérito filológico de un libro, considerándole sólo como obra de arte, como primoroso dechado que la palabra teje y borda, como poema en prosa y casi como obra de mero entretenimiento.

Puesta tan prudente limitación, bien podemos, sin escrúpulo de conciencia y sin el menor recelo de encomiar algo que tenga visos y vislumbres de herejía, elevar como elevamos hasta más allá de las nubes el valer y la importancia del libro de Dono-

so: elocuentísima manifestación del espanto de las clases media y privilegiada, no solo en España, sino en toda Europa, durante la tremenda revolución, en cierto modo cosmopolita, de mediados del presente siglo. Y más pueden crecer, y crece nuestra admiración y nuestra alabanza al notar el arte con que el libro está hecho y la magistral trabazón de todas sus partes en armonioso conjunto. Proudhon, que inspira á Donoso y le estimula con el deseo de contradecirle, si bien no es menos diserto, queda por bajo en la nerviosa concisión del estilo y en el metódico encadenamiento con que Donoso lo enlaza y ordena todo al fin que se propone.

La Teología es la ciencia de las ciencias, la que se aplica á todo, y de la que dependen la prosperidad ó la desventura de las sociedades, según que la Teología, que les sirve de base, sea verdadera ó falsa, divina ó diabólica. Poco importa que Donoso, impulsado por su amor á la paradoja, llegue á debilitar su argumentación con ejemplos contraproducentes. Su argumentación es en lo substancial atinada. Nos mueve un tanto á risa, y nos sorprende la curiosa noticia de que el ladino y travieso Alberoni, en el supuesto de que fué eminente político y hombre de estado, lo debió todo á la mucha teología que estudió y supo, lo cual sólo se concedería si con irrespetuoso desenfado aplicásemos á cierta teología el mismo epíteto que aplica-

mos en broma á la Gramática, llamándola *parda*. Pero nada invalida ni obscurece lo dicho la verdad de que, siendo el catolicismo la definitiva religión del humano linaje, contiene y enseña, por medio de su Iglesia, con magisterio perpetuo é infalible, la más elevada metafísica y la moral más pura, fundamento sólido de todas las buenas artes con que los estados se gobiernan.

En este punto, Donoso es admirable, ya cuando ensalza á la Iglesia en elocuentísimo y sentido panegírico, ya cuando, en los últimos capítulos de su libro, donde por la fe ardiente y por la profunda sinceridad de sus convicciones no disuena el arrebato lírico en prosa, nos habla de los encumbrados é inefables misterios de la Encarnación y de la Redención, y de cómo el amor divino llamó á sí y rehabilitó al ser humano, restaurando el esplendor y la limpieza de las cosas todas decaídas y deslustradas por la primera culpa.

Las alabanzas que acabamos de dar á los varones ilustres cuyo mérito recordamos hoy, alabanzas que el entusiasmo no ha encarecido, sino que tal vez pequen, porque la crítica las escatima, demuestran á las claras la no interrumpida persistencia del ingenio español y de su cultura hasta la edad presente. No ha menguado, por cierto, ni ha envejecido, ni ha perdido su fuerza, ni su virtud creadora, el gran ser de nuestra raza.

La decadencia política ha ido, no obstante, siendo mayor y más sensible cada día. No recordaría yo aquí nuestros últimos y grandes infortunios, si no fuese por la influencia que han ejercido y ejercen en el movimiento intelectual, por el abatimiento pesimista que nos infunden, y por las manías malsanas con que perturban no pocos espíritus.

Nuestro orgullo, que se extendía sobre toda la raza, en toda la prolongación de su historia y por cuantas regiones nuestra raza ocupó y dominó, llevando á ellas su civilización, sus creencias y su lenguaje, se ha reconcentrado hoy en pequeños espacios. Menospreciando cuanto es español en actualidad, ó por procedencia y origen, hemos amontonado en una sola región, y en las gentes que la habitan, las excelencias y perfecciones que pudieran atribuirse á todas. De aquí que los que ya en cada región imaginamos ser los únicos excelentes, estimemos desventura el haber estado unidos y el seguir unidos á los que valen mucho menos, y cuya estupidez ó perversidad es causa de nuestro atraso, rémora de nuestro progreso y cadena que nos ata, que reprime nuestro vuelo y que no consiente que subamos á las luminosas alturas de saber, de poderío y de riqueza, adonde se han encumbrado otros pueblos más felices; otras razas en su totalidad superiores á la nuestra. Esta enferme-

dad mental que se llama regionalismo, tira más ó menos desembozadamente á ser separatista.

Es innegable que las colonias se emancipan y no pueden menos de emanciparse cuando llega el prescrito y determinado momento; pero en la prematura emancipación de las nuestras han entrado por mucho, á mi ver, la exagerada estimación propia y exclusiva, y el injusto desprecio de todo el resto de la nación ó de la raza á que pertenecemos.

Hoy, no ya en tierras remotas que nuestros misioneros, soldados y políticos civilizaron edificando en ellas hermosas ciudades, cultivando sus campos y convirtiéndolo todo á vida ordenada y política, sino dentro de la Península misma empieza á dar muestras de sí la enfermedad que deploro.

No debe ser motivo de envidia, enemistad ó ruptura, sino prenda de mayor afecto ó estimación hacia aquellos con quienes estamos unidos, que se aumente el tesoro de la literatura patria con novelas como las de Narciso Oller y con dramas como los de Angel Guimerá. Toda España debe jactarse de Mosen Jacinto Verdaguer, como de Mistral Francia, y como Italia de Meli. El esmerado cultivo de idiomas gloriosamente literarios en otra edad y descuidados más tarde, merece alto aplauso si sólo es signo de exuberante vigor mental y lujo de expresión y de pensamiento; pero este esmerado cul-

tivo adquiere aspecto ominoso si le inspiran el exclusivo amor y la exagerada estimación de la patria chica y el menosprecio de la grande. El recuerdo de las glorias y de las grandezas que por separado alcanzamos, no debe menoscabar el concepto de las glorias y de las grandezas que alcanzamos unidos, y que, si no llegamos á separarnos, podremos y deberemós alcanzar todavía.

A quien no está muy lucido le conviene ser prudente, resignado y hasta humilde; pero la humildad no debe tocar en extremo vicioso. Y el afán de regeneración que hoy nos abruma, va convirtiéndose ya en pesadilla insufrible y harto humillante. No se habló de regeneración en Zaragoza, cuando sus heroicos hijos la defendían contra los franceses. Nadie en el Transvaal habla de regeneración en el día. Quien aspira á regenerarse empieza por creerse degenerado, y esto á nada bueno conduce. No hay que creerlo, aunque desde Londres nos lo digan.

Ni menos hay que acusarnos de que para poco ó para nada hemos valido nunca: de que no hemos sido, por ejemplo, hábiles colonizadores, cuando hemos civilizado, colonizado y dominado, durante cerca de cuatrocientos años, casi todo el mundo que se extiende entre el Atlántico y el Pacífico. Del fecundo seno de España han salido las Repúblicas independientes que allí existen ahora y donde hay,

acaso, hasta cuarenta millones de hombres que no han renegado de la casta á que pertenecen por adopción ó natural origen y que hablan la lengua castellana. No hemos de temer que alguien se los trague por voraz y fuerte que sea. Ni hemos de temer tampoco que la madre que les dió el ser muera de consunción ó hecha pedazos. Cállense, pues, los curanderos que la suponen moribunda y que pretenden sanarla.

Yo, entretanto, como ignoro la Teología, que sirve, según Donoso, para gobernar los Estados, y como ignoro también la partida doble y la aritmética mercantil de los que se empeñan hoy en regenerarnos, pienso á mis solas que lo mejor es callarse y no alborotar para que la patria se restablezca y recobre sus bríos con sólo vivir tranquila, sin incesantes trastornos y disparatadas mudanzas.

LA NOVELA EN ESPAÑA (1)

El elegante y discreto discurso que acabamos de oir basta á probar el buen tino con que fué elegido D. Jacinto Octavio Picón para tomar asiento en esta Real Academia.

El nuevo académico, al escribir dicho discurso, se ha apartado de la general costumbre, aunque no creo que le falten precedentes para ello, no disertando sobre determinada tesis, ni tratando de dilucidar teorías ó casos de nuestra antigua historia literaria, sino limitándose á escribir el elogio del personaje ilustre, cuyo asiento viene á ocupar, llamado por nuestros votos.

Sin duda es lícito limitarse en estos discursos de recepción á hacer el elogio del sujeto á quien se reemplaza, pero á más de ser lícito es, en mi sentir, conveniente y muy oportuno.

Ya por abatimiento de los ánimos, ya por estar

---

(1) Contestación al discurso de recepción del Sr. D. Jacinto Octavio Picón en la Real Academia Española, el día 24 de Junio de 1900.

el público harto preocupado y distraído con dificultades y contiendas del momento, lo cierto es que en pocas épocas y en pocos países, como en la España de hoy, el desdén ó el olvido sigue tan de cerca á la muerte.

Nunca, ni durante la vida, ni en los períodos de su actividad más fecunda, el sabio y paciente investigador ó el crítico erudito y profundo puede jactarse de gran popularidad entre nosotros. Rara vez su fama, aunque la envidia no ahogue su voz con murmullos, se extiende más allá del estrecho círculo de sujetos de la misma profesión y de algunos devotos aficionados. La muerte no hace olvidar entonces, porque lo que no se aprende no se olvida.

No ocurre lo mismo con los que escriben obras de índole más popular, ya que al menos mientras las escriben y logran ponerse de moda, excitan la curiosidad y el interés de alguna parte del gran público, y puede decirse que son famosos hasta donde en España puede aspirar alguien y lograr la celebridad por la literatura.

Esta celebridad, no obstante, suele ser harto efímera. Ocasiones hay en que muere mucho antes de la muerte de quien la ha adquirido. Tal vez si su ancianidad ó sus dolencias no consienten que continúe escribiendo, la gente le sepulta en el más hondo olvido antes de que él muera y le entierren.

Muerto ya, pocos vuelven á acordarse de su fama, de su mérito y de sus obras. Fácil me sería citar nombres en apoyo de mi aserto. Para demostración de su triste verdad sobra con el reconocimiento de lo poco ó nada que se leen ó se compran las obras literarias de los que recientemente murieron, y que todos hemos visto en vida aplaudidos y ensalzados como admirables poetas, ingeniosos novelistas ó críticos é historiadores sabios. De muchos no llegan á coleccionarse por completo, ni siquiera por selección, los trabajos que dieron á la prensa y que permanecen esparcidos y hundidos en el enorme cúmulo de revistas y de periódicos diarios. Y si por acaso la mano piadosa de algún amigo reune y da á la estampa los escritos del que ya murió, bien puede afirmarse que él, ó quien quiera que costee la edición, hace un mal negocio, porque la edición no se vende. No digo yo que carezca de excepción esta regla lastimosa, pero la excepción es muy rara. En suma, la honra y el provecho que por las letras pudieran y debieran adquirirse, suelen ser mezquinos y para muy pocos escritores en vida. Cuando ésta acaba, no ya cuanto pensaron y dijeron, sino hasta sus nombres suelen borrarse de la memoria de la generalidad del público, olvidadizo, desdeñoso ó distraído por cuidados de material interés ó por harto menos espirituales placeres.

No quiero yo lamentarme, ni me lamento, de la indiferencia ó de la corta estimación con que las letras son miradas, así en España como en los demás países donde se sigue hablando la lengua de Castilla. Me limito á consignar un hecho. Si llegan á cincuenta ó sesenta millones de seres humanos los que tienen nuestro idioma por idioma nativo, harto poco lisonjero es, ó para el público ó para los autores, que apenas haya libro de cuantos se han escrito en español, desde principios de este siglo hasta hoy en que casi termina, del que pueda asegurarse que se han vendido más de veinte ó de treinta mil ejemplares. Algunos casos podrán citarse de mayores éxitos de librería, pero en cambio pueden citarse miles de éxitos harto inferiores, y no ya de obras de escritores obscuros, sino de aquellos que han obtenido y merecido entre nosotros la más alta estimación y los más entusiastas aplausos.

A diversas causas puede atribuirse entre nosotros el desmedrado fruto que el cultivo de las letras produce. La afición á leer está poco difundida. El comercio de libros se hace tan mal, que apenas hay libro español que no cueste en América tres ó cuatro veces más que cuesta en España, aunque pudiera y debiera venderse casi al mismo precio. Dentro de España, y hasta en ciudades de provincia de más de treinta mil almas, suele no haber

una librería, y cuando alguien tiene el antojo de adquirir un libro, aun de los más conocidos y populares, necesita escribir á Madrid para que se le envíen.

Considerada la literatura como objeto de industria y comercio, es, pues, entre nosotros harto menos importante de lo que debiera, por lo cual también medran poco otros oficios y menesteres, como los del fabricante de papel, del impresor y del librero, que en parte ó en todo de la literatura dependen. Pequeño mal es éste, no obstante, si se compara con otros muy grandes que provienen de la corta estimación que damos á nuestros libros: el menosprecio del propio pensamiento nacional, la admiración exagerada y sin crítica del pensamiento extranjero, y el afán de remedar sus obras, tomándolas por guía y adaptándolas, casi siempre con violencia, á nuestro peculiar carácter. Toda corriente literaria que venga de Francia penetra aquí con mayor ímpetu que en otros países, sin que la atajen y sirvan de dique los Pirineos. Así han venido sucesivamente el neoclasicismo, el romanticismo, el naturalismo, el modernismo, el decadentismo, el simbolismo y otros amaneramientos literarios, como el de estos que llaman ahora los *estetas*, que no acierto yo á explicarme en qué consisten, á no ser con vagas y algo confusas nociones.

Lejos de mí la idea de que nos aislemos ó inco-

muniquemos; de que para evitar el íntimo trato intelectual pongamos aduanas ó levantemos muros por el estilo de los de la China. Las corrientes del pensamiento humano riegan y fecundan la tierra. En vez de represarlas, conviene abrirles ancho cauce, pero siempre es muy de lamentar que los manantiales de dichas corrientes broten fuera de España, y que tal vez lleguen entre nosotros ya tarde y turbios y menguados. En literatura, como en todo, hay modas de París que cuando en otros países se adoptan, es cuando en París empiezan á perder crédito entre la gente más refinada, y dan lugar á modas nuevas.

Prolijo sería mentar aquí no pocos otros inconvenientes que el desdén del pensamiento propio y de las letras patrias suele traer consigo. Citaré, con todo, como más conducente á mi propósito, el afán con que muchas personas que por su educación y por sus prendas naturales aspiran con algún fundamento á la notoriedad, á la fama y hasta á la gloria, al notar que como literatos, como eruditos, como filósofos ó como sabios, es difícil y casi imposible vencer la desdeñosa indiferencia del público, toman el camino de la política como el más llano y corto para lograr su deseo. Figurémonos un templo ó alcázar donde la fama reparte laureles, donde acaso la fortuna da á sus favoritos consideración, poder y otros bienes espléndidos. Varios

caminos hay que convergen y concurren todos en el referido centro, pero como la mayor parte de estos caminos están mal cuidados, llenos de tropiezos y de estorbos con que la glacial indiferencia del público suele atajar al que va peregrinando por ellos, resulta entre nosotros un mal muy grave en mi sentir: que todo el que vale y sirve para algo se vaya por el camino de la política y deje los demás caminos abandonados y desiertos. Infiero yo de aquí una afirmación enteramente contraria á otra que prevalece en el día y que verdaderamente me pasma. No provienen nuestras desventuras de que valgan poco nuestros políticos, sino de que se dediquen á ser políticos todos los que valen algo. Así, yendo todos por el mismo camino, hacen dificultoso el tránsito por él, y si por dicha llegan á su término, realizan muy poco que sea de general utilidad, preocupados, inquietos, con la zozobra y el empeño de defenderse contra la gran multitud que viene detrás y que anhela atropellarlos y derribarlos para pasar sobre ellos, adelantarse y llegar á la meta.

El remedio de este mal no está, por consiguiente, en que los filósofos, los mercaderes y los industriales, tomen por el camino de la política para enmendar las faltas de los muchos que van por él. Lo mejor y lo más juicioso sería, no la nueva irrupción de gente por dicho camino, sino que le aban-

donasen y que siguiesen otros caminos, por lo menos las cuatro quintas partes de los que van ahora por el de la política. Las ciencias, las artes, la literatura, la industria y el comercio nada pueden ganar con que acaben de abandonarlos los sujetos que valen, y con el pretexto de que los políticos son torpes, se conviertan también en políticos. En cambio, si el número de los políticos de profesión se redujese siquiera á la quinta parte de los que hay ahora, por poco que valiesen los expulsados ó los voluntariamente retraídos de aspirar al gobierno ó de poseerle, los otros oficios y menesteres ganarían bastante. ¿Quién puede calcular cuánto produciría el gasto de talento, de vigilias y de afanes, empleado en componer discursos parlamentarios, en hallar fórmulas y en redactar programas, manifiestos, planes y proposiciones de ley, de reglamentos y de decretos, si todo se emplease en ingeniosas invenciones industriales y en desarrollar nuestro comercio y en obtener la prosperidad de nuestra agricultura? Y por el contrario, ¿qué mayor infortunio para nosotros, suponiendo y aun dando por seguro que todavía hay mercaderes, industriales y hasta sabios que han permanecido puros é incontaminados de todo toque ó roce con la política y muy discretamente ocupados en sus negocios, si los abandonan ó descuidan y se lanzan á ser políticos también? El comercio, la industria

y la agricultura, todo padecería con este abandono, y el camino de la política se llenaría de confusión, de tumulto y de alboroto, y el país obtendría menos que nunca de los que por él fuesen en constante lucha con numerosos rivales.

No debe extrañarse que se me ocurran las anteriores consideraciones al oir el justo elogio que de D. Emilio Castelar hace el nuevo académico. Sin duda contribuyó á la extraordinaria fama que Castelar obtuvo, el que su elocuencia, su imaginación, su entusiasmo y su entendimiento clarísimo, á la política se consagrasen. Si en otras circunstancias, en otro medio ambiente ó en época distinta Castelar hubiera aparecido, ¿quién sabe los triunfos que hubiera alcanzado, tal vez como apologista de la civilización y de los dogmas cristianos, tal vez inventando con larga meditación y reposo, un nuevo sistema metafísico con aplicaciones á la filosofía de la historia ó á la del arte, y tal vez escribiendo lindas novelas ó amenísimos poemas, cuando no en verso en prosa florida? Pero Castelar apareció en un país agitado por constantes disturbios, dividido en opuestos bandos y presa de tumultos y guerras civiles y tuvo que lanzarse en la arena política para hacerse oir y notar en medio de la confusión y para que su voz resonase sobrepujando el estruendo que nos traía aturdidos. De esta suerte, no sólo adquirió rápidamente envidiable

notoriedad, sino también aplausos, influjo, poder y gloria. Debe con todo tenerse en cuenta que si estos triunfos se pueden aminorar en algo como debidos á la pasión política, á la pasión política y hasta el aborrecimiento de las doctrinas que Castelar sostuvo también deben atribuirse las crueles censuras, el afectado desdén y el fingido menosprecio, con que no poca gente le ha perseguido durante su vida y con que, aun después de su muerte, pugna por obscurecer ó amenguar su fama.

No trataré yo ahora de justificarla, aplicando mi crítica á depurar los altos merecimientos en que dicha fama se funda. Bien ha cumplido ya el señor Picón esta tarea. Yo me limitaré sólo á hacer una reflexión tan sencilla, que no hay nadie de quien no esté al alcance, pero de la que se prescinde muy á menudo.

Pongámonos en lo peor. Seamos por un momento pesimistas y decidamos que hay en el público lamentable ignorancia y que el gusto está depravado. Y todavía será fuerza conceder que, entre los millares y millares de seres humanos que tienen mal gusto y poco saber, descuella y se levanta el que los entusiasma y hechiza y adquiere entre ellos nombradía, preponderancia, crédito, autoridad y gloria. Aun calificando la veneración de absurda idolatría, considero más absurdo y ridículamente presuntuoso el empeño de derribar un ído-

lo, cuando tuvo y tiene aún tantos adoradores y tantos creyentes en sus perfecciones, excelencias y hasta milagros.

No creo yo, ni pretendo hacer creer á nadie, que en todo caso y á cada instante es voz de Dios la voz del pueblo. Falible, caprichosa, apasionada será acaso esta voz en muchas ocasiones; pero, si prescindimos de lo sobrenatural y si nos atenemos sólo á los asuntos profanos y de este bajo mundo, ¿qué criterio hay más alto que el de la pública opinión, que el de las muchedumbres, que el de las grandes mayorías? De temeridad monstruosa, de soberbia desmedida ha de calificarse el empeño de los que, considerándose excepcionalmente iluminados, reprueban lo que el vulgo aplaude y quieren que el voto de ellos valga por más que miles y miles de votos vulgares. Esta pretendida superioridad del parecer ó del fallo de algunos sabios descontentadizos y difíciles sobre el fallo de la muchedumbre á quien se supone ignorante ó ilusa, destruye, á mi ver, el fundamento en que estriba el respeto que se debe á cuantas personas por algún motivo se elevan, ya que dando al traste con el criterio en que se fundó la elevación, único criterio posible en lo humano, lo nivela todo y lo iguala, cubriéndolo con idéntico menosprecio. Prueba la exactitud de mi afirmación, cierta manía que prevalece y cunde hoy por todas partes y que consiste

en asegurar el escaso ó ningún valer de los hombres políticos y la conveniencia de que otros hombres de mayor valer, que hasta hoy no han sido políticos, vengan á serlo y nos salven y nos regeneren. Increíble parece que tal idea haya podido entrar en la mente de personas de juicio en un país que durante todo el siglo presente ha sido gobernado, sin distinción de clases ni de procedencias, ya por próceres y magnates de ilustre nacimiento, ya por varones criados en muy humilde cuna, ya por absolutistas, ya por conservadores, ya por progresistas, ya por republicanos; en un país donde no hay región ni provincia que no haya tenido la satisfación de ver en el poder á muchos hijos suyos; y en un país, por último, donde, hace medio siglo por lo menos, jamás se ha atrevido el poder moderador á prestar su confianza á quien el pueblo no ha ensalzado y designado antes, para que dicha confianza se le otorgue, señalándole, al ocurrir cada inevitable mudanza, como el único hábil para dirigir y gobernar el Estado.

Si nadie, desde hace muchos años, ha sido muy dichoso en esta tarea ni se ha lucido desempeñándola, no lo atribuyamos á su ineptitud. Otras causas debe de haber más hondas. No hay que culpar á las doctrinas, porque se ha gobernado en nombre de todas. No hay que culpar á esta ó aquella provincia, porque de todas han venido los gober-

nantes, ni á las clases, porque ninguna tiene entre nosotros el privilegio de gobernar, ni á un poder superior, porque este poder se limitó siempre á elegir á quien designó el pueblo ó una gran parte del pueblo como cabeza ó principal adalid de parcialidad determinada.

Si fuese ciencia exacta la filosofía de la historia, los sujetos doctos y muy versados en dicha ciencia, explicarían las causas del encumbramiento, de la postración y de la caída de los imperios y hasta llegarían á pronosticar tales sucesos, como los astrónomos pronostican los eclipses, la aparición de los cometas y otros fenómenos y aspectos del cielo. Pero todavía, desde el saber teórico hasta el arte práctico va no poca distancia. Y bien pudiera acontecer que, así como el astrónomo predice el eclipse y no sabe ni puede evitarle, así el sabio filósofo político anunciando con exactitud la decadencia de una nación y hasta si se quiere las causas de la decadencia, ignore el remedio, si le hay, y no sepa ni pueda aplicarle por muy perito y diestro que sea.

De todos modos, siempre hay en todo mal algunas causas tan visibles y superficiales que el más indocto las adivina. Entre estas causas deben contarse, para explicar el malestar de una nación, la instabilidad de sus gobiernos y la perpetua lucha en que están con impacientes y violentas oposiciones, que no dejan vagar ni reposo para madurar

proyectos y que hacen que toda la inteligencia y toda la energía se consuman y se pierdan en la defensa propia. Por esto si algún remedio se ve claro no es el de que acudan más hombres á la política, sino el de que muchos se separen de ella y despejen el campo. No acierto á ponderar cuánto ganaría con esto el país y los que de la política se apartasen.

Sin duda la carrera de Castelar fué brillantísima. Su admirable oratoria pasmó y cautivó á las muchedumbres, así en España como en toda América y en no pocos países de Europa. Su abnegación y el noble desinterés que le hizo sacrificar la popularidad en aras del patriotismo, abjurando de sus opiniones federales, restableciendo el orden y allanando el camino á la restauración, ponen sello indeleble á su mérito y deben hacerle simpático á cuantas personas no se dejen llevar por un mezquino espíritu de partido. Pero si Castelar, en vez de ser tribuno y de llegar á jefe del Estado, hubiera sido sólo profesor en la Universidad Central, sabio elocuente en su cátedra y en la del Ateneo y escritor reposado y reflexivo, tal vez su gloria, menos estruendosa y extensa durante su vida, crecería al presente, dilatándose sin contradicción en el porvenir y por todo el mundo. Para alcanzar la gloria política menester es que el pueblo ó el ejército nos aupe. Para alcanzar la gloria literaria ó

científica apenas es menester auxilio, á no estimarse por auxilio el asentimiento y la admiración de las sucesivas generaciones. Ellas dan á quien lo merece imperio más vasto y permanente que el que da el poder público. A pesar de sus prodigiosas conquistas, al morir Alejandro se desbarató su imperio, pero el imperio de su maestro el Estagirita prevaleció entero y pujante sobre las ruinas del imperio del macedón y del de Roma. A pesar de la caída de unas religiones y del nacimiento y propagación de otras, entró como elemento en la más alta sabiduría de cristianos y de muslimes y llegó triunfante de todas las oposiciones al principio de la Edad Moderna. Hasta para la plebe indocta suele ser más resonante y vividora la nombradía que se adquiere por las ciencias, letras y artes, que la que por las armas y la política se adquiere. ¿Quién gobernaba los diversos Estados de Grecia y de Italia cuando Píndaro compuso sus odas? ¿Qué reyes ó qué tiranos imperaban en Europa cuando Tomás de Aquino escribió la Suma? ¿Quién era el soberano de Polonia cuando construyó Copérnico su sistema? ¿Y quién recuerda los nombres de aquellos próceres y ministros que dirigían los asuntos públicos en la Gran Bretaña cuando descubrió Newton la gravitación universal?

Tales reflexiones y otras mil que omito, aunque

acuden en tropel á mi mente, me llevarían á preferir, si empezase ahora mi vida, y no estuviese ya cerca de su término, el apacible cultivo de las ciencias ó de las letras, á la agitación y á la zozobra de la vida política. Y aunque muchos hombres se dejasen llevar por esta inclinación mía, no sería de temer que la plétora de hombres de Estado que hoy padecemos se convirtiese en plétora de sabios, de prosistas y de poetas, ni sería de temer tampoco que una desmesurada producción literaria inundase el mercado. Por el contrario, más atento y más aficionado el público cada día á la literatura, y más acendrado su gusto, leería y compraría los buenos libros, de suerte que el escritor no tendría necesidad de escribir á destajo para conseguir una razonable ganancia, sino que escribiría mejor y menos. Y el que no consiguiese agradar al público, imitando el ejemplo de los que dejando la profesión política, hubiesen tomado la profesión literaria, ahorcarían los hábitos ó la toga de doctores y se harían labriegos, industriales ó mercaderes. Yo de mí sé decir que, pensando y cavilando á menudo sobre esto me doy á imaginar que tal vez para mí, para mi familia y para la generalidad de mis conciudadanos, hubiera sido mejor que yo hubiese cultivado, en mi lugar los campos paternos, *ut prisca gens mortalium,* trayendo al acervo común de la riqueza nacional, no unas cuantas obri-

llas de mero entretenimiento que á pocos divierten y que de seguro no enseñan nada, sino aceite claro, vino generoso, exquisitas frutas y tal vez seda excelente criada en mi propia casa, merced á las frondosas moreras de mi huerto.

De cuanto va dicho, no quiero yo que se deduzca que debamos ser descontentadizos y difíciles para los que escriben. Por mucha indulgencia que necesite yo y pida para mí, mayor es la que estoy dispuesto á conceder á los demás escritores. Mil veces lo he sostenido. El escribir, aunque se haga mal y aunque se considere como vicio, es el más inocente y el menos costoso de todos. La impericia del militar ó del político puede causar muertes, estragos, y hasta caída de repúblicas y de reinos. Un arquitecto inhábil gasta acaso millones y construye edificios que afean las ciudades y que hasta se hunden. Pero el escritor, como no falte á la moral y á la decencia, y aunque escriba á despecho de los númenes y de las musas, y aunque nada gane escribiendo, puede á muy poca costa satisfacer su pasión y hartarse de escribir. Con tres pesetas tiene para mil cuartillas, y no las emborronará en un mes por mucho que emborrone.

No entiendo yo tampoco que, para ser escritor, sea indispensable proponerse componer sólo obras atildadísimas y perfectas, que á más de agradar al público del día lleven la marca y el sello de la in-

mortalidad, y nos sobrevivan y conserven en las edades venideras el nativo encanto y la inmarcesible y fresca lozanía que se supuso benévolamente que al nacer tuvieron. Basta, en mi sentir, para que un escritor quede justificado y para que sea encomiado, el que sus libros proporcionen durante algún tiempo, aunque sea breve, recreo apacible á una parte del público contemporáneo suyo.

De dos maneras principales puede entenderse la labor literaria. No todos nos atrevemos á decir como el lírico latino: *non omnis moriar, nomenque erit indelebile nostrum, exegi monumentum aere perennius.* Para erigir monumento tan persistente, á más de poseer soberanas facultades, tal vez se requiere detenido esmero, á fin de pulir, corregir y perfeccionar la obra que á la inmortalidad se destina.

Con más modesto propósito podemos dedicarnos algunos á ser escritores, con el propósito de dar abasto á la curiosidad de los que leen y de traer á sus ánimos grata diversión ó esparcimiento inocente, aunque nadie logre con dicha lectura mejorarse ó ilustrarse. Y no es de presumir que porque se escriban de prisa esta clase de libros y porque no tenga quien los escriba la pretensión de que sean inmortales, no lleguen á veces á serlo. No siempre depende el valer y la persistencia de una obra de arte del largo tiempo y del asíduo trabajo que en escribirla se emplean. Si vale traer á

cuento lo poco importante, yo de mí sé decir que lo que menos ha disgustado al público de cuanto he escrito, es lo que al escribirlo me costó menos tiempo y menos trabajo. Y pasando de lo obscuro á lo luminoso, y de lo pequeño á lo grande, lícito es afirmar que el *Quijote* brotó de la pluma de Miguel de Cervantes con mayor brevedad y con mucho menos esfuerzo que la *Galatea* ó el *Persiles*.

Las novelas y los cuentos son el género de literatura menos sujeto á reglas, con menos pretensiones también y con más capacidad para tomar por asunto ó aceptar como adorno, así los sucesos memorables de la historia, como los casos y lances de la vida privada: todo el caudal de observación acumulado por quien escribe, y cuanto éste averigua y aprende en lo escrito por otros. Como quien compone cuentos ó novelas, rara vez presume demasiado, la crítica debe ser más indulgente con él que con otros autores. Un poeta épico ó lírico, por ejemplo, tiene ó ha de tener, aspiraciones más elevadas, y la censura que en sus obras se ejerza, ha de ser más severa. La poesía, en su más alto sentido, es como la santidad, la heroicidad ó la virtud sublime. No hay premio humano con que se pague. De aquí que repugne considerar la poesía como profesión ú oficio, ó como medio de lucro. No hay poetas de profesión, como no hay de profesión héroes, santos ni virtuosos.

El novelista ó el autor de cuentos sin duda que es poeta también. Yo no sé en qué predicamento he de ponerle, si en el de los poetas no le pongo. Pero como es poeta modestísimo, llano y vulgar, cuyo principal propósito es divertir ó interesar agradablemente á sus contemporáneos con narraciones fingidas, claro espejo de la realidad pasada ó presente, aunque yo considero absurda y disparatada la profesión de poeta por todo lo alto, todavía hallo lícita y aun provechosa y grata para el público y para quien la ejerce, la profesión del novelista ó del autor de cuentos, salvo que es muy raro el buen éxito en tal profesión, si no está dotado quien la ejerce de laboriosidad fecundísima y dichosa, y si no cunde mucho el gusto por la lectura.

Como quiera que ello sea, y aunque en la novela y en el cuento tenga mayor imperio la moda que en otros géneros literarios, por donde la popularidad del cuento y de la novela debiera ser más efímera, todavía, si pudiésemos prescindir del rico y espléndido teatro español, las más preciadas joyas de nuestra literatura serían novelas y cuentos.

Sin soberbia jactancia, y aunque no pongamos en la cuenta al *Ingenioso Hidalgo*, por incomparable y único, bien podemos afirmar que España, en las edades pasadas, si no ha creado nuevos y di-

versos géneros de novelas, ha producido los mejores modelos de muchos de esos géneros que han sido después celebrados, traducidos ó imitados en otras naciones y lenguas. Así *El Amadís,* como novela fantástica y caballeresca; *El abencerraje,* como novela histórica; *Las guerras civiles de Granada,* como novela tradicional y legendaria; *La Diana,* como novela pastoral; *El lazarillo de Tormes,* como novela picaresca y naturalista, y *La Celestina,* si vale contarla por novela, como primoroso dechado en dicho género, y germen fecundo de inspiración cómica y trágica.

Nuestro teatro, en no interrrumpida serie de obras de mérito, ha persistido siempre, sin solución de continuidad, desde sus orígenes hasta el día. Nunca decayó ni se obscureció por completo. No ha tenido igual suerte la novela. El Genio que la inspira, el Genio que concedió sus prendas y favores más singulares á Miguel de Cervantes, se diría que casi nos abandonó durante un siglo y se fué á colmar de regalos á los autores de otros países y sobre todo á los de Francia é Inglaterra.

Este Genio, por dicha, me lisonjeo yo de que ha vuelto á visitarnos con amor, á consolarnos y cautivarnos con su trato, y á obsequiar con ricas preseas á algunos compatriotas nuestros, que toma por ahijados y por amigos.

Entre ellos y no de los que gozan de menor intimidad y valimiento con dicho Genio, debemos contar á la persona cuya recepción en esta Real Academia celebramos hoy.

Muy de estimar es el mérito de D. Jacinto Octavio Picón como crítico de teatros y como investigador, historiador y crítico de las artes de dibujo. Su historia de la caricatura y su libro sobre Velázquez, dan brillante testimonio de ello; pero su mérito principal, en mi sentir, es el que tiene como autor de novelas y de cuentos.

La interrupción del cultivo de la novela ó si se quiere la poca fertilidad que este género ha tenido en España por no corto tiempo, junto todo á la abundancia y al valer de los modernos novelistas franceses é ingleses, dan como resultado inevitable, sin mengua de los novelistas españoles, el que se note en todos ellos, hasta en los más castizos, el influjo extranjero. Por más que se procure reanudar ó enlazar la inspiración del día con la antigua y genuina inspiración, siempre para llegar hasta ella, tenemos que pasar por cima de lo que en este género se ha escrito en Francia, en Inglaterra y en otras naciones, lo cual no puede menos de contar en el desenvolvimiento progresivo de un arte ó en sus evoluciones y mudanzas, inevitables aunque el progreso se niegue.

Inevitable es, pues, en la moderna novela espa-

ñola, algo que recuerda cuando lo leemos, ya á Gualtero Scott, ya á Alejandro Dumas, ya á Eugenio Sue, ya á Balzac, ya á Zola y á otros escritores novísimos. Una perfecta originalidad en todo, ora individual, ora nacional, es punto menos que irrealizable. Quien va por un camino por donde han pasado antes muchos otros viajeros, emplea, ó por mayor comodidad ó forzosamente, iguales medios de locomoción é idénticas artes para allanar tropiezos y evitar peligros, y para ganarse la voluntad y lisonjear el gusto de las personas que halla á su paso. En suma, y desechando rodeos y símiles, es evidente que, hasta en la más castiza de las novelas españolas del día, se ve y no puede menos de verse el precedente extranjero: pero esto no es defecto ni mengua, sino condición inevitable. No hay nación alguna cuyo florecimiento literario no se deba en parte á semillas extrañas ó á lo ingerto y transplantado de distinta región ó de distinto clima. La habilidad consiste en transformar lo exótico, en asimilarlo con nuestra propia substancia y en fundirlo y combinarlo tan estrechamente con lo que es todo nuestro, que salga de la combinación un producto nuevo del todo.

Sólo en este sentido son *afrancesadas* las novelas de Picón; pero ¿de cuál otra de nuestras modernas novelas no puede afirmarse lo mismo? En este sentido, *afrancesadas* son, pongamos por caso,

las excelentes comedias de Moratín, y si no *afrancesada* muy *italianizada* es nuestra mejor poesía lírica del siglo XVI y del brillantísimo período que empieza á mediados del siglo XVIII y termina con el primer tercio del siglo presente, si en cierto modo no dura todavía el influjo italiano, merced á Foscolo, á Manzoni y á Leopardi.

Lo que más importa, para ser original, es que los caracteres, las pasiones, los afectos, los usos y las costumbres y los lances y sucesos de la vida, no se estudien por libros escritos en otros países, sino que inmediata y directamente se estudien en la naturaleza, en la tierra y en el mismo seno de la sociedad en que vivimos, revistiendo luego el acumulado tesoro de la observación propia, al ordenarle para que el público se deleite y le admire, con los colores y galas de nuestra fantasía y con la marca singular y privativa de nuestro estilo.

Así no vacilo yo en calificar de original toda la obra de nuestro nuevo compañero. La sinceridad y la espontánea franqueza con que escribe, hacen que dicha originalidad aparezca sin velo. En libros de la índole de los que él compone, no gusto yo de que haya tesis, de que se propenda á demostrar algo; pero es tal la libertad y la amplitud de tales libros, que caben y penetran en ellos al correr de la pluma, las opiniones, las dudas, la amistad y el aborrecimiento, y en una palabra, toda la creencia

y toda la ciencia poca ó mucha del que dice lo que siente y piensa, sin disimulo ni sigilo.

Bien podemos no estar de acuerdo con los sentimientos y con las ideas de quien escribe de dicha suerte, pero á quien ama el arte por el arte, siempre le serán simpáticos tan franco modo de escribir y quien le emplea en lo que escribe, poniendo en ello toda su alma.

Sobre cualidad tan estimable ¿quién negará el talento y las nada comunes condiciones de novelista que en las obras de Picón se descubren? Su estilo sencillo, sin carecer de elegancia, corre afluente y rico, sin la menor sospecha de violencia ó fatiga.

Sus descripciones, acaso pequen de harto minuciosas. No hay traje, ni mueble, ni joya, ni objeto de arte, ni producto de la naturaleza ó de la industria que él no nos pinte con accidentes y pormenores; pero tal es la moda del día. Además de la moda, la inclinación de nuestro autor le induce á ello. Y por cierto la inclinación es fundadísima, porque en dichas descripciones nuestro autor se luce. A mí, si bien no gusto de ellas demasiado, me maravillan la exactitud, la claridad y la distinción con que él lo ve y lo copia todo de lo real y lo conoce y lo designa con los nombres adecuados y marcando los atributos, defectos ó perfecciones de cada cosa.

No menos perspicaz que para observar lo exte-

rior es nuestro novelista, cuando retrata lo íntimo de las almas, penetra en el centro de ellas y analiza los afectos y las ideas que las mueven.

En la antigüedad clásica, la descripción, así de lo psicológico y latente, como de lo visible y tangible, entraba por poco en la narración de los sucesos fingidos, donde todo era acción ó por lo menos palabra de los héroes, y en la palabra ó en la acción iban generalmente inclusas las descripciones. No describe Homero el escudo de Aquiles, sino que á nuestra vista enciende las fraguas, derrite el oro, el bronce y los demás metales, pone el martillo en la diestra y las tenazas en la mano izquierda del dios y hace que fabrique el escudo y que al compás que le va fabricando le vayamos viendo. Pero en fin, las cosas son hoy de otra manera, y para mi gusto hoy son también agradables y atinadas. Y aunque no lo fuesen, siempre tendríamos que conformarnos y no censurar, ya que el arte refinado de hoy no puede ser como el arte primitivo ó de épocas remotas.

En los caracteres de las novelas de Picón hay á menudo mucha verdad. Aunque propende á ser *realista,* ya que no *naturalista,* Picón se levanta á veces, arrebatado por el entusiasmo poético, y hermosea y magnifica con rasgos y proporciones ideales á los seres humanos que de la misma realidad cree haber copiado fielmente.

En lo mejor de su vida aún, Picón, al venir en-

tre nosotros, trae consigo muy abundante y sazonado fruto de su fértil ingenio. Testimonio de su mucha inventiva y de la discreción con que forja y ordena asuntos y planes, dan *Lázaro, Juan Vulgar, La hijastra del amor, La honrada, El enemigo, Dulce y sabrosa* y multitud de novelas cortas y de cuentos amenos.

Entre cuantos personajes figuran en tan diversos cuadros y acciones, ninguno, á mi ver, está retratado con más verdad, descollando al mismo tiempo por su grandeza, que el que no pocas personas apasionadas miran con horror como caricatura ó calumniosa imagen. Picón es por cierto vehemente parcial del liberalismo moderno y acérrimo contrario de la teocracia. No debemos exigirle que reniegue de sus opiniones y que no sea quien es, sino otro. Y siendo él quien es, y siéndolo con entusiasmo, no ha de aplaudir doctrinas opuestas en todo á las que él sigue y ama. A éstas casi sin querer las impugna. Tal vez las denigra más de lo justo. Pero el personaje que tiene profunda fe en ellas, que con desinterés y devoción se pone á su servicio y que está dispuesto á arrostrar todo el peligro y á sacrificarse por su triunfo, sin que la vanidad, la ambición y la codicia le estimulen, aunque sea tremendo, funestísimo y rudo personaje, posee como Picón le concibe y le pinta, nobleza, elevación moral y dignidad trágica y sublime. Así es el

clérigo D. Tirso, protagonista de la novela *El enemigo*. ¿Qué más hubiera podido desear el Pretendiente que tener en sus filas á muchos clérigos tan valerosos, tan entusiastas y tan desinteresados y austeros como el que Picón nos retrata? No hay en la misma novela, ni en las demás del autor, más importante y mejor trazada figura de hombre. El seductor de *Dulce y sabrosa* es un ser insignificante á pesar de su perversidad, harto común por desgracia. Más perverso aún es el mal marido de *La honrada*. Pero las dos figuras de hombres más vivas, más reales y mejor trazadas en todas las obras de Picón, después de la del clérigo D. Tirso, son Juan Vulgar y D. Manuel en la novelita titulada *El peor consejero*. El egoísmo, la vanidad y la presunción de D. Manuel están descritos magistralmente en el progreso de la acción que termina con el merecido castigo del vanidoso y egoísta. Y Juan Vulgar, egoísta y presumido también, aunque más candoroso é inocente, da ocasión á lances y recibe desengaños, fina y delicadamente cómicos, sin chocarrerías ni bufonadas.

En general, puede afirmarse que Picón, en los retratos de hombres, es, como Velázquez, poco idealista y muy realista. Diríase que todo su idealismo le emplea en sus retratos de mujeres. Picón es tan *ginaecepaenos* como Juan de Espinosa y como todos los que antes y después han disertado

en laude de las mujeres. Sin duda, para ser buen novelista, así como para ser poeta y caballero andante, es indispensable condición la de enamorado, ya de actualidad, ya de recuerdo, ya platónico y continente, ya de otra clase. Ello es que el amor, ó dígase la unión afectuosa de la mujer y del hombre, es el principal y perpetuo asunto de toda narración deleitable; es fuente que jamás se agota y de donde cada cual saca algo diverso en sabor, colorido y perfume, según la amplitud y la forma del vaso en que recoge la bebida inspiradora.

Picón se complace y esmera en la pintura de sus mujeres; atenúa ó disculpa sus faltas; y cuando no absuelve, explica sus extravíos ó los declara punto menos que ineludibles, echando la culpa de ellos á los hombres. La constancia y la paciencia de Cristeta son ejemplares, pasmosas y dignas de mejor empleo que el que les da ella para atraer á su D. Juan ordinario y desalmado. Plácida, es mártir de su brutal marido y sigue siendo casi santa hasta que sucumbe y peca por razones y motivos que la indultan, si no la absuelven. Clara, la hijastra del amor, es tan apasionada, es tan inocente, es tan tierna, y la suerte es tan injusta y tan sin piedad en su daño, que se hace simpática hasta para el lector más severo, y todo se lo perdona menos la inverosímil distracción y la inexplicable ceguedad con que no advierte los burdos engaños de su misera-

ble galan. La mujer de Juan Vulgar es un modelo de perfectas casadas. Para conservar y acrecentar el amor de su marido, llega al extremo de leer la tragedia que él estaba componiendo, ó más bien de empezar á leerla, ya que fatigada por aquella faena se duerme sin poder remediarlo.

En suma, y sin entrar en un detenido examen que fatigaría á mi ilustrado y benévolo auditorio, yo me atrevo á sostener que las novelas y cuentos de Picón, sin ofender á Dios ni perjudicar al prójimo, deleitan ó interesan con su lectura y son y deben ser grato pasatiempo y solaz para todo sujeto culto. Los hay que á las novelas prefieren los cuentos, ingeniosos y ligeros todos, desenfadados y alegres algunos de ellos, aunque siempre velada su desenvoltura en las pleguerías del más recatado aticismo. Lo que es yo, reparto por igual el lauro entre cuentos y novelas, sin acertar á decidir dónde brillan más la inventiva del autor y el primor y la facilidad de su estilo. Por tales dotes aplicadas á producir la amenidad y la belleza, sin que se rebajen ó deslustren por ponerse al servicio de doctrinas que con razón pueda condenar nadie, el escritor que va á tomar ahora asiento entre nosotros, tendrá á mi ver muy distinguido lugar en la historia literaria de España durante el siglo XIX. Y como el Sr. Picón es joven todavía y el vigor y la actividad de su espíritu ganan y se perfeccionan por

la madurez y la experiencia que traen los años, de suponer es y aun de esperar razonablemente, que sus nuevas obras figuren aún con mayor brillantez entre las del siglo que va á empezar pronto, y en el cual, aleccionada España por los infortunios que su interna agitación le ha causado, aunará sin duda sus energías en paz y en atinado concierto, saldrá de su postración y volverá á florecer y á resplandecer en todo como en su edad más gloriosa.

LA LABOR LITERARIA

DE DON JOSÉ ORTEGA MUNILLA (1)

Al considerar y estimar el mérito del interesante y ameno discurso que acabáis de oir, me arrepentí yo hace días, y me arrepiento ahora, de haber aceptado el tan honroso como difícil encargo de darle una contestación que sea digna. A persona menos abrumada que yo por los años y achaques, y de espíritu más activo y despierto, debiera haberse encomendado esta tarea. Pero, no sé si por desgracia ó por fortuna, la afición á escribir es la más tenaz y persistente de todas las aficiones. Cada día me persuado más de que dicha afición no se pierde con la vejez, ni se disminuye siquiera, sino que se aumenta con todas las energías que empleaba la voluntad en otras aficiones y en otros ejercicios de los que, con los años, nos apartamos, y hasta pudiera decirse que nos jubilamos. Quien

(1) Contestación al discurso de recepción del Sr. D. José Ortega Munilla en la Real Academia Española, el día 30 de Marzo de 1902.

llega á cierta edad y no se enriquece, se resigna á vivir en su pobreza ó en su modesta medianía, desecha las aspiraciones, no siente el estímulo de la codicia, y se aquieta en un suave desengaño que la conformidad endulza. Con los sueños de la ambición suele ocurrir algo parecido. El viejo juicioso se aviene con su suerte, reconoce que Dios no tuvo á bien concederle facultades para gobernar y dominar á los otros seres humanos, y confiado en que no ha de faltar quien los gobierne y domine, y hasta quien el día menos pensado atine á regenerarlos, dado que estén algo decaídos, se retira á buen vivir y desiste de mezclarse en los negocios públicos. Del mismo modo, con tal de que se posea la indispensable dosis de filosofía práctica, desiste el viejo de no pocas otras pretensiones que acaso tuvo ó pudo tener en su mocedad ya remota. Con su voz cascada y trémula no puede ni quiere ser orador; sus piernas, que flaquean, y sus pies, que se arrastran, impiden el menor conato que pueda tener de lucirse en la danza, en la esgrima y en otras habilidades que requieren ligereza y soltura; las arrugas de su cara, lo encorvado de sus espaldas y la pérdida de sus cabellos ó su transformación en canas, matan en él hasta el más leve deseo de figurar en los salones por su gentileza y elegancia. El reuma, la pérdida de la vista y lo quebrantado de su salud, le inhabilitan para la

caza y le quitan el gusto que ofrece la vida campestre. Aun podrá componer ó fantasear en su mente novelas, idilios y dramas, pero nunca, como actor, representar airoso y bonito papel de galán en ellos.

Resulta, pues, que la única afición que queda al que fué escritor es la de seguir escribiendo. Y como las demás aficiones, impelidas por el desengaño, se retiran, penetran y se esconden en el centro del espíritu, cobra mayor fuerza la antigua afición de escribir, y viene á convertirse en verdadera manía. Mas, por fortuna, aunque de la manía nazcan obras de poco ó de ningún valer, la manía es inocente y no costosa, sino barata, y bien puede el que la tiene conformarse y hasta dar gracias á Dios de tenerla, y bien pueden también perdonársela los demás seres humanos, calificándola de mansa é inofensiva.

Yo, por otra parte, lejos de aborrecer, amo esta manía, así en mí como en otros viejos que también la tienen, figurándome que es prueba clara de que el alma no envejece ni muere, sino que florece acaso con mayor lozanía cuando se marchita todo en nosotros, y cobra más vigor y actividad cuando en nosotros todo se abate y se postra, y está, ó cree estar, iluminada por resplandeciente luz interior, cuando ya el universo visible y cuanto objetos hay en él se anublan y se obscurecen para los ojos mortales.

No recuerdo bien en qué diálogo del divino Platón he leído y admirado yo la profunda sentencia de que la religiosidad crece en el alma de los viejos, y no porque la razón de ellos se debilite, sino porque se aparta de lo efímero y caduco y se acerca á lo eterno. El apartamiento de todo tumulto exterior, y el amortiguado reposo de los sentidos, nos persuaden además muy agradablemente, de que nuestro espíritu se sumerge sin esfuerzo en el abismo de su propio ser; y así como el buzo pesca perlas en los remotos mares de Oriente, puede él sacar, de aquellos más hondos abismos, ya inauditas verdades, ya bellezas espléndidas que nunca antes se mostraron al mundo revestidas de materiales apariencias. Tal esperanza, harto ilusoria por lo común, nos estimula á escribir, nos recrea y hasta nos beatifica, sin apartarse de nosotros sino con la muerte.

Basta, y aun sobra lo dicho, contando como cuento con vuestra indulgencia, para disculpa de que persista yo en cansaros frecuentemente con mis escritos.

En esta ocasión tengo también otra disculpa: el amistoso afecto que me une á la persona que viene hoy á sentarse entre nosotros, y la iniciativa que tuve en su elección, firmando la propuesta donde se os rogaba que le eligiéseis.

Desde hace ya más de un cuarto de siglo trato

yo al Sr. D. José Ortega Munilla, le estimo en lo mucho que merece, y le profeso constante amistad, á la que me lisonjeo de que él corresponde.

Periodista desde muy mozo, le conocí en la Redacción de *Los Debates,* donde yo colaboraba, después de haber escrito más asiduamente en *El Contemporáneo,* en *El Campo* y en la *Revista de España,* periódicos todos nacidos, dirigidos y sostenidos, por la emprendedora actividad de mi inolvidable amigo D. José Luis Albareda.

Desde sus Redacciones, no sin fundamento, se jactaba él de haber lanzado á la vida pública, y de haber movido á hacer las primeras armas, á no pocos sujetos, que se señalaron y descollaron después en la política y en las bellas letras, como Don Gustavo Adolfo Bécquer, D. Antonio María Fabié, D. Ramón Rodríguez Correa, D. Fernando León y Castillo, D. Benito Pérez Galdós, D. Angel Urzáiz, D. José Ferreras y algunos otros.

Nunca he comprendido yo bien la animadversión que sienten y el melindroso desdén con que ciertos aristócratas de la inteligencia ó de la fortuna, por derecho hereditario ó de conquista, ó meramente por presumido ensueño, miran el periodismo y á las personas que en los periódicos escriben. En España, más que en ningún otro país, tal animadversión y tal desdén carecen de fundamento. De las Redacciones de nuestros periódicos sa-

len, desde hace sesenta ó setenta años, nuestros más elegantes poetas, nuestros más ingeniosos novelistas, nuestros más elocuentes oradores y hombres de Estado, entre los cuales han subido no pocos á las dignidades más altas, han alcanzado popularidad y nombradía, y hasta se han encumbrado á veces en el concepto público, á merecer gloria imperecedera.

Lo único que, si no justifica puede explicar algo la ojeriza que contra la prensa periódica suele manifestarse, es la pomposidad, no de muy buen gusto, con que no falta nunca quien la celebre, calificándola de magisterio y de sacerdocio, y llamando apóstoles y mártires á los periodistas, y martirologio á toda persecución, multa ó recogida de ejemplares que se les impone.

La verdad es que la prensa dista mucho de ser un vivero ó almáciga de mártires y de apóstoles, y una infalible escuela de todo linaje de enseñanza; pero es el mejor medio de divulgación, órgano de la opinión pública y palenque abierto á las luchas de la inteligencia y del ingenio, sobre cuyo valer decide el vulgo como jurado, concediendo á quien lo merece, ó cree que lo merece, la palma de la victoria.

En este concepto, más tiene de aserción razonable, que de jactancia absurda, el afirmar que la prensa es el *cuarto poder* del Estado. ¿Cómo negar

este poder, sobre todo en el día, y cómo no reconocerle, singularmente en aquellos periódicos que no se limitan á defender y servir los intereses de un partido, sino que, sobreponiéndose á todos, ora formulan vagos pensamientos y aspiraciones del vulgo, ora infunden ó por lo menos dan dirección en el espíritu del vulgo, á esos vagos pensamientos y á esas aspiraciones?

Cuando en un país como España, donde todavía se leen pocos libros, un periódico de la mencionada clase llega á expender más de cien mil ejemplares de cada uno de sus números, lo cual supone, por un cálculo no muy exagerado, más de trescientos mil lectores, bien puede asegurarse que en dicho periódico reside un poder grandísimo, y que las doctrinas que sostiene, las soluciones que pide para los más difíciles problemas, el juicio que forma de las cosas y la estimación y fama que á las personas concede, se apoyan en cierta complicidad con gran parte del vulgo, y cuentan con el voto de la muchedumbre, de la mayoría acaso de los que leen y de los que piensan. El hombre, pues, que llega á dirigir un periódico de esta condición, ejerce no pequeño influjo en su patria, puede crear ó destruir reputaciones, y así como en política eleva á veces á sus favoritos hasta los más importantes empleos, así en literatura, ciencias y artes, concurre á preconizar como sabios, poetas y artistas á los

sujetos que logran su aplauso. Aunque imaginemos que depende un poco del acaso ó de lo que llamamos ciega fortuna el adquirir la dirección de poder tan grande, no hemos de negar que la capacidad y el mérito propio de quien le adquiere son indispensables requisitos para conservarle luego y para acrecentarle más todavía.

Digno de elogio es asímismo quien, gozando de este poder, no abusa de él en su provecho, no vitupera por odio, no ensalza sobradamente sin motivo, y prodigando tal vez alabanzas y concediendo triunfos y laureles á personas extrañas, se olvida desinteresadamente de sí mismo, oculta á menudo su nombre y apenas cultiva su fama.

Mucho de lo que queda expuesto puede aplicarse al nuevo académico electo que viene hoy á tomar asiento entre nosotros. Harto inferior á la labor que ha realizado es, á mi ver, su nombradía. Procurando que otros la adquieran, ha cuidado poco de adquirirla para sí. En el ingente cúmulo de escritos que *El Imparcial* y otros periódicos insertan en sus columnas se hubieran escondido y sepultado las obras del Sr. Ortega Munilla, veladas no pocas por el anónimo, si algunas de ellas no hubiesen aparecido más tarde en libros que, en todas partes y más aún en nuestro país, circulan muchísimo menos que los papeles diarios.

Prescindiendo ahora del valer del Sr. Ortega

Munilla como periodista, diré algo aquí de lo que, tomado de los periódicos, ha publicado más tarde en libros y con su nombre, lo cual basta á acreditarle de escritor castizo y discreto, de crítico juicioso y benévolo, y de hábil novelista, rico de imaginación y sentimiento.

Si fuésemos á creer que los buenos escritos sólo son aquellos que difunden verdades provechosas y nuevas que valen para el progreso del humano linaje, ciertamente pocos escritos habría que no mereciesen nuestro desdén ó nuestro olvido. Yo también soy escritor, y cuando hago severo examen de conciencia y releo y estudio las obras todas que he dado al público por medio de la estampa, reconozco con humildad que no he enseñado nada que ya no se supiese. Lo que me consuela, después de sufrir este desencanto, es el pensar que tal vez los hombres que han enseñado más importantes verdades, que más han contribuído al progreso, que han sembrado gérmenes más fecundos en frutos espirituales, y que mejor han estimulado y dirigido la marcha de la humanidad ó no escribieron jamás una sola página ó se perdieron las que escribieron. Valgan para ejemplo Sakiamuni, el fundador de la religión que acaso tiene más sectarios, y Sócrates, el que dió impulso inicial y firme dirección á toda la ulterior filosofía de los pueblos de Europa.

Convengamos, pues, en que alguien puede ser escritor celebrado, por la amenidad y gracia de su estilo, porque sirve lo que escribe para honesto recreo, porque nos representa, con primor y por medio de la palabra, la hermosura del universo que todos hemos visto y los casos y lances de la vida humana que todos hemos presenciado, y porque pone en sus cuadros el color, el sello y el carácter del espíritu propio, con lo cual les presta novedad deleitosa y original hechizo. A este género pertenece la mayoría de los buenos escritores, y en este género me atrevo yo á poner al Sr. Ortega Munilla.

Las crónicas que durante años ha escrito y publicado de los sucesos no políticos ocurridos en Madrid, son una hermosa muestra de lo que en este género puede hacerse y de la amenidad y del ingenio que puede lucir quien lo hace.

El recto y benigno criterio, y el más acendrado buen gusto en literatura y bellas artes se manifiestan igualmente, así en las crónicas que el Sr. Ortega Munilla ha escrito, reunido y publicado luego, como en sus artículos sobre obras dramáticas, poesías líricas, novelas y otros libros nuevos que han ido sucesivamente apareciendo.

Enemigo como soy de todo disimulo, no he de ocultar yo aquí que quien ya desde hoy es nuestro compañero, en momentos de mal humor ó de-

jándose arrastrar por cierto prurito que suele haber en la gente moza contra todo lo que parece tener autoridad, aunque no pretenda tenerla ni presuma de ello, ha dirigido á veces contra esta misma Academia que hoy le recibe, algunas censuras algo crueles; pero si se atiende á los entusiastas elogios que ha dado reiteradamente á gran número de sus individuos, la crueldad y hasta la injusticia en la censura del conjunto, quedan encubiertas y abrumadas por la copia de flores y de lauros derramada por él á manos llenas sobre las personas que han compuesto ó componen el mencionado conjunto. Nadie con mayor entusiasmo que el Sr. Ortega Munilla ha dado cuenta encomiástica en sus artículos de las obras de los señores Hartzenbusch, Tamayo, Zorrilla, Alarcón, Cañete, Echegaray, Castelar, Selgas, Galdós, Sellés, Núñez de Arce, Pereda, Menéndez y Pelayo y no pocos otros que fueron ó que son aún de esta Academia, y cuyos nombres no acuden á mi memoria en este mismo instante. Y á lo que yo entiendo, imaginando que lo reconozco en el estilo franco y sincero, tan generosos elogios están llenos de buena fe, sin ningún propósito de adulación interesada, sino solamente promovidos por el amor de la patria y de la literatura nacional, cuyo fecundo cultivo contribuye tanto á su gloria.

Quizás un juez severo podría tildar al Sr. Orte-

ga Munilla de sobrado indulgente y hasta de encomiador excesivo; pero yo prefiero este extremo, dado que el Sr. Ortega Munilla le toque, al de no pocos críticos descontentadizos y duros que en el día pululan, y para quienes no hay obra literaria, salvo la propia ó la de algunos amigos íntimos, que no sea insulsa y que no esté llena de defectos. Y es de notar además que el Sr. Ortega Munilla no prodiga sus alabanzas sin fundarlas, por virtud de detenido análisis, en muy atinadas razones. En su crítica prevalece sin duda la benevolencia, pero sin divorciarse de la justicia ni someterse al capricho. De esta suerte ha ensalzado también á no pocos otros ilustres escritores que no llegaron á obtener la honra de sentarse entre nosotros, pero cuyo valer es innegable. Así, por ejemplo, Ventura Ruiz de Aguilera, Ferrán, Bécquer, Velarde, Correa, y muchos más.

En resolución, con la lectura de los artículos críticos del Sr. Ortega Munilla puede formarse un concepto conforme á la realidad, y muy ventajoso, del florecimiento literario de España durante la segunda mitad del pasado siglo. Y bien puede quien se proponga escribir su historia, mirar dichos artículos como abundante venero de información y como claro espejo donde todo se retrata sin pasión que lo perturbe y con la serenidad y brillantez que conviene.

En otra especie de escritos se ha distinguido también el Sr. Ortega Munilla, desplegando ricas galas de estilo y dejando ver un raro talento de observación en consorcio no menos raro con la riqueza de la fantasía. Me refiero á sus impresiones de viaje, á la amena y fácil narración de sucesos notables que ha presenciado, y á la descripción de grandes poblaciones, países diversos y campos por donde ha discurrido. Sus obras descriptivas de esta clase podrán leerse siempre con agrado. Tales son, por ejemplo, *Viajes de un cronista, Viñetas del Sardinero* y *Mares y montañas*. Las pinturas que hace de París, Berlín, Roma, Panticosa y no pocos lugares de las Provincias Vascongadas, son dignas, á mi ver, de no corta alabanza. Muy singularmente me creo yo obligado, como cordobés que soy, á darla aquí á la linda descripción de la feria de Córdoba, de su animación y bullicio, de la alegría y buena traza de los campesinos que á la feria acuden, y de la gracia y del donaire de las mujeres que la hermosean.

El Sr. Ortega Munilla es, por último, muy recomendable como autor de cuentos y de novelas. En sus narraciones fingidas aparece el mismo talento de observación que como escritor de viajes le distingue, unido á una dichosa fertilidad en la fantasía para crear caracteres, imaginar acciones ó argumentos interesantes, y presentarlo todo en estilo

natural y fácil, aunque menos sobrio que abundante y florido.

Sus cuentos y novelas son muy *realistas,* casi *naturalistas* á veces; pero más se advierten en ellos reminiscencias y dejos de nuestros novelistas del siglo XVII, que la imitación de Zola y los de su escuela. Acaso en las novelas del Sr. Ortega Munilla, sin que pierdan por eso su condición castiza y radicalmente española, y sin que sus personajes dejen de ser parecidos á los hombres vivos de carne y hueso que en nuestra tierra se usan, se note el influjo de Balzac, y más aún el de Dickens, de Thackeray y de otros novelistas ingleses.

No soy yo muy aficionado á cierto ultra-sentimentalismo que en nuestra antigua literatura ha dejado poquísimas huellas, que no me parece muy conforme con nuestra índole nacional, y que tiene trazas de importación extranjera; pero me inclino á disculpar en el Sr. Ortega Munilla la abundante dosis que pone en algunas de sus narraciones, verbigracia, en *La Viva y la Muerta,* de este que llamo yo ultra-sentimentalismo, porque en vez de emplearle en magnificar y santificar lazos, relaciones y amores viciosos, le emplea en anudar y estrechar más los vínculos de familia, fundamento de la moral sostenido por la religión y las leyes.

Severa y justa lección moral contiene su novela

La Cigarra, sin que deje por eso de ser divertida é interesante.

En no pocos otros de sus cuentos y novelas no he de negar yo que advierto la propensión á exagerar la nota pesimista. Es impulso, punto menos que irresistible, que la moda, ó más bien cierta melancolía que va haciéndose endémica y está en el aire que respiramos, imprime en el día á los ingenios. Se diría que nos complacemos más en pintar lo horrible que lo agradable, lo enfermo que lo sano, lo feo que lo hermoso, y lo descompuesto y sombrío más que lo esplendente y bien ordenado.

Cierto es que en todas las épocas, desde que apareció la poesía en el mundo, se advierte propensión semejante, pero nunca con tamaña intensidad y persistencia como ahora.

En la representacion de los tormentos, de la aflicción y de los dolores, como se conocen mejor, cabe que pongan cuantos escriben mayor variedad que en la representación de la bienaventuranza y de todo contento. La mayor parte de cuantos leen *La Divina Comedia* se deleitan en el *Infierno,* y se aburren, bostezan ó se duermen en el *Paraíso.* La tragedia nos hechiza siempre, y no hay tragedia sin catástrofe y sin que el terror y la compasión nos conmuevan. ¿No tiene algo de extraño y aun de muy difícil de explicar este prurito de hacer de la com-

pasión y del terror medio seguro y camino recto para llegar al deleite estético? El sabio de Estagira quiso explicarlo suponiendo que el fin de la poesía era la purificación de las mencionadas pasiones: lograr que lo que en realidad nos apesadumbra, muertes, estragos, martirios, crímenes y otros horrores, representado poéticamente sea manantial ó causa de placer y de hechizo. Para lograr este fin, sin duda importa la supresión de pormenores que en las novelas de hoy no se suprimen, supresión que en lo antiguo dejaba más despejado el cuadro para que apareciese en él, sin que las impurezas de lo real lo anublasen, lo sublime dinámico, que era lo que nos encantaba: la fuerza de voluntad en el mártir para sufrir las más tremendas penas, y la constancia y el brío con que lucha el héroe contra todos los poderes del cielo y del infierno, conjurados en daño suyo, alcanzando á veces la victoria. Prometeo, por ejemplo, nos encanta y nos admira de tal suerte con su entereza, con la virtud soberbia que aun resiste después de vencida, con su abnegación y con su amor á los hombres, que no nos contrista demasiado contemplar su suplicio, encadenado en el Cáucaso y despedazadas y devoradas sus entrañas. Nos consuela, además, la promesa de redención. Más allá de la catástrofe presente brilla la esperanza. El Hijo del cielo ha de venir á libertar al titán filántropo; á romper

sus cadenas, á triunfar del tirano y á derogar los inicuos decretos del inexorable destino.

Con frecuencia, en lo trágico clásico y antiguo hay, más allá del mal representado, en amplio círculo que se extiende por el mundo de las ideas y cuyos radios se prolongan en el tiempo, un desenlace alto y dichoso.

De todo esto suele carecer la literatura moderna, por donde es más acerbo su pesimismo y á menudo es desesperado. La pintura minuciosa de angustias, miserias, flaquezas y enfermedades, le hacen más aflictivo. Cuando todo ello se atribuye á viciosa organización de la sociedad humana, brotan en el alma aspiraciones y sentimientos antisociales; y cuando se atribuye á flaqueza ó á maldad invencible, ó á hereditaria perversión de cada ser humano y de la suma de todos ellos, ó sea á determinismo ó fatalidad de la propia naturaleza, el entendimiento propende á la desesperación, y tal vez, ya que no la niegue, acusa con blasfema impiedad á la Providencia.

No me atrevo yo á censurar, ni censuro singularmente, al Sr. Ortéga Munilla, porque se deje caer ó resbale en ocasiones por esta pendiente pesimista donde nos hallamos todos en el día. Yo mismo, en mis narraciones de sucesos imaginarios, aunque empecé con una muy de color de rosa, donde todo sale lo mejor que pudieran desear mis

héroes, me dejé ir más tarde por el susodicho declive, y he puesto en otras narraciones media docena de suicidios y muchas muertes violentas, unas por hierro y fuego, y otras por desesperada y honda tristeza que rompe los corazones. Mi censura, pues, es para todos, y yo me incluyo en ella. Casi no es censura; apenas es amonestación; es la mera manifestación del deseo de que mostremos más serenidad, más alegría, más confianza en el plan divino, y consoladoras y grandes esperanzas en el supremo desenlace y término de todos los casos.

Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo.

Áspero y penoso es el camino que llevamos, pero no depende de la voluntad del hombre el seguir más llano camino, y es, además, peligroso atrevimiento echar por cualquier atajo. Sigamos, pues, por donde hemos ido siempre, sin murmurar en demasía de las fatigas y trabajos de la peregrinación, y esperando que, aun sin salir de nuestra morada terrestre, hemos de hallar al cabo toda la bienandanza compatible con nuestra condición limitada.

De todos modos, y sin encumbrarnos á tan altas filosofías, yo lamento que el Sr. Ortega Munilla haya gastado los colores de su paleta, su atinada perspicacia de observación y su raro talento descriptivo, en pintarnos, en *Panza al trote*, no una

regocijada fiesta campestre, sino una horrible *danza macabra:* la pintura tristísima de los vicios, de las miserias y de cuantos males morales y físicos afligen al hombre que vive en el fondo cenagoso de la sociedad, tal como está hoy constituída. Es cierto que, en medio de aquel lodazal, crece, brilla y exhala su aroma una flor espiritual, bella y pura: el alma de Clara. Pero ¿cuánto no nos desazona el que la pobre Clara, poseedora de tan preciosa alma, sea tuerta y fea y enfermiza y ande tan zarrapastrosa siempre? Y ¿cuánto más no nos apesadumbra ver que su abnegación, su amor delicado y purísimo, y otros tesoros de bondad que guarda ella en su seno, se empleen ó se malgasten en obsequio y favor de tan ingrato pelafustán y de tan desalmado tunante como es, sin duda, Alonso Ponzano?

En la novela, por otro lado interesantísima, cuyo título es *Cleopatra Pérez*, la vida, costumbres y carácter de las cortesanas de ahora están magistralmente retratados y cifrados en la protagonista Cleopatra y en su amiga Virginia, y hay otros personajes con no menos verdad y tino tomados del natural, como, v. gr., Leticia, la tía avarienta, Celestina flamante y amplificación hábil de aquella otra tía que nos muestra en cifra Quevedo, llamándola

— Aguila imperial
que asida de los escudos
en todas partes está.

Pero en *Cleopatra Pérez* la perversidad de algunos personajes traspasa los límites de lo cómico, aflige siempre, y casi nunca mueve á risa. En esta novela hay, á no dudarlo, una severa lección moral, como Moratín y otros críticos y preceptistas quieren que haya en los dramas y en los demás libros de pasatiempo. Ni Virginia ni Cleopatra aparecen amables ni dignas de piedad, de simpatía, de respeto y hasta de admiración como la *Dama de las Camelias*, pongamos por caso. En la novela de que voy hablando, el autor va, á mi ver, más allá de lo justo y de lo conveniente en pintar á Cleopatra perversa. Mal se justifica que envíe á la Inclusa á su hijo, pudiendo tener la razonable esperanza de que el Duque le reconozca por suyo. Apenas, con todo, puede tildarse esto de inverosímil. Las mujeres de cierta clase, y aun toda clase de mujeres, son á veces poco razonables y muy caprichosas.

Lo que yo no apruebo en *Cleopatra Pérez* es que su lectura, en vez de ensanchar el corazón, le deprime. El personaje principal de la novela no es Cleopatra, sino Valentín, su hijo. Y éste, bueno en el fondo, educado cristiana y honradamente, cae, arrastrado por impulso irresistible, que nos parece fatal, en tal cúmulo de pecados y de vergonzosas acciones, que, lleno de horror y de odio contra su propia vida, acaba por darse la muerte.

Mitiga siempre la dureza y negrura de los cuadros que en sus novelas nos presenta el Sr. Ortega Munilla, la fervorosa caridad de su alma que involuntariamente y sin declaración aparece en todo, y el vivo deseo con que busca remedio á los males y defectos de la sociedad humana, y sueña y procura la solución de los temerosos problemas planteados por el pensamiento filantrópico.

En sus cuentos, breves narraciones ó novelitas cortas, suele mostrar nuestro autor muy fértil inventiva, más alegre y desenfadado humor que en las novelas largas, y la misma propensión caritativa, moral y reformadora. *El Yegüerizo,* por ejemplo, le da ocasión para discurrir discretamente y con piadoso afecto sobre el descuido con que mira la sociedad la triste condición de los niños pobres, víctimas á menudo del abandono, de la miseria ó de la codicia de sus padres. En *Fifina*, por el contrario, condena con gracia la perversa educación que en el seno de la opulencia suele darse á las niñas, despojándolas de corazón y de entendimiento, y convirtiéndolas en maniquí para ostentar galas y colgar dijes. Y, por último, en *El espejuelo de la gloria* nos pinta con ingenio, agudeza de observación y notable arte para ser conciso y claro, las funestas consecuencias que puede tener la alucinación de prestar extraordinarias aptitudes artísticas ó literarias á niños ó á jóvenes que de ellas

carecen, y á quienes engañan, extravían y pierden el ciego cariño de los padres y próximos deudos, y la cortesía ó la adulación de los extraños.

De la vena abundantísima que tiene nuestro nuevo académico para dichas breves narraciones, han salido otras muchas, de las que me sería difícil dar cuenta aquí sin exponerme á fatigaros.

Terminaré, pues, citando sólo otros cuentos que el amor de la patria, muy ardiente en el alma del Sr. Ortega Munilla, inspira, anima y hermosea. En estos cuentos además noto yo una combinación dichosa de dos afectos, en cierto modo contrarios, que procuran ponerse en armonía, aumentando así la belleza del cuadro y poniendo en él más pura significación moral y más alto sentido. Sobre el furor y el odio contra la dominación extranjera y contra los franceses invasores, que aparecen con rasgos tan enérgicos en *El intruso de caza*, y sobre todo en *El Padre Siset*, donde contemplamos los horrores del sitio de Gerona, se ponen, suavizando el conjunto la piedad humana, los sentimientos de fraternidad y el amor á nuestro linaje, sin exclusiva distinción de tribus, lenguas y razas.

Lástima es, en suma, que el Sr. Ortega Munilla, harto afanado ahora con tareas políticas, no cultive con mayor asiduidad el cuento y la novela, para los que posee tan raras y felices dotes.

Su capacidad para la crítica literaria, que ya he

celebrado, se muestra más aún en el discreto y bien razonado discurso que acabáis de oir, donde el egregio poeta D. Ramón de Campoamor, que fué nuestro excelente compañero, es alabado y estimado con tanto tino y habilidad como justicia. ¿Qué podré yo añadir aquí para complemento y corona de tan bien concertadas alabanzas?

No se puede negar que hay en los versos de Campoamor un singular y pasmoso atractivo, por cuya virtud es el más popular de nuestros poetas desde hace más de cincuenta años, del que se guardan en la memoria más composiciones, y del que recitan con entusiasmo largos trozos las mujeres de toda clase,

> Desde la Princesa altiva
> á la que pesca en ruín barca.

El Sr. Ortega Munilla ha explicado bien esta inmensa popularidad, esta predilección de que goza el poeta sobre todos los otros poetas sus contemporáneos; pero lo ha explicado, permítaseme que me atreva á decirlo, con una muy hábil crítica de lo exotérico, y sin penetrar en cierto misterioso exoterismo que debe de haber en las composiciones poéticas del vate asturiano, informándolas y dotándolas de invencible hechizo. El Sr. Ortega Munilla apenas toca este punto, sobrado obscuro y hondo para que se llegue hasta él sin preparación y sin in-

trincados estudios que ni en cifra caben en un breve discurso, requiriendo un grueso volúmen para poder exponerlos, dados la capacidad conveniente y el vagar y el reposo que exigen.

No seré yo tampoco quien trate aquí de esto, completando lo que en el discurso del nuevo académico apenas se indica, ya que no se eche de menos.

Cuenta el bueno de Plutarco que Aristóteles puso en ciertos libros suyos, quizá en los de metafísica, algo de aquellas enseñanzas que llamaban *acromáticas* ó *epópticas*, y de las que solo debían enterarse los iniciados. Y añade que cuando lo supo Alejandro, que había ya volcado en el polvo el trono de Darío, vengado á los griegos muertos en las Termópilas, en Maratón y en Salamina, y conquistado el más grande Imperio del mundo, se enojó muchísimo y escribió á su maestro, no sabemos si desde Babilonia ó desde Persépolis, una carta reprendiéndole por su imprudente carencia de sigilo, pues no está bien que el vulgo entienda de cosas que traen mucho peligro, sin la madurez de juicio que para entenderlas se requiere. Dice, además, Plutarco que el maestro, á fin de disculparse, contestó al hijo de Filipo que nada había revelado, porque aludía siempre á la doctrina misteriosa, sin llegar á exponerla con toda claridad para el vulgo, aunque clarísimamente para los ya iluminados y apercibidos.

Suficientes razones son las antedichas para justi-

ficar que yo también me retraiga y me inhiba de tratar aquí de la metafísica de Campoamor. No faltaría Alejandro, proporcionado á mi pequeñez, que me reprendiese con aspereza si hiciera yo lo contrario. La extensión, además, que tendría que tomar este discurso sería tan enorme, que aburriría ferozmente á mi auditorio, lo que Dios no permita. Limitémonos, pues, á declarar aquí, sin exponerla y juzgarla metódicamente, que Campoamor tiene una metafísica, una filosofía fundamental y primera, encerrada en libros cuyos títulos son *Lo absoluto, El personalismo* y *El ideísmo;* y esta filosofía no solo sirve de base á su moral, á sus ideas políticas, á su estética y á su arte poética, sino que penetra en sus poemas grandes y pequeños, en sus doloras y en sus humoradas, é infunde en todo ello inmortal y poderoso espíritu de vida.

¿Cuánto no me holgaría yo si acertase á desentrañar y á mostrar bien al público lo que se esconde, v. gr., en *El drama universal* ó en *El licenciado Torralba*? Jactaríame yo entonces de seguir y de ser capaz de seguir los consejos y amonestaciones del Dante, cuando dice á los que tienen sanos entendimientos *gli intelletti sani,* que busquen, estudien y mediten la doctrina oculta.

Sotto il velame degli versi strani.

Desdichadamente, recelo yo que me ocurra con

los mencionados poemas, así como con los libros filosóficos escritos en prosa por Campoamor, percance parecido al de la mona con la nuez verde. Y digo parecido y no idéntico, porque para gustar la interior sustancia nutritiva no hay cáscara amarga que morder primero, sino tupido envoltorio de chistes, agudezas, paradojas sutiles y desdeñosos desenfados, que marean y aturden á par que deleitan, y que nos mueven á exclamar que, aun suponiendo que Campoamor no sea un muy profundo filósofo, es fuerza reconocer que es el más divertido, amable, bondadoso y original de todos los humoristas.

Pero ¿por qué no ha de ser también un gran filósofo? ¿Por qué con la debida seriedad, método y tino, no hemos de dar cuenta de su sistema, juzgándolo y ponderándolo todo? La incredulidad y el desdén están, en esta ocasión, poco fundados, lo cual se nota mejor cuando pensamos en la admiración idólatra que nos inspiran multitud de filósofos extranjeros. ¿Por qué han de ser más atinadas y sublimes filosofías que las de Campoamor las de Schopenhauer ó Nietzche, pongamos por caso? A mi ver, no hay otro motivo para esto que el que hay para que una figurilla diminuta, pintada en el vidrio, ó un gusarapo ó un microbio, se nos muestren, gracias á la linterna mágica ó á otro instrumento parecido, mayores que descomu-

nal gigante ó colosal megalosauro, cuando los vemos en el círculo luminoso que se proyecta en el distante muro. Yo presumo, y aun tengo por evidente, el asombro de no pocos juiciosos alemanes cuando les devolvemos, magnificados por nuestra fantasía, los nombres de algunos de sus compatriotas, en cuya glorificación emplea la fama la susodicha linterna con mejor éxito que la trompa.

Desde luego es lícito afirmar que sin imitación, sino por venturosa coincidencia, colabora Campoamor con el sabio italiano Vicente Gioberti en el descrédito y en la demolición del orgulloso monumento de la novísima filosofía, cuyo cimiento echó Descartes, cuyo piso bajo acabó de construir Condillac y en cuya más empinada acrotera brilla la estatua de Hegel. Así contribuyó á despejar y allanar el terreno donde había de resurgir la antigua escolástica del gran Doctor de Aquino, ampliada y adaptada á lo que requiere y exige nuestro siglo.

Pero veo que voy faltando á mi propósito y empezando á tratar de la filosofía de Campoamor Me arrepiento de ello y me arredro. Baste indicar aquí que Campoamor desdeña, como Gioberti, el método psicológico y construye atrevidamente su ontología, fundándola sobre verdades y principios evidentes en su sentir, é inconcusos. De ellos deriva luego, con severa dialéctica y por encadenada

serie de teoremas, que él compara á la de los geómetras, todo lo que se sabe y merece llamarse ciencia, siendo lo demás, si se prescinde de esta metafísica suya, un miserable y ruin centón de hechos, avisos y recetas. Porque hay una Idea que comprende las ideas todas, y una maravillosa Unidad de donde proceden y por quien son y por quien traen y guardan el orden y concierto que les incumbe, cuantas cosas materiales y espirituales llenan y hermosean el universo. De aquí que sólo cuando alcanza á percibir dicha Idea y á ver en cierto modo dicha Unidad, y como si dijéramos, á tocarla, puede la mente de un privilegiado mortal aprender y enseñar la metafísica verdadera y saber el por qué y el cómo de lo existente y de lo posible y la trabazón armoniosa con que se enlazan cuanto es y cuanto puede ser, creando espléndida variedad en el seno de esa Unidad misma.

Lo que va expuesto, sin embargo, no se logra por inducción ó por análisis. Así lo cree Campoamor, y desechando el método analítico, se atiene al sintético y deductivo. Pero acaso, y aquí entran mis dudas, ¿llega alguien con la inteligencia á esa idea, á esa unidad primordial, desde cuya altura se descubre, se otea y se comprende todo? ¿No es más propio de nuestra naturaleza finita, más capaz de encumbrarse por la fe, por el deseo y por la voluntad, que por la razón, el alcanzar tanta ven-

tura, dado que se alcance, por un prodigioso y valiente rapto de amor? Si así es, harto menoscabada queda la metafísica, ya que no será transmisible, y apenas será inteligible sino para quien ame.

Discretamente dijo el gran dramaturgo:

A ciencias de voluntad
les hace el estudio agravio,
pues Amor para ser sabio
no va á la Universidad.

Encomendémonos, pues, al amor, si anhelamos sabiduría. Por él conseguiremos la iniciación en los misterios hasta subir al tercer grado. Desde las tinieblas profundas en que vivimos, dirijámosle aquella hermosa plegaria de otro egregio poeta:

Aclara, rompe el tenebroso arcano;
danos tu luz por guía;
vierte en la noche el fúlgido Oceano
de tu perpetuo día.

Indudablemente, el amor, más que la fría reflexión dialéctica, fué el maestro de nuestro vate. Él le enseñó, no sólo su metafísica, de la que ya dije, y repito, que no debo tratar aquí, sino también el secreto hechizo que derrama en sus versos, y con el que los sazona y consigue que agraden tanto á las mujeres.

Campoamor es optimista, alegre y risueño, de puro enamorado. Es cierto que no hace caso omiso en sus composiciones, ni del mal, ni del padecimiento, ni de la culpa; pero lo dulcifica todo por ministerio y obra del amor, el cual vence al dolor y le somete y le afemina, convirtiéndole en *dolora* y haciendo así más deseable que temible á esta su vencida consorte.

Aunque parezca símil innoble, por estar tomado del arte de confitería, diré que lo agrio, lo amargo y lo punzante, suele volverse dulce y sabroso en los versos de Campoamor, como la menta en las pastillas ó bombones que llaman *diabolines*, ó como el picante jengibre, con el que en Inglaterra se condimentan confites tan estomacales.

Verdad es que muchos versos y sentencias de Campoamor, sobre todo en lo escrito por él en sus mocedades, como en *Ternezas y flores* y *Ayes del alma*, la nota pesimista tiene, ó parece tener, gran resonancia y brío; pero esto consiste, á lo que yo presumo, en que, siendo aquella la época del romanticismo, lo tétrico y quejumbroso se consideraba indispensable para estar de moda. Campoamor, además, muy joven entonces, ni concebía ni sentía la pasión amorosa por estilo tan etéreo y sin mácula, como más tarde, cuando ya viejo. De aquí que, como persona piadosísima, se arrepintiese de sus extravíos y pecados, hablase del Juicio

final y de la cólera divina, y exagerase los dejos amargos con que acibaran y envenenan el corazón ciertos deleites y triunfos.

La verdad es, sin embargo, que cuando el poeta se jacta ó recuerda la victoria ó la dicha, lograda por él ó por algún héroe de su invención, es, en mi sentir, mil y mil veces más elocuente y fervoroso que cuando deplora sus faltas y se inclina á la penitencia. Hay en todo ello una muy brava contienda entre el alma y el cuerpo, el espíritu y la carne, que no deja de ser conmovedora.

Lo antedicho se nota más, sin duda, antes de que los años refrenasen violencias y mitigasen ardores; antes de que pasase la moda del romanticismo, y antes de que el poeta inventase su oculta y preciosa metafísica, primero sedativa, y beatificante después. Hallada la tal metafísica, dominada la rebelión y apaciguado el tumulto de los sentidos, la melencolía del poeta se pone muy suave y almibarada, y sus tristezas apenas son tristezas. Aun en los tiempos en que la interna guerra ardía más, los versos amorosos de Campoamor tienen cierto parecido con el rosal que había junto al sepulcro de Tristán y de Iseo. Los prestes le exorcizaban y le quemaban, pero el rosal retoñaba con mayor lozanía, volviendo á cubrirse de verde follaje y de purpúreas y odorantes rosas.

¿Qué florecimiento más hermoso y más grato á

las mujeres de gusto puro y delicado no habría después en este rosal, cuando Campoamor, cultivándole siempre con esmero, le podó las ramas viciosas y le hizo digno de que se complaciese y deleitase en él la propia Venus Urania?

Yo no puedo tocar aquí sino muy ligeramente este asunto, que exige un grueso volumen para ser bien tratado. Si fuera lícito comparar lo grande con lo pequeño, y lo sagrado con lo profano, me atrevería yo á sostener que, así como San Juan de la Cruz, comentando sus *Canciones*, compuso una maravillosa Teología mística, un hombre de alto y de agudo ingenio, comentando hoy los versos amorosos de Campoamor, podría componer la *Erotosofía* más refinada del mundo, y añadir no poco á lo expuesto ya por Platón en el *Banquete*, por León Hebreo en los *Diálogos*, por Baltasar Castitiglione en *El Cortesano*, y por Cristóbal Fonseca en aquel famoso libro que, según dice Cervantes, hincha las medidas, y *en el que se cifra todo lo que* (hasta entonces) *el más ingenioso acertare á desear en tal materia.*

En mi fundada modestia, no sintiéndome yo capaz de empresa tan ardua, y receloso también de fatigaros, doy aquí término á este desaliñado discurso, afirmando, para su conclusión, que Campoamor, fuese ó no fuese notable filósofo, fué grande, fecundo, original y muy delicioso poeta,

y que demostró con evidencia, al serlo, la verdad de aquella sentencia de Estrabón, reproducida y aplicada luego al orador por Quintiliano: *No es posible ser buen poeta sin ser antes varón bueno.* Amabilísimo, bondadoso y excelente por todos estilos fué Campoamor, y á estas prendas morales, sin rebajar por eso las de su inteligencia y las de su imaginación, que eran muy ricas, debe el ilustre vate la popularidad de que goza y el persistente aplauso que damos á sus escritos.

ELOGIO DEL EXCMO. SR. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE (1).

En la penúltima ó última junta que antes de vacaciones celebró esta Real Academia, me honrásteis con el encargo de escribir el elogio de Don Gaspar Núñez de Arce, cuya muerte lamentamos todos. Había de leerse lo que yo escribiera pública y solemnemente á fin de dar nosotros claro testimonio del valer y del mérito del ilustre compañero que hemos perdido, mostrando por ello nuestro pesar y el alto aprecio y la admiración que el ingenio, la inteligencia y las demás elevadas prendas de aquel glorioso poeta nos inspiraban de acuerdo en todo, no sólo con los entendidos y aficionados á las bellas letras, sino también con la generalidad de los españoles.

Gustoso y lisonjeado acepté yo la tarea que me

(1) Leído en la Real Academia Española, en Junta pública celebrada el día 15 de Noviembre de 1903.

encomendábais, aunque no sin desconocer lo difícil que me sería salir de ella airoso, así porque la vejez y las enfermedades han nublado acaso la lucidez de mi juicio y han debilitado la escasa fuerza de mi estilo, como porque el asunto que debía yo tratar había sido ya magistralmente tratado por alguien que entre nosotros se sienta, y á quien considero imposible superar ó al menos igualar diciendo algo nuevo.

El asunto, además, me parece muy vasto para encerrado en un discurso que por fuerza ha de ser breve. Se tratan en el día con tal aptitud asuntos semejantes, que se expone quien desea ser conciso á ser calificado de ligero ó de obscuro: á no decir sino vagas generalidades, á no fundar y probar sus asertos con razones discretas, y hasta á ser tildado de no conocer bien la labor literaria que aspira á juzgar y de no haberla estudiado y analizado con detención y reposo, penetrando hasta lo más hondo de su sentido y haciendo patente el espíritu que la informa.

Para no disertar someramente sobre todo, tendré que pasar con rapidez sobre muchos puntos á fin de fijarme y detenerme en uno, el más capital, el que mayor atención requiere y el que debe ser tratado con mayor esmero.

Don Gaspar Núñez de Arce ha mostrado la enérgica actividad de su alma en muy distintas es-

feras, alcanzando en todas aplausos y triunfos. Escritor político, se hizo estimar en las redacciones de varios periódicos; en la guerra de Africa, que terminó con la toma de Tetuan, siguió, como Alarcón á nuestro ejército y supo celebrar dignamente los hechos militares de aquella empresa. Como hombre de Estado, llegó á ser Ministro y desempeñó otros importantes empleos, manifestando su aptitud, su probidad y la leal consecuencia, subordinación y disciplina con que siguió siempre las banderas del partido liberal en que militaba. Fué Diputado y Senador, interviniendo en las discusiones parlamentarias en algunos importantes momentos y haciendo ver que poseía la envidiable facilidad de palabra y la serenidad que conviene para hablar bien en público, en esta tierra de España tan fértil en oradores de nota.

Fué, por último, Núñez de Arce, autor dramático aplaudido. En colaboración con D. Antonio Hurtado escribió varios dramas, y por sí sólo compuso otros, entre los que sobresale *El haz de leña*.

De cuanto acabo de indicar quiero y debo prescindir aquí, si he de limitarme á escribir un discurso y no un libro, y si he de tratar con amplitud y reposo de las más egregias cualidades que resplandecían en nuestro compañero, considerándole solo como poeta lírico aunque dando á su lirismo más

significado de lo que severa y estrictamente debiera tener. En realidad, no voy á considerar á Núñez de Arce como poeta lírico sólo, sino también como poeta épico, si por tal ha de tenerse el que cuenta ó narra una acción, y por poeta satírico, gnómico ó sentencioso y ya que no didáctico, concionante.

Varias son las condiciones que han de concurrir en un ser humano y que han de adornarle y habilitarle para ser buen poeta. Veamos cómo y hasta qué grado concurrieron en el que ahora tratamos de estudiar, empezando por las menos raras y preciosas, aunque más indispensables que otras más preciosas y más raras.

La primera de todas las condiciones es la de poseer y manejar con destreza el medio, el instrumento y en cierto modo hasta la primera materia de que el artista ha de valerse para revestir de forma sensible sus conceptos. La primera condición, pues, que ha de tener el poeta es la de poseer y manejar diestramente la lengua en que poetiza. Así esta condición como todas las otras de que hablaré luego, tienen más de ingénitas que de adquiridas. No se adquieren por educación. Las concede el cielo. Son carismas ó dones gratuítos que la bondad de Dios pone al nacer en el espíritu de los que elige y ama. La educación, con todo, perfecciona, aquilata y fortifica luego estas prendas naturales. De aquí que el poeta, lo mismo que el eminen-

te hombre de Estado, el capitán hábil y victorioso y todo el que por el pensamiento ó la acción merece ser llamado genio, lo es por la gracia de Dios, como de los soberanos legítimos se dice; pero tal gracia no vale si con amoroso desvelo no la cultiva y la aumenta el favorecido, sino que la malgasta ó deja que se consuma en la inacción con ingrato descuido. Lejos de incurrir en esta falta, Núñez de Arce se esmeró en cuidar sus naturales facultades.

Nacido en el riñón de Castilla, desde su niñez y desde su temprana mocedad, en Valladolid, en Toledo y en esta villa y corte por último, aprendió de la misma boca del pueblo la más castiza y pura lengua española; atesoró en la mente el caudal de sus vocablos y la flexibilidad y riqueza de sus frases y giros; estimó que en esta lengua caben con holgura y claridad, sin violentarla y sin tener que pedir nada prestado á otras lenguas, todos los pensamientos y los sentimientos todos, por sutiles, alambicados, profundos, amenos é inauditos que sean; y se ejercitó en expresar los suyos con afán laudable y dichoso así en prosa como en verso.

Sin duda el hablar y el escribir se facilitan con el ejercicio. La disposición innata se corrobora con la práctica. Así nuestro poeta adquirió, escribiendo en prosa casi de diario, la nitidez, la limpieza, la

sobriedad y la exactitud que aparecen en sus versos y les prestan carácter.

Alguien ha dicho que Núñez de Arce pertenece á la escuela salmantina y procede de Meléndez y de Quintana; pero yo me inclino á creer que, desde que Quintana y Meléndez escribieron, hasta que empezaron á aparecer las poesías de Núñez de Arce, sobrevinieron tantos sucesos y mudanzas, que las escuelas poéticas regionales sólo quedaron para la historia, por donde Núñez de Arce no fué ni pudo ser de la escuela de Salamanca, ni menos imitador de Quintana y de Meléndez. Es sucesor de ellos porque los hombres todos se suceden aunque no se parezcan. Entre los mencionados poetas y nuestro compañero, se ponen y los separan nueva y larga serie de cambios políticos, opiniones y doctrinas ignoradas ó apenas conocidas antes, la revolución literaria del romanticismo y la estética reciente con preceptos y reglas harto diversos de los que se seguían y se observaban antes. Sin caer en prosaísmo, Núñez de Arce es más llano, más natural y en realidad ó en apariencia si se quiere, más fácil y espontáneo que sus imaginados modelos. Con gusto más depurado, sin resabios del conceptismo y culteranismo del siglo XVII, no sólo Núñez de Arce, sino también otros buenos poetas del siglo XIX han desplegado y lucido no menor habilidad y destreza para versificar

en todos los metros, estrofas y combinaciones de rimas. En Quintana y en no pocos otros líricos de la escuela clásica á la francesa se nota demasiado el esfuerzo para versificar. No fluye el verso con la abundante facilidad que muestran nuestros poetas líricos y narrativos desde la aparición del romanticismo hasta ahora. Se diría que el arte de la versificación se aprende y se ejercita hoy con menor trabajo que en el último tercio del siglo XVIII y en el primero del XIX. Quintana, con ser tan gran poeta, aparece premioso versificando. Y si nadie en este punto se adelanta á Gallego, su maestría es de diversa índole. La poderosa virtud de su métrica no produce versos fáciles y corrientes, sino algo, en los mejores momentos de inspiración, como exquisita labor de ataujía, como bien ajustado mosaico cuyas teselas son piedras preciosas, unidas con sólida firmeza y engastadas en cerco de oro por vigoroso empuje para que nunca se desprendan y den persistente duración á tan espléndido artificio.

Fuerza es convenir en que la fácil versificación acarrea el peligro de caer en lo vulgar y en lo rastrero, de producir ruines y desmayadas coplas en vez de nobles ó sublimes cantos; pero Núñez de Arce acertó á libertarse de este peligro. La elevación de su sentir y de su pensar le sostuvo siempre cuando se dejaba arrebatar por el raudal de la

versificación fácil y no consintió que zozobrara ó se detuviera un solo instante en el prosaico escollo de los copleros.

Otra novedad, más que real, pretendida, ha traído la moda á las novísimas obras poéticas: el minucioso detenimiento en las prescripciones. Se afirma que los antiguos apenas describían: que embelesados en la contemplación de la criatura humana y de sus actos, poseían menos que nosotros el sentimiento de la naturaleza y no se paraban ni fijaban mucho la atención en los objetos que nos rodean. Contaban nuestras pasiones ó acciones, pero poco ó nada decían del medio ambiente que tanto influye en crearlas y desenvolverlas.

No decidiré yo hasta qué punto es moderno este afán por lo descriptivo, pero no aplaudiré la exuberancia con que lo descriptivo se emplea en el día entreverando toda acción ó más bien empedrando el camino de su desenlace con prolijos tropiezos.

Núñez de Arce acepta y sigue esta moda, pero por fortuna no la exagera. En sus versos abundan las descripciones, pero son bellas y no cansan. Por reflexión ó por instinto, nuestro poeta comprende muy bien que cuando se refiere un suceso lo que más importa es el suceso mismo y no el lugar de la escena. La poesía, más que descripción, es acción. Tan lo entendían así los antiguos, que solían irre-

flexivamente encerrar en la acción lo descriptivo. En vez de describir *La Iliada* cómo van armados sus héroes, nos lleva á presenciar cómo se arman cuando salen á la pelea. No nos pinta cómo va vestida la diosa Juno, pero nos introduce en su cámara y hace que asistamos y veamos allí cómo se peina y adorna el cabello, cómo se lava el hermoso cuerpo y le pule y suaviza con linimentos aromáticos, y cómo se engalana luego con maravillosa vestidura, completando el hechizo de su traje y tocado al ajustar á su gallardo talle el encantado ceñidor que Venus le presta. Así sube la diosa hasta la cima del Gárgaro, donde se halla Júpiter, que arde en amor apenas la ve desde lejos. Brotan luego de la fecunda tierra lindas flores y mullido césped y una nube dorada y luminosa encubre á la gentil pareja hasta á las penetrantes miradas del sol mismo. Y no describe tampoco el padre de la poesía, el estupendo escudo de Aquiles, sino que nos conduce á la fragua en que Vulcano le fabrica y vemos allí cómo se convierten el oro, la plata y el bronce entre las manos del asombroso artista, en la divinada prefiguración de los nunca superados prodigios de Fidias y de Praxíteles.

Núñez de Arce, repito, si bien sigue la moda, es sobrio en sus descripciones, las cuales no son estorbo de la acción, sino que la explican y la aclaran. El carácter principal de Núñez de Arce como

poeta no es, con todo, el de ser narrador ó descriptivo, sino el puramente lírico: demostrar con ardorosa vehemencia las ideas y los sentimientos propios y procurar infundirlos en el ánimo de sus oyentes y lectores. Este es su principal propósito hasta cuando escribe historias ó leyendas. De todo aspira á sacar alguna lección moral, política, filosófica ó religiosa.

Partidario yo del arte por el arte, por reiterada confesión propia, debería ser recusado como parcial y prevenido para ser juez de la poesía docente si no invalidara la recusación explicando mi doctrina.

La poesía es arte liberal y no servil, lo cual significa que sus creaciones no son de necesidad, sino de lujo; que no son útiles en el sentido vulgar de la palabra, que no se subordinan á ningún extraño propósito; que su fin es la poesía misma: la manifestación sensible de la belleza. Pero lo bello eleva el alma á esfera muy alta donde se junta con la verdad y con el bien en unidad perfecta, siendo allí lo bello el resplandor de la verdad y surgiendo de la verdad todo bien como de inexhausto venero. De esta suerte el poeta, si no enseña, habilita y presta alas á los espíritus capaces de comprenderle, cuando no para subir hasta ese centro divino, para columbrarle, para bañarse en su luz y para tomarle por guía. En la ascensión

hacia ese centro, acaso atraviesa el poeta por entre obscuras y tempestuosas nubes, acaso va ó nos parece que va extraviado, pero sube más, logra llegar á región más serena y clara, y al fin toma el recto camino arrebatándonos en su vuelo. Y no es menester para tanto tratar solamente de ciertos encumbrados asuntos, como asegura nuestro compañero, en su prólogo á los *Gritos del combate.*

A mi ver no hay asunto, por insignificante y mezquino que parezca, que poéticamente tratado no adquiera por la poesía poder bastante para elevar el alma hacia la luminosa región de la ideal belleza.

Y no se me acuse de sobrado sutil al exponer mi doctrina. Inevitable es tal sutileza, si hemos de conciliar una contradicción que en todo juicio sobre poesías con frecuencia ocurre. Opuestas creencias y opiniones son defendidas y ensalzadas por poetas distintos. Alguno de ellos acaso sostendrá y ensalzará la verdad, pero es indudable que los que sostienen y ensalzan lo diametralmente opuesto, sostienen y ensalzan la falsedad y la mentira. Y sin embargo, con tal de que dichos poetas sean sinceros, con tal de que no finjan sino que sientan hondamente lo que dicen, su error no nos repugna, sino que nos deleita y hasta nos entusiasma. ¿Cómo atribuir esta indiferencia por lo verdadero que nos deja gozar de lo que dice quien en nuestro sentir de lo verdadero se aparta? ¿Pues, qué, prescinde

el crítico del fondo de una composición poética para apreciarla sólo y gustar de ella por la forma? Yo no puedo creer que sea así. La bella forma, además, no se concibe, no es sino vano artificio, sin algo de substancial, sin idea ó sin sentimiento que por medio de ella se revele. Luego es evidente que, más allá del punto en que los distintos poetas discrepan, hay otro punto luminoso y sublime, hasta donde todos suben si son en realidad poetas egregios, y donde coinciden todos, desapareciendo las contradicciones en que, en el rapto de su ascensión, habían incurrido.

Para ejemplo de lo que pretendo significar, tomemos á tres poetas italianos de nuestros días, dos de ellos preconizados ya como grandes y el tercero notabilísimo y muy celebrado. Es uno fervoroso católico; otro es horrible y desesperadamente impío; y es no menos antirreligioso el tercero, aunque muy lleno de confianza, en que no es un mal, sino un bien, la pérdida de la fe en una religión positiva. Ahora bien, yo declaro que los tres poetas me encantan y que indistintamente los aplaudo. Luego no los aplaudo por lo que enseñan. En primera instancia gana pues, el pleito, el arte por el arte y la poesía docente sale condenada. ¿Cómo poner de acuerdo la hermosa plegaria al Espíritu Santo en la Pentecostés de Manzoni, aquello de llamar á Dios el *feo y oculto poder que impera para*

nuestro común daño y otras no menos espantosas blasfemias de Leopardi, y por último la letanía lauretana á Satanás con que Josué Carducci llenó de estupor á los nacidos?

A fin de lograr la concordancia de los tres poetas, es menester prescindir del camino que van siguiendo y de las peligrosas y poco recomendables paradas que hacen dos de ellos en dicho camino. Es menester subir hasta una resplandeciente altura en que la luz de la verdad envuelve á los tres y en que los tres se abrazan. Con poderoso impulso los ha encumbrado hasta allí el amor de la humanidad y de la patria, el deseo de verdad y de bien para todos los seres, la aspiración á lo perfecto y la sed de la inteligencia por comprender lo infinito y de la voluntad enamorada por unirse á él y aquietarse en su seno.

En esta más detenida contemplación de la poesía, yo no sé si debo ó no llamarla docente, pero es digna de muy noble calificación: es incentivo, es estímulo ó estro de las mejores prendas del ser humano: es lo único que, después del amor y de la fe viva que del amor nace, puede prestar y presta al alma alas para subir al cielo.

De esta suerte la poesía, sin salir fuera de ella para buscar su fin, le tiene utilísimo, aunque de utilidad peregrina más alcanzada por los espíritus selectos que por el vulgo.

Para que la poesía se remonte á tamaña altura no se requiere, según hemos visto, ni la exacta averiguación de la verdad, ni evitar extravíos y errores, ni emplear sólo el ingenio en tratar de cosas trascendentales y metafísicas.

Presupuestos ya nobles sentimientos é ideas, anhelo del alma hacia el bien, lozana y rica fantasía, para revestirlo todo de imágenes y para expresarlo con primor y concisa elegancia, lo que se requiere es sinceridad: que el poeta, aunque invente fábulas y finja historias que nunca ocurrieron, no finja que siente lo que no siente ó que sabe ó cree lo que descree ó ignora. Esta sinceridad, esta buena fe franca y desnuda de disimulo, no abandona jamás á Núñez de Arce y contribuye á que sea excelente poeta. Con nada nos engaña. Sólo hay un punto en el que yo recelo á veces, no ya que nos engañe, sino que se engañe á sí mismo ó que exagere al menos: me refiero á su duda y al tormento y á la desesperación que le causa. Ese tormento, esa desesperación, provienen del conflicto entre una mística y soberana aspiración y una negación monstruosa. Reconcentrada el alma y penetrando en el abismo de su ser, busca allí la verdad y ansía unirse con el bien supremo, pero se hunde en el vacío y no halla verdad ni bien supremo columbra. Así Leopardi, obcecado y pervertido por la filosofía grosera y materialista del siglo XVIII, todo

lo niega con la fría razón, y con el amor vehemente de su alma busca y en balde desea unirse á lo mismo que niega, á lo que sólo concibe como ideal sin substancia, como fantasma bellísimo y perfecto que nosotros mismos creamos y del que proceden la virtud, la santidad, el heroísmo, la filantropía y todo aquello que más honra y más enaltece el linaje humano.

Ahora bien, yo estoy persuadido de que Núñez de Arce jamás puso en duda ciertas afirmaciones supremas. Jamás negó la existencia de un Dios único, todopoderoso, lleno de bondad y de inteligencia, ni el alma inmortal, ni el libre albedrío, ni la consiguiente responsabilidad de nuestros actos, ni la ley moral que manda ó veda que se cumplan. No dudando, pues, de nada de esto, ni menos negándolo, la carencia de fe ó la duda de Núñez de Arce no podía ser muy atormentadora, sobre todo cuando su alma tendía el vuelo hacia lo alto y se apartaba de la muchedumbre del pueblo, sobre la cual muchedumbre solía difundirse en discursos animados por la pasión política en vez de reconcentrarse en la conversación interior para aclarar misterios y descifrar enigmas.

Las dudas de nuestro poeta eran, pues, en mi sentir, más sobre lo temporal que sobre lo eterno. Prestaba acaso, como nos inclinamos todos á prestar, mayor importancia de la justa á los sucesos que

presenciamos y sobre todo á los sucesos en que tomamos parte. Así cuando dudaba de la eficacia para el bien, de tales sucesos, cuando temía verse extraviado en el camino, cuando perdía la esperanza en el porvenir de su patria, cuando veía ó imaginaba ver á sus compatriotas corrompidos ó degradados, entonces el estro satírico punzaba su alma y esa y no otra era la duda que le atormentaba tanto y de la que tanto solía quejarse.

Con lo poco que yo sé de ciencias naturales, me parece que la transformación de las especies es aventuradísima hipótesis. Pruebas de su certidumbre distan mucho de haberse hallado; pero, como quiera que sea, aun dando por fundada la hipótesis, sin deducir de ella consecuencias impías, sólo se contradice la interpretación estrictamente literal de un texto sagrado, pero ni se niega el poder y la sabiduría del Creador, que pone en los seres el invencible conato de ir hacia lo perfecto, ni se rebaja la dignidad del hombre· haciéndole salir del barro, no inmediamente, sino por una larga serie de evoluciones. De esta suerte, ya que no defiendan la doctrina de Darwin, escritores católicos hay que no la condenan por impía, ni la acusan de rebajar al ser humano, si se tiene por cierto que Dios puso ó hizo aparecer el alma inmortal hecha á imagen y semejanza suya, en el cuerpo humano una vez formado ó transformado con la conve-

niente aptitud para recibirla. Nuestro poeta, con todo, no cede ni se resigna con esto. Le enoja que en su árbol genealógico se atreva alguien á colocar el mono. De aquí que se desate en diatribas contra la doctrina darwiniana; pero arrebatado sin duda por su espíritu satírico, los dardos que lanza contra Darwin traspasan el blanco y tienen mayor y más terrible alcance. La pintura que hace de aquellos cuadrumanos, nuestros supuestos primeros padres, es de una belleza pasmosa; pero resulta que el mono y la mona, de los que procedemos, según la abominada hipótesis, son candorosos, inocentes y felices: carecen de ambición y de codicia, son fieles en sus amores y la duda no los atormenta ni desespera. En resolución, los monos que el poeta nos retrata, en vez de darnos asco nos dan envidia. El asco se queda todo para la humanidad contemporánea tal como el poeta la ve ó la imagina. En los millares de años que ha vivido ya la humanidad, pugnando por subir al alto grado de civilización en que hoy vive, sólo ha conseguido ser tan ruín y tan desventurada, que el mono primitivo es más feliz que ella y más digno de serlo. Y aún no es esto lo peor. Lo peor es que el poeta nos quita hasta la más leve esperanza de retroceder á la felicidad y á la inocencia selváticas de los antiguos días prehistóricos. La civilización nos ha corrompido hasta tal extremo, que nos inhabilita

para ser animales mansos. Si el hombre recuerda ó supone que su antepasado el antropisco no tenía en la selva,

> Ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades!
> Entonces la revuelta muchedumbre
> Quizás, Europa, alumbre
> Con el voraz incendio tus ciudades.

El poeta casi profetiza, por último, el advenimiento triunfal de sangrientos tiranos, único remedio del mal tan grande, ya que sólo el rudo castigo

> La hambrienta rabia de tus fieras doma,

y el hombre que no tiene

> Ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades,

se convierte en fiera, mientras que cuando es racional, la razón le subyuga y basta para domarle. La razón, sin embargo, no sale muy bien parada de sátira tan cruel, ni puede inspirarnos mucha confianza ya que al cabo de millares de años de aplicarla al estudio nos ha dejado caer en tan nefandos extravíos.

Sin embargo, el tétrico pesimismo de nuestro poeta dista mucho de llegar á su colmo en su composición á Darwin. Aun es mayor y más tétrico en *La selva obscura*. En la composición á Darwin, la

perversión y la degradación del hombre, que hacen indispensable y hasta deseable la tiranía como solo freno que baste á domar la feroz y sublevada muchedumbre, presuponen que esta muchedumbre ha perdido la razón ó la ha empleado por muy torcida y vitanda manera, renegando de Dios y de todas las leyes y preceptos morales y sociales. Justo y consolador es que confiemos en la Providencia, la cual no consentirá que doctrinas tan inicuas cundan y se propaguen entre el vulgo. Así podremos desechar é invalidar los ominosos vaticinios y las amenazas del poeta. Pero contra *La selva obscura,* si atinamos con la interpretación de lo simbólico, no hay protesta que valga.

El poeta vaga perdido por una selva obscura en cuyo enmarañado laberinto no hay marcada senda, donde todo es horror, donde las hojas secas caídas de los árboles y arrebatadas por el viento se diría que se llevan consigo toda esperanza, donde los pies desnudos se ensangrientan pisando espinas y las ramas torcidas que estorban el paso lastiman y hieren las manos y el rostro. Tremendas visiones acrecientan la angustia y el susto. Profunda melancolía, recuerdos tristes y remordimientos amargos se apoderan allí del alma y la torturan.

Los admirables tercetos en que se describe todo esto, así como los demás de la composición, están hechos con tan enérgica y concisa firmeza y con

tan fácil maestría, que el lector ó el oyente casi se atreve á imaginar que Dante no los haría mejor si reapareciese entre los vivos y versificase de nuevo.

Pero ¿qué es, qué significa esta selva? El poeta la llama la selva del desengaño. Ha penetrado en ella en el otoño de su vida. El desengaño ha de provenir, por consiguiente, de la pérdida de las ilusiones juveniles; ilusiones sin duda harto pecaminosas, como malignas flores que engañan con su aparente hermosura y cuando se marchitan y pasan con la primavera traen desabridos y ponzoñosos frutos. Hasta aquí las cosas no van muy mal. Quizás nos convenga ir vagando por la selva obscura como si, vivos aún, estuviésemos en algo á modo de purgatorio para hacer penitencia de nuestros pecados, acabar de desengañarnos y no forjarnos en adelante seductoras ilusiones. Dante, que se aparece al poeta en el centro tenebroso de la selva y se ofrece á servirle de guía al modo con que Virgilio le sirvió á él, confirma al lector en la interpretación que hasta aquí vamos dando al simbolismo. Y todavía le confirma más en ello cuando oye hablar á Dante en hermosísimos tercetos, en los que refiere sus espirituales y castos amores con Beatriz, limpio y puro dechado de belleza angelical en cuerpo y en alma. Después de la muerte de Beatriz, lejos de terminar sus amores, suben á más alto punto de santidad y de efica-

cia beatificante. La enamorada doncella desciende del cielo, se muestra en espíritu al terrible gibelino, le consuela y conforta, le separa del camino de perdición, y en premio del amor que él le profesa y por el mismo amor que ella le tiene, logra al fin encumbrarle hasta el cielo.

Nada sería más satisfactorio que este desenlace. ¿Qué más venturosa salida pudiera hallar el poeta para dejar detrás de sí la selva obscura en que se había extraviado?

Por desgracia, Dante mismo, en virtud de fatídicas palabras que pronuncia, quita toda esperanza, cierra la salida de la selva y nos deja en ella errando para siempre, á no ser que nos devore la pantera cuya aguda zarpa nos ha destrozado el pecho.

Cuantas alabanzas demos á lo que Beatriz dice á Dante cuando baja del cielo y se le aparece para consolarle, son á mi ver pequeño encarecimiento para ensalzar la santidad y la hermosura de lo que Beatriz dice. ¿Por qué, pues, al ir ya á terminar el poema, trata Dante de arrancar del corazón y de la mente del poeta y del corazón y de la mente de cuantos le leen ó le oyen, la fe, la esperanza y los trascendentales consuelos que antes le habían infundido? ¿Por qué llama Dante *santa ilusión* á cuanto de Beatriz le ha dicho? A veces imagino yo que Dante lo llama santa ilusión por ironía. Y si es así, estamos salvados. La pureza inmaculada de

Beatriz, sus místicos amores, su vida ultramundana y eterna en el cielo, su aparición en espíritu para consolar, purificar y guiar á quien la ama, todo esto debe ser realidad: no debe ser ilusión, ya que la ilusión, por santa que se la suponga, es concepto sin verdadera realidad, sugerido por la imaginación ó causado por engaño de los sentidos. ¿Y cómo ha de poder tan engañoso concepto ser único fundamento de la dignidad del hombre, de su virtud y entereza y de su posible bienaventuranza? Una vez desvanecida la ilusión, porque no podrá menos de desvanecerse al cabo, cuanto en ella se funde, se desvanecerá y fenecerá con ella.

Lejos de exclamar con Dante:

> . . . . . Bendita seas,
> Santa ilusión, que nuestra pobre vida
> Dignificas, levantas y hermoseas,

tendremos que exclamar con otro poeta no menos desesperado que en esta ocasión Núñez de Arce:

> Encontré mi ilusión desvanecida
> Y eterno é insaciable mi deseo;
> Palpé la realidad, odié la vida;
> Sólo en la paz de los sepulcros creo.

Lo que conviene creer, por lo tanto, es que Dante emplea la palabra ilusión en sentido irónico para expresar la más real, evidente y sublime de las rea-

lidades. Y si no quisiésemos ó no nos atreviésemos á prestar dicho tono de ironía á lo que Dante dice y á lo que repite después Núñez de Arce exclamando

Sin el vivo calor, sin el fecundo
Rayo de la ilusión consoladora,
¿Qué fuera de la vida y qué del mundo?

todavía tendríamos un recurso para explicarlo todo. Lo que verdaderamente es ilusión y no realidad, es el contenido del poema titulado *La selva obscura:* ensueño horrible, pesadilla tremenda, de la que logra libertarse el poeta cuando despierta y dice:

¡Lejos de mí las sombras que á deshora
Llenan de espanto la conciencia humana!
Y al decir esto, penetró la aurora
En torrentes de luz por mi ventana.

Hay que considerar además que el estilo de la poesía es el de la pasión y sus raptos, y se concierta mal con la dialéctica mesurada y fría llena de distingos y salvedades. También me inclino yo á recelar que otra causa de que propendan no pocos poetas y entre ellos Núñez de Arce, á caer en un abatimiento pesimista, es cierta preocupación que suele mostrarse en ellos, no ya desde que apareció la secta quejumbrosa de los románticos, sino desde veinticinco siglos antes cuando menos. Aristó-

teles nota esta preocupación, se burla de ella y la censura en su *Metafísica.* Consiste la preocupación en imaginar que Dios no quiere que el hombre trate de conocerle por el mero empleo de la razón que le ha dado, y que Dios, por consiguiente, castiga al alma osada

> Que aspira loca, en su delirio insano,
> De la verdad para el mortal velada
> A descubrir el insondable arcano.

La cual sentencia de otro egregio poeta de nuestros dias, es casi equivalente á la frase la *funesta manía de pensar* que tan mal suele parecernos en prosa y en los labios ó en la pluma de los retrógrados y absolutistas.

No me toca dilucidar aquí si tal preocupación tiene ó no algún fundamento, pero me parece que no debe tenerle, y que Dios, que es tan bueno, no ha de complacerse en trastornar los pensamientos de quien aspire á conocerle y en humillar su soberbia, haciendo que piense y diga mil blasfemias y disparates. Si yerra el que filosofa, es porque su razón es limitada y aspira en balde á comprender lo infinito; pero Dios, lejos de castigarle por ello, es de esperar que le perdone, diciendo como le hace decir Goethe en el prólogo de Fausto: *el hombre yerra mientras aspira.*

En cuanto al sapientísimo maestro de Alejandro,

veamos cómo se expresa al hablar de la filosofía: "Según Simónides, Dios solo la posee, y el hombre ni de aspirar á ella es digno. Dicen los poetas que Dios es celoso, sobre todo en este punto, por lo cual castiga á los audaces que se atreven á filosofar; pero los poetas son embusteros si no engaña el refrán. Dios ni nos envidia ni nos castiga. No hay ciencia más honrada que la filosofía. Es divinísima, ya porque es Dios quien la entiende, ya porque es de Dios de quien ella entiende; la entiende sólo Dios por completo; y entiende ella, ó trata principalmente de Dios porque Dios es causa y principio de todo, y ella de causas y de principios trata. Por eso son más útiles todas las otras ciencias, pero ninguna es más sublime".

Retrayendo á la memoria ó teniendo presente párrafo tan juicioso, y bien podemos llamarle igualmente tan sedativo, debiera calmarse ó mitigarse al menos la furiosa desesperación de los poetas porque no descubren la verdad toda. ¿Por qué hemos de asegurar con Leopardi que *todo es arcano*, salvo nuestro dolor? En ese todo arcano puede aún, como en las primeras edades del mundo, la fe religiosa sostener la existencia real y no ilusoria de los seres inmortales que por revelación conoce y puede la imaginación crear allí como rico suplemento de la creencia dogmática, en quien por desgracia no sea muy firme, cuantos genios, nin-

fas, ondinas, sílfides y salamandras le convenga crear para su consuelo y espiritual deleite.

De las consideraciones que dejo expuestas, infiero yo que no hay motivo bastante para la espantosa desesperación que muestran los poetas en nuestros días y para lamentarse tan desoladamente porque dudan. La duda no es más que la limitación naturalísima de nuestra facultad de conocer. Más allá de los límites de lo conocido está y estará siempre ese *todo arcano,* cuya inmensidad es tal que no la achican sino que la hacen aparecer más grande cuantos son los peregrinos descubrimientos y progresos de las ciencias experimentales.

Nuestro inspirado compañero habla ó canta en sus mejores momentos, con la doctrina que acabo de exponer aquí. Cierto es que en la bellísima *Última lamentación de Lord Byron* pone en boca del autor del *Manfredo* las mismas dudas que á él suelen atormentarle: hasta llega á dudar de si el genio no es más que locura, sobreexcitación ó desequilibrio de nuestras facultades mentales. Al cabo, no obstante, vuelve á más sano modo de pensar, hace brillante apología de la razón humana y la declara libre para investigar toda verdad y para penetrar, si es posible, en todo misterio. Por tal empeño no se enoja Dios ni le castiga. Dirigiéndose á Dios mismo, le dice el poeta:

Si la insaciable sed de lo infinito
Que aguija mi razón es un pecado,
Si únicamente para el mal existe,
Responsable no soy. ¡Tú me la diste!

Después confiesa que ha dudado mucho y que duda aún, pero declara, que de la existencia de Dios no ha dudado nunca. Su convicción deista es tan honda, que le mueve á escribir la siguiente octava:

Si chocaran haciéndose pedazos
Los astros con horrible desconcierto;
Si rotos ¡ay! de la atracción los lazos
Se desquiciara el universo muerto;
Si quedara al impulso de tus brazos
El espacio sin fin, mudo y desierto,
Y el tiempo con sus noches y sus días
Dejara de existir, tú existirías.

Aun va más allá el poeta en sus afirmaciones de creyente, condenando al que reniega de Jesús é invocando el dulce nombre de María. ¿Por qué, pues, y vuelvo á mi tema, tanta desesperación y tanta duda? Al dudar no ¿tira el poeta á desautorizarse á sí mismo para el oficio ó menester de concionante al que por naturaleza se inclina? La verdad es que tales alternativas de fe y de duda, de desaliento y de confianza son rasgos tan propios y tan inevitables en el carácter de la poesía lírica,

que si bien yo no los aplaudo tampoco los censuro. Me limito á exponerlos aquí. Lo que sí debe aplaudirse y lo que aplaudo yo sin restricción alguna es el amor de la libertad, del progreso, del arte y de la misma poesía, que inflama con su fuego todas las magníficas octavas de *La última lamentación de Lord Byron*, poema realzado además por los entusiastas elogios de las antiguas glorias de Grecia y por la patética narración de las crueldades de Alí Bajá y de la trágica rueda y heróica muerte de las mujeres suliotas.

Así en esta como en otras interesantes narraciones, despliega Núñez de Arce poderosa y lozana fantasía, raro talento descriptivo y aptitud pasmosa para versificar con natural y sencilla afluencia, que no menoscaba, sino que presta mayor brío y lustre á la elegancia de la dicción poética. Las décimas de *El vértigo* son un dechado de perfección en este género. En mi sentir superan en mérito á los tercetos de *Raimundo Lulio*, piadosa leyenda en que el poeta nos refiere la juventud y los vehementes amores de aquel extraño sabio mallorquín, mártir entusiasta después de la fe cristiana. Lástima es que tan poética leyenda vaya precedida de una dedicatoria, donde se empeña Núñez de Arce en prestar á los sucesos que refiere una significación simbólica que no queremos aceptar. La casta y hermosa doncella que enamora á Lulio y que púdica y honestamente

también está de él enamorada, no puede ni debe ser el símbolo de la ciencia profana y orgullosa que aparta al hombre de su Dios, antes debe ser, hasta por el mismo mal que le destroza el pecho y le quita la vida, aparición terrenal del alma inmaculada y dolorosa que presta con su sacrificio la luz del desengaño á su amante y le muestra la buena senda. Fuera de esto, y como caso singular y único en nuestro poeta, me atrevo yo á notar algo de prosaísmo en la mencionada dedicatoria. Echemos la culpa á los distingos dialécticos que en poesía no caben. Abomina el poeta de la incredulidad, del depravado espíritu de análisis que nos quita la fe y nos induce á negar, pero recuerda en seguida que es liberal en prosa y que es fiel á su partido y proclama la libertad de conciencia y la tolerancia religiosa de que siempre fué partidario.

Cuando en felices momentos Núñez de Arce no estuvo ó estuvo menos atribulado por sus dudas, mostró que su lira era capaz de todos los tonos y compuso lindísimos versos, ora inspirado por dulces y melancólicos recuerdos, como en el tan popular y celebrado *Idilio*, ora estimulado por halagüeñas y patrióticas esperanzas, como en la elegía á la muerte de Alejandro Herculano. Elocuente y sentido es el elogio que hace de aquel erudito y profundo historiador de Portugal, lírico de notable mérito, ingenioso novelista, y por la noble rec-

titud é independencia de carácter, gloria de su patria; pero avalora más aquella elegía la expansión generosa con que su autor dilata su patriotismo por todo el reino vecino y proclama la fraternidad y anhela la unión íntima de portugueses y castellanos.

Nuestro poeta ha lucido también su ingenio en cierta clase de composiciones de alguna novedad en nuestros días, y de las que son modelos, aplaudidísimos en todas las naciones cultas, *Herman y Dorotea*, de Goethe, y *Evangelina*, de Longfellow. En estos poemas breves, ó más bien novelitas en verso, cuyos personajes son por lo común del estado llano y á veces de la ínfima plebe, se refieren sucesos de la vida privada, dando al referirlos ocasión de describir campos, jardines, mares y otros objetos, ya naturales ya artísticos, así como las faenas y ejercicios más comunes y ordinarios, en todo lo cual no deja de haber mucha y excelente poesía que resplandece ante los ojos del poeta y que el público ve y siente cuando el poeta sabe mostrarla. Ningún ser sobrenatural suele intervenir en estos poemas. La pintura de las pasiones y actos humanos, del teatro del mundo, de la sociedad contemporánea y del medio ambiente en que aparecen, basta á realzarlas y á hacerlas interesantes.

En la mencionada clase de poesía, Núñez de Arce ha dado al público producciones muy hermosas. Una de ellas, cuyo título es *Maruja*, agrada en

extremo por la descripción de la quinta y del huerto donde viven en dichoso retiro el Conde de Viloria y su enamorada consorte, y por la gentil manera con que nos retrata y presenta á ambos esposos y con que nos cuenta las dulzuras y la felicidad de sus conyugales amores. Acaso haya en *Maruja* algo que, contado en prosa, nos parecería precipitado y hasta inverosímil; pero la poesía tiene alas con que nos arrebata y con que precipita los casos. llevándonos á prescindir de la medida del tiempo, Embelesados por los bonitos versos del poema, no extrañamos que la andrajosa Maruja, á quien el guarda trae asida de una oreja porque ha entrado á merodear en el cercado ajeno, hechice y conmueva tanto á la condesa, deseosa de tener una hija, que de repente la adopta por tal, con las más apasionadas muestras de ternura y con el beneplácito de su marido.

En otro cuento ó poema por el mismo estilo, *La pesca,* no hay precipitación ó inverosimilitud semejante. El lugar de la escena está ricamente pintado, sin prolijidad minuciosa, y los personajes que figuran en la acción aparecen vivos y reales. Miguel y Rosa son hermosos de alma y de cuerpo; y la madre de Rosa, el virtuoso cura de la aldea y hasta el viejo marinero, que lamenta la muerte de su hija, se nos hacen muy simpáticos por la bondad y nobleza de los caracteres, sin incurrir nunca, ni

en dichos ni en hechos, en alambicado y falso sentimentalismo, impropio de la sencillez campesina. En *La pesca* sólo hay, á mi ver, un personaje que huelga ó está de sobra, perturbando un poco la armonía del conjunto. Es este personaje el amigo de Miguel, el cual, prendado de Rosa, la codicia y se siente envidioso de su amigo. Despistado el lector, recela que la tragedia va á surgir de esta pasión oculta y pecaminosa, pero la tragedia sobreviene sin que la motive ni ocasione la voluntad del hombre. En una terrible galerna naufraga la barca en que Miguel ha salido á pescar, y Miguel muere. El cuadro de la tempestad, los esfuerzos de los marineros por salvarse, la angustia y desolación de Rosa, la caridad y el valor del padre cura y sus generosos esfuerzos para evitar el naufragio, y por último, el terror y la piedad de los habitantes de la aldea, todo está tan bien trazado, que despierta y sostiene vivo interés en los lectores y les causa emoción profunda.

En otras composiciones cortas de Núñez de Arce, como por ejemplo, en el *Crepúsculo vespertino* y en *La esfinge*, se admiran el vigor del estilo para describir sobriamente y la habilidad y el dominio con que manejado el lenguaje se ajusta sin violencia á lo que exigen el metro y la rima en la más artificiosa de sus combinaciones, cuales son los sonetos.

Maestro en el arte de rimar y tan pronto para hallar los consonantes que se diría que acuden á su llamada con el significado más propio que á su idea conviene, todavía se distingue Núñez de Arce en los endecasílabos libres, tan desmayados y flojos casi siempre en España hasta que Moratín enseñó á escribirlos primorosísimos y sonoros, tomando por modelo los que en Italia se escribían. No afirmaré yo, porque las comparaciones son odiosas, que Núñez de Arce supere en esto á Moratín, ni que siquiera se le iguale, pero sí me atreveré á sostener que los endecasílabos libres en que comenta el encomiadísimo monólogo de Hamlet, y no pocos de *La visión de Fray Martín*, son de los más elegantes y briosos que en castellano se han escrito.

En toda *La visión de Fray Martín* hay un poderoso esfuerzo de fantasía. Por este concepto es, sin restricción, mi alabanza. Lo que no me siento con fuerzas para emprender es la interpretación ó la explicación de todo aquél á modo de ensueño, que según el poeta, hubo de tener Lutero. Sólo tengo por cierto que no pudo nacer la Reforma de las dudas de aquel audaz heresiarca. De las dudas que atormentan y desesperan, no nace la actividad, sino el abatimiento. La rebeldía de Lutero, tan importante en la historia de la Iglesia y en la historia de la civilización de Europa, no fué porque Lutero

dudase, sino porque se convenció y persuadió, aunque fueran causa de su persuasión y convencimiento, el demonio de la ambición, el anhelo de notoriedad, la emulación del germano contra el latino y el sentimiento de escándalo, á par que de envidia, al contemplar las grandezas, elegancias y profanos esplendores de la corte romana, donde en ciencias, letras y artes renacía la gentilidad clásica amenazando eclipsar la luz del Evangelio. No negaré yo que Lutero dudase. ¿Quién no duda antes de creer, de saber ó de convencerse? Lo que yo afirmo es que Lutero nada hizo mientras dudó. Lo que hizo fué afirmando y negando intrépidamente.

En mi sentir hay un linaje de duda juiciosa y benéfica, que no puede desesperar á nadie que esté en su cabal juicio. Viene á ser tal duda el humilde reconocimiento de la insuficiencia de nuestra razón para descubrirlo y penetrarlo todo y de la escasez de nuestras fuerzas y medios para lograr cualquier fin ó propósito sin el divino auxilio. Es tan buena tal duda, que va implícita en el temor de Dios y por él y con él es principio de sabiduría. Tal duda entra también en toda bendición, en el saludo cordial y en el parabién afectuoso, siempre acompañado de la plegaria. Por eso decimos: Dios te guarde, Dios te ampare, Dios te dé su gracia y Dios te bendiga. Tal duda precede á la ciencia, por-

que sin dudar de la verdad de un sistema, de una hipótesis ó de una teoría, ni habría progreso ni llegaríamos á la certidumbre. Y tal duda es, por último, fuente de poesía, ya que lo inexplorado, lo incógnito ó lo dudoso es inmensidad por donde la imaginación se explaya y en donde muestra su virtud creadora.

Cuando dice Petrarca, hablando del sol en su ocaso, que va á iluminar á gente que allá muy lejos quizás le espera, el adverbio *quizás*, expresión de su duda, es lo que presta poesía al dicho de Petrarca. Dos siglos después tal *quizás* ó tal duda es imposible, así como la poesía que de esta duda nace. Pero la duda sobre objetos más trascendentales persistirá siempre. Nada más falso que lo que, impugnando otras sentencias suyas, asegura Leopardi, de que está descubierto *el indigno misterio de las cosas*. El misterio no está descubierto, pero nos consta que no es indigno, sino incomprensiblemente maravilloso. Salir de duda sobre cuanto de él se ignora sería pretensión más absurda que la de dejar el mar en seco sacando agua con una escudilla.

Estimo yo, por consiguiente, que ni la duda desesperada que nos abate y enerva, ni esta otra excelente duda de que he hablado, agitaron el alma de Lutero y causaron la Reforma, en la cual hubo á mi ver, más retroceso que progreso, porque rom-

pió la unidad primordial de la civilización europea, sembró el odio ó el desprecio entre las naciones y exacerbó la intolerancia y el fanatismo en vez de mitigarlos.

Cuando sobrevino la revolución más radical que ha conmovido á España en el pasado siglo, revolución que acarreó más desventuras que ventajas y que tuvo tan lastimoso y poco lucido remate, las dudas y la aflicción de nuestro poeta se acrecentaron y llegaron á su colmo. Entonces publicó los *Gritos del combate*, que le han conquistado tan envidiable y merecida fama.

Núñez de Arce compuso casi todas aquellas poesías bajo el influjo de una tremenda obsesión que perturba á multitud de pensadores de la edad presente.

Todos concuerdan, y la concordancia parece razonable, en que las muchedumbres, las gentes, la plebe, el vulgo, ó como queramos llamarlo, cuando pierde la fe religiosa, fundamento de la ley moral y freno de los malos instintos, sólo á la fuerza se somete, ya que no emplee y se valga de la fuerza para trastornar el orden social, minando y destruyendo las bases seculares en que se asienta y reposa. A fin de remediar tanto daño, los pensadores han cavilado mucho, y en mi humilde opinión han desatinado más, si bien nuestro poeta, dicho sea en honra suya, no ha aceptado los que yo juzgo

desatinos. ¿Por qué dividir la historia en períodos arbitrarios y suponer que hubo la edad de la fe y que ahora estamos en la edad de la razón, con la fe irremisiblemente perdida? ¿Por qué lamentar esta pérdida dándola por cierta, como hace, por ejemplo, Renán, y procurar, no obstante, con sus escritos que sea cierta la pérdida, aunque en realidad no lo sea? La humanidad sin fe no se concibe. Sin fe se detendría en su marcha, porque la fe es el estímulo que la mueve y el luminoso faro que la guía. En nuestro poeta tal vez la pasión eclipsa por momentos la luz de esa fe, pero nunca la apaga. Injusto contra sí mismo hasta con el título *Gritos del combate*, se despoja de autoridad en su despecho. Tales gritos presuponen denuedo, indignación elocuente y varoniles arrebatos de cólera; todo menos la serenidad y el despejo que la enseñanza y el pronóstico requieren. A la poesía docente se oponen los gritos apasionados y belicosos.

Para poner término á este prolijo análisis y dictar mi fallo, aunque nada autorizado, franco y leal, me atreveré á citar algunos párrafos de lo que en otra ocasión dije sobre este asunto, ya que reconozco que lo que entonces dije vale mucho más que cuanto yo acertaría á expresar ahora, ciego y fatigado por el peso de los años.

La duda y el temor que asaltan á menudo al poeta acaban por disiparse, ó más bien se convier-

ten en afirmación y en esperanza. En ninguna de sus obras brilla más esta esperanza y aparece esta afirmación más segura é inquebrantable, que en los últimos versos que ha dado á la estampa con el título de *Sursum corda*. En ellos exclama el poeta:

¡Lejos de mí la torpe incertidumbre!

brinda á su patria abatida y triste, bálsamo de esperanza y consuelo, y prorrumpe en un himno eucarístico á la providencia de Dios, combinado con alegres vaticinios y con sonoras alabanzas á la civilización europea.

Antes de alcanzar y de cantar victoria, el poeta, sin embargo, ha vacilado y combatido mucho. Las quejas, las diatribas, las sátiras y los anatemas contra la incredulidad, los vicios y los pecados de la edad presente, han precedido al hermoso epinicio en que casi sin restricción la glorifica, profetizando venturas y triunfos mayores. Incondicionalmente, con tal de que se crea y se espere en Dios, el poeta confía en la constante ascensión del humano linaje, aunque en su marcha progresiva salte por cima de antiguas y venerandas doctrinas é instituciones.

Podrán caer las religiones todas, podrán arrasarse todos los templos, pero ningún cataclismo por tremendo que sea,

..... Hará temblar la inconmovible base
De la admirable catedral inmensa,
Como el espacio transparente y clara,
Que tiene por sostén el hondo anhelo
De las conciencias, la piedad por ara
Y por nave la bóveda del cielo.

La plena y omnímoda confianza en los altos destinos del hombre no puede manifestarse con mayor claridad y arrogancia ni más independientemente de todo: hasta de las religiones tradicionales y positivas.

Para que se comprenda que al aplaudir á Núñez de Arce no afirmo ni niego yo las doctrinas que alternativamente sostiene, añado aquí lo que también dije en el ya citado escrito.

Cuantos son los problemas religiosos, filosóficos, sociales y políticos que interesan hoy á la humanidad, agitan y enardecen su alma; y él, con lealtad y franqueza que le salvan de la inconsecuencia, ya que no los resuelva, los presenta á nuestra consideración en resplandecientes y atrevidas imágenes.

Esto basta para la gloria del poeta, si penetramos en el mundo encantado que supo crear, deponiendo las armas de rastrera dialéctica y no provistos de mezquinas objeciones, sino con el áureo y frondoso ramo de que Eneas se apoderó por mandato de la Sibila: con algo del poder taumatúrgico que

nos abre la morada misteriosa y esquiva de las visiones sobrehumanas. Esto basta, en suma, para que sin jactancia contemos al que fué nuestro compañero y amigo, entre los más inspirados, briosos y elegantes poetas que en el siglo XIX, tan fecundo en poesía lírica, han florecido en España.

ELOGIO DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO. (1)

Con indulgencia y bondad tan grandes que nunca sabrá ni podrá pagar cumplidamente mi gratitud, fuí elegido por segunda vez, hace ya tiempo, individuo de número de esta Real Academia. Convidado generosamente á tomar en ella asiento estuve ya otra vez. Abandono ó desidia, que carecería de disculpa si la modestia no se la diese, me impidió entrar aquí entonces. Ahora es menester que á esa modestia mía y á esa desconfianza de mis propias fuerzas se sobreponga un deber ineludible, á fin de que yo, saltando por cima de las dificultades que me atajan el paso, ó dando un rodeo para esquivarlas, escriba mi discurso de recep-

(1) Discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el día 18 de Diciembre de 1904.

ción, y haga lo que de mí se exige para tener al cabo la honra de sentarme entre vosotros.

Hoy es para mí más arduo que la primera vez el empeño en que me hallo. Y esto por dos razones: la primera por lo quebrantado de mi salud, por lo avanzado de mi edad y por la pérdida de mi vista, que para escribir y para leer me dejan inhábil: y la segunda por el valor de la persona á quien vengo á reemplazar en esta corporación, gracias á vuestros votos.

La persona de Cánovas del Castillo tiene tal significación y tal importancia, que no podría yo limitarme á hacer de ella un rápido elogio, por encarecido y entusiasta que fuese, y á pasar luego á otro asunto, extraño por completo al Sr. Cánovas, tomando dicho asunto por tema de la disertación que estoy obligado á hacer. Mi disertación no puede ser así, aunque yo lo desee. Se diría que el inmortal espíritu de mi antecesor se halla presente entre nosotros; que invisible á los ojos del cuerpo, pero visible á los de mi alma, ocupa aún el asiento donde yo he de sentarme, y que todo mi previo discurso ha de tratar de él, y ha de dirigirse á él antes de que yo á tanto me atreva.

Su historia bien puede afirmarse que es toda la historia de nuestra nación durante la segunda mitad del siglo pasado, ya que en las revoluciones, restauraciones y cambios que hubo durante tan

largo período, hizo siempre D. Antonio Cánovas del Castillo muy principal papel hasta el día de su trágica muerte.

Para escribir sobre todo esto, con el detenimiento y con la amplitud que hoy se estilan, no bastaría un discurso por extenso que fuese: sería menester escribir una obra compuesta de varios volúmenes. Me decido, pues, á estudiar á mi predecesor bajo uno solo de los muchos aspectos en los que á nuestra vista se presenta y vive en nuestra memoria.

No hubo ambición, no hubo deseo de gloria por el que Cánovas no se sintiese estimulado. Su poderoso ingenio, su claro y elevado entendimiento, la influencia y el brío de su palabra, y más que nada el ímpetu, la arrogancia y la persistente firmeza de su voluntad, le abrieron y le allanaron los diversos caminos por donde subió él desde su humilde y obscuro lugar á la posición más elevada, alcanzando triunfos como hombre de acción, logrando y conservando largos años la jefatura de un gran partido político, dirigiendo desde la cumbre del poder los destinos de su patria, y conquistando al mismo tiempo la palma de grande orador, y la reputación envidiable de hombre amenísimo en su trato, de tremendo por sus chistosos y agudos epigramas, de escritor castizo y fácil, de historiador erudito y profundo, de novelista, de atinado crítico de literatura y de bellas artes, y hasta de

poeta lírico, aunque este último triunfo fuese harto más discutido y problemático que los otros.

Todavía no satisfecho Cánovas con su buen éxito en tan variadas empresas, aspiró á señalarse en otra más encumbrada, procurando hallar la razón superior de todo, la regla constante y segura para toda acción, y la luz y la medida para ver y estimar los sucesos humanos, para calcular su transcendencia, y hasta para pronosticar las contingencias futuras, remediando ó evitando el mal y señalando el camino recto.

No sé como llamar á esta facultad que Cánovas creía poseer ó que poseía. Llamar á Cánovas metafísico, tal vez sería impropio. Distraído su espíritu por diversas y opuestas sendas y engolfado en el revuelto mar de la vida activa, hubiera sido milagro estupendo que se diesen en él la serenidad y el conveniente desinteresado reposo para la sublime contemplación en que se funda la ciencia primera.

No me atrevo á llamar á Cánovas metafísico, porque lo agitado de su vida se prestaba poco á la especulación persistente que la metafísica exige; y no quiero llamarle sociólogo, porque el vocablo sociología me repugna por híbrido y presuntuoso. Le llamo, pues, político teórico, además de político práctico, y mejor aún pensador, palabra muy de moda en el día y que por su vaguedad compromete poco.

De lo remoto y de lo pasado Cánovas sabía bastante, porque la viveza y la perspicacia de su comprensión permitían que con una rápida lectura se enterase de los sucesos, apreciase los sistemas y percibiese las evoluciones, las distintas corrientes y el sesgo curso de los pensamientos humanos. Y de lo cercano y presente, Cánovas sabía mucho más, así por inmediata visión y contacto, como por experiencia adquirida y acrecentada sin tregua en la vida activa.

Como pensador quisiera yo representar á Cánovas y juzgarle hasta donde alcance para tanto mi entendimiento. Mi propósito es harto difícil por cualquiera de los dos medios que yo emplee para cumplirle. De uno de ellos, que es el mejor sin duda, desisto yo por considerarle por cima de mis débiles fuerzas, y expuesto además á incurrir en falsedad involuntaria, atribuyendo á Cánovas una filosofía fundamental, un desenvolvimiento dialéctico de ideas y un conjunto de doctrinas que acaso no llegó á concebir jamás. Por eso me inclino yo á discurrir sobre las ideas de Cánovas según él las concebía y las presentaba en determinados casos, bajo el influjo de las circunstancias de tal ó cual momento y dominado por la honda impresión que producían en su ánimo los grandes acontecimientos que iban realizándose y que él consideraba mayores, por lo mismo que se realizaban en su presencia y durante su vida.

No diré yo que Cánovas se contradijese ni que pensase ni disertase tal día de un modo y tal día de otro. Al contrario; yo entiendo que sus ideas y pensamientos se conciertan y se eslabonan lógicamente, y que, si es aventurado construir de todo una filosofía política y de la historia, completa y de Cánovas toda, la figura intelectual de Cánovas se muestra y resplandece con claridad y sin contradicción confusa, cuando se agrupan con tino y en buen orden las ideas que tuvo y los pensamientos que acertó á expresar, ya explicando con ellos los acontecimientos que él presenciaba, ya sirviéndose de ellos como norma y guía de su conducta, en cuantos acontecimientos él intervenía con mayor ó menor eficacia.

Lo más arduo para mí es seguir en su vuelo y en sus giros volubles la mente impetuosa de Cánovas, que no hay extremo á donde no llegue, ni punto que no toque, ni cuestión que no trate de dilucidar ó que no dilucide, ni futuro contingente que no se empeñe en pronosticar, convirtiéndole en necesario é ineludible, por virtud de leyes que su voluntad imperativa y arrogante tal vez prescribe y promulga.

Retratar á Cánovas de nuevo ofrece grandísimas dificultades que me han arredrado y me han hecho retardar la composición de este discurso, por el temor de no hacerle como conviene y como yo quisiera. De personaje tan querido y admirado se

ha escrito ya mucho. Sobrado presumir sería el mío, si imaginase yo que iba á decir algo en alabanza de Cánovas, más juicioso, más elocuente y más sentido que lo dicho y leído en esta misma Academia por D. Fernando Cos-Gayón, y lo que no sólo en España sino también en tierras extranjeras y remotas se ha dicho en su alabanza.

Cánovas, sin embargo, puede ser considerado bajo tan diferentes aspectos, que si yo prescindo de lo que otros pensaron y dijeron de él y le juzgo con mi propio criterio, sin duda me expondré á errar, á representar su figura falta de parecido, mal trazada y delineada, pero con sello distinto y propio, copia del natural, no copia de otra copia, sino tomado todo de mis recuerdos, de la impresión que hicieron en mí sus prendas personales y del examen imparcial y sereno que puedo hacer aún y que aún hago de sus escritos.

Ya he dicho que debo limitarme á tratar de Cánovas como pensador político y teórico. A fin de juzgarle bajo este solo aspecto, sin prolongar demasiado este discurso, prescindo aquí de la vida activa política de Cánovas y de cuanto escribió ó dijo sobre bellas artes, historia y literatura; prescindo de su novela y de sus poesías, desestimadas no con justicia, sino por odio á su persona, y voy á limitarme á tratar de la serie de discursos, leídos ó pronunciados los más de ellos en el Ateneo, y

publicados en tres volúmenes, bajo el común epígrafe de *Problemas contemporáneos.*

Toda la filosofía de Cánovas, toda su doctrina teórica y fundamental sobre cuestiones sociales, se halla cifrada y encerrada en dichos discursos, de cuyo contenido casi es imposible dar cuenta y hacer extracto, porque su extremada concisión apenas lo consiente, y porque la variedad de puntos que Cánovas toca y procura dilucidar ó dilucida, no consiente que, ni para convenir en todo, se repita lo que Cánovas dice y mucho menos consiente que se contradiga y se impugne lo que dice Cánovas, á lo cual puede cualquiera sentirse inclinado, y yo me siento inclinado también, aunque celebrando y admirando como el que más el saber de Cánovas, la sutileza y profundidad de su ingenio y la elocuencia y el vigor de su estilo. Pero la ciencia principal de que Cánovas hace gala y que por no llamarla sociología me inclino á llamar filosofía de la historia, es á mi ver una ciencia más deseada que lograda. Si la lográsemos, no ya sobrenatural, sino naturalmente, adquiriríamos el don de profecía. La previsión humana, por muy prudente y perspicaz que sea, harto falible y siempre insegura, se convertiría en presciencia semidivina. Desde la altura de esa ciencia ó presciencia maravillosa, descubriríamos el curso de los acontecimientos humanos, la dirección que llevan,

y el término hasta donde tienen que llegar por virtud de leyes providenciales, tan sabiamente ordenadas, que dentro de ellas y no contrariando sino coadyuvando al fin que se proponen, se mueve con holgura toda voluntad humana y no se menoscaban en lo más mínimo la responsabilidad y el libre albedrío de cada individuo y de cada pueblo.

Repito que soy admirador del talento de Cánovas, de la lucidez con que lo veía todo y de la serena imparcialidad con que lo juzgaba; pero ni Cánovas ni nadie en el día de hoy y tal vez nunca, podrá decir lo que el más elegante y sublime de los poetas latinos hace decir al rey de sus dioses:

«*Longius et volvens fatorum arcana movebo.*»

Los empeños de Cánovas como hombre de acción, su amor propio comprometido en determinadas empresas, y hasta la manera, á pesar suyo involuntaria y tal vez inconscientemente interesada, con que veía ó podía ver acontecimientos que favorecían ó contrariaban sus planes, son condiciones ó circunstancias que se oponen á que él prevea con claridad, pronostique con acierto, y tal vez juzgue con exactitud el valer y la transcendencia de hechos ya cumplidos.

En su primer discurso como Presidente del Ateneo, bajo la impresión de dos acontecimientos importantísimos, Cánovas decide y hasta profetiza; pero bien podemos admirarnos de sus pronósticos

y decisiones, sin aceptar por inevitables los pronósticos, ni las decisiones por seguras y bien fundadas. De que el Padre Santo haya perdido su poder temporal y de que los prusianos vencieran en Sedán á los franceses, no puede ni debe inferirse todo lo que Cánovas infiere y anuncia. Para todo católico creyente, la Iglesia de Cristo está fundada sobre inconmovible cimiento y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Ahora bien, ¿cómo creer que la persistencia de tan sólida congregación y del centro soberano que le presta unidad y armonía pueda depender de condición proporcionalmente tan mezquina como es la de que el Padre Santo sea soberano temporal de una pequeña porción de Italia, la obediencia de cuyos habitantes convino conservar á menudo por medio de la intervención y ocupación de un ejército extranjero? ¿Qué garantía de independencia puede dar esto al Padre común de los fieles? La misma historia enseña lo contrario, y tal vez los Papas que han alcanzado mayor poder espiritual en el mundo son los que menos poder temporal han tenido. Gregorio VII murió en Salerno, desterrado de Roma.

La preponderancia ó hegemonía de los pueblos germánicos, así como la decadencia de los neolatinos, no pueden ni deben inferirse de las victorias de Alemania sobre Francia al terminar el reinado

de Napoleón III. ¿Pues qué, desciende tan de súbito una nación y se eleva tan repentinamente otra por la insegura suerte de las armas, en que la fortuna entra á menudo por tanto ó por más que el valor y la ciencia ó que la fuerza y la maña? Muchísimo valen la maña y la fuerza para defenderse y ofender, para adquirir y mantener el imperio; pero no es esta la única medida de la importancia de las naciones. No por perder una vez en lucha armada debe considerarse todo lo demás irremisiblemente perdido. Todavía Francia es riquísima, á pesar de la tremenda sangría de riqueza que le hicieron los prusianos vencedores. Todavía, sin que parezca absurda y vanidosa jactancia, puede decirse que París es el corazón y el cerebro del mundo. Toda flamante doctrina, sana ó perversa, disparatada ó juiciosa, aunque allí no se invente, desde allí se difunde por todas partes. París sigue siendo el centro en que se expiden los títulos y diplomas de celebridad y de gloria: la nueva Síbaris que impone las elegancias y las modas: la ciudad santa, donde acuden en peregrinación los que se precian de *intelectuales* en no pocos países, del mismo modo que los mahometanos van á la Meca. Los poetas y novelistas franceses son más leídos, celebrados é imitados por donde quiera que los de ninguna otra nación.

¿Cómo he de negar yo, ni ha de negar nadie, la

independencia intelectual y el vigor fecundo de la docta y especulativa Alemania, y de Inglaterra y de los Estados Unidos, donde lo que tanto se admira como práctico, industrial y conducente á la prosperidad material, á la riqueza y al poderío, se concierta tan bien con la poesía más sentimental y soñadora, en apariencia al menos? Mas no por eso Francia deja de prevalecer y de descollar sobre todo. Las filosofías y las más hondas especulaciones germánicas, y los más extravagantes sistemas económicos, políticos y antropológicos, inventados en Inglaterra, no corren por el mundo, ni se presentan ni figuran en todas partes, hasta que en París no se les da el pasaporte y la carta de recomendación casi indispensables.

Pero no sólo por el pensamiento, sino también por la acción y por el poder militar y político carece de fundamento la afirmación de la decadencia de Francia. La elevación de un pueblo y su decadencia y ruina no se verifican con tanta rapidez como se cambia una decoración de teatro. La misma Francia, vencida en Sedán y multada y desmembrada luego, había vencido pocos años antes, bajo el mismo régimen y reinando el mismo Emperador, á los rusos en Crimea y á los austriacos en Italia; y hasta había fundado del otro lado del Atlántico un imperio, de cuya efímera duración y desastroso remate no le cabe toda la culpa. Y la

misma Francia, en el mismo siglo en que fué vencida por los prusianos, había triunfado de ellos y de toda Alemania y de Rusia, bajo el primer Napoleón, y aun después de la caída de éste había intervenido en España, había contribuído á dar libertad á Grecia, había conquistado y colonizado Argel, Orán y gran parte del Norte de Africa, y había extendido sus dominios por vastas regiones del Extremo Oriente.

Menos aún que la decadencia de Francia, puede afirmarse la de Italia, cuya independencia y cuya unidad, por largos siglos deseadas y apenas conseguidas bajo el cetro del rey bárbaro Teodorico, se logra al cabo por Cavour y por Garibaldi. Y no se logra de repente, sino después de maravillosa preparación; después del más rico, fértil y espléndido florecimiento del pensar italiano, convergente todo él al mismo propósito, aunque por diversos caminos. ¿Cómo declarar decadente á una nación en el mismo siglo en que han vivido y brillado en su fecundo seno filósofos como Mamiani, Rosmini, Galuppi y Gioberti; historiadores como Tosti y Micali, y literatos y poetas como Parini, Alfieri, Fóscolo, Monti, Manzoni, Leopardi, Nicolini, Giusti y Rosetti?

¿Será quizás que sólo España resulte ó aparezca decadente entre todos los pueblos latinos? Bien examinado este negocio, sólo parece cierto, sean

las que sean las causas, que el colmo, ó mejor dicho, la mayor hondura de nuestro abatimiento y decadencia fué en los últimos años del siglo XVII. Desde entonces, en realidad, no ha decaído España, porque si desde entonces no perdió sus colonias fué por no haber en ellas vida y fuerza bastantes para separarse de nosotros y por no haber crecido aún para quitárnoslas ó el poder y la ambición de otras naciones ó las naciones mismas. Desde entonces, repito, desde fines del siglo XVII. España, lejos de decaer, ha hecho y hace á menudo generosos y grandes esfuerzos, muchas veces, pero no siempre, infructuosos, para salir de su postración y de su atraso, para renacer á nueva y gloriosa vida, como por ejemplo en el reinado de Carlos III y en el heroico levantamiento y guerra de la Independencia; y por último, hasta en época más reciente, á pesar de tan prolongadas guerras civiles, luchas de partido y mezquinas revoluciones y pronunciamientos.

En suma; yo no acierto á ver tal decadencia de la raza latina. Es más: yo no creo en que haya tal raza latina en contraposición de la germánica, ni creo mucho tampoco en que sean germánicos los ingleses, aunque los llamemos anglosajones, con la misma razón ó con poco más razón que pudiéramos llamar germánicos á los franceses, porque fueron conquistados por los francos, ó llamar os-

trogodos ó germanos á los habitantes de Italia ó llamarnos nosotros visigodos y germanos también, ó si se quiere árabes y berberiscos. La división, en cierto modo caprichosa, de las naciones europeas en latinas, germánicas y eslavas, sólo vale, en mi sentir, para crear nuevos odios y rivalidades, con fundamento falso y sofístico, sin estrechar por eso la amistad de unos pueblos con otros ni lograr que fraternicen. La amistad y el aprecio entre franceses y españoles y entre polacos y rusos, han dejado con frecuencia y dejan todavía no poco que desear, sin que acertemos á ver que la idea de que nosotros somos latinos y de que los polacos y los rusos son eslavos valga ó haya valido hasta el día de hoy para la satisfacción de tan buen deseo. Por el contrario, la idea de latinismo, creando, en mi sentir sin razón, un predicamento muy amplio, hace en ocasiones que nos desunamos en vez de unirnos y que en realidad nos descastemos. Por eso no puedo menos de confesar yo que me suena mal y me molesta que, desde Méjico hasta Chile y la Argentina, la inmensa extensión del Nuevo Mundo donde hay muchos Estados y millones de hombres que hablan todavía la lengua castellana, y donde acaso uno á lo más de cada dos ó tres mil pronunciará ó hablará más latín que el *Gloria Patri,* se llame todo América latina, sin duda á fin de no llamarse América española, tal vez por infundado

desdén hacia la antigua metrópoli ó por inveterado, injusto y persistente enojo.

Como quiera que ello sea y aunque nos pese el confesarlo, fuerza es convenir con Cánovas, cuando no en el *latinismo* y en la decadencia latina, en la peculiar y deplorable decadencia de nuestra patria.

Difíciles de explicar son las causas de este fenómeno histórico; de este hecho tan indudable. Al terminar el siglo XV y durante todo el siglo XVI bien puede afirmarse que fué España la primera nación del mundo. ¿Cómo decayó y se postró tan rápidamente? Acaso el estudio teórico en que con mayor persistencia se ha empleado Cánovas, es investigar las causas de la extraordinaria elevación de España, de su poco persistente preponderancia y de su abatimiento lastimoso. Echar la culpa á los reyes y á sus validos, condenar sólo la tiranía y el fanatismo de los gobiernos, podrá ser simpático y popular, pero es injusto y falso. Cánovas buscó causas más hondas á nuestra caída y, en sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV,* llegó á hacer la apología de este rey y hasta una razonable defensa del exageradamente censurado Conde Duque de Olivares.

La decadencia de España obedecía á leyes providenciales, dimanaba de la naturaleza misma de las cosas, y ni Felipe IV, ni Olivares, ni otros mo-

narcas y ministros de mayores arrestos y habilidades, hubieran podido evitarla.

Se diría que Cánovas preveía las censuras que contra él pudieran dirigir sus enemigos políticos, que estaba preocupado de que á él también pudieran acusarle de ineficaz por no lograr lo imposible; y en suma, que se curaba en salud, como vulgarmente se dice, cubriéndose con el escudo y poniéndose en guardia de antemano para parar golpes previstos y que no dejarían de asestarle. Tal previa defensa acaso estaba de sobra. Por la instabilidad de los gobiernos, por los cambios incesantes y por la falta de verdaderos partidos políticos ó sea de grandes agrupaciones de hombres unidos por los mismos intereses, ideas y propósitos, la perseverancia en determinada política, dirigiendo la mira á un punto fijo, sin desistir ni cambiar hasta tocar en él, fué en España obra punto menos que imposible durante el siglo pasado. Cánovas no tenía, pues, necesidad de defender á Olivares ni á nadie, para defenderse en prefiguración de un mal éxito ó de un escaso buen éxito inevitable.

En cambio, muchas personas pudieran acusar á Cánovas, y no pocas le acusaron del pobre concepto que de su nación se suponía que formaba. La acusación, con todo, fué injusta. Amor no quita conocimiento. Conocer y hasta declarar las faltas del objeto amado, no implica que el amor se trueque

en indiferencia ó en menosprecio. A veces, el patriotismo, por su mismo ardor y vehemencia, nos mueve á lanzar contra la patria generosas injurias, á fin de aguijonearla con punzante estímulo, levantarla de su postración y traerla á nueva y gloriosa vida. Por mucho malo que Cánovas pensase y hasta dijese de su patria, jamás hubiera ido hasta donde fueron en sus durísimas reprensiones y en sus sátiras y castigos no pocos insignes y apasionados italianos, como Parini, Leopardi y Rosetti.

En mi sentir, la más clara demostración de la decadencia de España, es la carencia, por olvido ó por desengaño, de la fe y de la esperanza en nuestros propios destinos, la falta de pensamiento nacional, de una idea y de un propósito, en la que coincidan y al que aspiren los espíritus más enérgicos, blanco al que todos dirijan la mira, y donde vean ó crean ver el título verdadero aun de nuestro persistente papel y de nuestra no terminada misión providencial en el mundo. Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, y la propia renacida Italia, tienen la fe viva y fecunda de que nosotros carecemos. En cada una de estas naciones subsiste un ideal superior que vivifica y alienta el alma colectiva. En España es tal la multitud y tal la discrepancia de ideales, que es como si no tuviéramos ninguno. De aquí el abandono, la esterilidad ó la ineficacia de lo castizo. Y de aquí la constante aten-

ción con que miramos y admiramos lo extranjero, y el prurito de remedarlo á menudo con no menor inoportunidad que torpeza.

El grande hombre de Estado es, en otras más dichosas naciones, el apoderado de la mayoría del pueblo, ó por lo menos, del partido más brioso y predominante: es el ejecutor de los proyectos y planes de ese partido, el que tiene el deber de dirigir los públicos asuntos, según leyes y principios cuya persistencia en la historia, cuya condición tradicional infunde respeto y presta vigor para oponerse á novedades extrañas, sin cejar ni pararse por eso.

Este grande hombre de Estado, en país extranjero, como tendrá previa doctrina y marcado y firme propósito y un sistema completo y fundamental, concebido ó aceptado por cuantos le confían el poder, sistema que ha de ser norma y pauta de su conducta, podrá filosofar por lujo; si es elocuente y muy sabidor, pondrá cátedra para lucirse, pero no se le ocurrirá, como á Cánovas no sin razón se le ocurre, crear todo el sistema al que se ajuste su conducta y la explique, rechazar ó admitir extrañas novedades y producir una teoría política ó super-constituyente.

Cánovas no aparece sólo como mero aunque poderosísimo jefe de su partido, sino también como su apóstol, profeta y creador de su credo. Sin

credo en que todos ó en que los más convengan, no hay orientación posible: se ignora el punto donde estamos y el término de nuestro camino. Nada hay estable para que florezca y fructifique. Todo se desarraiga para sembrar ó plantar algo nuevo. Así en España, en el siglo que terminó poco há, el período constituyente no se cierra nunca; las leyes fundamentales y orgánicas se cambian á cada paso: las constituciones nacen y mueren apenas nacidas; las reformas no cesan; y las leyes cuya efímera duración se prevé, no infunden reverencia ni corroboran, sino que debilitan en la conciencia humana la obligación de cumplirlas. Se olvida aquel precepto ó consejo del libro más popular y discreto que en España se ha escrito: "No hagas muchas prágmáticas, y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo, que se guarden y cumplan, que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen."

El incesante prurito de reformar y de legislar vale para disculpa de todo aquel que busca y halla ó presume hallar razones filosóficas para todas sus reformas y sus leyes. Así se expone al peligro de que se prescinda de la oportunidad, de la posibilidad, del elemento histórico, que debe entrar por mucho en la legislación, y sólo se atienda á lo puramente racional y especulativo, con lo cual se forjan sistemas falsos y odiosos.

Nadie, á no estar obcecado, afirmará que la soberanía del pueblo puede y debe ejercerse á cada instante subvirtiendo el orden establecido, sin respetar la tradición y la voluntad de las generaciones que fueron. Nadie desconocerá las dificultades que ofrece el ejercicio del sufragio universal y la demarcación de sus límites, ó sea hasta qué punto el sexo, la menor edad ó la carencia de responsabilidad y aptitud, por ignorancia ó por miseria, se oponen al goce y ejercicio de tal derecho. Y nadie, á no estar loco, entenderá nunca por igualdad democrática ó ante la ley, el que sean iguales todos los hombres en saber, en propiedad y en inteligencia. Pero si prescindiendo de tales consideraciones, que no pueden menos de tenerse muy en cuenta en la práctica, forjamos una teoría con visos de filosófica, contraria á la soberanía del pueblo, á la radical y legítima igualdad de los hombres y al derecho que tienen á que nadie los gobierne sino quien ellos quieran, nos exponemos á que dicha teoría resulte aborrecible, un poco ó un mucho depresiva de la dignidad humana, y tan infundada, que un niño de la doctrina puede desbaratarla con las cortas luces de su sentido común, avivadas y dirigidas por el catecismo.

No fué del caballero ó del burgués más ó menos rico, sino de todo ser humano accidentalmente libre ó esclavo, griego, latino ó bárbaro, de quien

dijo San Agustín: *magna res est homo, factus ad imaginem et similitudinem Dei.* No fué sólo á los doctores y á los próceres á quien dijo Cristo: *sed perfecto como vuestro Padre que está en el cielo.*

La fraternidad y la igualdad de cuantos seres componen el linaje humano no han sido reconocidas y proclamadas recientemente, sino desde muy antiguo en todas las regiones y en todos los pueblos. Sin duda la apoteosis del humano linaje, con que soñó Augusto Comte y sueñan aún otros fanáticos positivistas, es superstición en extremo absurda. Pero el concepto de *humanidad,* y la significación de este vocablo, no ya sólo como calidad ó virtud de ser bondadoso y dulce, sino como algo de substantivo, son ideas antiquísimas que no deben ni pueden tenerse por novedad peligrosa. Ya lo dijo Séneca: *Homines quidem pereunt; ipsa humanitas ad quam homo effingitur permanet:* El ser inmortad de la humanidad permanece aunque los hombres perezcan.

No hay ni debe haber *superhumanidad* ni *superhombres.* Quien pretenda ponerse sobre la humanidad es antihumano. No conviene que haya naciones y razas superiores y preponderantes á expensas, por inmolación ó esclavitud de otras naciones atrasadas ó decaídas; ni conviene que haya, ni en realidad hay, clases pensadoras, directoras y gobernadoras y otras que deban dejar que las gobier-

nen y que piensen por ellas, limitándose á obedecer y á callarse. *La plutocracia* es á menudo un hecho, pero no es de derecho nunca. La riqueza no es medida exacta del saber y de la inteligencia. La moralidad y el sano juicio no se estiman ni se gradúan por la mayor ó menor renta que cada uno tiene. Ricos puede haber harto más necios y más viciosos que los pobres. Aunque sea más racional y más progresista creer que la riqueza educa y que por consiguiente mejora, y que en el rico hay más motivos que en el pobre para ser generoso y bueno, y menos incentivos que puedan hacerle caer en error y en pecado, no veo sobrado fundamento, en nombre de la justicia, para declarar al pobre imbécil é incapaz de gobernarse y para sujetarle á la tutela de una supuesta clase superior y gobernadora. Y digo supuesta clase, porque en realidad tal clase no existe. La burguesía, la clase media, ó como queramos llamarla, no es tal clase, sino el conjunto así de todos aquellos que despojados ya de antiguos privilegios aristocráticos entran en el estado llano, como de todos aquellos que por su inteligencia, por su actividad y por sus virtudes de orden y de economía entran también en ese estado llano, y tal vez descuellan en él, surgiendo del más obscuro fondo de las capas sociales.

El Estado que debe realizar la justicia, no ha de ser para favorecer á los ricos y hacer que ellos

gobiernen y dirijan á los pobres, ni ha de ser tampoco para que los pobres vivan á expensas de los ricos, sino para que todos vivan y puedan prosperar, medrar y gozar sin infringir la ley. Y no puede decirse que los ricos deben gobernar y no deben gobernar los pobres, porque los pobres no tienen que perder, lo cual es completamente falso. Las dos pesetas de salario del más cuitado de entre ellos tienen para él igual ó mayor importancia que la enorme suma de libras esterlinas ó de dollars para el dichoso capitalista que la posee y goza. Y en cuanto á la vida, así del cuerpo como del alma, no vale ni importa menos la de un miserable obrero que la de un Fúcar. Tal vez parezca más razonable afirmar el extremo contrario, porque si un Fúcar muere ó enferma, no ha de faltarle otro Fúcar, su heredero, que maneje como él ó mejor que él sus capitales; pero la producción del obrero, la obra de sus manos, el fruto de su sudor ¿quién le suplirá si él falta ó decae?

Ni veo yo tampoco la razón en que se funda Cánovas para recelar que la igualdad política, el sufragio universal, la ilimitada democracia, ha de traer la revolución social como inevitable consecuencia. Al revés lo entiendo yo: entiendo que esa ilimitada democracia acaba con la única razón en que la revolución social pudiera fundarse. El que se queda pobre, el que desde una humilde posi-

ción no sube hasta la cumbre del poder y de las dignidades, el que no acierta á surgir de la obscuridad para bañarse y brillar en el luminoso ambiente de la gloria, no podrá tener derecho para quejarse de la sociedad que le deja francas todas las puertas y abiertos todos los caminos. No diré yo que sean agradables la pobreza y la insignificancia; pero lo que no sólo es desagradable sino que además parece insufrible, es que por ser pobre se condene á un ser humano á perpetua infancia, á incapacidad declarada por la ley y á inevitable tutela. Lo cristiano, lo católico es que la soberanía reside en el pueblo sin distinción de clases y en quien el pueblo la delega. De Dios procede la potestad, *non est potestas nisi á Deo;* pero como dice Domingo de Soto, la muchedumbre crea la potestad inspirada por Dios: *divinitus erudita.* Dios no exige rentas ni otras condiciones y garantías para otorgar en dicha creación voz y voto.

Acaso el ingente poderío, la soberbia triunfante de algunas naciones del Norte de Europa deslumbraron algo á Cánovas y le movieron, ya que no á aceptar resueltamente, á resignarse y á conformarse con ciertas doctrinas, inventadas las más en Inglaterra, y que en mi sentir no sólo ofenden al linaje humano en su totalidad, sino que también propenden á que dudemos de la bondadosa Providencia divina, á no ser que para justificar á esta

providencia traigamos á cuento la compensación que en una vida ultramundana han de tener los perjudicados.

Es terrible y cruel considerar esta vida que ahora vivimos como lucha sin tregua para conservarla y gozarla á costa de la vida de los otros: *struggle for life.* Es triste imaginar que el progreso es la selección, y que para que una nación, tribu ó raza prospere y florezca, conviene que otras se sometan, se humillen ó desaparezcan cuando son inferiores por degradación ó por atraso; que no haya compasión ni afecto, ni propósito de aupar á los hundidos ni de promover el adelantamiento de los rezagados. Y aun es peor y más desconsoladora la suposición de Malthus de que la gente aumenta mucho más que los medios de subsistencia y de que son muy útiles la guerra, la peste y el hambre, para que nuestro planeta no se pueble demasiado y no se vean sus habitantes en la dura necesidad de comerse unos á otros.

Ha descubierto Cánovas un precursor de Malthus en el autor anónimo de una obra titulada *Arcanos de la dominación,* obra escrita por un español en la segunda mitad del siglo XVII. Los asertos de este primitivo malthusiano coinciden en lo substancial con los del sofista inglés. Cánovas da la razón á ambos y cree en la exactitud del lamentable y desigual crecimiento de la población y de los

medios de subsistencia. Cánovas llega á decir para ilustrar este punto que: «no bien se cuece una hogaza más de pan, no tan sólo nace el hombre que ha de consumirla, sino otro además que llega con la esperanza, frecuentemente frustrada, de que le toque en ella alguna parte. Tal esperanza origina el pauperismo.»

Tremenda afirmación es ésta que hasta la esperanza de comer pan quiere quitar á muchos de los que nacen. Por dicha, si bien Cánovas ve el peligro constante, aunque parcial, de que nazca mucha gente, todavía nos consuela empujando hacia un porvenir muy lejano el más espantoso peligro de que lleguemos á no caber de pies en nuestro planeta y á que no haya comida para todos. Yo, por mi parte, sin atreverme á poner en duda la exactitud de lo observado por Malthus y por nuestro anónimo, me limitaré á decir, que cuando éste compuso sus *Arcanos de la dominación,* la población de España no pasaría de seguro de seis millones, y que en el día de hoy, en que debe de ser de más de dieciocho, hay mucha menos miseria, se come y se viste y se calza mejor, y la gente está también mejor alojada. En Bélgica, pongamos por caso, habrá hoy seis millones de habitantes, muchísima más gente que cuando los *Arcanos de la dominación* se compusieron. En proporción de su territorio, que viene á ser la décima sexta parte del de

España, en España debiera haber noventa y seis millones; mas no por eso en Bélgica hay más hambrientos y menesterosos que en España. Tranquilicémonos, pues, ya que el peligro, si le hay, está muy remoto. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir en lo futuro! En lo futuro todo cabe, no solo un funestísimo aumento de población. El carbón de piedra puede consumirse, las fuentes secarse y dejar de correr los ríos, enfriarse la tierra, apagarse el sol, ó con el perpetuo rodar de nuestro planeta irse aplastando cada vez más los polos y ensanchándose el Ecuador hasta agujerearse la esferoide y convertirse en un anillo, el cual, dilatándose cada vez más en lo hueco y adelgazándose en el aro, acabe por descomponerse en pedazos informes y sin vida. Pero aunque preveamos todas estas cosas ó algunas de ellas ¿no sería ridículo exceso de precaución y fatuidad imperdonable, querer prevenirlas ó evitarlas reemplazando á la Providencia?

En vez de remedar á Calcas y ser adivino de males, y en vez de arrogarnos la facultad de prevenirlos ¿no sería más racional recordar y seguir el consejo ó precepto de Cristo en el Sermón de la Montaña, desechar toda cautela, confiar en Dios y decir con imprevisión piadosa, *busquemos el reino de Dios y su justicia*, y lo demás se nos dará por añadidura?

Cánovas deja ver en algunos pasajes de sus escritos que se inclina á esta opinión, considerando que los gobiernos que tratan de resolver la cuestión social y se afanan en inventar y promulgar reformas, pecan de entrometidos y se extralimitan de sus atribuciones. Cánovas, sin embargo, reprueba el optimismo de Bastiat y duda de que la omnímoda libertad individual y la no intervención y la inercia de los que mandan, han de producir indefectiblemente las armonías económicas más deseables.

No por eso nuestro teórico grande hombre de Estado aprecia en poco la economía política, si bien la cree insuficiente para resolver cuestión alguna, sin el auxilio de la moral fundada en la fe religiosa. Nadie más opuesto que Cánovas á todas las nuevas ciencias ó disciplinas sociales, que se fundan ó se apoyan en el positivismo, en el materialismo ó en el panteísmo.

En Inglaterra es donde se ha llegado en esta materia á los más delirantes extremos. Buckle, por ejemplo, llega á afirmar que ni Platón ni Aristóteles, ni los Santos Padres griegos y latinos, ni todos los doctores angélicos, seráficos y sutiles, ni los propios Evangelios, han tenido más benéfico influjo en el progreso de la humanidad que el escocés Adán Smith con su *Riqueza de las naciones*. Bien es verdad que Buckle, después de abrumar-

nos más que Drapper á fuerza de vituperios, asegura que nuestra inferioridad en todo procede del sobrado temor de Dios, infundido en las almas de los españoles por los frecuentes terremotos y por las largas sequías, entreveradas de lluvias torrenciales y desaforadas tormentas, que menudean en nuestra tierra y nos hacen medrosos, intolerantes y crueles.

Es indudable que, ora sea optimista, ora pesimista, el pensador político que niega ó desconoce á Dios, la inmortalidad del alma y el libre albedrío, forja una moral independiente, ineficaz para levantar sobre ella el idilio social y el reino de la justicia que debemos buscar todos. En vez de la justicia deja que impere la fuerza, ya sea para que las muchedumbres tumultuosa y fieramente se impongan y predominen, ó ya para que pueblos, castas superiores ú oligarquías sabias, astutas y audaces avasallen al menesteroso é indocto vulgo, le despojen de la posesión y goce de la tierra y hasta le mermen y si fuere menester le destruyan. Se diría que tan disparada locura no puede con seriedad sostenerse; pero tales son la doctrina y el profético anuncio del Superhombre.

Ernesto Renan, en uno de sus más curiosos escritos, llega á explicarnos un sistema tan singular que nos hace dudar de si lo explica creyendo en él ó sólo como pesada chanza y como muestra de

su mucha inventiva y del primor de su estilo. A semejanza de cierto rey de un cuento persa, víctima de compromiso contraído, que tiene que degollar á todos los pretendientes de su hija que no resuelven ni aclaran los enigmas y problemas que su hija plantea ó propone y que deplora y solemniza con un mar de lágrimas tan ineludible degollación, Ernesto Renan deplora la degollación que se ve obligado á ejecutar, para no ser infiel á su hija la ciencia, de cuantas son las ideas y sentimientos religiosos. ¿Pero qué remedio puede haber para mal tan inevitable? Las personas finas é ilustradas cuentan con la filosofía para preservarse del egoísmo, no contraer vicios y no caer en pecado; pero el vulgo, que no filosofa, se rebela y se desenfrena cuando pierde las creencias. El remedio que para tanto mal halla Renan es ingenioso á maravilla. La física y la química progresan espantosamente. Bien podemos exclamar con un discreto autor de zarzuelas

Hoy las ciencias adelantan
Que es una barbaridad.

El proyecto de Renan es que en lo sucesivo no se divulguen los portentosos adelantos é invenciones que han de realizarse de seguro; que todo quede sigilosamente reservado en el seno de las congregaciones ó colegios de los sabios; que todo sea lo que llamaron en la clásica antigüedad doctrina

acroamática; y que, armados los sabios de tal doctrina y del arte taumatúrgico que de ella emana, tengan á raya á la insolente muchedumbre y la amenacen ó la castiguen, ya con cataclismos, ya con erupciones volcánicas, ya con tempestades, ya con epidemias.

Al contradecir el gratuito aserto de que ha pasado la edad de la fe y de que la llamada edad de la razón es la que viven hoy los pueblos civilizados en invencible incredulidad religiosa, negando lo sobrenatural y transcendente, ni Cánovas ni nadie es menos liberal ni menos democrático que los impíos ó irreligiosos. Antes bien puede y debe afirmarse y sostenerse que la sana democracia y el verdadero liberalismo tienen por base la religión, raíz y fundamento de la dignidad del hombre y motivo principal del respeto y del amor que al prójimo debemos. La justicia y la misericordia, el derecho de reprimir y de castigar al delincuente, y el deber de amparar al desvalido, apenas se conciben sin creer en un legislador supremo, en el libre albedrío del hombre y en su responsabilidad consiguiente.

Defendiendo Cánovas, en medio de los azares y tumultos de una revolución desatentada, y demostrando y proclamando en la cátedra del Ateneo tan altos y salvadores principios, mereció bien de su patria y contribuyó á que se consiguiese la paz, y

á que no se menoscabase ó pervirtiese la cultura del humano linaje. Justísimas son las alabanzas que le da por esto el Padre Ceferino González, en su *Historia de la Filosofía.* Sus "escritos y peroraciones, dice, se distinguen por la precisión del lenguaje y la exactitud de las ideas". Y más adelante añade que Cánovas "ha contribuído no poco á extender y consolidar el movimiento filosófico cristiano, no ya sólo por medio de sus estudios y trabajos históricos, sino principalmente por razón de algunos de sus discursos pronunciados en el Ateneo, los cuales reflejan el talento profundo y la ciencia seria y comprensiva de su autor".

No sé yo hasta qué punto puedan considerarse exactas una discretísima observación de Cánovas, y cierta distinción que infiere de ella entre germanos y latinos. Entiende él que en Alemania la teoría y la práctica van cada una por su lado, y que allí el atrevimiento ó el disparate teórico es harto menos peligroso que entre nosotros, donde no bien inventamos ó importamos el atrevimiento ó el disparate, nos empeñamos en traducirle en la práctica con irreflexiva premura.

Alguna verdad hay en esto, ya que á los sabios y filósofos alemanes suelen hacerles menos caso en su tierra que en las extrañas. La figura intelectual de ellos se asemeja con frecuencia á las imágenes pintadas en los vidrios de la linterna mágica,

que si bien aparecen diminutas en el vidrio, se ajigantan y adquieren proporciones enormes cuando se proyectan en lienzo ó pared muy distantes. Así, por ejemplo, Krause, Schopenhauer, Nietzche y otros.

No participo yo, con todo, del entusiasmo de Cánovas por Kant cuando aprueba y aplaude que, si bien con la razón pura cree destruir toda prueba de la existencia de Dios, con la razón práctica luego nos tranquiliza, nos consuela y nos devuelve al dios que nos había quitado. No fué bufonada de Enrique Heine, sino censura juiciosa, á mi ver, lo que dijo de que Kant, para satisfacción y consuelo de su criado, tuvo á bien devolverle el dios de que le había despojado primero. Por qué si nuestras ideas son sensaciones transformadas que penetran en la mente, donde se ajustan dentro de ciertas formas que en nuestra mente hay, sin que podamos afirmar la identidad ni la semejanza siquiera de tales imágenes con los objetos exteriores que las producen, el *subgetivismo* es completo. Si cuanto sabemos está en el yo, y es creación del yo, fuera del cual no hay para nosotros sino un motor incógnito que nos impulsa y habilita para crear nuestro fantástico universo, las leyes que le gobiernan no podrán tener por consiguiente realidad objetiva. ¿Por qué, pués, han de tenerla el imperativo categórico, la responsabilidad y el libre albedrío de

nuestra alma, que reconoce y acata la ley moral, y la innegable existencia del Supremo Legislador, que la promulga?

Harto menos alambicadas especulaciones inducen por dicha á Cánovas á ser creyente. Como Donoso Cortés, á quien admira, sostiene Cánovas que toda buena política se funda en una buena teología, mas no por eso sigue á Donoso hasta el extremo de creer convenientísimo ser buen teólogo para ser buen gobernante. Cisneros y Richelieu, citados para ejemplo por Donoso, presumo yo que debieron de ser teólogos menos que medianos; que tuvieron harto olvidadas, si es que las estudiaron alguna vez, la Suma de Santo Tomás y las Sentencias de Pedro Lombardo. El propio Cánovas, con perdón sea dicho, no hubo de ser tampoco muy versado en teología. Ni necesitaba serlo para poseer la prudencia mundana, la habilidad, la entereza y otras nobles prendas, por las que ya se cuenta entre los varones ilustres, honra de su nación, hábil para gobernarla y devotísimo aunque algo desesperanzado patriota. Si pudiéramos evocarle y traerle á nueva vida, le diríamos como Fausto dice: "desecha lúgubres cavilaciones y baña tu pecho terrenal en el rosicler de la aurora".

Aunque sólo fuera para no fatigaros con más prolijo razonamiento, las desecharía yo también. Ceso, pues, en mi propósito de ir en pos de Cán

vas por el intrincado y confuso laberinto de los enigmas que pretende aclarar y de los problemas pavorosos por cuya resolución se afana con más talento que ventura.

En la acción, á no dudarlo, la hubiera tenido grandísima si sus altos propósitos hubieran estado al alcance de valor humano. Pero la condición de las naciones es hoy muy otra de como fué en las pasadas edades. Casi estéril sacrificio es hoy la heroicidad sin la riqueza que da la fuerza. Con un puñado de pobres aventureros no pueden hoy desbaratarse imperios y descubrirse y conquistarse mundos. Se requieren enormes riquezas, acorazados y torpederos, pólvora y dinamita, multitud de cañones, centenares de miles de soldados y tesoros sin cuento para mantener tanto bélico pertrecho y para adiestrar á los hombres en el arte y en el tino con que han de emplearse. Nunca mejor que ahora pudo decirse: *si vis pacem para bellum.* El poder político estriba en el industrialismo, en la buena administración de la Hacienda y en el ahorro. La carencia de tales virtudes, nuestra escasa laboriosidad y nuestro despilfarro y desorden administrativo, nos tienen apocados y nos tienen además descontentos unos de otros, echándonos mutuamente la culpa de recientes malandanzas y desastres, tal vez sintiendo en el pecho veleidades suicidas de separarnos en vez de unirnos y formando

entre los labios la sacrílega negación de la grandeza y virtud de nuestros antepasados.

Esta negación deletérea es ya el último grado de postración y amilanamiento. Ningún Mesías político puede suscitarse á sí, sino para ser en balde ofendido y crucificado. Las grandes acciones requieren la fé vivísima en quien ha de ejecutarlas y el apoyo y el concurso del pueblo en cuyo favor las ejecute. Por un cúmulo de circunstancias deplorables esto faltó á Cánovas y faltó también á no pocos otros hombres que recientemente hemos tenido y que en mi sentir no valen menos de los que figuran hoy y han figurado en el último pasado siglo en las naciones más prósperas y poderosas.

No lamentemos nuestra supuesta degeneración. La preponderancia de otros pueblos no es tan incontrastable como su engreimiento supone, ni debe ser tan sin remedio nuestra caída como quizás imaginamos en nuestro desaliento. ¿Por qué perder toda esperanza de algo á modo de resurrección dichosa: de que sobrevengan aún días felices en que hijos de España y sirviendo á España merezcan la admiración y el asombro de sus contemporáneos, como lo merecieron todos los españoles que celebró Maquiavelo en *El Príncipe,* Castiglione en *El Cortesano* y Campanella en la *Monarquía,* que quiso hacer universal para que fuese nuestra?

Todavía, al presente, después de tanta desventu-

ra como ha venido á abrumarnos, no puede ser mayor ni más pomposo y elocuente el elogio que hace de nuestro pasado valer el insigne historiador y *ensayista* Lord Macaulay.

"El predominio que España ejercía entonces en Europa, era en cierto modo bien merecido. Habíale alcanzado por su indiscutible superioridad en todas las artes políticas y guerreras. En el siglo XVI, así como Italia era sin duda alguna la tierra por excelencia de las bellas artes, y Alemania la de las atrevidas especulaciones teológicas, España era la tierra de los políticos y soldados. El carácter que Virgilio atribuye á sus compatriotas pudiera haber sido reclamado como suyo por los graves y altivos jefes que rodeaban el trono de Fernando el Católico y de sus inmediatos sucesores. El arte majestástico, el *regere imperio populos* nunca fué mejor entendido por los romanos en los más gloriosos días de su República, que por Gonzalo y Ximénez, Cortés y Alba. La pericia de los diplomáticos españoles era celebrada en toda Europa. Aún se recuerda en Inglaterra el nombre de Gondomar. La nación soberana no tenía rival en el arte de la guerra regular, ni en el de la irregular. Tanto la impetuosa caballería de Francia como las apretadas falanges suizas eran deficientes en sus arrestos, puestas cara á cara con la infantería española. Y en las guerras del Nuevo Mundo, donde era menester en el

General algo distinto de la estrategia corriente y en el soldado algo distinto de la ordinaria disciplina, y donde á menudo se hacía preciso oponer algún nuevo expediente á las variadas tácticas de bárbaros enemigos, los aventureros españoles, surgidos del vulgo, mostraban una fertilidad de recursos y un talento para negociar y mandar, que apenas encuentran parangón en la historia».

«El castellano de aquellos tiempos era al italiano lo que el romano era al griego en los días de la grandeza de Roma. El conquistador tenía menos ingenuidad, menos gusto, menos delicadeza de percepción que el conquistado, pero tenía mucho más orgullo, firmeza y valor, más solemne apostura y más alto sentido de su honra. El pueblo dominado era más sutil en la especulación: el dominante en la acción más enérgico. Los vicios del primero eran los del abatido y vencido: del tirano los del segundo. Puede añadirse que el español, como el romano, no desdeñaba el estudio de las artes y el idioma de aquellos á quien oprimía».

«En la literatura de España ocurrió revolución no desemejante á la que, según nos cuenta Horacio, tuvo lugar en la poesía latina: *capta ferum victorem cepit.*»

No me parece bien aceptar con el sabio Lord la supremacía en atrevidas especulaciones teológicas que concede á Alemania sobre la España de aque-

llos tiempos. No valen menos que los teólogos alemanes, Melchor Cano, el eximio Suárez, ambos Luises y los maravillosos místicos que sin extraviarse compiten, y si no vencen, igualan á Eckart y á Tauler, penetrando en los obscuros senos del alma para estudiarlos con analítica perspicacia, y arrebatados luego y guiados por la inteligencia y por el amor, buscar á Dios, tratar de conocerle y unirse con Él en aquel abismo.

Pondera luego Lord Macaulay el influjo dichoso que ejercieron en nuestra rica y original literatura el estudio y la imitación de la de Italia; enumera y celebra con brillantes frases á nuestros más valientes guerreros y políticos por lo bien que cultivaron las letras, sin descuidar las artes del Imperio y sin dejar el ejercicio de las armas; cita y ensalza á Boscán, á Garcilaso, á Hurtado de Mendoza, á Lope, á Cervantes y á otros, y añade por último:

"Es curioso considerar con qué temeroso respeto miraban á un español nuestros antepasados de aquella época. Era este español, en concepto de ellos, una especie de demonio, horriblemente malévolo, pero también en extremo sagaz y poderoso.—Son muy sabios y políticos, decía cierto honrado inglés en un memorial dirigido á la Reina María, y pueden por medio de su saber, reformar y enfrenar su propia naturaleza conformando su condición al modo de ser de aquellos hombres

con quienes alternan alegre y amistosamente. Estas dañinas y engañosas maneras no las comprenderá hombre alguno en tanto que no caiga bajo la sujeción de ellos; pero cuando caiga, las comprenderá y sentirá del todo: cosa de la que ruego á Dios que preserve á Inglaterra, porque en disimulación, hasta que alcanzan sus propósitos, y en opresión y tiranía cuando los han logrado, exceden á cuantas son las naciones de la tierra. — Este es el lenguaje de que se hubiera valido Arminio para hablar de Roma ó que pudiera usar un estadista de la India, en los tiempos actuales, al hablar de los ingleses. Es el lenguaje de un hombre ardiendo en odio, pero acobardado por aquellos á quien odia y reconociendo con pesadumbre que le son superiores no sólo por el poder sino también por la inteligencia.„

Ahora bien, yo tengo por cierto que, si las almas de los *graves y altivos jefes que rodeaban el trono de Fernando el Católico y de sus inmediatos sucesores,* cuando, según la ficción poética de Virgilio, moraban en el Eliseo aguardando su nueva encarnación y aparición sobre la tierra, hubiesen encontrado las almas de otros jefes españoles de nuestros días, acaso en vez de desdeñarlas por inferiores las hubieran respetado por iguales, diciendo con amor á alguna de ellas:

. . . . . *Si qua falta aspera rumpas*
Tu Marcellus erit. Manibus date lilia plenis.

En mi sentir, no podemos quejarnos porque carezcamos de varones egregios capaces de restaurar á España en su antigua y perdida grandeza. Aspero é invencible tejido de circunstancias lo impide sólo. El más hábil y brioso, y el mejor intencionado de los gobernantes, poco ó nada logra sin el auxilio, crédito y plena confianza de su pueblo, al que no sabrá ni podrá guiar si su pueblo mismo no expresa con firme y poco discrepante decisión á dónde quiere ir y por dónde.

No hay mayor estorbo para elevarse que la extremada variedad de opiniones y la desconfianza en las propias fuerzas. Nadie consigue sino humillarse si él mismo, exagerando la modestia con abyecta humildad se desestima; si se echa en el surco, como vulgarmente se dice; si desecha todo pensamiento propio y admira y copia, sin discernirlos bien, los pensamientos ajenos.

Pensemos, pues, y propongamos algo por nosotros mismos. No seamos federales por haber traducido á Proudhon, maravillándonos locamente de su raro talento de sofista. No seamos tradicionalistas ó clericales á lo Donoso, para copiar á Bonald y al Conde José de Maistre que nos embelesan. No seamos tampoco intolerantes librepensadores y furibundos anticlericales, para ajustarnos á la última moda de París. Seamos algo por nosotros y tengamos en nosotros la fe y el mutuo apre-

cio de que procede la concordia. El regionalismo, y hasta los insanos deseos de separación, no proceden sólo de medioeval atavismo, sino de presumir que en tal cual lugar ó región de España nos hemos adelantado y puesto al nivel de los más nobles pueblos y razas, mientras que el resto de los desventurados españoles se hunde cada vez más ó se queda á la zaga.

De estas epidémicas dolencias, de estos y de otros semejantes extravíos, es menester que nos curemos. Y no para aspirar de nuevo al predominio, sino para permanecer en el concierto de las naciones cultas y civilizadoras, y para que no nos expulsen, poniéndonos entre las naciones decaídas, por desestimar nuestro derecho y por declarar caducados ó no valederos y falsos desde su origen los títulos en que se funda.

Jamás acertaré yo á describir, ni menos me atreveré á declarar las causas principales de la decadencia de España. Indicaré sólo algo que apunta el ya citado Campanella en el mismo libro en que traza el plan que podía darnos, en su opinión, la hegemonía ó el imperio del mundo, porque *inventa tipografia et tormenta belica, rerum summa redit ad hispanos, homines sane impigros fortes et astutos.*

Lo que más se oponía, según dicho escritor, al logro de tamaña empresa, era nuestra escasa habi-

lidad para producir riqueza, y nuestra falta de circunspección, parsimonia y tino en gastarla. Lo mejor, lo más próspero é industrioso del mundo era nuestro cuando Campanella decía: *Est admiratione dignum, quomodo consumatur tanta divitiarum vis sine ullo emolumento: cum videamus Regem fere perpetua inopia laborare, atque etiam ab aliis mutuo accipere.*

Más inclinado yo á ser idólatra que iconoclasta, ensalzo á Cánovas y apruebo y aplaudo los lauros que se le otorgan y los monumentos y estatuas que se le erigen. Y esto, no ya sólo por hombre de acción, sino también por su talento de pensador y por su fácil, avasalladora y brillante palabra, condición esta última casi punto menos que indispensable en el régimen parlamentario.

No creo, con todo, que para gobernar sea indispensable también mucha teología, mucha metafísica ó atesorar noticia completa de cuántas son las cosas divinas y humanas. Bastan el buen propósito y la firme voluntad de que se consiga, y nadie niega á Cánovas tales dotes. Las acendra, por último, y las magnifica, dando más valer á su nobilísima vida, el violento y prematuro fin que esta vida tuvo; el crimen que al quitársela pudo inducir á negar á los más optimistas que el progreso moral vaya por el mismo camino que el indudable progreso del bienestar y de la riqueza. No son

menesterosos y desvalidos los que cometen tales crímenes, sino hombres extraviados por corto saber y doctrinas absurdas, por vanidad sin fundamento, ponzoñosa envidia y nefando prurito de mostrarse de pronto al mundo con sangriento resplandor y con infame nombradía.

De la lectura de los hermosos discursos de Cánovas y de las ideas que acuden á mi mente al meditar en ellos, mi criterio ordinario y precientífico se atreve á inferir varias reglas del arte de gobernar, entre las cuales quiero humildemente poner aquí las que siguen:

Procurar el restablecimiento de la subordinación y del respeto á la autoridad, hoy algo perdidos.

Cuidar fiel y hábilmente de la hacienda pública y pagar las antiguas deudas, sin contraer otras nuevas.

Hacer el Gobierno cuanto esté á su alcance para no dejar el mando, ó por temor del peligro ó por cansancio del trabajo. Un Gobierno efímero para poco ó nada vale, por excelente que sea, y algo vale siempre, aunque sea mediano, con tal de que dure.

No promover cuestiones que traigan la discordia en vez de la unión entre los ciudadanos.

Ser parco en reformas, sobre todo de las que llaman sociales.

Confiar en Dios encomendándole la resolución de ciertos pavorosos problemas, á fin de no ser como el inexperto aprendiz y presumido mozo que rompe la máquina por el afán de arreglarla.

Legislar lo menos que se pueda.

No fabricar, ni comerciar, sino en lo que sea de la ineludible incumbencia del Estado, á fin de no competir con la iniciativa individual, arredrándola, incapacitándola y tal vez destruyéndola con las armas y medios que da el dinero de que por los tributos se la despoja.

Adquirir gran dosis de paciencia, serenidad y calma para esquivar ó para disimular, hasta donde sea compatible con el decoro, desdenes y agravios, que no puede ni repeler ni castigar por ahora nuestra flaqueza.

Y, por último, esmerarse en conservar las más cordiales relaciones con los pueblos y gobiernos extranjeros, pero no contraer singulares alianzas. Nada debe aventurarse sin contar con suficientes medios y ocasión propicia. No deben seducirnos el desesperado arrojo del vencido Piamonte y su portentoso buen éxito en liga primero con Francia y con Prusia más tarde. El genio de Cavour y su audaz y bien concertada diplomacia de nada hubieran valido sin la vencedora corriente de opinión sostenida y agitada durante siglos por sacrificio y pertinaz denuedo de príncipes y caudillos

ambiciosos y por larga serie de tribunos, estadistas, filósofos y poetas, amantes de su patria, Italia, y ansiosos de verla libre y una.

Según se ve, en nuestra situación actual, que Dios mediante es de esperar que mejore, ha de buscarse, á mi ver, la suspirada mejoría en el sosiego y en la paz y no en cambios y revoluciones, ya sean desde arriba, ya sean desde abajo.

Solo en un punto no me parecen las reformas inoportunas sino útiles y deseables, con tal de que se lleven á cabo suave y pausadamente, para no dar motivo ni á trastornos ni á quejas.

Yo soy tan individualista como el que más. Y durante mi larga vida he sido siempre, valiéndome de una expresión familiar y muy usada, más liberal que Riego; pero creo que una atribución de la que no puede desprenderse el Estado es la de ser docente. Para que el alma colectiva tenga pensamiento propio, para que la voluntad nacional no se marchite ó desmaye por falta de norte que la guíe y de objeto que la traiga, es indispensable una educación oficial homogénea: que el Estado y, por su medio los que el Estado nombra y paga, no abusen de la confianza que el Estado pone en ellos ni enseñen doctrinas contrarias á las que sin atreverse á negarlo profesa la mayoría de los ciudadanos, ni socaven las bases seculares en que el Estado se sostiene.

Harto comprendo yo la grave dificultad que esto ofrece: la antinomia de algunos de mis asertos. No basta, á fin de armonizarlos, la libertad omnímoda de enseñar cada uno, con tal de que sea por su cuenta, la doctrina que estime verdadera y sana, sin más restricciones que las impuestas por la moral universal ó por el fundado temor de inminente subversión del orden establecido. Todavía se puede objetar que no debe destruirse ni mermarse la libertad de la ciencia en los establecimientos de enseñanza que costea el Estado: que no hay Ministro ni centro oficial con saber y competencia bastantes para decidir y decretar si se opone y concuerda lo que alguien enseña con las tradicionales creencias de la mayoría y con los venerandos principios en que el Estado se funda. En nuestra época, por ejemplo, se valen no pocos de hipótesis plausibles que los inquisidores más rígidos hubieran aprobado cuando no aplaudido en España. ¿Por qué el mismo Cánovas por temor de incurrir en heterodoxia, no quiere desechar el concepto antropocéntrico de lo creado, y da por cierto que la innumerable multitud de astros que brillan en la amplitud del éter y toda la inmensidad del universo, tienen por principal fin y propósito la utilidad, la contemplación y el recreo del hombre que habita en nuestro mezquino planeta? ¿Por qué negar que haya fuera de él, en otros

mundos, seres corpóreos, racionales y libres?

Yo doy por cierto que el propio Felipe II gustaba del sistema que Copérnico inventó y dedicó al Papa Paulo III. A los que condenan hipótesis ó niegan verdades inventadas ó descubiertas por facultad racional y meramente humana, apoyándose para la negación en otras mal entendidas verdades de orden religioso, bien se les puede aplicar lo que dijo el sabio Villalobos cuando había inquisición en España; que son como los criminales que se acogen á sagrado y buscan asilo en la Iglesia, para que sus delitos queden impunes. Hasta para los disparates y extravagancias había entonces indulgencia, aprobación y tal vez aplauso, mirándolos con independencia de la revelación y no queriendo reconocer en ellos intento ni poder para hacer vacilar ó para destruir los dogmas que por revelación aceptamos.

Sin duda no imaginó ningún Ministro ó familiar del Santo Oficio lo que imaginan algunos en nuestra edad: que habló Dios á Moisés en la cumbre fulgurante del Sinaí para enseñarle física, química y cosmogonía.

Tales son las dificultades gravísimas que la enseñanza oficial presenta y que sólo con el recto juicio y con la prudencia más exquisita pueden salvar los que gobiernan.

Pero ya es tiempo de que yo ponga término á

esta prolija disertación, receloso como lo estoy de fatigaros por demás al prestarle oído. Termino, pues, confiando en vuestra benevolencia y rogándoos que perdonéis los muchos errores en que sin duda he de haber incurrido. Acaso penséis, porque en horas no sé si de acerba y depresora melancolía ó de saludable y austero desengaño lo pienso yo también, que al impugnar por pesimistas algunas sentencias de Cánovas, yerro yo y él acierta. Acaso mi sobrado apego á las cosas terrenales me mueve á creerlas menos irremediablemente perversas. Acaso confío yo más de lo justo en el progreso indefinido y en los bienes que ha de traer por obra de la humana condición radicalmente viciada por el pecado. Y acaso mi espíritu, algo gentílico y más jovial que saturnino, se resista á aceptar que este mundo sea solo y deba siempre ser cárcel baja y obscura, valle de lágrimas y molestísimo lugar de tránsito, de expiación y de prueba.

Perdonadme, no obstante, como os lo he rogado, y justificad vuestro perdón por el convencimiento que habéis de tener de la buena intención que me inspira todo cuanto aquí he dicho.

CONSIDERACIONES SOBRE "EL QUIJOTE" (1)

SEÑOR:

La Real Academia Española, deseosa de dar á su voz en la presente solemnidad todo el alcance y la significación que le consienten sus gloriosos y dilatados anales, encargó por unánime acuerdo de todos sus miembros, al insigne literato, eminente crítico y laborioso académico, dechado de prosistas españoles D. Juan Valera y Alcalá Galiano, la expresión de los hondos y vivos sentimientos que palpitan en su corazón al celebrar, juntamente con todo lo que encierra de grande y noble la Patria, el aniversario tres veces secular de la aparición del *Quijote* en el materno solar de las hidalgas letras castellanas.

---

(1) Obra póstuma.

Discurso escrito por encargo de la Real Academia Española para conmemorar el tercer centenario de la publicación de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, leído por el Excelentísimo Sr. D. Alejandro Pidal y Mon en la sesión celebrada e día 8 de Mayo de 1905, presidida por S. M. el Rey.

Pocos ó casi ninguno en realidad, encerraba en su fecundo seno la Academia con más títulos y mayor significación literaria para exponer en acto tan solemne, el amor que anega todo pecho español y el entusiasmo en que se desborda al solo nombre de aquel libro en que aparece como cifrado todo el sublime contenido de la gloriosa civilización española, ostentado al aire libre y á la luz en la más amena, risueña y graciosa narración que ha alegrado jamás los oídos del linaje humano en las tristezas de su peregrinación sobre la tierra, y que más que en frágil y deleznable papel, parece que trazó en mármoles y en bronces imperecederos la esforzada diestra del soldado y del poeta español para que no cesase de sonar perpetuamente en los siglos la carcajada universal, tan espontánea como imperiosa, con que comenta la humanidad la lectura de sus páginas inmortales.

Era, como es á todos notorio, D. Juan Valera un espíritu libre y original, adiestrado en toda clásica disciplina, identificado con el genio literario español en sus formas más acendradas y castizas, abierto á todo viento de inspiración tanto nacional como extranjera y dotado de aquella difícil facilidad en la expresión serena y llana de las más transcendentales doctrinas, que se iluminaban, al pasar por los bien cortados puntos de su pluma, con la clara y apacible luz meridional que limpia sin esfuerzo y

como sin querer el ambiente de todo vago y malsano linaje de brumas y de nieblas, sin que falte por eso en la oportuna sazón, al lado de la luminosa transparencia castellana, el cambiante que esmalta y colora con uno y otro matiz los verjeles pintorescos del Norte, ni el toque de vivísima lumbre con que dora y como que incendia el africano sol las feraces campiñas andaluzas.

Su saber y su erudición atesorados en su prodigiosa memoria, su vasta cultura universal acrecida en viajes y lecturas de todas las literaturas humanas, su talento crítico, sagaz, profundo y observador, su carácter modesto, pero independiente y un patriotismo tan ajeno á jactancias irreflexivas como á abdicaciones injustificadas, le hacían apto como quien más para trabajos como el presente, como lo pregona á gritos más que á voces con su reconocido valer el estudio con que enriqueció los fastos de esta Academia en su celebrado discuso sobre el *Quijote.*

Hay sucesos, Señor, misteriosamente casuales en la existencia, que impresionan vivamente la más distraída atención, llamándola á meditaciones profundas: Valera, amantísimo de la Real Academia Española, acogió su ruego con humildad y con dolor. La humildad le llevó á obedecer ciegamente. El dolor acrisoló su obediencia, porque temía en su sincera modestia que los achaques y la edad no le

permitieran alzarse á toda la altura de su empeño. Temor infundado como veréis, porque el Homero de nuestra crítica, si no pudo abrir sus ojos corporales, cerrados ya para siempre al trabajo y la luz, abrió los ojos de su espíritu, y como fluyen aguas cristalinas los ocultos veneros en las montañas, fluyeron de su alma y de su corazón torrentes de prosa abrillantada y castiza, arrastrando en su generoso raudal sartas de corales y perlas que recogía con trabajo sobre el papel la diestra acelerada y tardía de su asombrado secretario.

El discurso estaba ya para terminar. Apenas faltaba nada para darle punto, cuando la muerte le puso el sello de la inmortalidad, ahogando en la propia garganta del cisne los últimos ecos de su canto, sin duda para que quedase sin concluir como casi todo lo grande sobre la tierra.

Si la voz de Valera vivo, en la presente ocasión, hubiera sido el *Himno* triunfal del *Quijote* entonado por el único casi superviviente de aquella generación de literatos insignes que inmortalizaron los anales literarios del reinado de D.ª Isabel II, condensando la admiración tradicional de las edades pasadas al *Don Quijote*, la voz de Valera muerto es el *testamento* literario del representante por estudio y por tradición de la España antigua y por origen, independencia y emancipación de la España moderna, que en los dinteles mismos de la

Eternidad y reclinado ya sobre los bordes de su tumba trasmite á la España del porvenir el secreto de la belleza literaria y artística, enseñándole el misterioso conjuro con que las Gracias de la antigüedad, evocadas por el Genio del Renacimiento, descendieron risueñas sobre la Mancha, para vestir su escultórica desnudez con las armas tomadas de orín de los bisabuelos de Don Quijote, con el sayo y las alforjas de Sancho, con el dengue asturiano de Maritornes y hasta con la prosaica bacía del barbero, convertida al prodigioso toque de su festivo talismán, en el propio yelmo de Mambrino.

Escuchemos, pues, atentos y respetuosos su voz, que resuena ya como bajada de lo alto, sobre lo que constituye hoy por hoy el más preciado blasón de nuestro abolengo literario, forjado por la diestra del héroe y del Genio español á quien llamamos *El Manco de Lepanto*, por haber sacrificado una mano en los altares de la Patria en la más alta ocasión que vieron y que verán los siglos, y donde se preservó incólume por un prodigio de la Providencia la otra, sin duda para que nos señalase con ambas las dos sendas de la inmortalidad que conducen al templo de la gloria, donde tan alto dejó escrito con su propia sangre y su luz el inmarcesible nombre de España.

Esta Real Academia, en su junta ordinaria del día 12 de Enero del presente año, acordó celebrar una sesión pública y solemne para conmemorar el tercer centenario de la publicación del *Quijote,* honrándome con el encargo de escribir el discurso que en alabanza del mencionado libro en dicha sesión debe leerse.

Lisonjeado yo con tal encargo y lleno de gratitud por la confianza que en mí pusísteis entonces, no quise, ni supe excusarme de cumplirle, aunque reconozco harto bien cuán difícil es salir airoso del empeño y cuán débiles son mis fuerzas, abatidas y menguadas por la vejez, para dar cima á tanta empresa con algo que satisfaga vuestra aspiración y que no sea indigno del alto asunto que ha de tratarse.

Declaro, sin afectada modestia, que dudo mucho de mi aptitud, y creo que la de cualquiera otro, si sólo se atendiese al saber y al entendimienio, valdría mucho más que la mía. En lo único que no

cedo á nadie, y yo mismo me pongo atrevidamente entre los primeros, es en el entusiasmo que la obra de Miguel de Cervantes me inspira, y en mi arraigado convencimiento de la importancia y valor de dicha obra, por la que merece con justicia su autor el general aplauso de los entendidos y el título indiscutible y persistente de Príncipe de los ingenios españoles.

No he de tratar aquí de probar la validez de este título. Quien le otorga no es el engreimiento patriótico, ni es el amor propio nacional, ni la moda, ni el pasajero favor del público en un momento dado. El *Quijote,* desde el día en que se publicó, obtuvo la aprobación y el aplauso de las gentes, deleitó y encantó á sus lectores, y no sólo agradó en España y en la hermosa lengua en que fué escrito, sino también en las demás naciones y en las diversas lenguas en que fué traducido. Lejos de decaer su buena fama, lejos de marchitarse con el andar del tiempo el laurel que mereció su autor, bien puede asegurarse que reverdece más cada día y se muestra más frondoso, florido y lozano, dilatándose por donde quiera.

No es sólo en España donde coronamos á Cervantes. No somos nosotros solos, sino también las personas ilustradas de los demás pueblos, los que le colocan al nivel de los más grandes poetas que ha habido en el mundo, entendido el vocablo poe-

ta en su sentido más amplio. En Italia le colocan al nivel de Dante, al nivel de Shakespeare en Inglaterra y al nivel de Goethe en Alemania.

Nosotros, aunque se nos tilde de sobrada soberbia, cuando no por el talento reflexivo, nos aventuramos á colocarle más alto por su inspiración espontánea é ingénua. Tal es el concepto, espontáneo é ingénuo también, que del *Quijote* y de su autor formamos en el día sus compatriotas. Clara manifestación de este concepto es la fiesta unánime y el jubiloso triunfo con que recordamos la aparición de la inmortal novela.

Ni por un instante, á pesar de mi frialdad crítica y de mi propensión al escepticismo, he vacilado yo en tener por fundada la razón suficiente del homenaje, por grande que sea, que á Miguel de Cervantes tributamos hoy. No le creo nacido de arrogante jactancia nacional, sino de convencimiento claro y seguro. Esto no se opone, con todo, no á que nos empeñemos en probar lo que creemos por fé invencible y sin necesidad de prueba, sino á que investiguemos, hasta donde podamos penetrar razonando, el fundamento de nuestra admiración, incontrastable y preconcebida.

¿Por qué un libro de mero pasatiempo, una sátira literaria, una parodia, una obra de burlas, ha de descollar sobre toda la labor intelectual, así de la nación española, como de otras inteligentes y

cultas naciones europeas, no en época determinada, sino durante siglos?

Como quiera que se explique, y sean mayores ó menores el influjo y la importancia de la cultura de España, sobre todo desde fines del siglo XV hasta fines del siglo XVII, es lo cierto que á fines del siglo XVII decayó esta cultura, así como también la fuerza expansiva, el poder político y el vigor imperioso del pueblo que la había difundido por el mundo. Tal vez el odio á nuestro predominio pasado y la vanidad de otros pueblos que en el predominio nos sucedían, concurrieron entonces á desconocer nuestro merecimiento, á rebajar nuestra gloria, á menoscabar y hasta negar las facultades civilizadoras de nuestra raza. Se calificó nuestro pensamiento de estéril, de inútil ó nocivo al progreso, de estorbo de la humanidad en su marcha ascendente hacia más luminosas regiones de libertad y de ventura; y singularmente en ciencias y en letras, se nos motejó de extraviados y de faltos de crítica, de orden y de buen gusto. Llegó á sostenerse que sólo habíamos tenido un libro bueno: el que se burlaba de los demás. Este libro fué el *Quijote*. Tan abrumados llegaron á estar los españoles bajo el peso de tanto vituperio, que no pocos aceptaron con humildad y casi sin protesta, y tomaron por justa la cruel declaración de nuestra inferioridad mental, contra la cual sólo preva-

lecía el *Quijote,* y esto porque venía á ratificar y á corroborar la sentencia.

¿Pero por qué se salvaba el *Quijote* del general hundimiento? Creerle merecido y renegar de nuestra casta, no son cualidades positivas que basten á salvar un libro del acerbo desprecio que sobre los demás se fulmina.

A fin de justificar la benévola excepción hecha por los extranjeros del *Quijote,* y por nosotros aceptada, surgieron críticos y comentadores, que se desvelaron para hacer ver que la verbosidad, la carencia de medida y de juicio y la infracción de todas las reglas no se advertían en el *Quijote,* cuyo autor, en dicho libro al menos, seguía las reglas y las observaba escrupulosamente, después de haberlas estudiado con muy laudable aplicación, como las estudió, por ejemplo, Homero, el cual, según sostiene Hermosilla, asistió á la cátedra de Retórica y Poética de un colegio ó universidad que en su tiempo había en Esmirna, cátedra que el mismo Homero hubo de ocupar más tarde.

El análisis crítico del *Quijote,* hecho por los preceptistas neoclásicos del siglo XVIII, no dió, con todo, el más brillante resultado; no logró justificar, por la estricta observancia de las reglas de Aristóteles, Horacio, Vida y Boileau, que la obra de Miguel de Cervantes era digna del más alto lugar entre las creaciones del ingenio humano.

Aquellas mismas reglas que habían de servir, y que sirvieron, para tasar el mérito del *Quijote* y para medir sus grados de excelencia, sólo podían aplicarse por analogía, imaginando que el *Quijote* era una epopeya ó algo á la epopeya muy parecido, y no otro diverso género de composición para el cual dichas reglas no habían sido dictadas.

Por otra parte, ni los autores de las ya mencionadas artes poéticas, ni sus más severos comentadores é intérpretes, pusieron nunca el valer extraordinario y positivo de una fábula ó narración poética, en su conformidad completa con la Gramática, con la Retórica y con todas las artes de la palabra escrita ó hablada. Tal conformidad podrá valer, y vale sin duda, para calificar un libro de muy correcto, culto y elegante, para que se le considere limpio de faltas, y para que su autor sea estimado como raro modelo de maestría; pero desde esta calificación, aunque en extremo honrosa, hasta la de que hoy abusamos con frecuencia, prodigándola y llamando *genio* á quien entendemos ó imaginamos que la merece, hay una enorme distancia que nadie atraviesa con seguridad y sin extravío, aunque se sepa de memoria á Hugo Blair y Batteux, y aunque estudie después y vaya armado de todas las estéticas que recientemente se han escrito.

Calcular la elevación de un poeta por su mayo

ó menor sujeción á los preceptos, declararle por ello vencedor y concederle el triunfo, es como si de los tres príncipes hermanos en cierto cuento oriental, se hubiese concedido el premio y la mano y el corazón de la bella infanta al que disparó y envió su flecha más lejos. No la hubiera obtenido el que más la merecía. Las flechas de dos de ellos pudieron hallarse en el punto donde llegaron á caer, pero no se halló la del que tuvo más brío para disparar la suya, porque fué más allá de toda previsión razonable. Movida por atractivo más poderoso que el de la infanta, mostró y abrió al príncipe el camino de los mágicos jardines y del reluciente palacio donde el hada Parabanú, ó sea la emperatriz de los genios, la verdadera y más sublime musa, enamorada de él, le estaba aguardando.

Algo hay sin duda en el arte que va más allá, mucho más allá de las reglas, en lo cual reside y se funda el encanto misterioso que presta superior valer á la obra del artista ó del poeta.

¿Cómo acertaré yo á discurrir sobre este encanto misterioso y á demostrar, apoyándola con razones, mi firme creencia de que en el *Quijote* reside?

En mi sentir, es indisputable, no ya que hubiese un determinado personaje que se llamase Homero ni que fuese muy versado en literatura, hábil expositor y catedrático y fiel observador de sus leyes, como Hermosilla supone, sino que la *Iliada,* ó dí-

gase el principal poema que á Homero se atribuye, está por cima de toda comparación. Aparece, al despuntar la cultura europea, como fecunda y clara luz de su aurora. Sean los que sean los diversos elementos que venidos de Fenicia, de Frigia, de Egipto, del centro del Asia y hasta del remoto Oriente, concurren á formar esta cultura, todos ellos se fundieron en uno, y adquirieron al fundirse carácter original y propio, manifestándose en el rico y hermoso idioma de un pueblo predestinado y conteniendo en germen toda la fuerza creadora y predominante que hizo primero á Grecia, á Italia y á España luego, y á otras naciones europeas más tarde, maestras soberanas y civilizadoras del mundo.

Por intuición semidivina y no por raciocinio y dialéctica, como si fuese inspirado por un numen y no premeditado, hubo de formarse el armonioso conjunto de tradiciones extrañas é indígenas, de leyendas, símbolos y creencias de diversas tribus, de sentencias de antiquísimos sabios y de conceptos imaginarios de la oculta naturaleza de las cosas, visto todo al través de un velo mágico, que sin descubrir el íntimo ser, enriquecía lo aparente de seductora belleza. Más adivinada que estudiada y pensada, más impersonal que personal, como si fuese la creación de todo un pueblo y no de un solo hombre, surgió así la verdadera epopeya pri-

mitiva, conteniendo en germen las leyes y las artes y hasta los principios religiosos y morales que habían de ir desenvolviéndose y fructificando en el alma de las futuras generaciones.

Por esto hallo incomparable la *Iliada*. Es la epopeya más completa de Europa. A toda epopeya ulterior falta algo. Lo épico popular difuso no desaparece sin duda; pero la ciencia, la reflexión, las nociones adquiridas por especulación ó por experiencia, vienen á adelantarse al vaticinio, á la virtud adivinatoria que presta á la primitiva epopeya la trascendencia de un libro sagrado, donde lo que toda una casta de hombres piensa, siente, ve ó sueña de un modo confuso, adquiere luminosa forma por virtud de palabras que dicta la deidad á una predilecta criatura humana.

Las epopeyas modernas son más artificiosas que inspiradas. La reflexión y la crítica no van en pos del numen inspirador, sino que le preceden y le guían. El vaticinio, el espíritu profético, cede el primer lugar á la previsión razonada. El poder sobrehumano que interviene en la acción épica y la virtud reveladora del poeta que la canta, no nacen en el alma del poeta mismo ni en la de su pueblo, para difundirse y adoctrinar luego á muchos otros pueblos y castas, sino que nacen en gran parte de ciencia y de experiencia adquiridas y de extrañas revelaciones.

Lo épico persiste porque no hay facultad humana que desaparezca ni que mengüe, porque otras crezcan y se magnifiquen; pero lo que se sabe ó lo que se cree viene á limitarse por la contradicción y la duda, pierde no poco de la firmeza y autoridad que antes tenía, vacila y no se impone.

No es ya un dios, sino mera alegoría, bajo la cual se oculta la razón ó el natural discurso, la que dicta los oráculos, pronostica los arcanos destinos y se atreve á enseñar los caminos de la vida.

Sólo un poema, aunque artificioso también y más debido á un singular poeta que al alma colectiva de un pueblo, ha aparecido, á mi ver, en el seno de una civilización muy adelantada, conteniendo en sí algo de la universalidad y de la enseñanza trascendente de la primitiva epopeya, lo cual, contando con el valer extraordinario del hombre que compuso el poema, se debe á un cúmulo de circunstancias dichosas, que difícilmente pueden aparecer y coincidir de nuevo. Para que apareciese y cantase Virgilio, fué menester que hubiese una gran ciudad que extendiese su dominio sobre muchas y diversas naciones y por mucha parte del mundo conocido entonces; que enseñase á hablar y que hablase una lengua majestuosa, elegante y rica; que imaginase haber creado un Imperio sin fin, Imperio que iba á dar la paz al mundo, y que se presintiese que iba á aparecer un reden-

tor y salvador, llegada ya ó próxima á llegar la plenitud de los tiempos y cumpliéndose así profecías y pronósticos de antiguos videntes y sabios.

La decadencia de Roma, la caída en Occidente de su grande imperio, la invasión de los pueblos del Norte, en la barbarie aún casi todos ellos, la corrupción del latín dando origen á nuevos idiomas, rudos é ínformes al principio, y la aparición de distintas y aun opuestas nacionalidades, tal vez convenían para el ulterior progreso del linaje humano, pero por lo pronto hicieron retroceder á la cultura, y si trajeron y acumularon nuevos elementos, que habían de valer en lo futuro para sublimarla, los trajeron y acumularon en gran confusión y desorden. Cuanto podía poner orden y verter luz en aquel caos obscuro, más bien que concebido en él, procedía de la pasada civilización, más eclipsada y aletargada que muerta. Lo más sano de la antigua filosofía, considerado acaso como preparación evangélica, el Cristianismo que, prescindiendo de su valer y de su fundamento sosobrehumanos, era importado y no nacido entre los modernos pueblos de Europa, y la afirmación y el sistemático concierto de los dogmas religiosos y morales, dilucidados y discutidos por los Padres de la Iglesia y promulgados en los concilios, todo precedía, todo era exterior y anterior á la nueva era: todo era ciencia ya adquirida que tro-

caba la facultad creadora en reminiscencia, y los nuevos conceptos en comentarios ó explicaciones de los antiguos, y que propendía, no á la aparición original y sin antecedentes de una civilización más alta, sino al renacimiento de la civilización antigua, aunque depurada, amplia y completa.

No sé hasta qué punto pueda calificarse de epopeya el admirable libro de Dante Alighieri; pero no nace en él un saber nuevo, sino renace el saber antiguo, se extiende y se divulga merced á un idioma vernáculo ya formado, y propende y logra en parte hacerse popular saliendo del santuario y de las escuelas. Virgilio sirve á Dante de guía, y le preceden é iluminan su espíritu, no sólo las Sagradas Escrituras, sino Platón, Aristóteles y muchos otros sabios, griegos, judíos, muslimes y cristianos, hasta Averroes, que hizo el *Gran comento,* y Tomás de Aquino, que compuso la *Suma.*

El más frecuente y general asunto de la narración heroica, durante la edad media, sigue siendo las guerras, conquistas y hazañas de griegos y romanos, aunque sin duda en combinación con el vehemente anhelo, sentido por nuevas razas y sociedades de hombres, de renovar glorias y grandezas pasadas, prestando á los héroes que les dieron cima carácter y condiciones que los desfiguraban y los hacían muy otros de los que en su tiempo y sazón habían sido. La guerra de Troya y los altos

hechos de Alejandro de Macedonia constituyeron un ciclo épico. El poderío romano fué fundamento de otro ciclo, prolongado y ampliado hasta Carlo Magno, sucesor y heredero de los antiguos césares del Imperio de Roma.

Las ideas, tradiciones, fábulas, doctrinas religiosas y principios políticos y morales que los pueblos del Norte trajeron consigo al invadir y desbaratar el Imperio de Roma, formando Estados y naciones nuevas, carecieron de la briosa y suficiente originalidad para eclipsar la luz de la antigua poesía ó para transfigurarla al combinarse con ella, creando algo que la igualase, cuando no la superase. Bien pudo lo sobrenatural cristiano convertir en alegorías, en sombras vanas y sin consistencia, el Olimpo, el Parnaso, el Citerón y todos sus dioses, musas, ninfas y demás deidades inspiradoras; pero nada ó poco importó para esto el Walhala.

Cuanto trajeron más tarde los mahometanos conquistadores ó los europeos importaron de Asia en Europa, después del gran movimiento de las Cruzadas, nada logró fundirse con el persistente recuerdo de lo clásico y con el más elevado sentir y pensar cristiano y católico para crear en los siglos medios una poesía, universal y trascendente como la antigua, que mirase á lo porvenir, que tuviese finalidad y que abriese claros y dilatados horizontes en el camino del linaje humano. La ciencia, y

no la poesía, fué la iniciadora en la edad media. Durante siglos, el latín, muerto para el vulgo, y aunque viciado, persistente entre los eruditos y doctores, fué el medio más poderoso del progreso.

Acaso el elemento poético más original que hubo en Europa durante la edad media, con carácter general y no nacional ó regional sólo, se debe á una raza creyente y noble, aunque vencida y oprimida. Libres por algún tiempo los antiguos britanos é independientes del poder de Roma, hubieron de tener religión, cultura, leyes y príncipes propios. Una gentil y delicada flor de poesía hubo de nacer y ser cultivada entre ellos. Tribus germánicas, y principalmente los anglosajones, acabaron con la independencia de aquellos isleños celtas y los sometieron á su dominio ó los movieron á refugiarse en la Armórica, á la que dieron su nombre, llamándola Bretaña. La antigua poesía céltica, purificada en el infortunio por ideas y sentimientos cristianos, se conservó, y sin duda se transfiguró ocultamente, tal vez hasta el instante en que, conquistando los normandos á Inglaterra, resurgió triunfante al considerarse vengada de los antiguos conquistadores. Los druidas y los bardos volvieron entonces de la misteriosa Avalón convertidos en príncipes y reyes católicos, en andantes y enamorados caballeros y en muy discretas y hermosas damas y soberanas señoras, con brillante séquito

de hadas y de encantadores activos y fecundos en estupendas maravillas, aunque sin muy razonable objeto y sin propósito claro.

El ciclo de la Tabla Redonda se extendió pronto por Europa toda, compitió con las historias y fábulas, griegas, latinas y orientales, y vino á ser como la persistente tela donde los *trouvères* del Norte de Francia, los refinados trovadores de Provenza y los inspirados *minesinger* de Alemania, con Wolfang de Eschembach al frente de ellos, bordaron vagas y primorosas leyendas, fundaron reinos que no están en el mapa y crearon palacios encantados é intrincadas selvas por donde atrevidos paladines iban en demanda del Santo Grial, ó á dar cima á fantásticas empresas y enmarañadas aventuras.

Por cierto que al asegurar Montesquieu, si él fué quien lo aseguró, que el *Quijote* es libro español que se burla de los demás libros españoles, mostró no estar muy enterado de todo lo dicho. Cuanto hay de sobrenatural y sofístico, de soñado y nebuloso en nuestros libros de caballerías tiene origen extranjero; por moda fué importado en España, aunque recamado y adornado luego por la vigorosa imaginación y fácil estilo de nuestros escritores, entre quienes descuella, fuese quien fuese, el autor del *Amadís,* «*libro único en su arte y el mejor de todos los que en este género se han compues-*

to», como el mismo Miguel de Cervantes le preconiza.

No condenó Cervantes los buenos libros de caballerías. No sólo ensalza el *Amadís,* sino más ensalza aún, si cabe, á *Tirante el blanco* y á *Palmerín de Inglaterra.* Lo que Cervantes condena, lo que es blanco de sus burlas, es la exageración, el amaneramiento, las extravagancias viciosas: casi siempre lo exótico y nunca lo castizo.

Más dignos de elogio que de censura son en verdad el refinado sentir caballeresco, la admiración y devoción respetuosa, y la púdica, continente y platónica ternura con que paladines y trovadores sirven ó se supone que sirven á sus damas. Dante y Petrarca hicieron brotar de este sentir un limpio y abundante venero de pura poesía. Bien merece cualquiera de ellos que le celebremos llamándole:

> El que al amor desnudo en Grecia y Roma
> De un velo candidísimo adornando
> Volvió al regazo de la Urania Venus.

Pero este mismo sentir se exageró y vició y acabó por amanerarse. Tal vez no fué *candidísimo velo,* sino pesada y tupida vestidura la que se puso al amor contrahecho, para encubrir sus fealdades con postizos y falsos adornos. Tal vez el menosprecio y poca estimación que á la generalidad de las mujeres se les concedía se quiso compensar con

la adoración sacrílega y mentirosa de alguna singular princesa, de alguna alta y soberana señora.

Corrompido el casto amor cristiano, vino á convertirse con frecuencia en bastardo culto de hiperdulía, el cual, merced á su vehemencia y á sus ímpetus, solía romper todo freno de moralidad y de leyes. Con razón declara, pues, el satírico maldiciente, hablando de las damas así adoradas y servidas, que no gustaba de ellas y que las que él quería que hubiese ó imaginaba que en lo antiguo hubo en su patria eran:

> Todas matronas y ninguna dama;
> Que este nombre de halago cortesano
> No admitió lo severo de su fama.

Y aunque el alambicado amor de los trovadores y de los caballeros á sus damas no traspasase los límites de lo lícito, ni tomase trágicas proporciones, siempre solía ser propenso y harto ocasionado á degenerar en cómico y risible. Así lo comprendió Cervantes, y por eso imaginó y creó á Dulcinea.

Habían sobrevenido en el mundo extraordinarios cambios y novedades inauditas, por donde el humano linaje se abrió nuevos caminos y tomó nueva dirección en su marcha. La invención de la pólvora y la de la imprenta, el más claro conocimiento de la antigüedad clásica importado en el occidente de Europa por los sabios griegos fugiti-

tivos de Bizancio, y, sobre todo, el descubrimiento de la total grandeza y redondez de la tierra, de inmensos continentes é islas y de dilatadísimos mares, hizo imaginar á muchos que iba á terminar la edad de la fe y que la edad de la razón empezaba.

Por extraña contradicción del pensamiento humano, cuando en la realidad de los hechos y de las cosas se revelaba un fondo poético más alto y más amplio que todo lo previsto y soñado antes, ese mismo pensamiento humano, deslumbrado, absorto, ciego por el mismo resplandor de cuanto acababa de descubrir y aun no acertaba á comprender, se rebeló contra la poesía, se empeñó en ser demasiado razonable y se aficionó á la prosa más de lo justo. Apenas vió el haz de lo descubierto y no penetró en las profundidades misteriosas que bajo el haz de lo descubierto se ocultaban. El universo, que en nuestra vanidad presuntuosa juzgábamos ya conocido por experiencia, nos pareció más pequeño y menos hermoso que el que imaginábamos ó soñábamos antes en nuestra infantil ignorancia. Las hadas, los encantadores, las ninfas y los genios, todo, por tiránico decreto de la Ciencia, fué expulsado del mundo real. La epopeya, la poesía narrativa como arte, llegó al mismo tiempo á su mayor perfección en la forma, merced á la superior cultura y elegancia que los nuevos idiomas habían alcanzado. De aquí el primoroso floreci-

miento de la poesía artificial narrativa y la decadencia ó más bien la casi imposibilidad de la verdadera epopeya espontánea, sentida y creída hasta en sus recursos y poderes sobrenaturales.

En Italia se trocó en juguete ameno y gracioso toda la *romancería*, con Angélica, Orlando, y Medoro, con el Glorioso Imperante y sus valientes paladines. Todo ello fué menos serio que de chanzas ó de burlas; todo para pasatiempo y no para más altos fines. Los entes sobrehumanos de las antiguas mitologías tuvieron que desvanecerse como ensueños ó como criaturas sin substancia, y sólo persistieron como figuras retóricas, abstracciones, alegoría y símbolos sin vida. Así la *Reina de las hadas*, de Spencer, con todos los seres amigos y enemigos que la circundan, no vienen á ser, á pesar del ingenio poderoso del poeta, sino disfrazadas personificaciones del catolicismo y del protestantismo y de otras ideas, opiniones y conceptos políticos ó religiosos. Se derrochó el saber, el ingenio, el atildamiento y la habilidad primorosa, pero no pudo aparecer ni apareció la epopeya. Solo consiguió suplantarla la historia descarnada y seca, sin milagro de veras creído, sino de algo que naturalmente sucede y que tal vez gustaría ó interesaría más contado en prosa que con el trabajoso artificio de las octavas reales. Y, sin embargo, apenas se concebía entonces nada mejor en lo épico. Bien lo confirma

Cervantes cuando en el donoso escrutinio de la librería, hace decir al cura que la *Araucana* de Ercilla y la *Austriada* de Juan Rufo «son los mejores libros que en verso heróico en lengua castellana están escritos y que pueden competir con los más famosos de Italia».

Lo único que por entonces, á pesar de no pocas deficiencias, se aproxima á la epopeya verdaderamente inspirada, fué las *Luisiadas* de Luis de Camoens. Este gran poeta presintió y adivinó todo el valer, toda la maravillosa transcendencia de las hazañas que portugueses y castellanos habían realizado para magnificar y completar en nuestra mente el concepto de la creación ó de las incomprensibles obras divinas, en todas las cuales está Dios sosteniéndolas con su poder y llenándolas de su gloria.

Fuerza es confesar, no obstante, que, deslumbrado nuestro espíritu por la magnitud de la realidad descubierta, no acertó por lo pronto á penetrar en el centro de ella y á descubrir allí la nueva poesía. Más bien por virtud del prurito razonador propendió el alma humana á desnudar la naturaleza de sobrenaturales prodigios y á no ver en el mundo sino aquello que se nos aparece por observación y experiencia de los sentidos. Esto mismo lo vimos mal. Apenas tuvimos vagar para hacernos cargo de todo. Por la India pasamos con los ojos

cerrados, sin llegar á comprender hasta mucho más tarde su antiquísima civilización, su filosofía y sus ideas religiosas. Al tomar posesión del gran continente americano, formamos sin duda inventario científico de cuanto en él había de su flora y de su fauna, de las razas humanas que le poblaban y hasta de los idiomas que hablaban estas razas, trabajo todo de los españoles, trabajo utilísimo para la ciencia, pero sin la visión sintética, sin aquella más elevada y completa concepción que había de ser ó podía ser núcleo y fecunda semilla de una poesía nueva.

Lo descubierto ó averiguado daba bastante motivo para que las antiguas expediciones civilizadoras y triunfantes de Osiris y de Baco, de Salomón y de Hirán, y las conquistas de Alejandro y de Trajano se tuviesen en poco, y para que el poeta pudiese decir, sin pecar de arrogante y presuntuoso:

Cesse tudo o que a musa antiga canta.
Que outro valor mais alto se alevanta.

Pero, si hubo bastante motivo y razón para imponer silencio á la antigua musa, faltaron vigor y aliento fatídico para que la musa nueva llegase á cantar con la requerida y condigna resonancia. El prematuro racionalismo tuvo la culpa. Cuanto se decía ó escribía, mejor que en verso estaba en prosa. La prosa más sencilla, la más de buena fe, la que se limitaba á contar lo materialmente visto y

no lo espiritualmente soñado, resultaba más poética que el verso.

La misma Reforma contribuyó, poco más tarde, á desnudar cuanto existe de sobrenaturales encantos, á crear en su idea un dios solitario y adusto escondido en las remotísimas profundidades del cielo, casi sin ángeles, casi sin santos y casi sin la brillante corte celestial de cándidas vírgenes y de bellas pecadoras arrepentidas.

La manía de lo experimental, el recto juicio, el método baconiano, el no apreciar sino lo bien observado por los sentidos, hubo de prevalecer así, procurando destruir la poesía como ficción dañosa ó ridícula, á no considerarla como primorosa tarea de mero pasatiempo que divertía ó interesaba, pero que no enseñaba. Lo substancial, lo didáctico, lo concionante se puso en prosa. Los libros científicos del Rey Sabio valen mil veces más que todos sus versos. López de Ayala es ya un grave historiador y sabio político y no un descarnado cronista ó un juglar cantor de gestas. Y la narración fingida en prosa, la novela y el cuento cuyo contenido es una lección moral, política ó religiosa, prevalece y se sobrepone á casi todas las coplas y discreteos sutiles de los Cancioneros.

Desde épocas muy antiguas, desde antes que se formase y puliese el habla castellana, el ingenio español dió brillantes muestras de su rara aptitud

para la narración prosaica. No hubo género de novela ó de cuento que entre nosotros no se cultivase y no diese sazonados frutos. Tofail y Lulio encerraron sus filosofías en novelas. Dechado perfecto del apólogo ejemplar nos dió el infante D. Juan Manuel. Restaurados recuerdos de la soñada edad de oro y de antiquísima poesía que ya pasó, en combinación con sutilezas petrarquistas y platónicas, inspiraron sus novelas pastoriles á Bernardín Ribeiro, á Jorge de Monte Mayor y á Gil Polo. La novela histórica, presentida y en cierto modo realizada con candidez graciosa, nace con Ginés Pérez de Hita y con Antonio de Villegas. Y la realidad vulgar de la vida humana, las costumbres, pasiones y sentimientos de la plebe, sin pesimismo tétrico, con más alegría y con menos coturno que ahora, dan ser á la novela picaresca, en la que se ensaya y sobresale el mismo Cervantes, apercibiéndose y adiestrándose para escribir el *Quijote*.

Lo ideal y lo real á la vez, lo novelesco y lo dramático juntos, lo más trágico y lo más cómico, maravillosamente fundidos en diálogos llenos de verdad y hermosura, producen, por último, *La Celestina,* libro singular, germen rico del teatro y de la fingida narración en prosa de las edades venideras.

Tales eran, en mi sentir, las corrientes del pensamiento cuando Miguel de Cervantes vino al

mundo y dió razón de quién era, así en sus hechos como en sus dichos.

Miguel de Cervantes fué un gran poeta, sin duda. Y no menos que en prosa hubiera sido gran poeta en verso, si las circunstancias no le hubieran sido contrarias. Reflexivamente cedía al espíritu razonador de su época; negaba lo milagroso, poniéndolo en parodia, pero lo amaba con entusiasmo á par que lo negaba y lo parodiaba. Su chistoso y benigno humor pone de manifiesto á cada paso esta inclinación suya, en ninguna parte con mayor claridad y gracia que cuando Don Quijote, en vez de persuadir á Sancho de que era sueño ó embuste el retozo que tuvo en el cielo con las Siete Cabrillas, se allana á creerlo todo, con tal de que Sancho crea cuanto él acertó á ver en la Cueva de Montesinos. Y si hasta para lo absurdo, con tal de que fuese divertido ó poéticamente hermoso, Cervantes propendía á la credulidad y repugnaba el escepticismo, ¿cómo ha podido suponer nadie que Cervantes dudó nunca de la grandeza de su patria, que censuró las doctrinas y principios que informaban la civilización y el gran ser de España en su tiempo, y que lo escarneció todo, empeñándose en reformarlo, ó más bien en trastornarlo, como el más audaz progresista, librepensador y revolucionario de nuestros días?

Aunque en algo harto menos esencial, arrastrado

por la nueva corriente del pensamiento, Cervantes aparezca á veces como burlándose, ó como censurando instituciones, doctrinas, hechos y cosas que en lo más hondo del alma todos en su tiempo respetaban, yo tengo por cierto que la censura ó la burla de Cervantes no iba ni podía ir sino contra la malicia, contra la flaqueza ó contra la viciosa condición de los hombres, que torcían la rectitud ó maleaban y viciaban la dignidad y la conveniencia de las instituciones, base y sostén entonces del orden establecido. Para suponer además no pocas de esas censuras ó burlas, apenas hay otro fundamento que el capricho de quien las supone. Muy lejos estaba de la intención de Cervantes el ofender á los monjes benitos, haciendo que Don Quijote les diga: *ya os conozco, fementida canalla;* y más lejos aún el burlarse de ciertas ceremonias inquisitoriales en las exequias y resurrección de Altisidora. Si alguna vez Cervantes nos presenta desmandada y pecaminosa á la gente de Iglesia, no es para injuriarla, sino porque la coloca bajo el predicamento de los demás seres humanos, y la sujeta también á sus miserias y debilidades. Así, pongamos por caso, los individuos todos de aquella congregación en la que pudo elegir cierta discreta señora sapientísimos teólogos y predicadores elocuentes, si bien prefirió á un lego sano y robusto.

Al que busca en el *Quijote* una doctrina esotérica de reformador revolucionario, una solapada sátira social y política, algo que propende á socavar las bases de la sociedad en que vivía, á fin de fundar ciudad y modo de ser nuevos, abominando y maldiciendo lo existente, le comparo yo al Rey de Moab cuando encantusó al profeta y le envió á que maldijese á Israel desde la cumbre de la montaña; pero el profeta vió al pueblo de Dios acampado en la llanura, y el espíritu del Altísimo se echó sobre él y llenó su alma, y, en vez de maldecir, entonó un cántico de alabanzas y colmó á Israel de proféticas bendiciones.

Imposible parece que la obcecación de algunos comentadores haya llegado hasta el extremo de convertir en desaforado progresista á un español tan de su época como Cervantes, tan á prueba de desdenes, tan resignado con su pobreza, tan conforme con su condición menesterosa y humilde, tan confiado en la grandeza de su patria, tan entusiasta de sus pasadas glorias y tan seguro de sus altos y futuros destinos.

Todavía me parece más desatinado quien califica á Cervantes, no ya sólo como contrario de su patria, sino como contrario también y desapiadado burlador de creencias llenas de benéfica poesía, calificándolas antes de ilusorias en nombre de una realidad malsana.

Cervantes, en mi sentir, en todo cuanto escribió, y más que nada en el *Quijote,* tuvo tal fe en el ser inmortal y en la omnipresencia de la poesía, que para buscarla y hallarla no acudió á la metafísica, no se elevó, traspasando el tiempo y el espacio, á regiones ultramundanas y etéreas, sino que casi se encerró en los no muy amenos ni pintorescos campos de la Mancha, y encantándolos con su ingenio, y tocando en ellos como con una vara de virtudes, hizo brotar del estéril suelo manantiales poéticos más abundantes y salubres que los de Hipocrene y Castalia.

Cuando lo mejor del mundo era nuestro, cuando unido Portugal á España nuestro imperio se dilataba por el remoto Oriente y nuestro pabellón ondeaba sobre ciudades y fortalezas de la China y de la India, cuando nuestros soldados y nuestros misioneros llevaban la religión, el habla y la cultura de España por mares nunca antes navegados, y así entre naciones y tribus selváticas como por Italia y por Flandes y por otras regiones no menos cultas y adelantadas de Europa, cuando atajábamos el arranque invasor del turco y empujábamos hacia el Norte la herejía luterana, no marchitos aún los laureles de San Quintín y Lepanto, y más engreídos por la gloria que recelosos de vencimiento y de caída, es gran disparate imaginar que se propusiese Cervantes en el *Quijote* reirse de su na-

ción y de los sentimientos y doctrinas que la habían subido á tanta altura y que se propusiese reformarlo y cambiarlo todo. Su benignidad, su indulgencia, el cariño con que mira todo lo español haciendo simpáticos hasta los mismos galeotes, prueban lo muy lejos que estaba Cervantes de tratar mal á nuestros reyes, príncipes y gobernantes, contra los cuales no podían impulsarle ni remota envidia, ni emulación inverosímil desde la insignificante posición en que resignado y conforme él se veía. Y no digamos que esta resignación y esta conformidad hicieron abyectos á los españoles de entonces, incapaces para el adelanto y para las mejoras é indignos del imperio. No digamos, como dice Quintana, cediendo á flamantes preocupaciones y haciéndose eco de forasteras y liberalescas calumnias, que el despotismo fanático puso en el español corazón de esclavo, degradándole y despojándole así del imperio del mundo. En ningún personaje del *Quijote,* representación fiel de los hombres y de la vida de España en aquella edad, se advierte el menor rastro, el más leve signo de sumisión servil, de vileza ó de mansedumbre extremada. Nótase, por el contrario, á par de la subordinación y el respeto á la autoridad fundada por Dios y por ministerio del pueblo á quien Dios inspira, el amor de la igualdad, el más soberbio espíritu democrático y la independencia más briosa, la

cual raya á menudo en menosprecio, cuando no de la autoridad misma, de sus inferiores agentes ó ministros. Don Quijote llama á los cuadrilleros «ladrones en cuadrilla», y no sólo desafía y provoca á la Santa Hermandad, sino á Cástor y Pólux, á los Macabeos y á todos los hermanos y hermandades que ha habido en el mundo. Sus fueros son sus bríos; sus pragmáticas su voluntad. Y no es sólo el caballero andante quien por serlo se considera campando por sus respetos, horro de toda servidumbre y sin miedo ni sujeción á nadie, sino que también la gente menuda y plebeya tiene los mismos humos y gasta los mismos arrestos y bizarrías. Juan Palomeque el zurdo desdeña, con mucho reposo, los ofrecimientos que le hace Don Quijote de vengar sus agravios: "yo no tengo necesidad, le dice, de que vuestra merced me vengue ningún agravio; porque yo sé tomar la venganza que me parece». Y los pelaires de Segovia y la demás gente maleante y juguetona que mantearon á Sancho tienen también tan en poco como Juan Palomeque el poder vengador de Don Quijote. No consintieron en que se atrancase la puerta de la venta para repararse contra él, ni lo hubieran consentido aunque en vez de Don Quijote hubieran venido á castigarlos todos los héroes de la Tabla Redonda y el propio Rey Arturo.

¿Qué corazón de esclavo hay en el valiente, ge-

neroso y terrible Roque Guinart ó en la gallarda, celosa y vehemente Claudia Jerónima, enamorada matadora de Vicente Torrellas? Si pecan por algo los personajes del *Quijote,* no es por lo sumisos, sino por lo desaforados. Y esto no se opone ciertamente á la cortesía, á la bondad y á la cultura. ¿Con qué franca y cordialísima hospitalidad no reciben, agasajan y regalan al caballero andante y á su leal escudero, ya los duques en su castillo, ya Camacho el rico, ya Basilio y Quiteria, ya Don Diego de Miranda, ya Don Antonio Moreno, ya las zagalas y los pastores cortesanos de la fingida Arcadia, y ya los mismos rústicos cabreros que hospedan en su choza al amo y al criado, que comparten con ellos su cena frugal y que oyen respetuosos y embelesados el hermoso discurso que Don Quijote pronuncia, inspirado por el puño de bellotas que tiene en la mano, y que retrae vivamente á su imaginación la soñada edad de oro, la cual en aquel momento más nos parece realizada que soñada?

Ni rustiqueza, ni grosería, ni amilanamiento se advierten en las personas y en la sociedad que en el *Quijote* se describen, sino el gran ser y la energía de una nación que vive aún en el mayor auge de su poder y más confiada en su duración que recelosa de su decadencia.

No es abatida resignación, sino conformidad ale-

gre, activa y sana la que Cervantes se complace en describirnos. Llega á la aldea el pintor de mala mano: el Ayuntamiento le encarga pintar las armas y él no acierta á pintar tanta baratija, pero, en vez de desesperarse, se conforma con su mala ventura, toma el azadón y se vá al campo á cavar como un gentilhombre. Por la libertad debemos exponernos á los mayores peligros y aventurar la vida; pero si la libertad no se logra, no debemos caer en inactiva postración y en melancolía inútil, sino sacar ventaja hasta del cautiverio y de la mala suerte. No se desespera Ginés de Pasamonte por que le llevan á *gurapas,* sino que se consuela, al ir á ellas, con el alegre propósito y con la risueña esperanza de que allí ha de tener vagar para seguir escribiendo la historia de su vida, que ha de superar en amenidad y en enseñanza á la de Lazarillo de Tormes, ó á la más divertida de todas las novelas picarescas.

El sufrimiento es una virtud cuando no nace de menosprecio de la ley moral ó de la poca cuenta que de la honra se tiene; y de este sufrimiento sin mácula estaban mejor dotados los españoles de entonces que los de ahora. La gracia, el chiste, la risa benévola que no lastima ni hunde á quien la provoca, era y es remedio y panacea de los pesares. Risa tal, apenas se da hoy, Cervantes la tenía como precioso don del cielo. Hoy la seriedad nos abru-

ma. Se diría que hemos nacido para llorar y no para reir. Un poeta contemporáneo asegura que nos ponemos feos riendo y que llorando estamos muy guapos:

El rostro que nos dió naturaleza,
Nuestro destino avisa;
En la aflicción, vestido de nobleza,
Y disforme en la risa.

Yo, no obstante, me atrevo á entenderlo al revés de como lo entiende este poeta. Nada más propio que la risa del noble ser racional y humano. Los animales se afligen y se lamentan, pero nunca ríen. La risa sin hiel es celeste propiedad de los dioses, y en la tierra privilegio exclusivo de los hombres sanos y fuertes. Seguro indicio de salud y de fortaleza es reir con suavidad y dulzura. Este es el mayor y más misterioso encanto del libro del *Quijote*. No se concibe tal risa sin la debida conformidad con Dios y sin reconocer y declarar que cuantas cosas Dios creó, son buenas, como el mismo Dios dijo al crearlas. A nada conduce el ser quejumbroso y maldiciente. No por el ansia furiosa de trastornar y destruir, sino conservando y mejorando con lentitud y perseverancia, es como el progreso se consigue. Empecatada filosofía de la historia es, á mi ver, la que supone que la humanidad no adelanta sin aborrecer lo presente y sin

procurar derribarlo, con violentos trastornos, lucha y ruinas. Tan absurdo me parece considerar que fuera indispensable requisito, para que fuese España la primera nación del mundo, el expulsar, expilar y quemar á unos cuantos millares de judíos y de herejes, como el entender que convenía pasar por el trance de la Reforma con su recrudecencia de fanatismo, con sus guerras civiles é internacionales, con sus matanzas y suplicios, para alcanzar al cabo la libertad de conciencia, ó como el imaginar que el más próspero estado y la mayor cultura de la Europa de nuestros días, aun suponiendo que no es problemático todo ello, se deben á la sangrienta revolución francesa y al más sangriento fruto que dió de sí; al déspota que, sin más alto propósito que su ambición y su capricho, llenó durante años á Europa de estragos y muerte para dejarlo todo al fin como antes estaba.

Como quiera que sea, aunque siendo verídica tal filosofía de la historia, aun siendo fatal ó providencialmente ineludible que haya violentas revoluciones para que adelante la humanidad, yo no noto el menor indicio de que Cervantes las prepare ó las anuncie, ni puedo tampoco fundar en tan imaginaria preparación la más mínima parte de la gloria de nuestro admirable novelista. Lejos de castigar él con suaves burlas y benigna risa nada de cuanto en España se veneraba, sólo castigó, vencien-

do el afecto que le movía á amarlo, lo ya condenado y castigado por nuestras leyes y por nuestros más castizos ortodoxos, teólogos y moralistas: por Luis Vives, Benito Arias Montano, Melchor Cano, Alejo de Venegas y Fray Luis de Granada.

No todo cuanto Cervantes vió y experimentó durante su agitada y trabajosa vida podía causarle contento ni inspirarle alabanzas, pero su invencible alegría se sobrepuso á todo. En nada vió lo feo, sino lo moral y noblemente hermoso. No ya Lucinda, Dorotea, la inocente y amorosa Doña Clara y Ana Félix la morisca, sino hasta la Tolosa, la Molinera y la desdichada Maritornes tienen algo que, como criaturas de Dios, las dignifica y hermosea, vedando el desprecio y moviendo á compasión respetuosa el sello divino del Hacedor en el alma humana indeleblemente estampado. La fuerza mágica del estilo de Cervantes, más que en acumular tesoros poéticos, se muestra en el hacer surgir la poesía de la misma realidad desnuda y pobre. El amor con que Cervantes pinta y representa esta realidad, la ilustra con vivos y gratos resplandores.

Cuando Cervantes dice: "en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme", entienden no pocos comentadores que Cervantes tenía muy desagradables recuerdos de dicho lugar y que deseaba tomar venganza de los malos tratos que en él le dieron; pero los comentadores se quie-

bran de puro sútiles ó bien la venganza de Cervantes fué generosa y en extremo dulce. Alonso Quijano el bueno, salvo su graciosa locura, es un dechado de perfección moral, de talento y de recto juício, de urbanidad y cortesía. Maese Nicolás, el barbero, es persona de buenas prendas y apacible trato. El señor cura no puede ser mejor de lo que es, ni el Bachiller Sansón Carrasco puede ser más regocijado, más ameno y más dispuesto á suaves burlas, sin perjuicio ni mortificación de nadie. La vida del lugar es tan grata que, en vez de desear nadie olvidarse hasta de su nombre, siente el prurito de ir á pasar en él una temporada, entreteniéndose en sabrosas pláticas y en saludables paseos con los personajes ya nombrados, ó yendo al arroyo donde, nueva Nausicáa, lavaba la ropa Sanchica, cuando acertó á llegar el paje con la carta de la Duquesa, el vestido verde de cazador y la bonita sarta de perlas.

Todavía hay otro comentario ó interpretación insufrible y arbitraria á todas luces: interpretación ofensiva y calumniosa para Sancho Panza, sin el más leve y razonable fundamento. ¿Cómo suponer que Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho gracioso, Sancho que sigue á su amo, no por las esperanzas de la Insula, sino porque le ama y le respeta, aun cuando duda de su cabal juicio, y porque sólo la pala y el azadón pueden apartarle de él;

cómo suponer que Sancho, que monta intrépidamente en Clavileño y traspone al remotísimo reino de Candaya para rapar las barbas de la Trifaldi y de sus compañeras, es un egoísta, codicioso, glotón é interesado? Su inocente malicia, sus gracias y donaires, que le ganan el favor, el cariño y la confianza de la Duquesa, su rectitud y tino en el gobernar mientras le duró el gobierno de la Barataria, el desprendimiento digno de Job con que dejó de ser Gobernador y volvió á ser escudero, todo muestra que el alma de Sancho, tal como Cervantes la ha creado, no es triste y fiel trasunto de la mezquina realidad donde Cervantes arroja y deposita desdeñosamente las impurezas todas. No es Sancho personificación de la realidad grosera, vulgar y egoísta que se contrapone á lo ideal, á lo sublime, hasta rayar en locura, que llena el alma de Don Quijote, haciéndola merecedora de respeto y de admiración aun en medio de sus mayores extravíos. Sancho, en suma, no es contraposición, sino complemento de Don Quijote. Sancho es el rústico ideal español de aquella época, como Alonso Quijano el bueno es el modelo ideal del hidalgo español de la época misma, sobre todo no bien recobra su cabal juicio, poco antes de su tranquila y cristiana muerte. Alonso Quijano no la teme, ni la desea, porque ama la vida, porque el ansia de goces y de venturas, superiores acaso á nuestra

condición y á nuestros merecimientos, no le acibara ó emponzoña lo presente con el anhelo atormentador de un porvenir soñado. Ni á la prolongación de los tiempos, durante la vida terrestre del linaje humano, ni fuera de esta vida, á más altas y ultramundanas esferas, acude Cervantes para consuelo de nuestras cuitas, para compensación de nuestros infortunios y para justificación de la Providencia divina. Y no porque Cervantes carezca de esperanza, sino porque su felicidad no la exige, sino porque dice como el poeta místico:

Aunque no hubiera cielo yo te amara.

Para saciar su sed de bienaventuranza no es menester una eternidad; un leve momento le basta, si humildemente se conforma con la voluntad de Dios, á quien ama y adora. La paz de la conciencia, la dulce satisfacción del deber cumplido, valen y duran tanto para un corazón humano como la más perdurable gloria. No necesita acudir Dios á sobrenaturales recursos para la paga de nuestras buenas acciones. Hermosamente lo expresa Don Quijote al terminar los preceptos y reglas que da á Sancho para adorno y salud de su alma: "Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos,

vivirás en paz y beneplácito de las gentes; y en los últimos pasos de la vida, te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos.»

¿Qué rastro, qué indicio de amargura, qué queja ni qué odio, ni contra el orden social, ni contra la gente contemporánea suya, ni menos aún contra el mismo Dios puede atribuirse á quien viejo, en humilde posición, enfermo y pobre y poco atendido y considerado, tan dulces y amorosas palabras escribe? Por eso le hemos comparado al profeta que fué á maldecir á Israel desde la cumbre de la montaña y cayó sobre él el espíritu del Altísimo y llenó su alma, y el profeta rompió en un cántico de alabanzas y colmó á Israel de bendiciones.

Tal vez contra su reflexivo propósito infundió el amor en el alma sana y fuerte de Cervantes esta inspiración tan opuesta al tétrico pesimismo, al furor antisocial ó blasfemo que nos contrista y nos atormenta en el día de hoy.

Como quiera que ello sea, yo busco y no hallo la sátira amarga que en el Quijote se esconde. No veo el triste reconocimiento de los males y menos aún el violento remedio que se les debe aplicar. La manía de convertir el arte liberal en arte servil y útil, de cifrar la mayor excelencia y perfección del arte en algo que está fuera del arte mismo, so-

metiéndole profanamente á tan extraño propósito, es, á mi ver, la causa de tan infundadas interpretaciones. ¿Qué más puede pedirse á una obra artística, para reconocerla perfecta y merecedora de alabanzas inmortales, que la abundancia de gracia con que nos regocija el alma, y la elevación y nobleza del sentido moral con que la purifica, la mejora y la ilustra?

Es, por otra parte, contradictorio suponer, para que el arte no sea inútil, que toda su utilidad se cifra y resume en una doctrina oculta, cuyo significado no se aclara hasta mucho después de haber pasado la ocasión oportuna de aclararle. La declaración tardía del misterio anagógico del *Quijote* convertiría libro tan ameno en una broma pesada y cruel que acabaría por hacernos á su autor aborrecible.

Supongamos que Cervantes notó y deploró muchos males que había en su época, los censuró con tanta acritud como disimulo y se propuso ponerles eficaz remedio cifrando la receta para su curación en el más enmarañado logogrifo. Como nadie entendió bien el logogrifo, nadie tampoco pudo valerse de la virtud terapéutica que en logogrifo se escondía, ni curar por medio de ella, ni reformar ni mejorar á los hombres.

. . . . . .

SEÑOR:

Hasta aquí llega el discurso del Sr. Valera. Aquí cortó con implacable tijera, la dura mano de la Parca, el doble hilo de oro del discurso y de la vida del escritor, consagrando con el rapto violento de su personalidad y su tránsito al mundo de las realidades eternas y de los destinos realizados, el juicio definitivo y perfecto de una larga vida de estudio sobre la obra maestra que nos envidia y celebra á la vez, asombrado y regocijado el mundo de las opiniones opuestas y de las disputas irreductibles, que al saludar al *Quijote* con el rendido homenaje de su unánime admiración, no se da suficiente y acabada cuenta tal vez, de que saluda en él no sólo al monumento literario erguido como una pirámide colosal, insumergible en el diluvio de la publicidad contemporánea; no sólo al portentoso genio creador de las dos imperecederas figuras en que se reconoce personificada la humanidad, sino al pueblo que cooperó á su creación

suministrando la rica sangre de sus venas para darlas vida y calor, y lo más puro de su alma, para informarlas con el espíritu caballeresco y cristiano que brilla con inextinguibles destellos de nobleza y generosidad hasta en los rasgos más burlescos de sus inmortales aventuras.

Porque todo se podrá armonizar en síntesis más ó menos alambicadas y confusas, menos la perenne y cada vez más entusiasta admiración por el *Quijote*, y el menosprecio constante hacia la patria de su autor y hacia el ideal luminoso que lo inspira y que lo agiganta y que tan heroicamente realizó en la Historia aquella gran democracia cristiana que se llamó el Pueblo Español, y que, si por haberse apartado de él perdió el privilegio de que el sol no se pusiese nunca en sus dominios, contempla todavía con amor y satisfacción que ningún error ni ninguna deformidad pasajeramente triunfantes han logrado conseguir que el glorioso libro español que lo cifra y que lo consagra se ponga en los dominios civilizados del orbe, como astro de vida y radiante luz que alumbra y que regocija á la tierra.

ÍNDICE

Páginas.

Del misticismo en la poesía española. 5

Sobre el Diccionario de la Real Academia Española..... 65

El periodismo en la literatura..... 91

Renacimiento de la poesía lírica española..... 113

La novela en España....., 149

La labor literaria de D. José Ortega Munilla..... 181

Elogio del Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce..... 215

Elogio del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo..... 255

Consideraciones sobre el Quijote..... 305

Acabóse de imprimir este libro
en la Imprenta Alemana
en Madrid á XXVII días
de Diciembre de
MXMV años

LS.
V162
98942
Author Valera, Juan
Title Obras completas. Vol.2.- Discursos académicos Vol.2

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU